

...GUE...

...RRE RO

Y

...RO...

...NTA'URA

...CU...

...ENTOS

DE

...SA...

...LON

...TO...

...JO IX

...ETM...

...EM BRIC

DE

1998
1998

1872 *Marzo* *9/93*

PROPAGANDA DE LA FAMILIA

CUENTOS DE SALON

POR

T. GUERRERO Y C. FRONTAU RA

4 RS. en Madrid.

5 RS. en provincias.

14364
1878/1879

EL HIJO DEL SACRISTAN

POR

CÁRLOS FRONTAURA

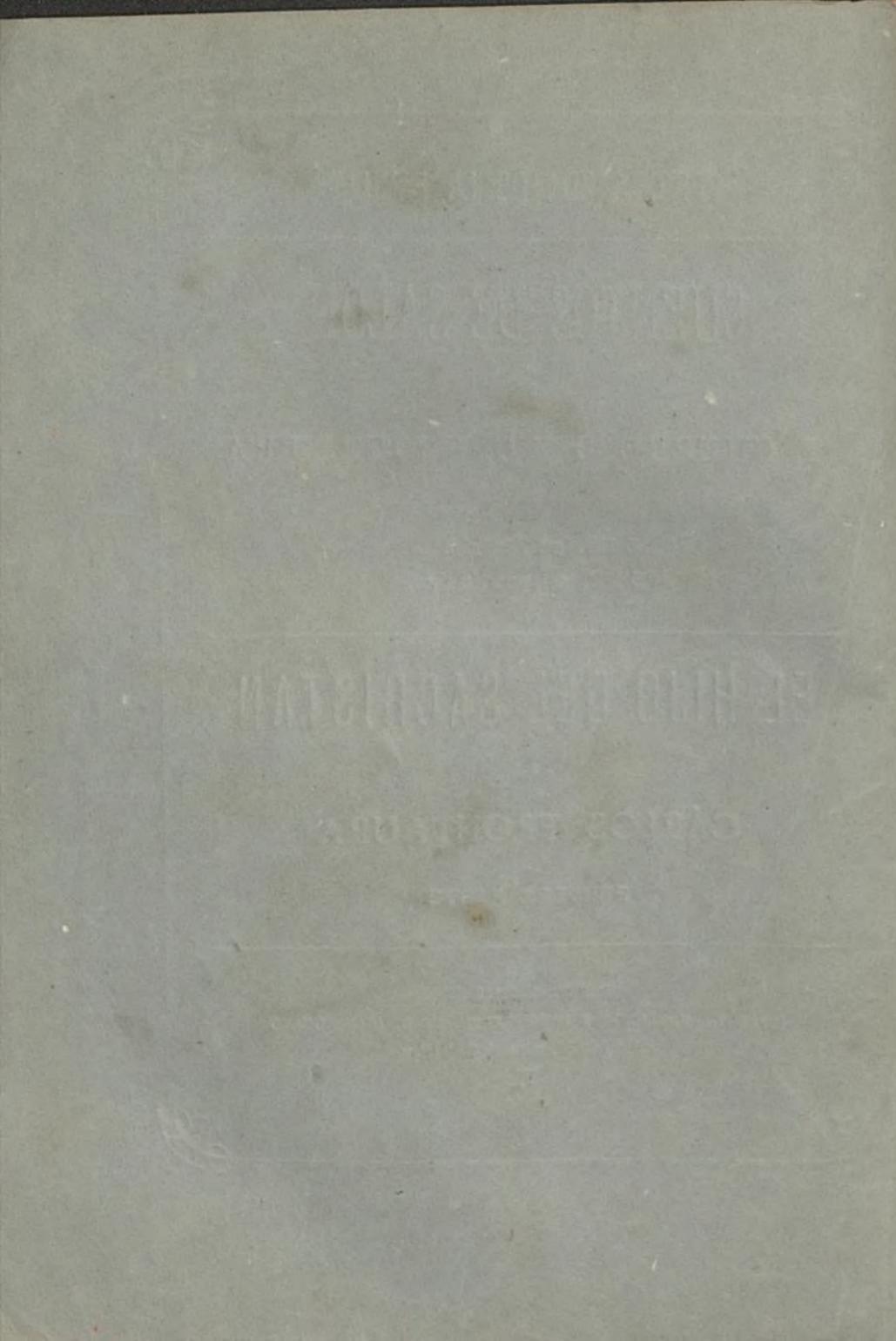
PRIMERA PARTE

MADRID

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
calle del Cid, núm. 4, Recoletos

1872

6912



L47-1198

CUENTOS DE SALON

6912

Frederick W. Hunt

CUENTOS DE SALON

CÁRLOS FRONTAURA

EL HIJO DEL SACRISTAN

NOVELA DE COSTUMBRES

PRIMERA PARTE

MADRID

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO

Calle del Cid, 4 (Recoletos)

1872

El buey de la tía Torda.

Un día, hace ya tiempo, descarriló un tren que iba camino de Zaragoza, y el descarrilamiento causó no pocas desgracias, como acontece casi siempre. Hubo cabezas rotas, brazos partidos, piernas fracturadas, barrigas apretadas, narices aplastadas y ojos estrellados, muchas maldiciones de los viajeros que habian quedado ilesos, dirigidas á la empresa, y muchos ayes y lamentos de los que no habian tenido tan buena fortuna.

El descarrilamiento lo produjo un apreciable buey, inofensivo y hermoso animalito, vecino de una aldea inmediata al sitio de la catástrofe; el buey, no se sabe si por inadvertencia ó con deliberada intencion de suicidarse, porque no se le halló papel alguno, ni de

los honrosos antecedentes del animal se pudo deducir ningun indicio que diera luz sobre tan lamentable desgracia, se apartó del prado en que pastaba alegre, ó tristemente, porque nadie pudo dar noticia del humor de la bestia en el dia de su muerte, y se puso bonitamente á ver venir la locomotora, que le hizo añicos, ni más ni ménos que los jugadores se ponen á ver venir las cartas que les llevan los cuartos y les parten por el eje,—puesto que el eje de la máquina *hombre* en estos tiempos, y no sé si en los otros, es el dinero, vil metal insultado por todo el mundo, y por todo el mundo codiciado.

El caso fué que, al llegar la máquina, ó el buey la embistió ó ella embistió al buey, resultando de este choque que el animal fué lanzado á gran distancia, pero sobre la via, y que al llegar el tren al sitio donde yacia el bruto, las ruedas salieron de los rails, y allí fué la catástrofe.

Apeáronse los viajeros que pudieron apearse, sacaron de los coches á los impedidos, se dió aviso á los médicos, cirujanos y boticarios de los lugares más próximos, llegó el alcalde de aquella jurisdiccion, miéntras llegaba el señor juez con acompañamiento de escribano, procurador y registrador de hipotecas; y un buen señor cura que iba en el tren, y por milagro de Dios quedó salvo, se dedicó á consolar á los heridos, ofreciendo á todos confesion. Y los empleados del ferro-carril iban y venian, y el maquinista, un inglés, pedia á gritos que le cortasen la pierna, abrasada enteramente, y el fogonero, como el

artillero al pié del cañon, yacia al lado de la locomotora, muerto en el ejercicio de sus funciones, muerto sin lanzar un ¡ay!... El infeliz iria acaso pensando en el porvenir de su hijo, en el amor de su mujer...

¡Desdichada suerte la de estos pobres, oscuros obreros que con tanto trabajo ganan el pan, y que tan poco disfrutan los placeres del hogar, esclavos de su deber!...

Siempre en el camino, de noche, de dia, para ellos no hay fiestas, no hay descanso, no hay casa, porque son contadas las horas que tienen libres, y éstas han de dedicarlas al sueño. Ellos son las primeras victimas en todas las catástrofes, y al mismo tiempo que se encarece y lamenta la desgracia de los demas, con ellos se cumple consignando que *murió el fogonero*. Los fogoneros, los trabajadores ocupados en las minas, los herreros, los albañiles y otros mil y mil jornaleros empleados en penosísimos oficios, todos esos humildes auxiliares de la industria y de la ciencia, todos esos honrados obreros que tanto hacen en pró de la humanidad, que para nuestra seguridad, para nuestro bienestar, para nuestra comodidad trabajan sin descanso, con las mayores fatigas, y expuestos continuamente á perder la vida, son dignos de la mayor consideracion y el mayor respeto. Sin esos pobres trabajadores, ¿qué serian las artes? ¿qué seria la industria?... Su trabajo, que á ellos les da para vivir poco anchamente, representa muchísimos millones, y labra y acrecienta la fortuna de innumerables familias.

Libreme Dios de querer adular á los trabajadores, é inspirarles ciertas ideas que no sean las de humildad y amor al trabajo y á la pobreza digna y honrada; pero permítaseme decir que los gobiernos, las empresas industriales, los propietarios, los dueños de fábricas y talleres, harán una obra grandemente meritoria considerando, premiando, estimulando al trabajador honrado, evitándole en lo posible todo riesgo, y haciendo, en fin, de modo que acepte contento su destino, ame el trabajo, y no alimente quiméricos sueños irrealizables...

Después de reconocidos los heridos, y mientras se les aplicaban remedios y se les prodigaban consuelos, trasladando al pueblo inmediato los graves, y al cementerio el cuerpo del pobre fogonero, se empezó á preguntar por allí de quién seria aquel buey.

Todos los viajeros estaban indignados, todos querían que se pidiese estrecha responsabilidad al dueño del buey, que se le encarcelase, que se le formase causa, que se le obligase á pagar daños y perjuicios.

¡A cuántas consideraciones se presta esto de pagar daños y perjuicios! ¡Y luego hablarán mal del dinero los mismos que le dan un poder casi sobrehumano!...

¡Daños y perjuicios hay que no pueden pagarse con nada del mundo!

La sociedad queda satisfecha si se pagan con dinero, y en su limitada inteligencia los hombres no han hallado medio mejor de pagarlos. Luego creen

que el dinero todo lo cura, todo lo arregla, todo lo satisface, todo lo remedia.

Pero volvamos al buey, es decir, al buey no, porque al pobre animal, aplastado por la locomotora, poco le importaban ya las cosas de este mundo. Volvamos al sitio de la catástrofe, donde los viajeros hacían comentarios sobre la desgracia ocurrida y pedían se les entregase el dueño del buey.

Y en esto estaban, cuando apareció sobre un montecillo que dominaba el prado, una mujer, una pobre vieja, que al divisar el tren, bajó la cuesta apoyándose en un palo, y se fué acercando al lugar del siniestro.

Llegada allí, preguntó á un viajero qué había ocurrido, y el viajero volvió la espalda sin contestarla, y entónces avanzó á donde estaban reunidos los demas, contemplando al buey: alguno de ellos diría para sus adentros lo que decía el doctor Pandolfo mirando la calavera de un burro, con perdon sea dicho.

La viejecita asomó la cabeza por entre dos viajeros, y lanzó un grito desgarrador.

Ya había parecido la dueña del buey.

—¡María Santísima me valga! exclamó la vieja.

Y se arrojó sobre el buey, no convencida todavía de que el animal había dejado de existir.

Y vean Vds. lo que son las cosas: los que poco ántes pedían la encarcelacion del dueño del buey, y le querían obligar á pagar daños y perjuicios, quedaron mudos, conmovidos ante el profundo dolor que demostraba la anciana.

—¿Es de V. el buey, buena mujer? le preguntó al fin un viajero.

—Sí, señor; mio era, el único que nos quedaba... Hace quince días que se murió el otro... y éste... como los dos se querian tanto... no habia quien lo sujetara y en cuanto yo me descuidaba... por el prado adelante se venia á buscarle... Ya ve V., como que eran hermanos... Y ahora, en un momento que me he descuidado... cogiendo al otro lado unas malvas... ¡pobrecito!... ¡Válgame Nuestra Señora del Cármen!... Y no hace una hora que le daba yo de comer en mi mano... que el pobre parecia como que me entendia... ¡Ay de mí!... cuando lo sepa la hija, se va á morir de pena...

—¿Tiene V. una hija? preguntó una de las viajeras.

—Sí, señora, una nieta... que no ha conocido otra madre que yo... porque su madre... ¡ay! ¡Dios mio!... ¡Madre mia del Pilar!... ¿para qué estará una en el mundo?... Para pasar tantos trabajos...

Y á todo esto, la vieja no habia cesado de llorar...

—¡Maldita *mocolora*! ¡más desgracias ha causado que la peste!... El año pasado, aquí mismo, mató á un arriero; otro dia á un niño, que el angelito de Dios se vino hasta aquí detras de una mariposa, y su madre se volvió loca... ¡Y qué va á ser ahora de nosotras?... Con el pobre Canelo nos arreglábamos la hija y yo para la labranza... él trabajaba lo que queria... y nosotras le ayudábamos lo que podíamos...

—¡Pobre mujer! exclamaron á un tiempo casi to-

dos los presentes, mientras la vieja, arrodillada delante del animal, le tocaba los ojos, las orejas, el pecho, le acariciaba, le llamaba gimiendo, como si no pudiera persuadirse de aquella gran desgracia.

Però aún faltaba la segunda escena, aún faltaba que supiera tan sensible catástrofe la nieta de la anciana.

—¡Madre! ¡madre! gritaba desde el montecillo una niña como de catorce años.

Y como la madre no respondía, la niña, que viendo mucha gente reunida en la via, presumiría que allí estaba la pobre vieja, bajó corriendo del montecillo, atravesó el prado, ligera como una mariposa, mirando á uno y otro lado y buscando á su madre.

Por mucha gente que haya apiñada en derredor de cualquier cosa, buena ó mala, que excite la curiosidad, los niños tienen el privilegio de ponerse en primera fila, aunque hayan llegado los últimos. Se meten entre la gente, separan las piernas que les estorban, se arrastran, se encogen, se achican, se introducen, en fin, sin que haya por dónde entrar, y no cejan hasta que consiguen ponerse en sitio donde nadie les estorba, y pueden satisfacer completamente su infantil inocente curiosidad.

Y así lo hizo la niña, á quien llamaremos Andrea, y que era en verdad rubia como un oro y bella como un ángel.

Y apenas salió á primera fila, lanzó un grito horrible, y llorando sin consuelo, se arrojó también á abrazar y á besar al buey.

Debia ser aquel un benemérito animal, cuando tal interes manifestaban hácia él la abuela y la nieta, y tan profundo pesar les causaba su desastrosa muerte.

Y se adivinaba que no era que sintiesen la muerte del buey por verse privadas del producto de su trabajo, sino que la sentian porque el animal era para ellas más que un instrumento de labranza, más que un medio de trabajar con ménos fatiga, más que un buey cualquiera... porque era un compañero, un amigo, acaso una memoria querida, acaso un gran consuelo.

Allí donde se reunen muchas personas, lo mismo en circunstancias tristes que dichosas, lo mismo en una romería que en una ejecucion, lo mismo en torno de un pobre á quien le ha caido la lotería, que en frente del cadáver de un hombre á quien momentos ántes se le ha visto sano y bueno y alegre, siempre hay algun gracioso, alguno que diga un chiste.

Entre los viajeros del tren descarrilado habia tambien su gracioso, que ya habia dicho un chiste á propósito de la pierna abrasada del maquinista, de la muerte del fogonero, y sobre todo, del buey atropellado por la locomotora.

Este gracioso, al ver los extremos de cariño que prodigaban al animal muerto la abuela y la nieta, exclamó:

—Pues, señor, parece que la vieja llora á su marido y la muchacha á su padre.

Y en esto, ya colocados los heridos graves donde

se pudo buenamente colocarlos, acomodados los leves en los wagones, y dispuesto todo para continuar el camino, se dispuso apartar de la via el cadáver del buey para que el tren pasase sin estorbo.

Y como un buey no es un perro que se le aparta de un puntapié, hubo necesidad de atar á los cuernos del animal una cuerda, y sacarle de la via tirando de ella tres ó cuatro hombres, porque el buey era un bruto muy rollizo, y que pesaria no pocas arrobas.

Y habian Vds. de ver cómo lloraban abuela y nieta viendo arrastrar á su querido Canelo. Cada tiron que daban aquellos hombres, le dolia seguramente en el corazon á la pobre niña, que se tapaba los ojos para no verlo.

Otro maquinista y otro fogonero ocuparon el lugar del herido y del muerto, y el tren continuó majestuosamente su camino.

Eran las tres de la tarde cuando, despues de cinco horas de detencion, partió el tren.

Y á las siete, cuando ya las sombras de la noche envolvian el prado y el monte, áun estaban allí el buey muerto y la abuela y la nieta, éstas llorando y en silencio.

Y allí debieron pasar la noche, porque en la aldea no se las vió hasta la mañana siguiente.

II

El tío Dedo.

Gran sensación causó en la aldea la catástrofe de que fué víctima el apreciable Canelo, porque á la verdad tenia entre aquellas gentes muy buena reputacion de comedido, morigerado y buen mozo el buey de la tia Torda, y ésta era muy querida, y nadie la creia merecedora de tamaña desgracia.

Pocos dias ántes, como ya se ha dicho, el hermano y compañero de Canelo, hermoso animal tambien, habia muerto en un momento á consecuencia de un carbunco, sin que el herrador, el tío Chispas,—por mal nombre, y por ser tan borracho que tomaba ordinariamente una chispa al amanecer y otra al anochecer, cuando ya se le iba pasando la primera,—pudiera curarle, á pesar de haber empleado en él todos los recursos de la ciencia.

Su cadáver fué quemado públicamente, para evitar que se comiera aquella carne envenenada, que, como á veces ha sucedido, podia ocasionar desgracias más lamentables que la muerte de un animal.

Canelo era otra cosa: Canelo no habia muerto de enfermedad contagiosa, sino bravamente acometiendo á la locomotora, y ningun peligro habia en comer su carne, regalado manjar en aquella aldea, donde, cuando habia carne, que no la habia todos los dias, solia ser de carnero, y á veces de oveja, y no pocas de cabra; pero de vaca ó de buey sólo la saboreaban aquellos vecinos cuando al tío Dedo se le antojaba hacer un viaje á pueblos de más recursos, y se traía atravesada en la mula media res; pero al tío Dedo se le pasaban los meses enteros sin hacer el viaje; que, sobre ser un poco perezoso, tenia una mujer que, en separándosele su marido un tantico, ya creía que se lo iba á llevar encantado alguna princesa, enamorada de las prendas físicas del tío Dedo, que era un hombron terrible, que habia hecho raya en Madrid por lo buen mozo y lo valiente, y aún haria raya si no hubiese tenido necesidad de expatriarse y refugiarse en el pueblo de su mujer, á consecuencia de una maña que le valió el apodo de *tío Dedo*.

Tenia este tío un cajon de carne en una plazuela de Madrid, y por lo buen mozo que él era, y por su aseo, y por lo superior de la carne que vendia, era el suyo el puesto más favorecido por las criadas, y por las señoras y señores que tenian costumbre de ir á la

compra á fin de evitar malas tentaciones, y más que tentaciones, de los sirvientes. El tío Dedo ponía en el peso la pesa equivalente á la porcion que se le pedia, y al echar el trozo de carne en el otro platillo, tenía tal destreza para hacerlo bajar con el dedo, que el comprador se retiraba satisfecho de que le había dado el *peso corrido*.

Y tan corrido estaba en efecto el peso, que cada libra de carne despachada por aquel sujeto, solía no tener más peso real y efectivo que poco más de media.

Las criadas sufrían grandes regaños, y todas eran tenidas por unas grandísimas bribonas; y aunque protestaban de su inocencia,—como la inocencia de las criadas es una de las cosas más problemáticas del mundo, y la falta de la carne era evidente,—quisieron muchas señoras, muy mujeres de su casa, convencerse de la culpabilidad ó inocencia de las criadas, y en efecto, iban á comprar, y compraban, por ejemplo, dos libras de carne, que en el peso del tío Dedo pesaban más de dos libras, y en otro peso cualquiera pesaban cinco cuarterones.

Y tanto se habló de la habilidad del tío Dedo en pesar carne, que la autoridad llegó á enterarse, y para corregirle impúsole alguna que otra multa; pero el dedo del tío idem no podía estarse quieto, y en tratándose de pesar carne, el dedo, contra la voluntad de su dueño, se iba maquinalmente derecho al platillo.

Continuaron las multas, pero nada, el dedo no se

corregia. Para no hacer uso de él, habria sido preciso que el dedo hubiese podido ser de quita y pon, y su dueño se lo hubiera dejado en casa para ir al puesto.

El público, persuadido ya de que el dedo ni se arrepentia ni se enmendaba, empezó á abandonar el puesto del que llamaban tio Dedo, desde que se averiguó su habilidad, y el pobre hombre pasaba las horas enteras en el cajon sin que se le acercara alma viviente á comprarle un cuarteron de carne.

Y un dia que estaba dado á todos los demonios porque no se habia estrenado todavía, llegó un muchacho á pedirle un cuarteron de carne con hueso. Tomó el tio Dedo una piltrafilla, la echó sobre el platillo del peso, acompañándola con un hueso algo mayor que la piltrafa, y, sin poner el dedo, el hueso y la carne pesaban mucho más del cuarteron, casi media libra.

Cogió el tio Dedo en una mano el hueso y la cuchilla con la otra, puso aquella y aquel sobre el tajo, y sacudió tan tremenda cuchillada, que á un tiempo hizo del hueso dos huesos y se cortó un dedo, el mismo famoso dedo que tan escamado tenia al ilustrado público.

Castigo de Dios lo creyó el tio Dedo, lo mismo que lo creyeron todos los que tenian noticia de su maldita maña, y avergonzado el infeliz, cerró el puesto, realizó su capital, y se retiró á la vida privada, poniéndose en camino con direccion á la aldea donde habia nacido su mujer, y donde volvió á su oficio de

cortador, pero sin poderse librar del apodo que constantemente le recordaba su habilidad en pesar carne y el castigo del dedo criminal.

Pues, señor, el cortador, que tan bonitamente sabia cortar carne como dedos, apenas supo la desgracia acaecida al buey de la tia Torda, ó, mejor dicho, á la tia Torda, porque aunque el muerto era el buey, la más perjudicada era su dueña, se dirigió á casa de ésta y le habló de esta manera:

—Dios sea en esta casa.

—Con Él vengas.

La tia Torda tuteaba á todo el mundo, con la autoridad que le daban sus muchos años.

—Ya he sabido la desgracia...

—¡Ay! hijo mio, el pobre no tiene que esperar más que ser más pobre...

—No diga V. eso, que Dios es bueno... Yo he sido más pobre que una rata, y aquí me ve V., que aunque no soy, vamos al decir, un *Queso*... (el tío Dedo se habia empeñado en que Creso era *Queso*...) para ir pasando, gracias á Dios, no me falta... Y así fuera mi mujer otra, ó no fuera ninguna, que seria lo mejor, que estaria yo como el pez en el agua.

Y entre tanto la tia Torda lloraba, y su nieta, sentada en un rincon, lloraba tambien.

—Vamos, continuó el tío Dedo, no hay que afligirse... ¡Qué demonio! todos somos mortales, y hoy el buey y mañana mi mujer, digo, no, mañana yo, porque mi mujer no creo que se ha de morir nunca, todos tenemos que caer...

—Era un animal muy hermoso.

—En eso tiene V. razon, abuela, que, mejorando lo presente, daba gusto verle, y si hubiera V. querido llevarle á que lo corrieran en Calatayud, se lo hubiesen á V. pagado bien, y puede que se hubiera portado mejor que un toro hecho y derecho... Y á mí no me podia ver, que muchas veces en la era me fui á llegar á él, y me embestia como si hubiera visto al demonio... Yo no sé lo que tenemos los de mi oficio, que no nos quieren los animales... El perro del herrador siempre me ladra, y hasta los cochinitos que tengo en casa para la matanza, en cuanto me ven entrar, empiezan á gruñir, que no parece sino que no agradecen el pan que comen, es decir, pan no lo catan, pero para el caso es igual...

Y la tia Torda y su nieta no le hacian caso maldito.

—Pues yo vengo tocante al buey, dijo el carnicero... y como el animal no ha muerto de *muerte violenta*, sino tan bueno como yo, pongo por caso, y pasado mañana es la fiesta del pueblo, y ahora, en invierno, las carnes se conservan tan frescas, aunque pase tiempo, como le sucede á mi mujer, vamos al decir, yo venia á que, ya que ha perdido V., que no lo pierda todo, y como V. se ponga en la razon...

—¿Y qué quieres? ¿Quieres quedarte con Canelo?

—Yo le diré á V., yo con Canelo me puedo quedar, si quiero, porque yendo á buscarle... Todo el pueblo ha venido hoy á encargarme carne, y ya han ido á buscar al animal el hijo de la tia Zenona y el

sobrino del Cojo, que son los dos más brutos del pueblo, y han apostado á ver quién lo trae acuestas más tiempo.

—Pero, ¿qué quieres, hombre?

—Yo, francamente, soy hombre de conciencia, y no quiero quedarme con el buey por mi linda cara, y fui y dije á aquella:—Anda, saca esos dos duros que tienes ahí en oro, que los traje yo de Zaragoza, y se los voy á llevar á la tia Torda, para que la pobre se dé una vuelta, ya que le ha sucedido esa desgracia.

—¿Y no vale más que dos duros el buey?...

—Vivo, no digo que no... cuidado, que yo no desprecio al animal... pero muerto, ya ve V. que no es como vivo...

—Pues así es como á tí te aprovecha, que vivo no lo habias de vender por libras y medias libras.

—¿Y dónde me deja V. lo que se desperdicia?... ¿No ve V. que está todo quemado?...

—¡Quemado! exclamó redoblando los sollozos la pobre niña, á quien ya le faltaba para siempre su amigo, su compañero.

—Conque... ¿acomoda ó no acomoda, abuela?...

—Mira, hijo, darme eso que dices por Caneló es un insulto, y mejor quiero que se quede allí donde está y se lo coman los grajos...

—¡Vaya! tres duros le daré á V., y no hablemos más... ¡Toma!... y luego que V. puede reclamar al ferro-carril, y no tiene más remedio que pagarle á usted el animal, como que lo ha matado una máqui-

na en acto del servicio, y aunque es verdad que la máquina no le hubiera tocado si el buey no hubiese estado allí, tampoco habria sucedido la desgracia si la máquina no hubiera ido á pasar cuando el buey estaba allí... En teniendo V. un hombre que tenga algunas letras, si hace la reclamacion en forma, lo ménos le saca V. al ferro-carril mil reales, y me quedo corto.

Lo que queria el grandísimo tano era que la tia Torda tomase los tres duros por el buey, que demasiado sabia que la empresa del ferro-carril no le habia de indemnizar.

Miéntras el tio Dedo sostenia esta discusion con la tia Torda, la aldea entera se habia dirigido al sitio de la desgracia, con objeto de ver el cadáver del buey, que allí estaba insepulto y como abandonado.

Y cuando el tio Dedo, despues de haber cerrado el trato con la tia Torda, fué á entrar en posesion de su hacienda, no se conocia que allí hubiese habido buey alguno sino por dos cuernos, con perdon sea dicho, que estaban arrojados á un lado, y con los cuales tuvo que contentarse el tio Dedo, porque lo que es el buey, ya se lo habian repartido bonitamente las gentes de la aldea, nada más que por tener una memoria del apreciable Canelo, cuya reputacion de cordura y prudencia era, como se ha dicho, muy grande en toda la comarca.

Viendo visiones se quedó el tio Dedo al ver que no veia buey por ninguna parte, y grande fué el regocijo que causó á los vecinos de la aldea ver cómo

el tío Dedo volvía la cabeza á uno y otro lado, sin atreverse á preguntar á nadie.

El caso fué que aquel día, en todas las casas del pueblo, ménos en las de la tía Torda y el tío Dedo, únicos y verdaderos dueños del animal, se comió carne del apreciable Canelo, que bien ajeno estaba él en el prado dos días ántes de que tamaña desgracia le habia de suceder en tan breve espacio.

Lo mismo le sucede al hombre, vamos al decir: cuando ménos lo piensa, cuando más descuidado está, se lo comen los demas por los piés.

III

El hijo del sacristan.

Silbó á lo léjos la locomotora.

Ya que estaban allí los honrados vecinos de la aldea, se quedaron á presenciar el espectáculo, siempre grandioso é imponente, de la llegada de un tren.

La locomotora no me parece á mí nunca lo que es, una máquina de hierro movida por el vapor; me parece un monstruo animado, lleno de vida é inteligencia, monstruo por el tamaño, no por otra cosa.

porque una locomotora, en medio de su enormidad, es siempre ligera, graciosa, esbelta, gallarda.

Yo siempre la veo con respeto y con profunda admiracion.

Los vecinos de la aldea la veian simplemente con asombro y curiosidad, porque para ellos, eso de rodar tantos coches sin el concurso de unos cuantos bueyes, ó mulas, ó siquiera jumentos, era cosa por de más extraña é inverisímil, y por más vueltas que le daban al asunto, no podian ellos calcular cómo podía andar una fila de coches movida sólo por agua caliente, toda vez que ellos no habian visto nunca que en su casa echase á correr ningun puchero, por mucha agua caliente que le echaran, pues todo lo más que hacia el puchero era reventar como un triquitraque.

Ordinariamente, aunque en la próximidad de la aldea habia estacion del ferro-carril, pocas veces ó ninguna paraba allí el tren, y esta fué la causa de la muerte del buey, porque casi nunca habia allí ni viajeros, ni mercancías, ni cosa que lo valiera, como que de la gente de aquel lugar únicamente el tío Dedo se permitia *tomar el tren* alguna rara vez, que los demas no tenian para qué salir de allí, ni curiosidad tampoco de ver el mundo.

En el mundo no habia destino más descansado que el de jefe de estacion en la que llevaba el nombre de la miserable aldea, patria del buey de la tia Torda y de la mujer del tío Dedo.

No despachaba un billete en meses enteros, ni re-

cibia una mercancía, y el año que más viajeros hubo y más equipajes, solamente de exceso de equipaje ganó la empresa en aquella estacion dos reales, amen de veintisiete, importe de los asientos de los viajeros. Así es que al fin y al cabo, la empresa, en vista de la notoria utilidad que le producía constantemente aquella estacion, la suprimió poco despues, sacando de allí al pobre jefe de ella, que ya desconocia á los hombres, sus hermanos, y no se atrevia á hablarles por temor de que hubiesen mudado de lenguaje. y al ver una mujer le dió un desmayo, creyendo que estaba viendo al enemigo, pues el infeliz ni sabia que habia mujeres en el mundo, y sólo conservaba de ellas así como una remota idea, y ésta no debia ser muy favorable.

Pues, señor, aquel dia, por caso raro, paró el tren en aquella famosa estacion, y salió de ella el jefe, hombre venerable, con unas barbas como un capuchino, en fin, un verdadero ermitaño, que tal le habia puesto su aislamiento en una estacion tan abandonada de los hombres.

Aquella parada no sorprendió ménos al jefe de la estacion que á los vecinos de la aldea, congregados en aquel sitio por la circunstancia que ya sabe el lector.

Paró el tren, como digo, y del tren bajó un caballero, con su saco de noche, su cartera, etc., etc.

Este caballero era,—y ya era hora,—el hijo del sacristan.

—¿Y quién es el hijo del sacristan? preguntará el

lector, cansado acaso ya al llegar á estas líneas.

Pero el lector habrá de tener un poco de paciencia, cualidad preciosa en todo aficionado á novelas, y que las personas que ocupan una parte de su tiempo en la lectura de las modernas tienen muy acreditada, porque si no, no tendrían tantos lectores ciertas novelas que por ahí andan, y que, al decir de las gentes del oficio, hacen la fortuna de los editores.

Pero callo en este punto, que no está bien que yo, novelista también, el último y el peor de todos, me ponga á criticar á mis compañeros, por más que sea condición humana que el que ejerce una profesión, cualquiera que sea, haya de mirar de reojo á los que, ejerciendo la misma, buscan igual modo de vivir.

Pues, señor, el hijo del sacristan era hijo de un sacristan, lo cual, aunque parezca una verdad de Pero Grullo, filósofo famosísimo, más célebre que todos los sabios del mundo, no lo es, porque bien pudiera ser hijo de otro y haberlo adoptado como suyo un sacristan, ocultando así un misterio de suma importancia para la trama del cuento, accidente muy comun en las novelas, porque siempre da mayor interés á la narración eso de que los personajes no sean lo que parecen, y el hijo del carbonero, pongo por caso, resulte hijo de una princesa desgraciada y de un paje paja larga, que á su vez salga luego con que debe el sér á otro príncipe más principal todavía que la princesa.

Pero vuelvo al hijo del sacristan.

El hijo del sacristan era un caballero.

A lo ménos, parecia un caballero.

Con su levita gris, su sombrerito de camino, sus botas lustrosas, y con todo lo demas que lleva un viajero decente, el hijo del sacristan, así podia ser hijo de un modesto dependiente de la Iglesia, como de un ministro de la Corona.

El traje nos iguala á todos, aunque mucho más nos iguala la carencia de todo traje.

Pónganme Vds. en cuerecitos vivos á un marqués y á un zapatero, y verán cómo los dos son igualmente distinguidos.

El hijo del sacristan era un hombre muy regular en cuanto á lo físico: no era un hombre guapo, cualidad nada envidiable por cierto, porque siempre se ha dicho que los guapos son los toros; pero tampoco era un hombre feo, de esos que se consuelan con el dicho vulgar de que el hombre, como el oso, cuanto más feo más hermoso.

Mi héroe, como dicen los novelistas, aunque no haya entre los personajes de sus novelas ningun héroe, no presentó al jefe de la estacion el talon del equipaje, señal inequívoca de que todo lo llevaba consigo, como el estudiante, y únicamente le entregó el billete que le dió derecho al asiento de primera clase.

Dió el billete y se adelantó bravamente por entre los vecinos de la aldea, que le abrieron paso formando dos filas, y mirándole con el asombro propio de la circunstancia.

El los miró tambien sonriendo y como satisfecho,

como si su alma sintiese júbilo al hallarse de nuevo entre aquella buena gente.

Buena gente, según y conforme, porque también entre aquella buena gente la había bastante mala, capaz de jugar una partida serrana á cualquiera.

Y avanzó el hijo del sacristan hácia la aldea, y naturalmente le siguió, dándole escolta, toda la gente reunida momentos ántes en la estacion.

Y al llegar á un sitio donde se alzaba una tosca cruz de piedra, que señalaba á los vivos el lugar destinado á los muertos, que allí tenía la apariéncia de un corral, es decir, cuatro tapias bajas, no muy segura alguna, se descubrió el viajero y se hincó de rodillas delante de aquella cruz tosca, pero imponente, más imponente que los suntuosos mausoleos y los magníficos pórticos de los cementerios de la ciudad.

La gente del pueblo quedó estática y suspensa al ver la acción piadosa del viajero, y todos, como movidos por un resorte, se hincaron de rodillas á alguna distancia del hijo del sacristan, y no sé si oraron, como oró el que de tal manera excitaba su curiosidad, pero sí debieron orar, porque en los pueblos no se ha perdido esta buena costumbre de rezar siempre que hay ocasión, práctica digna de todo encomio.

Terminada su oración, el viajero siguió por el camino adelanté hácia la aldea, seguido siempre de su escolta, y penetró en ella sin poder contener las lágrimas.

—Pues, señor, ¿quién será este hombre? decía el tío Dedo, á quien con el acontecimiento de la llegada

de aquel extraño personaje se le habia olvidado el chasco del buey y hasta los tres duros que en una moneda de oro y cuatro pesetas de cinco reales dejó sobre el poyo de la ventana á la tia Torda.

—¡A que es otro recaudador de contribuciones!... dijo el barbero, que tambien era sacristan á la sazón, y áun tenia sus puntas y ribetes de maestro de escuela y de profesor de veterinaria.

—*Chiquios*, dijo, oyendo la observacion del rasurador, un mozo como un trinquete, á quien recuerdo yo haber visto vendiendo melocotones en la renombrada y asquerosa feria de Madrid, pues *sus* digo que nos lucimos si nos quieren sacar otra contribucion. *Tó* nos lo han llevado ogaño, y las *cuaernas* que tenia yo ahí en eso *pa* mercar una saya en Zaragoza á la *hica*, se las llevó el *recaudaor*, que de mejor gana le hubiera dado... pero no hay que murmurar, que el que manda manda, y cuando nos piden tanto dinero será que haga falta.

—¿Qué *recaudaor* de contribuciones has visto tú que se ponga á rezar?... observó cuerdamente el barbero, que era un poco dado al epigrama.

—Y debe venir de Madrid.

—El pelaje no es de otra cosa, porque aquí no gastamos esos calzones tan largos, que se estropea tanto paño, ni llevamos esos *sombrericos*, que parecen. Dios me perdone, lo que no quiero nombrar.

—Oye, tú, ¿será el *diputao*?...

—*Mia* tú, pues *mia* que *pué* que lo aciertes, porque él tiene así buena traza, y dicen que nuestro *diputao*

es un buen mozo, mejorando lo presente, que hace raya en Madrid, y el cura, que le conoce, dice que es hombre muy religioso, y que por eso allí le llaman *feo*...

—Calla, bárbaro: ¿porque es religioso le han de llamar *feo*?...

—Pues será que le llamen *reo*...

—Calla, que estás en pecado mortal; *reo* es, pongo por caso, el que hace un delito, observó el ilustrado sacristan.

—Pues ello es cosa así como *reo* ó *ateo*.

—Endemoniado estás, por lo que veo, volvió á observar el barberc: *ateo* no puede ser, porque eso es así como cosa de hereje. ¡Cómo se conoce que no vas á oír el sermón los domingos!... Pues verás cómo se lo digo al señor cura, y el domingo que viene te llama y te pone colorado.

—¡Ah! ya caigo, le llaman *neo*.

—Eso, eso, *neo*.

—¿Y qué es *neo*, señor sacristan?...

—¡Hombre! no lo explican los libros que yo he leído, ni habla de eso ningún autor de los que tiene el señor cura en el armario, que me divierto en leerlos cuando no tengo que hacer; pero *neo*, por lo que he oído, es un hombre que quiere que todo el mundo haga lo que á él le dé la gana.

—Eso es ser *asoluto*, dijo al oír la luminosa explicación del sacristan un anciano, que, terminado el absolutismo en España, se retiró á aquella aldea, donde habia nacido, con tres ó cuatro heridas que re-

cibió en la corte, y convencido de que España se perdía sin remedio entrando en el camino de la libertad y relegando al olvido aquella famosa canción de

*Vivan las caenas
y muera la nación.*

—Entonces es lo que V. dice que es V., tío Vencejo.

—Y á mucha honra: *asoluto* nació, *asoluto* he vivido y *asoluto* he de morir.

—Pues cuando le dieron á V. la *asoluta*, maldito si le dieron un pedazo de tierra para que le entierren.

—Es que me la dieron los pícaros *negros*.

—¿Y qué gana V. con ser *asoluto*?

—¿Qué? que no sufro ancas de nadie, y al que se me pone por delante le atizo un palo que le deslomo.

Y era verdad, que el viejo tenía fama en la comarca por haber deslomado á más de cuatro, especialmente á todos los novios de su hija, á la que no le consentía novio, porque la destinaba al claustro, destino que le dió efectivamente, llevándola años ántes á Zaragoza, donde, gracias al valimiento de una familia pudiente, tomó el hábito de religiosa, y el padre se volvió tan satisfecho á su aldea, á vivir solo como un hongo, y á morir solo, que es mucho peor que vivir solo.

—Pues lo que yo *igo*, dijo un animal muy grande, es que ese hombre no viene á cosa buena.

—¿Qué sabes tú, bruto?

—Siempre que viene aquí uno de levita nos sucede algún trabajo.

—Oye tú: ¿si vendrá á embargar al tío Trampa, que ha comprado un cortijo de bienes nacionales y no lo ha pagado todavía?

—Ya quisieras tú tener las onzas que tiene enteradas el tío Trampa, que dejó su mujer una olla tan alta así llenecita de oro *físico*.

Y á todo esto el viajero recorría las calles del pueblo, que no eran calles ni ménos pensarlo, y se detenía delante de todas las casas, casas por mal nombre, como si estuviera allí gozando en reunir recuerdos gratos, porque de cuando en cuando se llevaba el pañuelo á los ojos, sin duda para enjugarse las lágrimas.

Y seguían los comentarios de aquellos mostrencos, y todas las mozas de la aldea estaban en las puertas de sus casas respectivas, admiradas de ver á aquel hombre tan gallardo y bien parecido; y aunque ya no era ningun niño, de mejor gana le hubieran tomado por marido á él que á ninguno de los mozos en estado de merecer, que, sin ofender á nadie, eran todos un poco arrimados á la cola, á pesar de la brillante educacion que les daba en sus ratos perdidos el profesor de veterinaria, cuya veterinaria se reducía á poner de mes á mes un par de herraduras á un potro que tenía el cura, comprado en Zaragoza á un tratante de caballos para los toros, con lo cual quedará persuadido el lector de que el jaco era tocayo de una famosa cantante que hizo las delicias de los *dilettanti* en el teatro Real; es decir, un *penco* hecho y derecho, ó, mejor dicho, torcido, pues estaba der-

rengado y tenía una mano más corta que la otra, de tanto como el pobre animal había andado en malos pasos.

Ya había recorrido el viajero todas las calles del pueblo, deteniéndose enfrente de muchas casas, cuando llegó á un sitio en el que había, ó, mejor dicho, habría habido, una casa, pues de ésta no quedaban más que tres paredes, que ya debían estar derribadas, si en aquella aldea hubiese habido alguna vez noticia de lo que se entiende por ornato público.

Largo rato se detuvo delante de aquellas ruinas el viajero, como si allí estuvieran sus recuerdos, y al fin, volviéndose al grupo de vecinos honrados que le seguía, curioso de saber quién era y á qué iba allí aquel hombre, y encarándose con uno de aquellos, le preguntó:

—Caballero, ¿murió?...

Y apenas oyó decir *caballero*, el sacristan veterinario se adelantó, dió un pescozon al bárbaro á quien había interpelado el desconocido, y con la gorra en la mano, que era un solideo con visera de quita y pon, enderezó al viajero la siguiente arenga:

—Caballero, aquí no hay más caballero que yo, — no estando presente el señor cura, — y si V. E. tiene algo que mandar...

—Deje V. el tratamiento, buen hombre, dijo el desconocido, sin sorpresa por oír que le daban excelencia, y como quien á la excelencia está acostumbrado.

El sacristan frunció el ceño al oírse llamar buen

hombres y ya perdió mucho en su concepto el viajero con haberse permitido tan inconveniente calificación.

—Dígame V., amigo, esta casa...

—Y se desarrugó el ceño del sacristan al oirse llamar *amigo*, y contestó bárbaramente, á pesar de toda su veterinaria:

—¿Cuál casa?

—Esta, repuso el viajero, señalando á la casa en ruinas.

—Esa no es casa, contestó el sacristan: hace dos años estuvo lloviendo todo el invierno, y poco á poco se fué desmoronando la casa, y ahí la tiene V., que si el alcalde no fuera tan terco, ya la hubiera yo arreglado, poniéndole un cobertizo, y me serviría para encerrar cuatro cochinos que tengo, con perdon de V. S., y en buen hora lo diga.

—Pero aquí vivía...

—Sí, la tia Torda, una buena mujer, que todos la queremos aquí, y ayer le ha sucedido una desgracia.

—¿Cómo?

—Sí, señor, se le ha muerto...

—¿Quién?...

—Un buey, que era un animal, mejorando lo presente, y sin ofender á nadie, que no habia otro como él.

—¡Ah! exclamó el viajero con un suspiro, como si creyendo recibir una mala noticia, la que le acababan de dar le fuese completamente indiferente.

—Y á todo esto, los vecinos de la aldea con la boca

abierta, mirando al sacristan y al misterioso personaje.

—Y esa señora, ¿dónde vive ahora?

—Mire S. E., vive allá abajo, como quien se tira por el lavadero, echándose á la derecha, una casa que está junto al almacen de vino del tio Chinarro... pero si su mercé quiere, yo mismo le acompañaré... ¡Eh! dijo, dirigiéndose á sus convecinos, ¿qué teneis que hacer aquí?... El señor es un amigo mio, y... sois lo más curiosos... *Retiraisus* en buen orden.

Y echó á andar, seguido del viajero y de todos los bobalicones de la aldea, que así hicieron caso de lo que les dijo el profesor de veterinaria como si no les hubiese dicho nada.

Muy conmovido iba el viajero, camino de la casa donde vivia la pobre tia Torda, y donde estaba, que la podian ahogar con un cabello, no consolada todavía de la desastrosa muerte del desgraciado buey, aplastado por la locomotora.

IV

La tia Torda acaba de padecer.

Llegaron el viajero, su guia y su séquito á la casa de la tia Torda, y el sacristan se adelantó cautelosamente, de acuerdo sin duda con el desconocido, levantó el picaporte de la puerta, y entró, dejándola entreabierta.

—Buenos dias: la paz de Dios sea en esta casa, dijo á la pobre anciana.

—Con El vengas, Higinio, dijo ésta, levantando la cabeza y con una voz triste y apagada.

—Vaya, ¡qué diablos! ¿para cuándo es la entereza?... dijo el sacristan, viendo el angustioso estado en que se hallaba la venerable vieja... Ya tendrá V., si Dios quiere, otro buey, que tras un tiempo viene otro, y Dios mejora sus horas.

La vieja movió tristemente la cabeza, como quien

no fia mucho en el supremo consuelo de todos los afligidos, que es, segun todos los autores, la esperanza, y el sacristan continuó:

—Calle V., señora,---aunque la pobre no habia hablado una palabra,---que puede que á estas horas Dios le haya enviado ya el remedio de todos los males.

—El remedio de mis males seria la muerte, contestó la anciana, si no quedara sola en el mundo esta niña, esta pobrecita, que no tiene culpa de haber nacido, y que acaso está destinada á ser tan desgraciada como su pobre madre, la hija de mi corazon, á quien Dios habrá perdonado.

Y rompió á llorar la infeliz, como si hubiera evocado la memoria más triste de toda su vida.

Las palabras del sacristan no produjeron en la vieja el efecto esperado. La pobre estaba tan desencañada y desesperanzada del mundo, que ya no habia amistad que la consolara, ni soñaba ventura alguna, ni tenia fe más que en la misericordia de Dios, que en la otra vida le tendria en cuenta las amarguras que habia sufrido en esta.

—Pues sí, señora, añadió el sacristan, yo sé que va V. á tener una visita, y que hay quien se interesa mucho por V.

—Buenas almas hay todavía en el mundo, observó humildemente la anciana; pero á mí, ¿qué remedio me han de dar?... ¿Me darán mi hija?... ¿Me darán la felicidad para mi nieta, para mi amor y mi tesoro?... Por mí nada necesito, nada quiero; pero ella...

¡pobrecita mía!... sola en el mundo... sin su madre, sin su abuela...

—Me parece que está V. ofendiendo á Dios.

—¡Oh! no, Dios sabe que nunca quiero ofenderle, que en El sólo espero, que todos los días le rezo por el alma de aquella pobre hija mía, que era mi consuelo, mi esperanza, mi alegría, mi vida entera.

—Pues mire V., ahora poco, cuando hemos ido todos los del pueblo á ver al buey, hemos visto á un caballero, á una persona de forma, y que no debe ser ningun *quidam*, como dice el señor cura, y ese caballero parece que viene expresamente á verla á V., y en fin, él la verá y V. le dirá, que yo ni entro ni salgo... y me lavo las manos; pero, como es amigo mío, me he brindado á servirle de... como si dijéramos, de *entrépete*...

—¿Es amigo tuyo? ¿Y quién es?...

—El caso es que no lo sé, porque él es un caballero muy reservado, y á nadie se franquea.

—Pero ¿desde cuándo le conoces?...

—Desde ahora.

—¿Y ya es amigo tuyo?

—Como sabe V. que yo tengo este don de gentes, que todo el mundo me quiere... por eso... En fin, él está á la puerta, y si V. quiere que pase...

—Sí, que pase, yo no tengo por qué ocultarme de nadie...

—Que pase S. E., salió diciendo el sacristan al viajero.

Y éste entró en la humilde vivienda de la tia Tor-

da, y detras el sacristan, y como la puerta quedó abierta, á la puerta se agruparon todos los zánganos del pueblo, y no pocas mujeres, que habian dejado en casa á sus hijos desgañitándose por la falta de teta.

En la casa de la pobre vieja habia poca luz y la vieja tenia poca vista.

Entró el viajero, y la vieja levantó la cabeza y fijó sus apagados ojos en él, pero seguramente no distinguia sus facciones.

El viajero estaba tan conmovido, que no pudo articular una palabra, y hubo allí una escena muda que hizo abrir enormemente la boca á todos los testigos, escena que en una zarzuela hubiese dado ocasion á un coro, en el cual treinta ó cuarenta personas estarían un cuarto de hora cantando una misma cosa; por ejemplo:

Mudo ha quedado

el buen señor.

Es muy extraña

la situacion.

Mudo ha quedado

el buen señor.

El sacristan fué el primero que rompió la armonía de aquella escena, y dijo al caballero:

—Esta señora es la señora doña Venancia Canilla, por mal nombre la tia Torda.

Y á esta pobre le dijo:

—Este caballero es el caballero mi amigo, D... en fin, es el amigo mio de quien he hablado á V...

—¿Y qué quiere? preguntó la tia Torda, miéntras acariciaba á la pobre Andrea, su nieta, que acababa de despertarse, y que estaba con la cabeza echada sobre las rodillas de la abuela.

La pobre niña se habia dormido.

—Dice la señora, dijo el sacristan al viajero, que qué quiere V...

—Lo que quiero es su perdon, dijo el viajero arrojándose bruscamente á los piés de la vieja.

La niña se despertó asustada, y la abuela fijó sus ojos, ó, mejor dicho, los clavó en el semblante del que le demandaba perdon, y por un movimiento instintivo retiró la mano que el caballero queria besar.

—¡Perdon! repitió el Excelentísimo señor amigo del sacristan veterinario.

Y entónces la vieja se levantó, y extendiendo sus manos con los dedos crispados, y fijando la mirada profunda y airada en el desconocido, gritó en un supremo esfuerzo:

—¡Ah! ¡eres tú!... ¡Tú!... ¡Infa!...

Y no acabó la frase, porque cayó desplomada sobre el pavimento.

Y para que el lector no esté con cuidado, le diré que en aquel grito exhaló toda su fuerza vital la tia Torda. Cuando la levantaron estaba muerta.

El horrible sacudimiento que sufrió aquella gastada naturaleza, le habia arrebatado la poquita vida que le quedaba.

Andrea, la pobre niña, al ver á su abuela inmó-

vil, tiesa, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos todavía como cuando los clavó airada en el semblante del viajero, lanzó un grito desgarrador y rompió en sollozos que partían el corazón de toda aquella gente, que participaba también de la pena que causaba á la nieta la muerte de su abuela, porque la viejecita era muy querida en la aldea, como que era la buena mujer un ángel en la tierra, que nunca había hecho daño á nadie, sino todo el bien que había podido, aunque la pobre era grandemente pobre; pero no hace bien solamente el que da socorros pecuniarios, que también lo hace el que da consuelos y buenos consejos.

Y era fama que de casa de la tía Torda siempre había salido consolado el que fuera á contarle sus cuitas.

Y luego, interesaba profundamente á todos aquel amor entrañable, lleno de abnegación y sacrificios, que tenía á la pobre niña sin madre.

Así es que, pasado el primer momento de asombro, que siempre asombra y espanta una muerte repentina, y el hombre más soberbio en presencia de esta tremenda prueba del poder de la Omnipotencia se siente sobrecogido y anonadado, todas las mujeres rompieron á llorar, y todos los hombres clavaron instintivamente la mirada en el viajero, que como un reo confeso de un gran crimen, estaba allí inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin atreverse á alzar los ojos, sin rezar, sin llorar.

Era, por fin, aquel un hombre que no tenía conciencia de lo que le pasaba.

La gente del pueblo le miraba ya con prevención, casi con odio, y su *amigo* el sacristan veterinario empezaba á escamarse, como han dado en decir ahora los escritores satíricos, de los cuales ha caido una nube sobre esta bendita tierra.

El número de los graciosos aumenta considerablemente cada dia. Esta es una generacion llena de gracia y sal y pimienta.

El sacristan fué el primero en pensar que allí habia que hacer algo más que afligirse y estar mirando el cadáver de la anciana, y envió un pelon á buscar al señor cura, para que recomendase á Dios el alma de la difunta, y á un zagalon, con unas zancas muy largas, capaz de correr con ventaja al lado del potro más corredor, le despachó al pueblo inmediato, con recado para que viniera el médico, por si acaso la difunta no estaba difunta.

Entre tanto, llevaron los vecinos vinagre y se lo aplicaron á las narices á la difunta, y otra vecina, la más forzada de la asamblea, le dió unas friegas que, aunque la infeliz estaba bien muerta, no sé cómo no la hicieron volver á la vida, y otra la pinchó en la mano con un alfiler, y en fin, entre todos los presentes hicieron todo lo posible para que la tia Torda se arrepintiese de haber muerto y resucitara siquiera para dar gracias por el interes que inspiraba.

Pero la desdichada vieja no se movió, no se despertó del eterno sueño, ni siquiera oyendo los desgarradores sollozos de su nieta, que habia sido todo su tesoro, todo su amor.

Llegó el señor cura, y todos le abrieron paso; que en aquella aldea todos tenían muchísimo respeto y mucho amor al ministro de Dios, al que tantos años hacia recibía en la pila bautismal á sus feligreses, y no los abandonaba nunca hasta que los dejaba cubiertos con la tierra húmeda del cementerio.

Era un buen sacerdote, humilde, sabio, amigo de todos, persuasivo, conciliador, de costumbres ejemplares, caritativo y celoso de su alto y sagrado ministerio.

El respetable cura descubrió su venerable cabeza en presencia de la muerte, se arrodilló al lado del cadáver, lo bendijo, y oró con fervor y con humildad.

Y todos callaron, y todos se arrodillaron.

Y el viajero, inmóvil, aterrado ante la solemne grandeza de aquella imponente escena.

Y la niña Andrea, el consuelo de la pobre anciana, arrodillada allí junto á su abuela, lloraba amargamente, pero en silencio, por respeto al señor cura, á quien no quería interrumpir en su fervorosa oración.

Después de rezar el sacerdote, preguntó cómo había sido aquello, y entre todos le contaron lo sucedido, interrumpiendo á todos muchas veces el sacristán, que era el que se preciaba de saber mejor todas las circunstancias que habían precedido á la inesperada muerte de la anciana.

El anciano sacerdote volvió la vista con extrañeza hácia el desconocido, y éste se avergonzó ostensiblemente.

—Padre, le dijo balbuceando y lleno de vergüenza, tengo que hablar con V.

—Todo el día me tienen todos á su disposición, contestó el cura, en el confesonario por la mañana, y en mi casa por la tarde.

—Hoy mismo veré á V. en su casa.

Y en esto llegó el profesor de medicina y cirugía, que se acercó valientemente al cadáver, y después de reconocerlo, declaró en tono de suficiencia que la difunta estaba muerta, cosa que todos los presentes sabían ántes de que él lo dijera.

Preguntado que fué sobre las causas de la muerte repentina, declaró que la muerte había sido producida por haberse paralizado la circulación de la sangre y haber cesado de latir el corazón, y concluyó diciendo científicamente que la anciana, cuyo cadáver estaba presente, había muerto á consecuencia de la rotura de un vaso, explicación que no satisfizo mucho á los presentes, toda vez que sabían que la tía Torda no tenía vaso alguno, sino simplemente un jarrito, roto por más señas. Solamente el veterinario, para mostrar su ciencia junto á la ciencia del profesor de medicina, dijo con aire de suficiencia:

—Ya lo había presumido yo, y más de una vez advertí á la difunta que se cuidara mucho los vasos, porque esa era la parte flaca de la abuela.

El médico se sonrió con la sonrisa amarga y un tanto escéptica de los médicos, de esos héroes muchas veces ignorados, que siempre están riñendo batallas con el peor enemigo, con la muerte.

Ya sabia él los puntos de ciencia que calzaba el sacristan veterinario.

El cura, D. Benigno, que no hay por qué se oculte su nombre, nombre que le venia de perlas, porque era el buen hombre la suma bondad, se acercó á la niña y emprendió la buena obra de consolarla, tarea de que nadie podia encargarse mejor, porque Andrea le amaba mucho, de él habia aprendido la doctrina cristiana, y estaba acostumbrada á oír la dulcísima amorosa palabra del anciano sacerdote, como si fuera la del mismo Dios.

La niña se deshacia en llanto, y era aquel demasiado dolor para una pobre criatura; le ahogaban los sollozos, y ya no podia ni respirar siquiera.

El cura la tomó de la mano, y dulce, suavemente, acariciándola, asegurándola que no quedaba sola en el mundo, la arrancó de aquella triste estancia, y la sacó á la calle.

Y ella obedeció al señor cura, porque su abuela le habia dicho que debia obediencia y amor á aquel venerable anciano, y en pos del cura y la niña salió de la casa de la difunta el misterioso viajero, que todavía no sabe el lector, ni cómo se llama, ni qué oficio tiene, ni qué se le habia perdido en aquella aldea.

Tenga paciencia el lector, y no quiera que se le digan todas las cosas de una vez, porque entónces, adios novela. Hemos convenido en que el lector de novelas ha de tener muchísima paciencia, y á mí se me ha antojado poner á prueba la de los que quieran seguir el hilo de esta narracion. Además, la compa-

ña del lector me es muy agradable, y no tiene nada de particular que procure honrarme con ella todo el más tiempo que me sea posible.

El viajero salió detras del cura, y llegándose á éste, no sé lo que le dijo en tono misterioso, que el bueno del clérigo le miró muy espantado, y le dijo:

—¡Usted!...

—Sí, padre, repuso el viajero, como si le estuvieran preguntando la doctrina.

—Entónces, añadió el padre, todavía no repuesto de su asombro, tú... ¡tú eres el hijo del sacristan!...

—Yo soy, contestó humillado el misterioso personaje.

—¿Qué demonio de sacristan seria el padre de este hombre? preguntará cualquiera.

Lo único que puedo hacer para entretener la curiosidad del lector, si es que esta obrilla se la inspira, es decir que, en efecto, el sacristan padre del hijo del sacristan era el mismísimo demonio, y Dios habrá sido con él muy misericordioso si no está á estas horas el tal individuo ardiendo en los profundos infiernos.

Y ahora vamos, lector amigo, á disponer el entierro de la tia Torda, que no porque sea una pobre me desdeño yo de acompañarla hasta la última morada, pequeño tributo que debo consagrar á sus virtudes y á su infortunio, que tan grande habia sido, que bien puede decirse que Dios le hizo un gran favor con despenarla y llevársela á su lado.

Antes de proceder el entierro de la difunta, era

preciso vestirla, siguiendo la costumbre, y no por otra cosa, porque verdaderamente un muerto lo que ménos necesita es ropa con que le entierren.

En la aldea habia su amortajadora de aficion, á la que se volvieron todos los ojos cuando se trató de vestir decentemente á la tia Torda. Parece como que la gente cree que en el otro mundo es el vestido una preocupacion tan general como en éste.

La pobre vieja no tenia más vestido que el puesto, y lo mejor hubiera sido enterrarla tal como estaba; pero no, señor: esa era una infraccion notoria de los usos y costumbres de la aldea, y hubiera habido para hablar dos años si la tia Torda, una persona á quien tanto querian aquellos honrados vecinos, hubiese ido á la tierra sin amortajar siquiera.

La mujer del tio Ganga, por mal nombre, llamado así porque era el hombre más desgraciado del mundo, no siendo su desgracia menor la de tener la mujer que tenia, que ya hubiera dado él alguna cosa, si la hubiese tenido, por quedarse sin ella, fué la que cogió por su cuenta á la tia Torda, la desnudó y la volvió á vestir, poniéndole unas medias que dió la mujer del tio Dedo, una enagua que facilitó un viudo que aún conservaba algunas prendas de la que fué su compañera, y una saya negra de bayeta, facilitada por el mismo bienhechor, y el pecho se lo cubrió la distinguida artista al cadáver con un pañuelo blanco, facilitado por una que habia sido lavandera en Zaragoza y tenia muchas prendas de ropa perdidas por sus dueños.

Después que la hubo vestido, la mujer del tío Ganga lavó la cara á la tía Torda, y la peinó, haciéndole su raya y su moño, y todo, y en fin, dejándola que daba gusto verla; y si ella se hubiera visto amortaljada, es seguro que se habría parecido muy bien.

El sacristan hizo otro regalo á la pobre vieja, desprendiéndose, en obsequio suyo, de una bula que tenía algunos años hacia, cuya bula colocó la amortajadora sobre el pecho del cadáver, y luego le cruzó las manos sobre la bula.

Tendida sobre una manta en el santo suelo, esperó la tía Torda que la llevasen á enterrar, y los vecinos trajeron luces con que alumbrar el cadáver, y en todo el día dejó de haber quien rezara por el alma de la difunta.

Toda la noche estuvo el cadáver acompañado, y la pobre abuela hubiese tenido una verdadera satisfacción si hubiera podido ver con qué piadoso afán se disputaban las vecinas el honor de velar sus restos; durante toda la noche estuvieron entrando y saliendo en la casa mortuoria, rezando *Padrenuestros* y *Ave-marias* por el alma de la difunta, aunque ya presumían aquellas buenas gentes que el alma de aquella difunta había entrado en el cielo sin recomendación alguna, toda vez que la tía Torda fué toda su vida una buena mujer, amante y temerosa de Dios, que nunca hizo daño al prójimo, y que había sufrido, por el contrario, rudos golpes, y en todas sus tribulaciones había puesto en Dios el pensamiento, entregándose á su infinita misericordia.

A las cinco de la mañana siguiente, el sacristan se dirigió á un cuarto oscuro que habia en la iglesia, y que era la subida al campanario, y desde donde se tiraba de las cuerdas que ponian en movimiento las campanas todos los dias, para tocar á misa, al rosario, á la doctrina, etc., etc., que los dias de gran solemnidad se prescindia de las cuerdas y se echaban las campanas á vuelo, y en este vuelo solia tambien volar algun muchacho, que iba desde el campanario á estrellarse en el santo suelo.

Pues en aquel cuarto oscuro, y húmedo y sombrío, habia, ademas de las cuerdas de las campanas, un ataúd, propiedad particular de la iglesia, y en el cual era conducido al cementerio todo vecino ó vecina que tenia la desgraciada ocurrencia de morir. Este ataúd fué donacion piadosa de una vecina bienhechora, que tuvo el honor y la suerte de estrenar la caja que regalaba á sus convecinos.

El sacristan sacó la caja del rincon donde se hallaba, le sacudió el polvo amorosamente, y hasta con un poco de pan mascado, por no tener otra cosa á mano, le pegó algunos trozos de galon que estaban despegados y roídos de ratones, y encargó á dos peones que servian el honorífico y gratuito cargo de monaguillos, llevaran la caja á casa de la difunta, con objeto de que en el ataúd fuese llevado el cadáver á la tierra.

Y en efecto, á la hora señalada, todos los vecinos de la aldea se reunieron á la puerta de la casa mortuoria, y allí esperaron la llegada del señor cura,

que habia de presidir el entierro, y cuando llegó se dispuso dar principio á la triste ceremonia. La caja donde se colocó el cadáver era llevada por seis mujeres de la aldea, con sus vestidos y sus pañolitos negros, y rodeándola iban todas las demas, con sus maridos y sus hijos, y detras el señor cura, rezando las oraciones de la Iglesia, y á respetuosa distancia iba el viajero que, segun todas las señales, habia causado con su presencia la muerte súbita de la tia Torda.

Desde la casa mortuoria se encaminó el fúnebre cortejo á la iglesia, y allí, colocado el ataúd descubierto enfrente del altar, celebró una misa el señor cura, que todos los presentes oyeron con suma devoción, ofreciéndola en sufragio de aquella alma buena, que seguramente estaria ya en presencia de Dios recibiendo el premio de sus virtudes en la tierra.

Tambien el viajero oyó devotamente la misa, aunque por su torpeza en persignarse á tiempo y otras señales, podia adivinarse, sin ser muy perspicaz, que hacia largo tiempo que el hombre habia perdido la buena costumbre de oír misa.

Terminado que fué el santo sacrificio, y despues que el sacerdote bendijo el cadáver y lo roció de agua bendita, volvieron á coger las mujeres el ataúd, y toda la comitiva se dirigió al cementerio.

En la aldea no habia sepulturero, porque, francamente, el oficio no hubiera sido allí de los más socorridos; pero en los casos necesarios siempre habia alguno que por pura aficion y desinteresadamente se

prestase á cavar la fosa y á cubrir luego de húmeda tierra el cuerpo que la ocupase.

Así es que, cuando llegó el entierro, ya tenía la tía Torda preparada su habitación, y despues que el señor cura rezó las últimas oraciones por el alma huida de aquel cuerpo, sacaron éste de la caja, y suavemente, como si temieran causarle daño, lo depositaron en la fosa las mujeres, para que manos de hombre no lo profanasen. Allí fueron los sollozos y lamentos de las personas que más amistad habían tenido con la tía Torda y más ocasiones de conocer sus grandes virtudes y su generoso corazón. Y también el viajero volvió á llorar y volvió á hincar la rodilla, y cuantos le miraban advertían que estaba tan pálido como el cadáver de la pobre tía Torda.

Un momento despues, llena de tierra la fosa, cubierto enteramente el cuerpo, todos volvían á la aldea, preocupados fuertemente con la imágen de la muerte que acababan de ver; que no hay espíritu tan fuerte, por fuerte que sea, que resista á la imponente impresion que produce la vista del cadáver de una persona con quien se ha vivido, con quien se ha llorado, de quien se han recibido consuelos y consejos, y á la que se ve por última vez, rígida, inmóvil, con los ojos cerrados para siempre y la boca contraída por una postrera sonrisa ó por un supremo dolor.

En silencio volvieron todos á la aldea, y ni áun el sacristan veterinario se atrevió á despegar los labios, aunque se le pasaban buenas ganas de hacer sus comentarios acerca del extraño personaje, en el que

ya veía el dignísimo funcionario algo sombrío y siniestro, y en esto no iba el buen hombre fuera de camino, y con mucho más fundamento hubiera mirado con prevención al forastero si hubiese sabido la historia de su vida pública y privada, que sabrá el lector recorriendo las páginas de esta novela.

V

El sacristan.

Ya recordará el lector, y por si no lo recuerda se lo recordaré yo, que el viajero, el día de la muerte de la tia Torda, pidió y obtuvo del señor cura una audiencia.

De lo que pasó aquella tarde en casa del señor cura, nada puede saber el lector, ni yo tampoco, porque el cura recibió la confesion del desconocido, y el secreto de la confesion es muy sagrado, y ni el señor cura lo habia de revelar, ni el lector ni yo somos tan despreocupados en este punto que vayamos á procurar averiguar lo que sólo el señor cura, en nombre de Dios, debe oír.

✓ Pero retrocedamos unos cuantos, bastantes, años, y poco á poco iremos sabiendo lo que el viajero incógnito pudo decir al cura en su confesion, sin que el digno ministro del altar cometa el gran pecado de divulgar secreto tan sagrado, y sin que mis lectores tengan el remordimiento de haber sabido cosa alguna por violacion de tan respetable secreto.

En cierta época, muy distante de la en que hemos dado el lector y yo comienzo á esta novela, y digo el lector y yo por cortesía, pero debiera decir yo y el lector, porque si yo no hubiese empezado á escribir la novela, de ningun modo hubiera podido el lector empezar á leerla, habia un sacristan en la aldea, que no era el sacristan veterinario y pedagogo que ya conoce el lector, sino otro sacristan, que era un grandísimo bribon, como se verá, que no soy capaz de llamar bribon á nadie sin prueba plena de que merece tal dictado y áun otro peor.

☉ Pues, señor, el sacristan, despues de correr mucho mundo, habia vuelto á su país y obtenido la plaza de sacristan, á la sazón vacante, y la mano de una muchacha del pueblo, no mal parecida, y que á poco de unirse en matrimonio con el sacristan empezó á enflaquecer y á ponerse tan triste, que decian por la aldea que, ó el sacristan tenia metidos los demonios en el cuerpo, y maltrataba á su mujer, ó le habia dado algun brebaje, cansado de ella, para que poquito á poco, pero ántes de lo regular, fuese camino del cementerio.

Preguntaban á la pobre mujer cuál era la razon

que tenia para irse poniendo transparente y tener aquel color amarillento, que le daba todo el aspecto de una desenterrada, y nadie pudo averiguar cosa alguna, ni lograr que acusara á su marido, de quien hacia los mayores elogios, pero de una manera que cualquiera hubiese creido que lo que aquella hembra tenia era un miedo extremado á su marido, lo cual explicaba los elogios que de él hacia, toda vez que el hombre hubiera sido capaz, si ella se hubiese permitido decir de él alguna picardía, de hacer con su mujer cualquier atropello.

El sacristan era un hombre muy misterioso y reservado, y, la verdad, no tenia grandes simpatías en la aldea, porque en los pueblos el que habla poco, el que no se rie de lo mismo que los demas, el que no cuenta lo suyo y lo ajeno, el que anda solo y nada pregunta y nada quiere saber, el que es, como se dice vulgarmente, *metido en sí*, inspira las mayores sospechas, y el mayor favor que se le puede hacer es creer que está malo, porque si no, se creerian de él los mayores horrores, desde el de que está poseido del demonio.

La gente de la aldea no iba del todo descaminada sospechando del sacristan algo malo; pero el hombre cumplia bien los deberes de su cargo; tenia la iglesia limpia, los santos limpios, ántes de amanecer ya estaba limpiándolos, y el señor cura, que era su jefe, no tenia queja ninguna de él en el desempeño de su cargo, y áun le agradaba no poco tener un sacristan aficionado de tal manera á la limpieza, y no sabia el

pobre sacerdote hasta qué extremo llevaba su dependiente la afición á la *limpieza*.

La sacristía le daba poco, muy poco, al sacristan, y no se le conocían otros bienes ni emolumentos, de manera que todo el mundo creía que el sacristan era más pobre que una rata; y lo que es como sacristan, era, en efecto, pobre, pero tenía otro oficio, ignorado de la gente de la aldea, que no dejaba de producirle buenos rendimientos.

Era el oficio del sacristan uno de aquellos en que más adelantos se han hecho, y en el cual, sin embargo, todavía no se ha llegado á la completa perfeccion, ni á poder eximirse de los peligros, sinsabores y contradicciones que trae consigo ese oficio, ilustrado por no pocos ingenios, como Candelas, Diego Corriente, los niños de Ecija y otros nenes por el estilo, personajes que luego ha popularizado la novela moderna, haciéndolos protagonistas ó héroes de narraciones interesantísimas, que cierto público lee con lamentable avidez.

Los periódicos, que de todo hablan, debieran emprender la buena obra de combatir esas novelas, consagradas á la vida y hechos de los foragidos, que si son perjudiciales los romances de ciego que tienen igual objeto, no sé si son todavía más perjudiciales las novelas, que, en mejor estilo y con más atractivo, impresionan muchísimo más, si el lector es, por su desgracia, hombre de poco entendimiento y malos instintos.

Ancho campo tiene el novelista, sin ocuparse en

relatar las *hazañas* de los facinerosos, para escribir libros amenos y verdaderamente útiles. En nuestras costumbres hay muchos vicios que combatir, muchas virtudes que enaltecer, y es muy de sentir que las plumas que en tan noble tarea debieran siempre emplearse, abandonen de vez en cuando este buen terreno y vayan á buscar héroes en los caminos, en los presidios y en los cadalsos.

Ya sabe el lector que el sacristan era un ladrón. Todas las noches, cuando no habia nadie fuera de su casa, cuando todos dormian, salia el hombre y echaba por aquellos caminos hasta llegar á un sitio donde tenia establecido su cuartel general, y donde le esperaba todo su estado mayor, compuesto de lo peor de cada pueblo de los inmediatos y de otros lejanos.

Y el desgraciado que acertaba á pasar por el sitio que habian elegido aquellos aficionados á lo ajeno por teatro de sus *hazañas*, tenia que dejar contra su voluntad, en manos de gente tan poco fiel y temerosa de Dios, todo cuanto llevaba; y como no todos tenian humor de dejarse robar buenamente, sucedió que hubo quien quiso defender su hacienda, aunque más le valiera no haberla defendido, toda vez que por defenderla perdía la vida en lucha desigual con aquellos desalmados.

Y buen cuidado tenian luego de ocultar el cadáver ó de llevarlo á sitio lejano, para que, al hallarlo, no se pudiera sospechar que el asesinato habia tenido lugar á media legua ó á una de distancia.

Antes que el alba comenzase á disipar las ti-

nieblas de la noche, cada mochuelo se iba á su olivo, despues de repartir lo *ganado*, cuya operacion dirigia el sacristan, como jefe reconocido que era de toda aquella genticilla tan dejada de la mano de Dios.

Y los arrieros y trajinantes caian que era un gusto para los ladrones, en las uñas de éstos, y todos los pueblos de donde procedian los agresores estaban grandemente preocupados con los repetidos robos y asesinatos que habia en las inmediaciones, haciendo mil cálculos sobre cuál seria la procedencia de los susodichos cacos, procedencia que ninguno queria hacer suya, porque en aquellos pueblos nunca habia habido ladrones, y todos los vecinos tenian fama de honrados.

Por una casualidad se habian reunido unos cuantos mozos listos, hipócritas como ellos solos, que de día cada uno ejercia su oficio como si tal cosa, y que sabian darse toda la apariencia de honradez y pobreza, con la que tenian completamente engañados á sus paisanos y amigos y á sus mismas familias.

La mujer de nuestro capitán de ladrones de noche, y sacristan de día, no tenia otro motivo de tristeza que haber sabido por su marido mismo la arrastrada profesion que éste ejercia, con ménos honra que provecho.

Merece contarse cómo averiguó la cuitada á qué clase de devociones se dedicaba de noche su marido.

La pobre mujer queria á su marido, y era grandemente celosa. Figúrense Vds. lo que sufriria la

sacristana cuando el sacristan salia por la noche, mandándola que se acostara y se durmiera y no tuviese cuidado por él.

—¿A dónde irá? se preguntaba; y como él le habia prohibido hablar á nadie de sus salidas nocturnas, la infeliz se consumia pensando, y sin poder tomar consejo de nadie, qué podria tener que hacer su marido por las noches.

Y una noche, que ya no pudo resistir más, se acostó ántes de que su marido saliese, y se durmió, es decir, fingió dormirse, y esperó que el sacristan saliera á la calle. No tardó mucho en salir, y entónces, vistiéndose la pobre mujer con ropa vieja y desechada de su marido,—que á tanto se atreve una mujer celosa,—salió tambien, y paso á paso, de puntillas y á favor de la oscuridad de la noche, siguió á su compañero. Y sin que éste notara que le seguian, salieron ambos, uno tras otro, de la aldea, y de buena gana se hubiera vuelto á su casa la esposa, que ya temblaba y preveía algo horrible; pero el demonio de los celos la empujaba detras del que ya juzgaba infiel esposo, distraido con alguna mal aconsejada mujer de otro pueblo.

Siguió andando el sacristan, y la sacristana detras, y así llegaron á la entrada de una selva, donde se detuvo él y se limpió ella con la manga del chaqueton el sudor que bañaba su rostro, y si no cayó allí redonda muerta de miedo, fué porque Dios le reservaba otro golpe más cruel todavia.

La noche era muy oscura.

El sacristan se detuvo.

La sacristana tambien, temblando y llena de angustia.

El sacristan silbó de una manera particular, y al momento salió de la selva otro hombre.

—Buenas noches.

—Buenas las tengas, Tullido, le contestó el sacristan: ¿habeis hecho algo?...

—Poca cosa... Un labrador de Calatorao que iba á Calatayud...

—¿Traia mucho?

—Cuatro onzas.

—¿Y las soltó de bien á bien?

—¡Tóma! él no queria, y al Manco le ha echado un ojo fuera de una puñada; pero como yo estaba cerca, y el hombre no se venia á razones... todo fué cosa de un momento... y cayó sin decir ¡Jesus!... Mala-sangre y Pocapena le han llevado como su madre le parió á meterle entre unos trigos muy altos que hay de aquí á una legua.

La sacristana oyó esta conversacion, y ya no tuvo duda de la honesta ocupacion de su marido; y aunque se le curaron los celos, otra herida más horrible se abrió en su corazon, herida de que habia al fin de morir, llena de vergüenza y traspasada de dolor, que en honor de la buena esposa debe decirse que no tenia instintos de ladrona ni podia avenirse á tener un asesino por marido, y desde aquella noche fatal tuvo aversion al que Dios le habia dado por compañero, y otro bien no pidió á la Divina misericordia que el de

que la separara pronto de aquel monstruo, sacándola de esta vida, tan triste para ella.

—Ademas de las cuatro onzas, dijo el Tullido, que era lástima no tuviera de tal más que el mote, en la faja traía el muerto, que en paz descanse, esta cartera, que te la he traído, porque como tú eres el único entre nosotros que entiende de letra... para que veas si en ella hay algo que pueda servir.

—Dame acá, y alumbra, dijo el bandolero mayor tomando la cartera.

Y en el mismo instante descubrió el Tullido, que en los infiernos se hallará á estas horas, la luz de una linterna que llevaba oculta.

La luz de la linterna iluminó completamente la figura de la sacristana, que estaba enfrente del Tullido, y éste exclamó:

—¡Allí hay un hombre!

Y abriendo cada uno de los ladrones una descomunal navaja, de un salto se pusieron al lado de la sacristana, y la arrastraron á la selva, más muerta que viva.

La mujer del capitán de bandoleros cayó, creyendo llegada su última hora, y el marido, al ir á cogerla para arrastrarla al interior del bosque, debió advertir que aquel hombre no era un hombre como los demas, y en efecto, nunca le convino tanto como en aquel duro trance haber nacido mujer.

Pero figúrese el lector cuál sería la sorpresa del endemoniado sacristán cuando, arrimando al rostro del que juzgaba espía la linterna del Tullido, hallóse

con que tenia en su presencia á su misma compañera, á su media naranja, á la madre de su hijo.

Echóse el trabuco á la cara, y ya iba á quedarse solo en el mundo, matando á la que habia tomado por compañera en su viaje de paso por la vida; pero el Tullido, que, aunque ladrón y asesino, conocia que su jefe iba á cometer un pecado demasiado gordo, aún para la conciencia de un facineroso, cogióle rápidamente el trabuco, y le preguntó lleno de espanto qué iba á hacer, por más que la pregunta fuese todo lo más excusada posible.

—Es verdad, dijo el grandísimo ladrón, no me conviene matar á esta mujer.

Esta frase puede dar al lector una idea de la conciencia del sacristan, á quien de poco le habia servido estar tan cerca de los santos.

Y despues de dar ciertas instrucciones al Tullido, su segundo, su teniente ó secretario, relativas sin duda á asuntos propios del servicio, cogió de un brazo á su mujer, y tomó el camino que habian llevado para llegar allí, y así volvió el matrimonio á la aldea, sin que nadie le viera ni pudiera figurarse que á tan altas y miedosas horas de la noche paseaba aquellos caminos el sacristan, que tan buena opinion gozaba, en compañía de un hombre, que era su mujer.

En todo el camino no dijeron ni palabra el sacristan y la sacristana.

En su casa ya fué otra cosa.

El marido llevó á la mujer al rincon más retirado de la vivienda, y la mujer, humillada, avergonzada,

anonadada con aquel golpe, con haber encontrado á su marido, al elegido de su corazón, al hombre que habia amado sobre todas las cosas de este mundo, dirigiendo una cuadrilla de ladrones y asesinos, se dejó caer sobre un sitial, se cubrió el rostro con las manos, y lloró con la desesperacion de quien para siempre ha perdido toda su felicidad, de quien ya no puede amar ni puede levantar los ojos del suelo para mirar tranquilamente á su compañero. Y la sacristana amaba á su marido, y habia estado celosa; y mejor hubiera querido hallarle en brazos de otra, mejor hubiese sufrido el desamor y el desden de su marido que la horrible pesadumbre de tener por dueño, por compañero de toda la vida á un ladron, un asesino, que volveria al hogar doméstico muchas veces con las manos salpicadas de la sangre de sus víctimas.

—¿Por qué me has seguido?... preguntó despues de algunos momentos el marido.

Y la mujer no contestó, porque no podia contestar, porque, ¿cómo le habia de contestar en aquel punto, en aquella situacion, cuando se habia convencido de que era su marido un miserable, cómo le habia de contestar que tenia celos, y que los celos la habian llevado tras él en aquella aciaga noche?

—Ya lo sabes, dijo el marido despues de esperar en vano la respuesta de su mujer, y comprendiendo aquel silencio; ya lo sabes: soy un ladron, soy un asesino, soy un miserable... lo soy hace mucho tiempo, lo era ántes de conocerte, ántes de venir á esta aldea, á donde vine huyendo de la justicia, que me

perseguía en la ciudad, y que me hubiera llevado á un patíbulo... Ahora no, ahora nadie me ve, nadie me puede delatar, y ya voy á dejar esta vida y vamos á huir, á huir léjos, tú, nuestro hijo y yo... Yo te quiero, siempre te he querido mucho, y ahora me horrorizo pensando que hace media hora he querido matarte, y te hubiera muerto, si el Tullido no lo hubiese evitado. Nunca le agradeceré bastante este favor que me ha hecho, porque... si te hubiese muerto, hubiera sido horrible mi remordimiento... Cuando vine á esta aldea, hice propósito de no robar, de no matar... Por eso, para cobrar fuerzas y persistir en ese propósito, admití el cargo que tengo en la iglesia... y allí, allí es donde me horroriza mi vida, donde veo levantarse la sombra de mis víctimas... y yo me hubiera arrepentido... yo hubiese confesado al señor cura mis crímenes, yo los hubiera expiado... yo, en fin, hubiera sido todo lo bueno que puede ser quien ha sido lo que yo... pero vinieron mis compañeros, los que robaban bajo mis órdenes... la justicia había cazado á algunos, y los iba á cazar á todos... y ellos, ellos me obligaron á volver á robar, á volver á matar... porque yo les tenía miedo, no por mí, sino por tí, por no separarme de tí, por no perderte... porque me hubieran delatado, me hubieran perdido... Y ahora callan y me obedecen, pero me espían, me acechan, y á la menor señal de debilidad me matarían, ó te matarían á tí y á mi hijo, ó me entregarían á la justicia, que por librar de mí á la sociedad acaso perdonaría á mis cómplices... Ahora, esta noche, si te hu-

bieran visto todos, estábamos perdidos... no nos hubieran dejado volver, acaso te hubiesen sacrificado allí mismo, en presencia mia... pero el Tullido callará... tiene que obedecerme, porque me debe la vida... y sabiéndolo él solo, no corremos peligro.

Y la sacristana seguía humillada, sin murmurar una palabra, sin atreverse á mirar á su marido, prostrada bajo la pesadumbre de la horrible pena que acababa de apoderarse de su corazón, y que, cruel, no había de abandonarla sino en el sepulcro.

El sacristan y la sacristana tenían un hijo, y la noble honrada madre pensaba en su hijo.

¡Ser hijo de un ladrón, de un asesino! ¡Triste suerte! ¡incomparable infortunio!

La sacristana hubiera querido poderse despojar del amor de madre, de ese sentimiento superior á todos los sentimientos y á todos los amores del mundo, para poder pedir á Dios que se llevara á la gloria al hijo de sus entrañas ántes de que éste supiera quién le había engendrado, ántes también que se despertaran en él las mismas inclinaciones de su padre, que hasta esto lo pensaba aquella infeliz, y ya veía á su marido muriendo en un tablado por mano del verdugo, y ya veía también sobre el mismo tablado al hijo del ladrón.

—Ven, dijo este á su mujer, pasados unos momentos. Y la cogió de la mano y la levantó. Al contacto de aquella mano, que tantas veces habría sepultado el puñal en el pecho del prójimo, se estremeció la honrada mujer, y no retiró la suya, porque

aquel hombre, ladrón y asesino como era, se la tomaba en uso de su derecho; era su marido, el sacerdote los había unido en el altar, y nada podía separarlos: la mujer estaba obligada á seguir á su marido.

Siguió, en efecto, á su marido, que la llevó á un desván de la casa, donde en un hueco abierto en la pared, y perfectamente disimulado con unos ladrillos, había un montón de monedas de oro, que el sacristán contempló con fruición, y empezó á acariciarlas amorosamente cogiendo puñados de ellas y presentándoselas á su mujer, que apartó la vista con horror de aquel dinero, que, sin tocarlo, le abrasaba.

—Mira, dijo el dueño de aquellas monedas miserables, dueño contra la voluntad de los legítimos dueños, mira, con esto podemos ser felices... Dicen que el dinero no da la felicidad, pero se engañan... Con dinero se pueden satisfacer todos los deseos, se puede ver todo, se puede ir por todas partes... y luego no le tratan á uno como á un pobre... Delante del dinero todo el mundo tiene respeto, todo el mundo se humilla... y á mí me gusta que me traten bien, que me respeten... que no me traten como á un miserable, y en el mundo, hija mía, no hay más medio que éste para ofuscar á las gentes... Dame dinero, y yo lo seré todo en el mundo: seré ladrón, y me creerán hombre honrado; seré un asesino, y tendré quien me sirva, quien me adule, quien sea mi cómplice... seré un hipócrita, y engañaré al mundo, y por un puñado de este oro habrá quien proclame mis virtudes, quien las

sostenga, quien me ponga por encima de todos los sabics, de todos los buenos.

Como ve el lector, el sacristan tenia el alma completamente pervertida. El dinero le habia cegado los ojos de la inteligencia, habia extinguido en él el instinto del bien, habia trastornado sus ideas, le habia hecho ladron, asesino, ateo, sacrilego, hereje, le habia perdido para este mundo y para el otro.

Y esto no lo hace el dinero solamente con el desventurado sacristan de esta novela, sino que lo hace tambien con muchos que ni son sacristanes ni monaguillos; y como esta es cosa que el lector, de puro sabida, tendrá olvidada, excuso extenderme en grandes consideraciones que pudieran hacerse acerca de este asunto, y como se ha escrito tanto del dinero, ya está todo el mundo cansado de oír hablar de dinero, y de no tenerlo, y está probado hasta la saciedad que el dinero es un grandísimo tunante, lo cual no tiene nada de extraño, porque la mala intencion del dinero viene de tiempos remotos; y para no ir más léjos, no citaré otras maldades suyas que la de la venta de nuestro Divino Salvador, hecha por la miseria de treinta dineros por una de las víctimas del dinero, que los treinta dineros fueron los que le obligaron á colgarse de un cordel, ó, mejor dicho, con un cordel, no pudiendo ya sufrir la pesadumbre de los remordimientos.

El sacristan era capaz de todo por el dinero, y no era que fuese avaro, no, porque el dinero lo queria para gastarlo, para lucirlo, para satisfacer, no sus

necesidades verdaderas, que con poco las hubiera tenido satisfechas, sino las necesidades de la vanidad y la soberbia. Y por eso habia robado y asesinado, y guardado el dinero para juntar mucho, y un dia romper con su pasado, como si esta fuera fácil cosa, y vivir anchamente, gozando del mundo allí donde no le conocieran, donde nada se supiera de su vida, y donde pudiera él presentarse adornado de todas las virtudes, y adquirir el prestigio que da el dinero á los ojos de la gente de corto entendimiento.

La sacristana no esperaba de aquel maldito dinero más que desdichas, así como su marido esperaba todas las felicidades de la tierra.

La mujer era la que estaba en lo seguro; que el dinero mal ganado no puede dar nunca la felicidad, aunque parezca que la da.

Si fuéramos á ver la vida íntima de muchísimas personas que han ganado malamente el dinero que poseen, nos horrorizaríamos seguramente, y habíamos de bendecir á Dios, que no ha permitido tengamos otro dinero que el ganado honradamente á fuerza de trabajo.

Pero los que no ven más que la superficie de las cosas, los que ven lujo y fausto y placeres que ellos no tienen, creen que el dinero puede obrar el milagro de hacer felices á las gentes material y moralmente.

¡Funesto error, en que no cae quien pone toda su confianza en Dios y considera esta vida únicamente como un viaje de prueba y de paso para la vida eter-

na, donde el capital en dinero de nada sirve, y de mucho sirven la virtud y la humildad!

¿Qué hubieses hecho tú, lectora, si por tu mala ventura te hubieras hallado en lugar de la sacristana?..

Lo que hizo la sacristana: callar y sufrir la horrenda pesadumbre que Dios había permitido cayera sobre ella; era esposa y era madre, y la infamia del marido y el padre había de caer sobre ella y sobre el hijo inocente.

Si hubiera sido libre, si no le hubiese ligado al bandolero el estrechísimo lazo de un hijo, habría huido acaso, acaso hubiera preferido pedir limosna de puerta en puerta entre gentes desconocidas, á vivir unida al ladron y al asesino; pero tenía un hijo, y aunque el padre de este hijo fuese un ladron y un asesino, no tenía derecho para privarle de su hijo, y ella, ella no podía dejar á su hijo solo en poder de su padre, abandonado del amor maternal...

La sacristana calló, y el bandolero siguió siendo bandolero.

Pero una enfermedad moral destruía lentamente aquella naturaleza, ya débil desde el nacer; la pobre mujer se ahogaba en aquella vivienda sombría, donde reinaban siempre el temor y la inquietud, al lado de aquel hombre, que había venido á dar en enemigo del prójimo, que acechaba la fortuna ajena y vertía la sangre del bueno, del honrado, por arrebatarle el dinero ganado quizá con el mayor trabajo. La pobre madre quería morirse y temía morir, quería no haber

tenido un hijo, y sin embargo, aquel hijo era su único consuelo, queria aborrecer á su marido, y sentia que le habia amado y que le amaba todavía.

La miraban los vecinos del pueblo, y temblaba; llamaban á su puerta, y temblaba, sin atreverse á abrir; salia su marido, y temblaba; tardaba en volver, y ya suponía que le habian descubierto, que le habian muerto, que publicaban sus crímenes y la buscaban como cómplice de su marido; cuando volvía éste, recibíale temblando, y en fin, la que parecía criminal, la acosada por los remordimientos más atroces, era ella, ella, la inocente y buena y honrada mujer.

Esta vida de martirio no podía durar mucho; la infeliz queria vivir, queria educar cristianamente á su hijo, queria que el hijo no fuese un ladron como su padre; pero su naturaleza estaba vencida, y en vano luchó con ella; á los dos ó tres años de silencio, de horribles tormentos, de constantes sobresaltos, la sacristana murió, perdonando á su marido, y recomendando su hijo al señor cura y á la tia Torda, única vecina que la asistió cuidadosamente en sus postreros dias.

Y á tiempo murió la desdichada. Dios quiso evitarle un rudo golpe, que la hubiera alcanzado indudablemente si hubiese vivido un dia más.

VI

El ladrón muere donde y como era de suponer.

El día de la muerte de la sacristana, los subordinados del sacristan debían dar un gran golpe, apoderándose de mucho dinero y alhajas pertenecientes á una riquísima familia que desde Zaragoza se trasladaba á Madrid en una silla de posta, trayendo consigo aquellos objetos de más valor; el sacristan les había dado días ántes todas las instrucciones necesarias sobre la manera y el lugar en que habían de salir al encuentro de la silla de posta, y llevar á cabo la singular hazaña de dejar á la familia rica que se traladaba á Madrid con algo ménos que lo puesto. Pero el día de la ejecucion del proyecto, el sacristan faltaba, porque se hallaba al lado de su mujer que agonizaba, y con este motivo tuvieron los ladrones de la cuadrilla que prescindir de la direccion del capitán y disponerse á acometer solos y mandados por el Tullido, que era el segundo jefe, la temeraria em-

presa de dejar en cueros vivos á toda una familia principal, compuesta de un anciano respetable, su mujer y dos niñas bonitas como ángeles, que no sin miedo se ponian en camino, sabiendo que por aquellos bosques habia no pocos robos y atropellos de todo género, gracias al abandono en que estaban en aquel tiempo las vias de comunicacion; que no hubieran tenido tanto miedo si entónces hubiese existido la Guardia civil, institucion nobilísima que nunca debiera ningun Gobierno alejar de los caminos, donde cumple con celo y abnegacion, superiores á todo encarecimiento, su mision honrosísima de velar por los intereses y la vida de los ciudadanos honrados.

Dias ántes habia pasado por allí, de vuelta de Madrid, á donde habia ido con encargo de su amo, un criado de la familia de Zaragoza. Este criado cayó en poder de los ladrones, y entre éstos tuvo el gusto de encontrar á un hermano suyo, de quien no sabia hacia muchos años, y de quien estaba alejado, porque el tal hermano siempre habia sido más malo que bueno, y de ello era una prueba evidente la profesion que habia abrazado despues de largo tiempo de no tener ninguna.

El pobre criado, que no tenia nada de ladron, sufrió amarga pena viendo allí, entre aquellos hombres, á su hermano, y comprendió que un dia ú otro seria éste cogido por la justicia y colgado como de derecho le correspondia.

El bandido preguntó á su hermano, inquirió dónde

estaba y á quién servia, y supo que pocos dias despues habia de pasar por aquel sitio la familia de Zaragoza, lo cual se apresuró á poner en conocimiento de sus dignos compañeros; y en premio de esta buena noticia dejaron libre al criado, sin decirle, por supuesto, su propósito.

Pero el criado no era tonto, y calculó que sus amos corrian grave peligro en aquel indispensable viaje, y arregló las cosas de manera que los ladrones dieron un golpe en vago, como verá el lector, por poca curiosidad que tenga.

—Mejor quiero, pensaba el buen hombre, ver muerto de un pistoletazo á mi hermano, que en la plaza pública... Yo no le puedo matar, porque es mi hermano, pero tampoco puedo dejar que á mis amos, que hace treinta años me dan el pan, les roben y asesinen acaso esos bandoleros. Tampoco puedo dar parte á la justicia para que los coja ántes, porque cogieran á mi hermano y le ahorcarían ..

Y llegó el dia del viaje, y despues de haber hablado largo rato el criado con el amo, se dispuso que las sillas de posta fueran tres, las dos primeras ocupadas por ocho escopeteros, y la última por la noble familia y su leal criado.

Los ladrones atacarian á la primera y serian dignamente recibidos, y en el caso de salir ileso el ladron hermano del criado, éste habia conseguido de su amo, hombre de gran influencia, palabra de que le ocultaría y le proporcionaria medios de vivir y de arrepentirse.

Y sucedió como se esperaba: al dar los ladrones la voz de ¡alto! á la primera silla, les contestó una descarga, que dejó sin vida á cuatro de los bandidos, y entre ellos al hermano del fiel criado.

Los otros bandoleros quisieron huir en vista de aquel descalabro, que no hay gente más cobarde que los ladrones y asesinos, y que más miedo tenga á perder la vida, cosa que, siendo propia, estiman en mucho, y siendo del prójimo no la estiman en nada.

Y alguno huyó, gracias á su conocimiento del terreno y á la ligereza de sus piernas; pero los demás fueron copados por los escopeteros, que dieron con ellos, llevándolos atados codo con codo, la vuelta á Zaragoza, y allí quedaron á disposición de la justicia, y la noble familia continuó su viaje á la córte con el fiel criado, que llevaba consigo la pesadumbre de la muerte de su hermano, que al fin era su misma sangre, y el consuelo de que no habia muerto en un cadalso, como era de temer, estando, como estaba, dedicado á una profesion cuyo término suele ser el garrote vil.

Comenzóse á instruir la correspondiente sumaria, se tomaron declaraciones, se reunieron datos, y al principio los procesados se hacian de nuevas al ser preguntados sobre robos y asesinatos, de que tenian mejores noticias que el mismo juez que instruia la causa, y parecia como que pretendian hacer creer que precisamente era aquel su primer conato de robo, y áun hasta que no trataban de robar, sino simplemen-

te de dar una broma á la familia viajera, cosa que el juez hubiera creído si hubiese podido ser creíble.

Desgraciadamente para ellos, el juez era hombre que lo entendía, y que, como vulgarmente se dice, no se mamaba el dedo, y tantas y tantas preguntas hizo, y con tal habilidad, que al fin, despues de incurrir en mil contradicciones, acabaron por confesar sus milagros y hazañas; y esperando acaso que la captura de su jefe seria muy estimada por la justicia, y que tal vez fuera menor la responsabilidad suya poniendo á disposicion del juez la responsabilidad de su jefe, maestro y director de operaciones, delataron como tal al sacristan, que bien ajeno estaba al lado de su mujer moribunda de que tan poco tiempo le quedaba de libertad.

Figúrense Vds. cuál seria la sorpresa de los habitantes de la aldea viendo llegar, dos dias despues de verificado el entierro de la sacristana, un destacamento de caballería, que se entró bravamente por aquellas calles, que ni el nombre merecian de tales: algunos supusieron que aquella fuerza era la avanzada de alguna invasion extranjera, porque ellos no habian visto nunca soldados, y si los habian visto, habia sido alguno solo y muy de tarde en tarde, pero de ningun modo una fuerza tan respetable como la de aquel destacamento, que tendria á lo más diez y seis hombres, mandados por un bravo alférez, que habia recibido encargo de coger vivo ó muerto al jefe de los bandoleros, que tanto daño habian hecho en aquella comarca.

Y el alférez, á fuer de hombre prudente y ejecutivo, sin reparar siquiera en la curiosidad que excitaba su presencia y la de sus soldados, dirigióse derechamente á la iglesia, y en la puerta detuvo á su gente y echó pié á tierra.

El alférez, que sabia que el sacristan era el ladrón, ó que el ladrón era el sacristan, creyó encontrarle en la iglesia, y allí se dirigió, con ánimo de sacarle del templo y darle el recado de atención que para él llevaba en nombre del rey y de la justicia.

Entró el alférez en la iglesia y se dirigió á la sacristía, donde halló al señor cura, con quien entabló el siguiente diálogo:

—A la paz de Dios, padre.

—Con El vengas, hijo, dijo el señor cura sin mirarle, absorto como estaba en sus oraciones, y creyendo que seria algun penitente que desearia confesarse para cumplir con la Iglesia, que precisamente aquel era el tiempo de llenar este cristiano deber, ó acaso el Zurdillo, un zagalon muy bruto, que debiendo casarse dentro de breves dias, habia sido citado por el cura á exámen de doctrina.

—Cuando V. acabe, padre... añadió el alférez respetuosamente.

—Ya acabé, dijo el señor cura persignándose, cerrando el libro y volviéndose á ver á quien le hablaba.

—¡Un soldado! exclamó con asombro el señor cura, que no entendia gran cosa en los grados de la milicia.

—Alférez, para servir á Dios y á V., padre capellan, dijo rectificando el oficial. Y no se asuste su merced, que con V. no va nada.

—Yo no me asusto, dijo el señor cura, como quien tiene la conciencia limpia y tranquila del justo. ¿Puedo saber en qué puedo servir á V., señor alférez?

—Es poca cosa, señor cura. La justicia ha pedido mi auxilio, y aquí vengo en comision y en nombre de la justicia.

—¿Y qué tiene que hacer aquí la justicia?... Esta pobre y mísera aldea es tan honrada como pobre, que es todo lo que se puede decir, y ni yo ni mis feligreses han tenido nunca nada que ver con la justicia. Aquí todos cumplen el precepto divino que manda amar al prójimo como á sí mismo. Ya ve V., señor alférez, que aquí no tendrá ocasion de intervenir jamás la justicia, toda vez que practicando todos ese sublime precepto, no puede haber aquí nadie que haga voluntariamente daño al hermano.

—Así será, señor cura, pero no es ménos cierto que la justicia es quien me envia, ó, mejor dicho, me envia mi coronel, á ruego de la justicia.

—¿Y es á mí á quien la justicia reclama?...

—No, por Dios, señor cura, que ya tiene ella noticias de la virtud que le adorna á V., y ni la más remota sospecha inspira V., aunque no hubiera sido extraño que algo se sospechara... porque la persona que yo busco está tan cerca de V., que no lo puede estar más.

—Por Dios, que me llena V. de confusiones, señor

alférez, y no acierto á explicarme... Aquí todos me aman y me respetan, todos están cerca de mí...

—Es uno que lo está, ó lo debe estar, más que todos.

—Diga V. claramente qué pretende y á quién busca, señor alférez, y salgamos de dudas.

—Pues, señor, á quien yo busco es al sacristan.

—¡Al sacristan! ¿Y qué tiene que hacer la justicia con ese pobre hombre?

—Eso ya lo verá él.

—El infeliz ha tenido una pena horrible; se le ha muerto su pobre mujer.

—¡Hombre! ¡qué bien ha hecho!

—¿Por qué dice V. eso?

—Porque para tener un marido como ese mozo, más le valiera no haber nacido.

—Repáre V. lo que dice, señor alférez, que el sacristan ha sido tan buen marido como cualquiera lo puede ser.

—Buen marido no niego yo que haya sido ese pobrecito, porque lo uno no tiene que ver con lo otro... Pero, en fin, ¿dónde está el sacristan?

—En su casa estará, que desde la muerte de su mujer no sale de ella.

—Pues allá voy á desempeñar mi comision, que no creo ha de ser muy del gusto del sacristan... y no sea que le haya dado ya en la nariz para qué le busco, y evite mi visita con la mayor descortesía, poniendo piés en polvorosa.

—Pero, señor alférez, no comprendo, francamente,

por qué habla V. de esa manera del sacristan, hombre honrado á toda prueba, y que me sirve y sirve á la iglesia con extremada solicitud.

—Señor, cura, si V. tiene motivos para hablar así de su sacristan, yo los tengo muy graves para decir que el sacristan es un ladron de siete suelas, y por eso es por lo que de órden de la justicia vengo á prenderle.

—¡Ladron! ¡Ladron mi sacristan! Dios permite, para mayor gloria de los hombres honrados, que haya torpes y villanos calumniadores. Una calumnia será esa acusacion.

—Padre cura, la justicia no calumnia...

—Pero acaso una delacion infame la obliga á perseguir al inocente. Dios nos libre de una mala voluntad... Mas si el calumniado padece los rigores de la justicia, su inocencia brilla radiante al fin, y puede levantar al cabo el inocente la cabeza y mirar cara á cara á su delator, que se humilla y se avergüenza, y nunca se ve libre del peso que ha echado sobre su conciencia.

—Todo eso está muy bien, señor cura, pero aquí no hay delacion sino de los mismos compañeros de ese ladron, que Dios confanda. Y con esto, no hablemos más, que ya estoy impaciente por amarrar á ese pobre viudo, que, ó mucho me equivoco, ó he de tener el gusto de verle bailar en la cuerda floja, en union con sus compañeros.

—Vamos, señor alférez, yo he de acompañar á V., si lo permite.

—Con mil amores.

—Pues vamos. Es imposible que ese hombre sea un ladrón. Si lo fuera, me horrorizaría de saber que en el hombre cabe tan profunda hipocresía.

—Pues de poco se espanta V., señor cura, y bien se conoce que es V. un alma de Dios, y que no ha visto el mundo ni tratado con la gente que por él anda.

—Dios no permita jamás á mi lado la hipocresía y la mentira. Dios me evite el horrible pesar de tener que desconfiar de los hombres, de mis hermanos, de los que son hechura de Dios, y para el bien los ha puesto en el mundo.

Y el cura y el alférez salieron juntos de la iglesia, y como al salir reparara el padre en la escolta que había llevado el oficial, exclamó:

—Prevenido viene V., señor militar, y más parece que trata de prender á toda la gente de la aldea que á un hombre solo.

—Ninguna precaucion está de más, aunque yo no he sido quien ha dispuesto qué fuerza había de acompañarme, y lo mismo hubiera llevado al sacristan atado codo con codo, y por el pescuezo á la cola de mi caballo, si á mí me hubieran enviado solo.

—Pésame oír hablar á V. así y manifestar el deseo de llevar á un hombre, á un hermano, de esa manera cruel y humillante.

—Padre cura, el ladrón no es mi hermano.

—Aunque lo fuera el sacristan, hermano de V. sería, como lo es siendo bueno y honrado. Todos somos

hijos de Dios, el bueno y el malo, el santo y el asesino, la paloma y la serpiente, el águila y la víbora, á todos nos ha dado vida, y...

—Mire V., señor cura, yo no entiendo de teologías ni curso en Universidades, y lo que digo es que así tengo yo por hermano al sacristan, como al rey que rabió; y que al que roba y asesina, lo mismo me importaría pegarle una cuchillada que dársela á un perro, si estaba rabioso el perro, se entiende, que no rabiando no merece eso un perro, el fiel amigo del hombre, el que nunca roba ni asesina á traicion, y perros hay, señor cura, que podrian enseñar á los hombres á amar al prójimo y á tener buenos sentimientos.

El sacristan vivia cerca, y pronto llegaron el cura y el alférez.

Llamaron, y pasó gran espacio sin que nadie contestara.

Volvieron á llamar, y nada.

El cura alzó el picaporte de la puerta; pero la puerta no se abrió, porque estaba cerrada por dentro, verdad de Pero Grullo muy propia de las novelas al uso, y que por eso incluyo en ésta, fiel á mi propósito de imitar los buenos modelos que todos los dias en entregas á medio real, á cuartillo y á copa se me entran por debajo de la puerta de mi casa, novelas que los contemporáneos aprecian mucho, y no sabemos á qué uso destinará la posteridad estupefacta.

De observaciones como esas están, en efecto, llenas ciertas novelitas, y si no fuera porque no tengo

tiempo, aquí había de intercalar algunos ejemplos, que harían caer de espaldas al hombre más grave y regocijarían al más dado á todos los demonios.

Pero en el curso de la novela que escribo habrá lugar de hacer observaciones y reflexiones imitando el levantado estilo de los novelistas que escriben seis ú ocho novelas á la vez, y así se cuidan ellos de la propiedad del lenguaje y de la sintáxis como el que asó la manteca, que no sé si escribiría también alguna novela.

Otra vez llamó el alférez, que ya estaba deseando echar la puerta abajo.

Y lo hubiera hecho si en el mismo instante no hubiese oído pasos como de persona que se acercaba á la puerta.

Esquivóse para no ser visto, y dejó delante de la puerta al señor cura, haciendo seña de que callara.

La puerta se abrió, y el sacristán suspiró como tranquilizándose al ver al señor cura; pero al acercarse á la puerta el oficial, mudósele el color y dijo: — ¡Soy perdido!

Esta exclamación no la oyó nadie, ni el cura, ni el alférez, pero se leía en su rostro claramente.

En un momento aquel hombre vió el tribunal, la cárcel, el verdugo, la muerte, y tembló y comprendió qué error tan grande era haber vivido con tanta fatiga, y qué dulcísima vida será la del hombre honrado y trabajador que de nada tiene que acusarse.

— No hay que asustarse, señor sacristán, dijo el alférez entrando en la casa ántes que el cura.

Este buen cristiano comprendió, con sólo ver el rostro del sacristan, que éste era criminal, y el cura amaba demasiado al prójimo para no sentir dolor inmenso al hallar á un hermano dejado de la mano de Dios, como lo debia estar el sacristan.

El señor cura entró y cerró la puerta.

—Dese V. preso, dijo el alférez.

—¿Yo?... ¿Por qué?... murmuró el sacristan.

—Por poca cosa, continuó el alférez; en Zaragoza se lo dirán á V. para que no lo ignore, que yo no tengo más que hacer que llevarle á V. bien asegurado, y registrar esta casa, donde algo hemos de encontrar.

—¿Es verdad que eres criminal? preguntó al reo el señor cura, fijando en él la severa penetrante mirada.

—Sí, padre, dijo el sacristan cayendo de rodillas delante del cura.

—¿Lo ve V., padre? añadió el alférez.

Y se entró por las habitaciones registrando todos los rincones.

Diez ó doce minutos empleó el alférez en este registro, y volvió trayendo lo que habia encontrado.

Todo estaba empaquetado, alhajas y dinero.

En tanto, el cura oia lo que le decia en confesion el sacristan.

El alférez vió al cura inclinado hácia el criminal, y á éste humillado, contrito, confesando sus crímenes, y se apartó, esperando que terminase en paz su confesion, y sólo se acercó cuando vió que el cura absolvía al reo y le daba su bendicion.

—¿Es esto todo lo que tenia V?... preguntó el alférez al reo, señalando á lo que habia encontrado.

—Eso, sí, señor, dijo el sacristan, más sereno ya, más resignado; si hubiera V. venido media hora despues, ya no me hubiese encontrado, porque iba á huir, tenia el presentimiento de que se me buscaria, y queria escapar, no por mí, sino por mi hijo.

—¿Tiene V. un hijo?...

—Sí, señor, un hijo que va á quedar solo en el mundo.

—Solo, no, dijo el señor cura.

Y en el mismo momento entró en la casa la tia Torda, que traia en brazos al hijo del ladron, y que no dejó de sorprenderse al ver al cura y al alférez, despues de haber visto los soldados en la calle.

—Aquí está mi hijo, exclamó el sacristan. Esperaba que me le trajera Vd., añadió dirigiéndose á la tia Torda, para huir con él, pero ya es tarde... Dios no lo ha consentido... A V. se le dejo, á V. y al señor cura.

—Pues ¿qué sucede? preguntó llena de inquietud la buena mujer, que desde la muerte de la sacristana servia noble y desinteresadamente de madre al pequeño.

—Perdóneme V., añadió el sacristan; la he engañado á V., como al señor cura, como á todos... Yo he sido un ladron, un asesino.

—¡Ladron! repitió la honrada mujer.

—Sí, el hijo del ladron y el asesino es el que dejo encomendado á la caridad de Vds... Yo voy á expiar mis crímenes, y Dios me perdone.

—Si te perdonará, dijo el cura solemnemente, porque en tu corazón ha entrado el arrepentimiento. Después de tu confesión, si en mí estuviera tu suerte, libre te dejaría para que expiases con obras de piedad y con lágrimas y trabajos tus faltas; pero yo no soy la ley; á la ley te debes, y ella te tratará como has merecido. Y si has de morir y quieres tenerme á tu lado en la hora de la muerte, llámame, y allá iré, y yo te acompañaré, y te bendeciré, y cerraré tus ojos. Esto me ordena la ley de Dios, por grande pecador que hayas sido: los hombres, que pueden quitarte la vida en desagravio de la sociedad, á la que tanto has ofendido, no te pueden quitar los consuelos de la religión y el perdón de quien todo lo puede. Abraza á tu hijo, y entrégate humilde en brazos de la ley, que ha de quitarte la vida, pero te dará con la expiación y el arrepentimiento el medio seguro de ganar la eterna. Llegarás allí purificado por el arrepentimiento y la expiación.

Y el sacristán se arrodilló humilde delante de su hijo, y luego le abrazó y le besó una y mil veces, y abrazó á la tía Torda y al señor cura; y todos lloraban, y el alférez no tuvo más remedio que volver el rostro, y recoger en su mano dos lágrimas, que ya le caían sobre su poblado bigote.

—¡Voto á cien carros de demonios! exclamó irreverente el oficial, que de soldado me quedaria si con eso pudiera hacer que este hombre no hubiera sido criminal, y así Dios me salve como que siento que me hayan dado la comisión de llevarle á Zaragoza.

—Es V. un hombre de bien, dijo el señor cura al alférez.

—¡Voto á brios! añadió el alférez, ¿por qué demonios ha sido V. ladrón?...

Eso mismo se preguntaría en aquel momento el bandido.

—Vamos, dijo éste, vamos pronto, si hemos de marchar.

—No hay otro remedio, observó el alférez con pena; mi consigna es llevar á V. atado codo con codo, y por nada de este mundo faltaria yo á mi consigna. Mi padre habia V. de ser, y atado codo con codo le llevaria.

—V. cumple su obligacion.

—No; ¡voto á cien mil legiones de endemoniados! con perdon de V., señor cura, que no es esa mi obligacion, sino la de un esbirro; pero quien manda, manda. Para V. es un honor que le lleven entre soldados, y no entre golillas.

—¿Y atado he de ir?...

—Atado entrará V. en Zaragoza, y atado irá V. por el camino, pero no tenga V. cuidado, que no apretarán la cuerda mis soldados. Ellos no saben hacer ese oficio. Porque, despues de todo, V. no se ha de escapar... porque, eso sí, al menor movimiento que hiciera para escaparse, le pegaria á V. un tiro, y en paz... Con llevarle á V. atravesado en un caballo, cumplo... Y acaso más le valiera á V., aunque, por mi parte, sentiria matar á un hombre que huye, que acostumbrado estoy á matar frente á frente, y de

ello es buena prueba esta cuchillada que tengo sobre el ojo...

—No tema V. que procure escaparme... Dios ha tocado en mi corazon, y dispuesto estoy á someterme á su voluntad... Mucho tiempo he olvidado á Dios, y todo el tiempo que me resta de vida me hace falta para obtener su misericordia, ya que no pueda lograr la de los hombres...

—¡Hombre! si los jueces pensaran como yo, tambien la habia V. de lograr, porque veo que está V. arrepentido, y aún habia V. de ser hombre de bien; pero la ley es la ley... y en fin, yo no entiendo de filosofía, ni... pero creo que... cuando un hombre, pongo por caso, es muy malo... y luego es muy bueno... en fin, yo no gobierno el mundo, y no he de meterme en dibujos. Ahora vuelvo, que voy á poner aquí centinelas de vista, y á ver si en el pueblo este se estila comer y hay algo que nos den...

—En mi casa, señor oficial, hay para V. y su gente, dijo el cura.

—Pues andando, que luego hemos de ponernos en camino.

Y despues de dejar en la casa del sacristan dos soldados, el alferez, el cura, el sacristan y la tia Torda se encaminaron á casa del segundo, habiendo solicitado el bandido no separarse un momento del sacerdote, miéntras estuviese en el pueblo, á cuyo favor no se atrevió á negarse el bravo militar.

En casa del cura se sirvió una frugal comida, de la que todos participaron, todos en silencio, y el mis-

mo alférez, hombre de humor alegre, y avezado á las escenas de la guerra, estaba en aquel momento bajo la influencia de la misma tristeza que presidia aquel triste banquete.

El cura servia con esmero y cariñosa solicitud al ladron, que era su hermano, y á quien amaba como ama Dios al pecador arrepentido.

Y este cariño del señor cura fortalecia y alentaba al sacristan. Juzgábase indigno de tanta consideracion, veía claramente su negra perfidia, su horrible ingratitude para con el señor cura, y éste, sin embargo, le consolaba, le servia humilde, y le hacia comprender toda la grandeza, toda la sublimidad de nuestra santa religion.

Si la sociedad hubiese podido perdonar al asesino y al ladron, éste hubiera sido un hombre honrado, un buen padre de familia; pero la sociedad tiene sus leyes, y es preciso que escarmienten en cabeza ajena los que por su mal tienen tendencias al crimen, y el escarmiento es mostrar al pueblo el castigo del criminal.

Desgraciadamente, la estadística prueba clarísimamente que no es el tremendo ejemplo tan eficaz como seria de desear.

Paréceme que seria más eficaz, para evitar crímenes, educar al pueblo, educarle con interes, con amor, no sólo por su bien, sino para bien de la sociedad entera. La instruccion pública, bien dirigida, es la única que puede disminuir cada vez más la estadística criminal.

Pero esta es una novela, y no otra cosa, y ya hará el lector esas y otras reflexiones sin necesidad de mi ayuda.

Con asombro vió la gente de la aldea partir al sacristan entre soldados, llevando á su lado al señor cura, que le acompañó gran trecho del camino, y al despedirse de él, le bendijo y le habló de esta manera:

—Hijo mio, si me necesitas, que sí me necesitarás, llámame, yo iré á tu lado, yo te consolaré, yo te daré la bendicion en nombre de Dios.

Y siguieron el alférez y los soldados con el preso, y cada vez sentia más el valiente oficial que aquel hombre fuera un ladron y asesino.

El sacristan iba tranquilo y resignado; aquel hombre indomable, altivo, feroz, habíalo tornado humilde y manso con una sola palabra el señor cura.

La palabra del señor cura era la palabra de Dios.
¡Perdon!

Poco tiempo estuvo cautivo el criminal arrepentido.

Confesó todos sus crímenes con la mayor minuciosidad, él mismo hizo su acusacion mejor que el fiscal de la causa, y se negó resueltamente á toda defensa.

Unicamente puso decidido empeño en atenuar, en disminuir la responsabilidad de sus compañeros.

El queria pagar por todos, y para ello hizo grandísimos esfuerzos, y atrajo sobre sí toda la indignacion popular, é inventó y atribuyó á sus compañeros actos de generosidad de que no eran capaces, á la verdad, aquellos bandidos.

Y de tal manera interesó aquel hombre á sus mismos jueces, que firmaron su sentencia de muerte porque la ley no podia tener en cuenta su arrepentimiento; pero todos temblaron, y más de uno al firmar dejó caer una lágrima sobre el siniestro papel de la sentencia.

El sacristan fué sentenciado á muerte con todos sus compañeros, y al leerle la sentencia no lloró por él, que esperaba y deseaba el castigo, sino por los demas, por sus compañeros, corazones empedernidos, almas abyectas, en las que no habia entrado todavía el arrepentimiento.

Ya que no podia salvar la vida material á sus compañeros, quiso salvar sus almas, y para esta buena obra nadie mejor que el señor cura. Llamóle, pues, y le encargó la conversion de aquellós bandoleros.

Y tal elocuencia tenia el bueno del señor cura en su sencillez y modestia, y tanto persuadia su palabra dulce y simpática y humilde, y tanta uncion habia en sus consejos, y tanto resplandecia en sus labios la verdad, que todos, todos aquellos desalmados fueron á la muerte arrepentidos y perdonados.

VII

Empieza la historia del hijo del sacristan.

—Ya era hora, dirá el discreto lector, porque, despues de escribir tanto, aún no nos ha dicho V. otra cosa del hijo del sacristan sino que ahorcaron á su padre.

Verdad es, discretísimo lector, que esta novela lleva una marcha un poco irregular, pero no me parece que sea este gran pecado, puesto que prueba que voy con la época en que escribo, en la cual yo no sé que haya cosa alguna que lleve una marcha regular y lógica.

Por lo demas, á V., señor lector, le importa poco que lleve yo por acá ó por acullá la accion de mi novela, y verdaderamente, con tal de que al fin todos los personajes queden en la situacion merecida por su vida y hechos, puedo, me parece, hacer de ellos lo

Guillermo y Mercedes

que me dé la gana. Y así lo haré, y cuando haya de terminar la novela, con matarlos á todos, estamos del otro lado; ellos quedan en buen lugar, que no es mal lugar la tierra de donde salieron, y V. se queda en su casa con la novela, y yo en la mia con lo que me haya producido la venta del libro, si me produce algo, y todos quedamos en paz.

Entre tanto, déjeme V., señor lector, que me ande por donde quiera, y lleve y traiga á los personajes por donde y como se me antoje, y mate al que me estorbe, sin perjuicio de resucitarle luego si me hace falta para mis ulteriores fines, y haga, en fin, lo que me parezca, y avance ó retroceda, segun me convenga, y lllore ó ria, segun las impresiones que reciba, que en esta novela ha de haber de todo, como en botica, y quiero ensayarme en todos los géneros, lo mismo en el tremebundo y patibulario que en el erótico y amatorio, que en el que llaman *social*, y que se reduce á decir tantas tonterías ó más que en los otros géneros, que en el de costumbres populares, al cual profeso más cariño que á todos.

Y hágase V. cuenta, señor lector apreciableísimo, de que hasta ahora no he dicho nada, ni más ni menos que si fuera diputado hablador, ó periodista ministerial, y crea V. que ahora es cuando empieza la curiosa y verídica historia del *Hijo del sacristan*.

El hijo del sacristan era, ya lo saben Vds., hijo de padre pobre, pero ladron, y tuvo la desgracia de no conocer á los autores de sus dias, no por otra cosa, sino porque su madre se murió la infeliz, como ya se

ha dicho, y el padre no se murió, pero le ahorcaron, que viene á ser lo mismo.

Pasaremos por alto, si al lector le parece, el año primero de su vida, y el segundo y áun el tercero, porque en estos tres años no hizo el angelito cosa alguna digna de mencion; verdad es que tampoco le dejaron un punto de sosiego la denticion, la alfombrilla, el sarampion, y todos los alifafes que atacan al hombre cuando no es hombre, y que si le dejan vivo, le preparan la naturaleza para otras enfermedades, cuando ya el hombre es hombre, de las cuales se cura casi siempre, y se muere al fin de una de ellas, á no ser que le suceda lo que al apreciable sacristan, si le da por ser ladron, y áun si no le da, porque tal está el mundo, y tanto nos queremos los unos á los otros, que no es nada extraño que mueran á tiros hombres muy honrados en esas calles, ó que el prójimo quite la vida al prójimo que le estorbe, ó que por meterse en política, y áun por no meterse, le deslomen á uno, ó le cuelguen, ó le dejen sin tapa los sesos; que es cosa de ver la paz y armonía que reinan entre los hombres y la cordialidad con que nos destruimos los unos á los otros, como si esto aprovechara á alguien más que al demonio, que cada día debe ver aumentar el número de los condenados.

A los cuatro años, el niño era un ángel, tierno, hermoso, y toda la aldea tenía que hacer con él, y todas las mujeres se lo querian comer á besos, y todos los maridos pedian á Dios tener un chico tan guapo como el hijo del sacristan.

En la aldea no odiaban la memoria del sacristan ladron; habian sabido que esta habia sido la profesion principal del pobre hombre; pero como en la aldea no habia hecho daño alguno, y como el señor cura les habia hablado tantas veces del arrepentimiento del reo y de su muerte ejemplar, todos habian compadecido profundamente al ajusticiado, y esta compasion la empleaban tambien en su hijo, y así como que todos aquellos buenos corazones tenian deseo de hacer de aquel niño huérfano, y tan desdichado desde el nacer, un hombre de provecho, y por un delicado y noble sentimiento, todos habian jurado ocultarle siempre su origen y enseñarle á honrar la memoria de su padre.

El niño era lo más *mono* que se pueden Vds. figurar, y toda la aldea estaba loquita con él, y la buena y generosa mujer que se habia encargado de él, la tia Torda, de quien se ha hablado ya al principio de esta historia, como hijo propio lo consideraba, y más que á hijo propio le atendia.

La buena mujer tenia una hija propia, de la misma edad que el hijo del sacristan, y era la cosa más tierna del mundo ver á los dos niños durmiendo en la misma cuna, abrazaditos como dos ángeles; la niña, blanca como el ampo de la nieve, con sus cabellos de oro finísimo, y sus ojos azules de cielo, y su boquita diminuta, en la que habia siempre una dulcísima sonrisa, y el niño, moreno, con sus negros ojos grandes y hermosos, su pelo negro, espeso y brillante, y la expresion atrevida de su fisonomía.

Y se querian mucho los dos niños.

Cuando la madre tomaba en sus brazos á la hija, y dejaba al niño en la cuna, aquella le llamaba con sus manitas, y éste se desgañitaba hasta que la buena mujer le tomaba tambien. Cuando el niño dormia, la niña, á su lado, calladita, no se atrevia ni á respirar siquiera, como si estuviera velando el sueño de su compañero, cosa que no solia hacer éste cuando ella dormia ó queria dormir, que no se lo permitia el arrapiezo, como si ya desde la niñez tuviese la conciencia de su fuerza de hombre y de la debilidad de la niña.

Crecieron los niños al mismo tiempo.

Esta frase hará conocer al discretísimo lector los adelantos que hago en la imitacion de los autores modernos de novelas. Estos autores gustan de decir las cosas de una manera clara y sencilla á la vez que elegante, y nadie me negará que decir que las dos criaturas crecieron á un tiempo es la cosa más clara que pueda haber, y que difícilmente podria hallarse una frase que más gráficamente exprese la idea; porque ¿cómo siendo ambos de una misma edad habia de crecer y adelantar en el camino de la vida uno ántes que la otra, ó la otra ántes que el uno?

Esa frase la habrá hallado el lector en cien mil novelas y comedias, y cuando tantos la han usado, y á nadie se le ha ocurrido censurarla, es señal evidente de que no tiene pero.

Pero lo que sí tiene pero es esto de hacer yo tantas digresiones, interrumpiendo la narracion cuando

me conviene, cosa por de más enfadosa para el lector, cuando el lector se ha interesado algo en la lectura de la novela; solamente que en esto, como en todo, sigo estrictamente la pauta que me han trazado los mismos novelistas modernos, porque creo haber dicho ya que si una novela no tuviera digresiones, por impertinentes que sean, y se fueran á referir los hechos sencillamente, ninguna podría tener las dimensiones que los autores mis maestros acostumbran á dar á las suyas.

Crecieron los niños y siguieron amándose, aunque el amor de la niña era más profundo, más desinteresado que el del niño. Este la amaba, sí, pero la quería sumisa á sus caprichos, obediente á su voluntad: en su amor habia soberbia, vanidad y egoismo; en el amor de la niña no habia más que amor. La pobrecita no se hacia violencia alguna obedeciendo los caprichos de su compañero, sufría los malos modos con que á veces la trataba; si estaba él alegre, alegre y radiante estaba ella, y si le veía enfadado, con cariñosa solicitud iba á desenojarle, y costábale gran trabajo y muchas lágrimas, y no parecia sino que el mal instinto del muchacho gozaba en martirizar á la pobre niña, toda amor y toda abnegación.

Cuando el hijo del sacristan hacia algo malo por imprudencia ó por mal instinto, allí estaba su cariñosa compañera para disculparle, para hacer caer sobre ella la responsabilidad, y él, como si no lo agradeciera, se quedaba tan ufano é impasible, y se guardaba muy bien de tomar á su cargo como debiera la

responsabilidad, de que de tan buena voluntad le salvaba la inteligente niña.

Crecieron más los chicos, cosa naturalísima y que á nadie asombrará, porque si no hubieran crecido más, hubiese sido sin duda por mala organizacion física, y lo que es en cuanto á eso, ambos eran séres verdaderamente privilegiados por la madre naturaleza, que se habia complacido en darles todas las perfecciones físicas que los feos hacemos como que despreciamos, y el que más y el que ménos querria ser un Apolo y tener las narices y los ojos y las orejas sin la más leve imperfeccion, y el talle esbelto, y el pié chiquitito, y la mano fina, larga y pulida. Pero la naturaleza no prodiga sus favores así como así, y para cada hermosura que presenta en el mundo, nos regala cien caras feas como cocos, y si no fuera porque nos da el consuelo del amor propio y de la ignorancia de los defectos propios, y nos hace ver en los demas lo que en nosotros no vemos, habria en el mundo muchos individuos que no se atreverian á salir á la calle, y muchos padres que llevarian á sus hijas con *máscara de hierro*, y no se la quitarian hasta que las hubiesen dado salida, es decir, hasta que las endosaran en matrimonio, y por supuesto, despues de celebrado éste, y cuando ya no hubiera remedio.

La muchacha, enamorada siempre del hijo del sacristan, y éste ejerciendo sobre ella una poderosa influencia, una terrible fascinacion. Era la serpiente que atrae al pajarillo y lo devora.

El cura enseñó á leer á los dos hermanos, y el

chico habia aprendido pronto y bien á escribir y á contar, y luego habia querido aprender más, cosa que no dejó de asombrar á los vecinos de la aldea, entre los cuales, á lo sumo, habria dos que habrian aprendido lo primero, uno *que se habia enseñado* á lo segundo, y todos los demas habian juzgado inutilísima superfluidad la de saber leer y escribir, toda vez que, segun decian, no teniendo pariente alguno fuera de la aldea, no habrian sabido qué hacer de su lectura y su escritura, argumento de tanta fuerza, que puede aplastar á cualquiera.

Pero el hijo del sacristan era lo contrario que los *notables* de la aldea, digámoslo así, porque se me olvidaba decir á Vds. que el alcalde, el alguacil y todas las autoridades pertenecian á la mayoría, es decir, á los que no sabian leer y ménos escribir, y tampoco hubieran sabido contar, si Dios, siempre misericordioso, no les hubiese puesto cinco dedos en cada mano.

El hijo del sacristan leyó todos los libros que pudo hallar, que no los pudo hallar sino en casa del señor cura, el único en la aldea que se permitia tener libros. El muchacho lo leyó todo, lo mismo los libros de puro entretenimiento que habia en la biblioteca del señor cura, que los de teología, y los de historia, y geografía y política.

Y el cura no le iba á la mano en aquella aficion; ántes bien, se congratulaba de ella y queria completar la instruccion que el jóven podia hallar en los libros, explicándole y comentándole ya este pasaje

de la historia, ya aquel versículo de la Biblia, refutando algún propósito poco moral de alguna obra amena, en fin, procurando formar el juicio del muchacho para que no leyera á tontas y á locas, y pudiera discernir entre lo falso y lo verdadero, entre lo útil y lo perjudicial.

Pero á esto no se prestaba de buena voluntad el ardiente jóven, que tenia impaciencia por saber y no queria que nadie le impusiera ideas, como que se sentia capaz de tenerlas propias, y si por atencion oia al señor cura, con todo el respeto que le profesaba, no le hacia caso maldito y seguia devorando libros, y cuando los hubo leído todos, y algunos dos ó tres veces, el muchacho pensó:

—¿Y qué hago yo aquí?

Y en efecto, para un mozo que habia corrido el mundo, en casa del señor cura, leyendo libros de viajes, estar en aquella aldea era lo mismo que estar condenado á prision celular perpetua; para quien sabia de memoria la historia de la España moderna, ser todo lo más un pobre labrador era poquísima cosa verdaderamente.

Conocer el mundo, verlo todo, saberlo todo, ser hombre importante, tener dinero y honores, estos eran los sueños de aquel jóven, que despreciaba á la gente de la aldea y se creia superior á todos, incluso el señor cura, cuya humildad, modestia y prudente sabiduría contrastaban con la altivez, osadía y vana palabrería del muchacho.

La que estaba encantada era la pobre niña ena-

Quien hoy vive en...

morada; creía que su compañero era un conjunto de perfecciones; cuando él hablaba, ella le escuchaba con veneracion y arrobamiento; cuando el señor cura le reprendia, la pobrecita niña sufría y casi se indignaba,—¡y qué indignacion habia de caber en aquel puro y tiernísimo corazón!—y cuando alguno elogiaba el *saber* del muchacho, brillaba en los ojos de la niña suprema felicidad, y miraba con amor y respeto á quien tan bien hablaba de su hermano.

VIII

Primera hazaña.

El hijo del sacristan no era ya un chico, era un jóven, un mozo guapo, robusto, lleno de vida, atrevido, demasiado atrevido, que miraba con desden á los demas mozos, como que era más instruido y más vano que todos, y tenia decidida aversion á los trabajos del campo, á los cuales no le podian hacer ir ni las exhortaciones del cura, ni las súplicas de su honrada generosa protectora.

Sabia que no era hijo de ésta; el cura le habia exhortado siempre á orar por los autores de su existencia, pero jamás le habia dicho que su padre tuvo tan desgraciado fin, y el muchacho, oyendo hablar de sus padres al cura, se le metió en la cabeza la idea de que el difunto sacristan del pueblo y su modesta esposa no eran sus padres, sino que lo habrian sido algunos grandes señores, que le dejarian encargado á aquellos, quienes, á su vez, le habrian confiado á la tia Torda y al señor cura.

Esto no tenia nada de particular. Casos análogos habia leído en los libros.

Y de suposicion en suposicion, llegaba el muchacho á figurarse que sus padres, no solamente habrian sido señores, sino señores de muchas campanillas, y aún no tendria nada de extraño que por sus venas corriese sangre real, y algo hubiera dado él por que la sangre real fuese de otro color que la sangre plebeya, en cuyo caso pronto se habria convencido de la verdad.

Esta idea se arraigó de tal manera en su entendimiento extraviado, que era su única y constante preocupacion.

Pero un dia, la casualidad vino á descubrirle la horrible realidad.

Hallábase en el campo, profundamente preocupado, tanto, que aunque habia sacado la escopeta con objeto de cazar algunas codornices, en cuyo entretenimiento habia adquirido una sin igual destreza, no habia cazado todavía ninguna á pesar de

que en aquel sitio habíalas en tal abundancia, que el cazador ménos experto podia, con poco que pusiera de su parte, volver á casa con seis ú ocho de aquellos inofensivos animales.

Paseábase, como digo, pensando en sus grandezas, y no habia reparado en un magnífico perro de caza que le seguia brincando y meneando la cola; el jóven y alegre animal pertenecia á un cazador de gran fama en la aldea, y apénas veia á un hombre con escopeta y demas avíos de cazar, el inteligente perro se deshacia materialmente en muestras de contento y deseo de ayudar al cazador.

El jóven no le hacia caso, y el animal se impacientaba al verle perder el tiempo que podia aprovechar en matar perdices.

Y tanto se impacientó, que comenzó á ladrar, y siguió saltando y alborotando gran trecho, distrayéndole de sus pensamientos.

Al cabo de un cuarto de hora de ladridos, saltos y zarabandas del perro, el hijo del sacristan, cuyo carácter dominante y altivo en toda ocasion se habia de manifestar, encaróse con el perro, se echó la escopeta á la cara, y con tal acierto la disparó, que el animal, dando un aullido espantoso, cayó como muerto; pero pasado un momento, se levantó, dió algunas vueltas, se restregó el hocico contra el suelo, y comenzó á gemir de una manera que hubiera conmovido profundamente á todo generoso y sensible corazon. El noble animal habia recibido en los ojos los perdigones, y estaba ciego.

Dando aullidos corrió desatentado; pero de pronto se detuvo, calló, sofocó su dolor y su horrible pena, meneó la cola, y como si tuviera vista, se dirigió al camino por donde venia su amo, que, ocupado en las faenas del campo, habia oido los aullidos y conocido la voz del perro, y corria á ver lo que le sucedia al que era su único compañero en el mundo.

El perro, con ese poderoso instinto de los de su raza, habia olfateado á su amo, y hácia él se dirigia á pedirle amparo.

No es posible describir la tiernísima escena que tuvo lugar entre el honrado labrador y el perro.

El perro se abrazó á las piernas de su amo, gimiendo como un niño, y lamiendo la, para él, mano bienhechora del amo, y éste, al verle ciego, lloró con indecible amargura, como llora quien pierde en un momento su ventura. Arrodillóse junto al perro, le examinó, le acarició, y el perro le devolvía las caricias, lamiéndole la cara, las manos, el pecho, y parecia como que en aquellos momentos no sentia el dolor ni extrañaba no ver. Estaba al lado de su amo, de su protector, del que con cariño le daba el pan, del que dormia confiado en su vigilancia, del que era su compañero en el mundo, y se sentia tranquilo y consolado.

Puede que alguien se ria de este supremo dolor; pero el que se ria, no sentirá latir nada en su pecho, y verá indiferente, no ya el dolor de un pobre animal, sino el de sus mismos semejantes.

Desconfiad de quien no ama á los animales.

—¿Quién te ha puesto así? exclamaba el pobre hombre, como si el perro le pudiera contestar... y en efecto; le contestó. De pronto se abrazó, por decirlo así, más estrechamente á su amo, volvió la cabeza y comenzó á gruñir de una manera amenazadora.

Su infame asesino se acercaba.

—¡Ah! exclamó el dueño del perro, al ver al hijo del sacristan con la escopeta en la mano, ¿has sido tú, miserable?... ¿qué daño te hacia Leon?...

—¡Toma! me estorbaba, contestó Gil, que ya es hora de decir cómo se llamaba el hijo del sacristan.

Y oyendo su voz, el perro enfurecido se lanzó á él, como si le viera, y Gil se hizo atrás, y cogiendo la escopeta por el cañon, se preparaba á descargar un golpe sobre el animal; pero el dueño del perro se interpuso, y le sujetó y le desarmó.

—Si tocas al perro, te ahogo, le dijo.

Y el perro, al oír la voz de su amo, como si entendiera la amenaza que le dirigia á su agresor, se separó y se tiró en el suelo. Sin duda que el animal conocia lo que pasaba. Su amo iba á castigar al miserable que le habia herido tan cruelmente.

—Suéltame V., tío Cosme, decia el hijo del sacristan, temiendo que aquel realizara su amenaza.

—¡Infame! exclamó el tío Cosme llorando, si no puedes ser bueno; si desde que tienes uso de razon se lo estoy diciendo al señor cura; si eres un malvado, cobarde y ruin; si valia más que te hubieras muerto; si tienes mala sangre...

—Tío Cosme, exclamó el jóven, mire V. que estamos solos.

—¿Y qué?... ¡me amenazas, gran canalla!... Si doy una voz á Leon, ciego y todo como le has dejado, te hace trizas... que es más valiente y noble que tú... Si no sé cómo me contengo... ¿Sabes tú qué has hecho?... Dejar ciego á mi perro, á mi amigo, á mi compañero; es como si hubieras hecho lo mismo con mi propio hermano... Pero si lo he dicho, si no puedes ser bueno, si eres hijo de un ladron, de un asesino, que murió colgado de un palo por mano del verdugo... y tal padre, tal hijo.

Oir esto el endemoniado jóven, y dejar caer la escopeta, y quedar mudo, inmóvil, anonadado, fué cosa de un momento. Todas sus ilusiones habian caido por tierra, su pretendido noble origen era mentira, su padre habia sido un ladron.

El tío Cosme, viéndole humillado, abrumado bajo el peso de aquella revelacion, acercóse á él y le dijo:

—Si tu padre ha sido un ladron, no por eso has de ser tú un mal hombre... Trabaja, sé bueno, piensa en Dios, ten buenos sentimientos de amor y caridad, y el mundo no te echará en cara las culpas de tu padre, que no son tuyas... Haciendo tanto daño á este pobre animal, que nada te habia hecho, á este leal compañero y amigo mio, me has herido en el alma; pero... ve en paz, bastante desgraciado serás si no refrenas tus malas pasiones, si no escuchas en todas las acciones de tu vida otra voz que la de tu capri-

cho, si pretendes imponer tu voluntad á todo el mundo, si la soberbia es tu guia.

Y tomando amorosamente en sus brazos al pobre animal ciego, que lamia á su amo, y parecia no querer manifestar el dolor que sentia cuando podia demostrar el agradecimiento y el cariño que tenia á quien le daba pan y halagos, se alejó el tio Cosme, del cual debo decir que era un hombre honradísimo, que habia servido al rey con más gloria que provecho, y que no tenia nada de tonto, y sabia de mundo mucho más que muchos filósofos de los que se dan tono con sentencias y aforismos que nadie entiende, ni ellos tampoco.

Solo en el mundo, y pobre ademas, no habia encontrado cariño é *interes desinteresado*, más que en un perro, que, recién nacido, fué separado de la madre y arrojado al arroyo desapiadadamente, y allí hubiese perecido, á no recogerlo el tio Cosme, encargándose de criarlo con la más tierna solicitud, lo cual le valia las burlas de muchos; y era tan conocido el afecto que se profesaban el hombre y el perro, que en la aldea, cuando veian al perro, solian decir: —*Ahí va el hijo del tio Cosme*,—broma que de ninguna manera ofendia al pobre cazador, que solia contestar:—¡Cuántos padres hay en el mundo que no tienen tan agradecidos hijos!

Ya puede comprender el lector qué pena tan grande sentiria el hombre viendo ciego al animal, viéndole echado á sus piés, con la cabeza levantada, pero sin poderle mirar con aquellos ojos tan inteli-

gentes y cariñosos. Antes se resignó el animal á estar ciego, que su amo á verle en tan lastimoso estado.

El animal, con ese privilegiado instinto que la naturaleza ha dado á los de su raza, seguía á su amo, le acompañaba sin perderse, y ciego y todo le ayudaba en la caza; en fin, hacía por su amo todo lo que podía.

IX

¡Infame!

Pasaron años: Gil y Teresa, que así se llamaba la compañera de su infancia, tenían ya cerca de veinticinco años. Teresa era una mujer hermosísima, alegría y honra del pueblo, y por ella suspiraban todos los mozos, sólo que ella no suspiraba más que por uno solo, por el endemoniado hijo del sacristan, con quien se había criado, con quien había vivido siempre, y esta preferencia daba no poca envidia á los demas; y como nunca faltan malas lenguas donde hay hombres que no son mudos, empezaban á murmurar los más envidiosos de los mozos y las más

envidiosas de las mozas, que las habia que no podian perdonar á la hermosa tener más gracia y atractivos que ellas, y decian que era una cosa muy mal vista eso de vivir ambos bajo un mismo techo, y sobre si los habian visto juntos en la era, ó si la muchacha se ponía flaca ó gorda, hacíanse mil comentarios, que hubieron de llegar á oídos de la madre, que era tan buena madre y celosa de su honra como lo puede ser la princesa más encopetada, y toda asustada, corrió á consultar el caso con el señor cura, su consejero y su protector, en quien tenia ciega confianza la honrada mujer.

—¿Sabe V., padre, que se charla mucho en la aldea? dijo al señor cura.

—Noticia fresca.

—Es que hay muchos chismes y cuentos.

—¡Toma! un pueblo sin chismes ni habladurías no le hay en el mundo.

—Hablan de mi hija.

—¿Y qué pueden decir que no sea en su favor?

—Es que hablan también del chico.

—Lo que es de ese algo se puede decir... voluntarioso, altivo y soberbio... bastante tiene para ser desgraciado.

—Mi hija le adora.

—Sensible es que en él haya puesto su amor.

—El la quiere también...

—¡Podía no quererla!... Si no quisiera á la que desde niña le ha mostrado tal afecto, á la que siempre le disculpa y siempre quiere hacernos creer que es bueno, sería el mozo una fiera.

—¿Y qué haremos?...

—Hija, casarlos, si los dos quieren...

—El no es bueno.

—¿Quién sabe? Dios hace muchos milagros, y las mujeres hacen algunos; y además, si se casan y tienen un hijo... los hijos, los hijos sí que hacen milagros: vuelven cariñoso y tierno al que es hosco y rudo, y... En fin, hable V. á su hija...

—Si le hiciéramos marchar de aquí.

—Podría ser un remedio, pero también podría ser un mal, porque si á la muchacha se la contraría, si se la separa de él... esas pruebas son muy peligrosas... Una mujer enamorada es capaz de todo, y si no es capaz de hacer nada malo, por lo ménos puede morirse poquito á poco...

—¡Oh! ¡Dios mio!... eso sí que nó... Si V. quisiera hablarla...

—Hija, ya sabe V. que yo quiero siempre hacer lo que se me pide, pero no crea V. que hay autoridad ni razón que valga para una mujer que está decidida á querer á un hombre, aunque éste sea el mayor pillo del mundo... Hay, por desdicha, entre los hombres y las mujeres pocos casos de amor verdadero; pero cuando el amor es verdadero, no hay pasión más dominante y avasalladora, y que más quite la razón y más ciegue los ojos del entendimiento... y el amor de su hija de V. á ese pícaro es verdadero, y no creo que ha de ceder así como quiera... en fin, por probar nada se pierde.

Y en efecto, el bueno del señor cura habló á la mu-

chacha, y como tanto le respetaba y tanto le estimaba, y era el buen sacerdote tan amable y persuasivo, acabó por confesarle con toda sinceridad que estaba enamorada del hijo del sacristan, de su amigo y compañero de la infancia.

El cura, con toda la perspicacia y todo el tino de su experiencia, quiso ponerle de manifiesto los grandes defectos que tenia Gil, y le aconsejó que pensara desapasionadamente los inconvenientes que podia tener para ella su boda con el objeto de su amor, si éste no corregia su carácter, poco á propósito para hacer la felicidad de una mujer.

Pero la muchacha, oyendo con muchísimo respeto al señor cura, y apreciando las verdades que éste decia y la buena intencion de sus paternales consejos, no quedó convencida de ninguna manera. Tenia una razon poderosísima que oponer á todas las sabias y frias razones de su consejero.

Esta razon era que le amaba.

Cuando una mujer ama de veras, ¿quién es capaz de convencerla de que el objeto de su amor es indigno?

Hé aquí las razones que daba la muchacha con los ojos arrasados en lágrimas:

—No me ama como yo á él, pero no importa, yo le amo sobre todas las cosas de este mundo.

Es irascible, ambicioso, brusco, dominante, pero yo le amo.

Me hace llorar y sufrir, pero le amo.

Conoce mi debilidad y mi amor, y abusa de sus ventajas sobre mí, pero le amo.

Acaso me reserva el destino ser con él muy desgraciada, pero yo le amo.

Acaso me abandonará un día, y me moriré de pena, pero yo le amo.

Y háganme Vds. el favor de decirme qué se hace con una mujer que discurre de esta manera.

No hay más medio que decirle:

—Pues, hija, buen provecho te haga, cástate con él y allá te las hayas.

No se lo dijo así el señor cura, que era hombre de evangélica paciencia y singular comedimiento, pero terminada que fué la conferencia que tuvo con la enamorada, quedó convencido de que lo mejor que podía hacerse para que la muchacha no se muriese y la gente murmuradora del pueblo no murmurase más,—es decir, murmurase de otra cosa, porque dejar de murmurar sería imposible,—era ver de casar á los novios, y así se lo dijo á la madre de la chica, quien siendo para bien de su hija, ya no opuso resistencia, y convino con el señor cura en que era la solución que proponía la mejor y más fácil.

Y ya no faltaba más que hablar á Gil, de lo cual se encargó el señor cura.

Una tarde que salió á dar un paseo y á ver las eras, encontróse con el jóven, y hablando hablando, hizo recaer la conversacion sobre el amor de la muchacha.

—¿Sabes, le dijo, que no mereces que te quiera tanto tu hermana?...

—No es mi hermana, contestó el muchacho.

—Ya lo sé, y por eso digo que no mereces que te quiera, porque si fuera tu hermana, por malo que tú fueses, ella debía quererte.

—Yo también la quiero.

—Pero no como ella á tí; tú la quieres por la costumbre que tienes de verla, porque es la más bonita de la aldea y porque sabes que es buena é inocente como una paloma. Ella te quiere á tí más y mucho mejor que tú á ella.

—No sé qué quiere V. decir, padre.

—Ella te quiere para cuidarte, para vivir por tí, para sacrificarse por tí, para no pensar en nadie más que en tí, para sufrir por tí todas las amarguras, si Dios así lo dispusiera, para hacerte feliz. Esta es su única dicha.

—Es muy buena, ya lo sé.

—Pues si lo conoces, si quieres vivir tranquilo y feliz, es preciso que os caseis, porque estais en la mejor edad para casaros, y hay muchas envidias, y se murmura de vosotros, porque todo el mundo sabe que no sois hermanos... Aquí, con las tierras que tiene la madre de tu novia, con lo que yo te daré, podeis vivir felices, sin ambiciones, sin peligro alguno, sin temor de perder vuestra fortuna, por lo mismo que será escasa; pero ¡cuánto más valen un rincón de tierra seguro que cultivar y una casita donde vivir en el pueblo, que el falso oropel de una fortuna sujeta á mil eventualidades en la ciudad! Vivir con poco, sin necesidades ni deseos, es mejor que vivir con mucho, que se pierde en un día y no se recobra nun-

ca. La modestia, el amor de Dios, de la familia y del trabajo, hé aquí, hijo mio, las únicas bases sólidas de la felicidad.

—Y ella ¿querrá casarse conmigo?

—¿Y tú lo preguntas, sabiendo cuánto y cómo te quiere?...

—¿Y sabiendo que soy hijo?...

Y no pudo continuar, porque las lágrimas le ahogaban, no lágrimas de dolor, sino de ira. El cura lo comprendió todo. Gil sabía quién había sido su padre.

—¿Quién te ha revelado ese secreto? le preguntó.

Y el hijo del sacristan refirió la aventura del desdichado perro.

—Mal ha hecho el tío Cosme, dijo el cura, en revelar un secreto que había jurado guardar en su pecho para siempre, pero disculpa tiene, porque tú le hiciste mucho daño. A estas horas estará ya arrepentido, porque él es bueno y generoso.

—¿Y todos lo saben! añadió el joven.

—Los que lo saben lo han olvidado. Todos prometimos no amargar tu existencia con ese recuerdo terrible; todos te tomamos bajo nuestra protección; todos aquí te estimamos, y si tu padre fué un facineroso, yo te aseguro, bajo mi palabra de hombre de bien y de sacerdote, que al morir, Dios le perdonaría, y yo le perdoné en su nombre; y ¡ojalá estés tú á la hora de la muerte tan contrito y reconciliado con Dios como tu pobre padre!... Por eso, hijo mio, porque no quiero que te pierdas, porque quiero que tu padre tenga en el cielo el consuelo de que su hijo es

en la tierra un hombre honrado, deseo que te cases con ese ángel, que aquí vivas y mueras, que aquí formes tu hogar y tu familia. Piénsalo bien: aquí tienes la tranquilidad, la paz, el amor puro, la vida segura y la conciencia en calma... Fuera de aquí, Dios sabe... Y ahora ve en paz... Dentro de cuatro días ve á casa, ve á decirme tu resolución...

—Está bien, padre.

—Yo prometí al tuyo velar por tí, y he de cumplirlo... pero será si tú quieres, si mis palabras sinceras, que son la expresion de mi buen deseo, hallan eco en tu corazon.

—¡Nó! ¡nó! exclamaba el jóven allá á sus solas, no me quedo aquí... Es una infamia la que voy á hacer con esa mujer, una infamia, sí, pero no es posible, no es humanamente posible que yo me entierre para siempre en este pueblo, aquí donde saben la horrible historia de mi padre... Ya me la ha descubierto el tío Cosme... Mañana me la echará en cara otro, y otro día otro, y yo tendré que ahogar á alguno y... ¿quién sabe si tendré el mismo fin que mi padre?... Aquí, el cura lo ha dicho, todos me tienen compasion... Yo no quiero compasion... Quisiera que en un momento desaparecieran del mundo todos cuantos saben el secreto de mi nacimiento... Ya que esto no puede ser, huiré, huiré léjos de aquí, donde no me conozcan, donde nadie repare en mí, donde pueda abrirme camino y vengar á mi padre... Sí; la sociedad mató á mi padre, y yo en la sociedad me quiero vengar. El señor cura no ha debido dejarme leer sus libros, yo

seria un ignorante y me quedaria aquí, pero no, no lo soy, por dicha ó por desgracia mia. ¡A Madrid! Madrid debe ser una gran cosa. Allí nadie repara en las grandezas ni en las miserias, allí todo debe estar confundido, allí habrá una lucha constante en la que vencerá siempre el más audaz. Ese he de ser yo. Allí la riqueza, los honores, las mujeres... allí se pueden satisfacer todas las ambiciones, ocultar todas las infamias bajo la apariencia más virtuosa del mundo; allí está la felicidad, allí la mentira, que es la que necesito, la que me ha de ayudar... Aquí, la verdad desnuda, fria, siempre igual, siempre recordándome mi infamia... Todos los que me ven aquí, dirán para sí: —¡Pobre infeliz! es el hijo del ahorcado.—Esto es horrible para mí... ¡Maldita sea esta aldea miserable!... ¡A Madrid!... ¡En Madrid, la felicidad ó la muerte!... Aquí no quiero la vida.

Tres dias habian pasado desde la conferencia que tuvo el jóven con el cura, y al siguiente debia ir á decirle qué era lo que habia determinado.

Entre tanto, ya se hablaba en el pueblo de la boda que se preparaba, y la muchacha oia hablar de este asunto con muchísimo gusto, aunque cuando de ello hablaban las otras muchachas, lo hacian con ciertas reticencias, que claramente demostraban el despecho de que se hallaban poseidas.

Las muchachas solteras del pueblo habrian querido casarse todas en un dia, y este hubiera sido el único medio de que no mortificara á muchas la boda de la que habia encontrado más pronto que ellas acomodo.

Es una debilidad mujeril que debe disculparse.

Los hombres tienen muchas carreras en que elegir, pueden vivir muy bien solteros, hallan quien los quiera, aunque sea á los cuarenta y á los cincuenta años, y áun hallan lo mismo tambien á los sesenta, si pueden presentar, á la vez que la fe de bautismo, los títulos de propiedad de fincas, ó títulos de la Deuda, ú otro atractivo por el estilo; es decir, que los hombres no tienen por qué tener prisa por casarse.

Pero las mujeres ¡pobrecillas! no tienen más carrera que la del matrimonio, no hallan quien las quiera si pasan de cierta edad, y con la mayor facilidad del mundo se quedan para vestir imágenes, ocupacion que no les halaga mucho que se diga, porque les gustaria más vestir imágenes suyas de carne y hueso, ó sean hijos queridos, que los hijos son la esperanza, el consuelo, el porvenir de las mujeres, y la que ve que se queda soltera, y que no puede tenerlos, legítimamente, se entiende, ha de sufrir necesariamente horrible pesadumbre por haber tenido ménos fortuna que las demas.

Y luego, una mujer que no se casa, vive sola, porque se le mueren sus padres, sus hermanos la dejan, adquiriendo nuevas obligaciones, sus amigas se van casando, y a fin, cuando llega á la vejez, que es la edad en que el hombre y la mujer necesitan más compañía, más cuidados, más cariño, está más sola que nunca... Esto, francamente, es horrible.

Y los que ridiculizan á las mujeres porque quieren casarse, no tienen razon, y hacen una mala accion.

Las mujeres quieren casarse, porque piensan todo eso, porque son más sensibles que nosotros, y más que nosotros necesitan amar y ser amadas, y porque Dios, en su inmensa sabiduría, ha dado á todas las mujeres el sentimiento sublime de la maternidad... y la mujer que no puede ser madre, considera que le falta algo de vida, que es toda la vida, que no cumple su mision en el mundo, que es inferior á las demas mujeres, y sufre, y llora á solas, y si aparenta alegría, si miente satisfaccion y contento, no hay que creerla... quiere disimular, pero Dios y ella saben lo que llora, lo que pena, las tristezas y los dolores que devora.

Y Vds. han de perdonar la digresion, que no es la primera, ni será la última de las que haya en esta novela, pues he advertido, conforme voy soltándome á enjaretar novelas, que de cuando en cuando es muy cómodo para el autor escribir unos cuantos párrafos fuera de propósito y razon, y distraerse un poco del asunto principal, sobre todo si el autor se ha embrollado al desarrollar el argumento del libro de tal manera, que no sabe por dónde salir, cosa que me estoy temiendo ha de sucederme en esta novela al fin y al cabo; pero desde ahora advierto al lector que ya tengo el recurso para hallar salida, como, por ejemplo, matar á los personajes todos de repente, para que no sufran ni ellos ni los lectores. Todavía no estoy en ese caso.

No crean Vds., sin embargo, que esta digresion ha sido tan inoportuna como acaso les puede haber parecido.

En vez de hacer esa digresion podia haber referido una hazaña del hijo del sacristan, en la que tuvo parte la fatalidad sin duda; hubiera podido poetizar la hazaña á que me refiero, que eso y mucho más se permite un novelista avezado á embaucar al lector; pero yo no puedo poetizar infamias, y llamo así todo lo que no es honrado, aunque en ello intervengan el amor, la fatalidad, la ocasion, la pasion y todas las disculpas que sirven de circunstancias atenuantes en ciertos y determinados casos... Yo no hallaba medio de decir á mis lectores, y sobre todo á mis lectoras, una cosa que ya se descubrirá luego, y para no decirla, he escrito en el lugar que debia ocupar la relacion de la hazaña del hijo del sacristan, las reflexiones que ustedes han visto acerca de lo legítimo del deseo de casarse que tienen las mujeres.

El caso fué que la noche anterior al dia en que el señor cura debia saber lo que habia pensado el jóven, éste dijo á su novia:

—Me casaré contigo, que siempre te he querido mucho.

Y hay que hacerle la justicia de que así lo pensaba, y de que así lo queria hacer... mas no lo hizo. El dia siguiente le esperó el cura hasta la noche; por la mañana salió, y en vano le esperaron la que le habia servido de madre y la que era tan dichosa porque iba á casarse con él; Gil no volvió.

El cura, al saber su desaparicion, exclamó:
—¡Infame! ¡infame!

X

A Madrid.

Gil salió de la aldea sin dinero ni cosa que lo valiese, pues no traía otra á Madrid que su propia persona, la cual no valía, en verdad, lo que había costado su bautismo en la parroquia.

Andando, andando, hizo el viaje Gil, que estaba acostumbrado á andar mucho, y también á soportar la fatiga, y á los siete días entraba en Madrid, sin que en el camino le hubiera acontecido cosa digna de mencionarse. Entre los arrieros y trajinantes que había hallado en las posadas y mesones donde se había guarecido de noche, había encontrado alimento, que el jóven tenía sobrado desparpajo para mentir y contar tristes historias de sus sufrimientos, que arrancaban lágrimas á la gente compasiva, y le proporcionaban ora un torrezno, ora media hogaza y algun real de plata; de modo, que quien salió de la al-

dea sin dinero, entró en la villa y córte con 30 rs. en el bolsillo.

Hasta que se vió en Madrid no pensó en su situación; durante el camino bastante le preocupaba la manera de encontrar recursos, y la necesidad de inventar historias con que satisfacer á los que le preguntaban su procedencia y se extrañaban de verle solo.

Huérfano dijo que era, y en esto no mentía, y que venía á Madrid en busca de un tío suyo, hombre poderoso, y que era quien más directa obligacion tenia de protegerle, toda vez que la fortuna de que gozaba se la habia usurpado á su hermano, que era el padre que Dios le habia arrebatado. Y añadió que, por su fortuna ó su desgracia, pertenecía á noble familia, como que entre sus apellidos no faltaban los Haros, Laras, Mendozas y Pimenteles, y otros no ménos ilustres; con cuya historia, que contada por el jóven parecia verdadera, los honrados paletos y los posaderos de conciencia se dolian mucho más de su triste estado, que parece como que siempre causa más lástima ver en miseria al que ha sido poderoso, que á quien es pobre de nacimiento, lo cual, ó yo tengo ménos caletre que un mosquito, ó indica claramente que en todo y por todo se rinde culto al dinero, y que éste es un señor que infunde muchísimo respeto.

Entró en Madrid á la hora del medio dia, y andando andando, fué á dar en una plazuela, donde un banco le convidaba á descansar, y allí se dijo lo siguiente:

—Ya estoy en Madrid, ya no me conoce nadie, nadie repara en mí, nadie sabe aquí el horrible secreto que quisiera yo mismo poder olvidar... Ni siquiera he de tener el nombre que me pusieron al nacer, no... Desde hoy me llamo de otra manera... me llamaré Juan... eso es, Juan Rodríguez... No sé dónde he leído que este nombre lo tiene todo el mundo... ¡Pobrecilla! ¡cómo estará á estas horas!... ¡cuánto habrá llorado!... ¡Y el señor cura!... tan bueno, que tanto ha hecho por mí... ¡y mi madre adoptiva?... Ha sido una infamia mi accion... pero ya está hecha... ya no hay medio de deshacer el mal que he causado... Y siendo así, no hay otra cosa que hacer que olvidar... Todo, todo he de olvidarlo... Ya estoy en Madrid, ¿qué haré en Madrid?... Aquellos pobres hombres que están subidos en aquellos palos haciendo una casa, trabajan que es un portento. ¿Cuánto ganarán?... Peco; yo he leído en algun libro que el trabajador gana muy poco... No hay, pues, que ser trabajador... ¡Qué coche!... Nunca he visto cosa parecida, á no ser en estampa... ¿Quién habia de tener coche en aquella aldea miserable?... Si yo tuviera algun dia coche... ¿Quién sabe?... Algun libro de aventuras he leído y me acuerdo que en él habia un muchacho que, entrando en Madrid sin zapatos, habia llegado luego á tener una fortuna, y á igualarse con los nobles, y á privar en las casas principales... ¿Por qué no me ha de suceder á mí lo mismo?... ¿Qué movimiento hay aquí!... Esta es la vida... Aquí se respira mejor... ¡Qué mujeres tan engalanadas, y qué señores tan bien

puestos!... Vergüenza me da estar con esta chaqueta burda; pero no hay más remedio, mientras no encuentre colocacion.

Y estando en estas reflexiones, acercósele una señora cubierta con un tupido velo, y le dijo:

—Oiga V., jóven, ¿quiere V. ganarse un duro?

—Sí, señora: ¿qué hay que hacer?... contestó el jóven, abriendo tanto ojo y bendiciendo su buena suerte.

—Es muy sencillo: ¿ve V. esa casa que tiene el número 10?

—Sí, señora; ya la veo.

—Pues sube V. la escalera, y en la última puerta que encuentre da V. un golpe...

—¿Nada más?...

—Saldrá un jóven rubio, ó una señora anciana, y á cualquiera de los dos entrega V. esto, diciendo: Para D. Luis Saavedra... y baja V. sin detenerse ni decir que es una señora la que le envía.

Y le puso en la mano una esquila.

—Pues, ¿qué digo?

—Que es un señor que no sabe V. quién es; pero más vale que no se espere V. á decir nada... ¿V. ha venido de algun pueblo?

—Sí, señora.

—Por eso me valgo de V. Usted no me conoce ni me volverá á ver. V. se volverá al pueblo, ¿no es verdad?...

—Sí, señora, contestó el lugareño despues de pensarlo un momento.

—Bien, pues suba V., y en aquel portal de enfrente le espero. Cuidado con decir quién le ha dado á V. la carta.

—Pierda V. cuidado, señora.

Y en efecto, entró en la casa que la señora le había indicado, subió la escalera, llamó en la última puerta, y nadie le respondió.

Llamó otra vez, y no obtuvo contestacion alguna.

Y se decidió á bajar; pero al bajar pensó el jóven, y se dijo:

—Si devuelvo la carta á esa señora, como quiera que no he podido hacer el servicio que me ha ofrecido pagar, me pagará, sí, pero me pagará ménos... Ella me ha dicho que entregue la carta á una señora anciana ó á un jóven rubio... Bien, pues le digo que he entregado la carta y me quedo con ella... y luego, más tardé, vengo y la entrego... En esto me parece que no hay nada de malo.

Y resuelto ya á mentir, guardóse la carta en el bolsillo, bajó la escalera en cuatro saltos, dirigiéndose al portal donde le esperaba la señora, y dijo:

—Ya está.

—¿Quién ha abierto la puerta? preguntó la señora.

—Una anciana, contestó, y apenas la conoceria si la volviera á ver, porque no he hecho más que darle la carta y echar á correr por la escalera abajo.

—Gracias, dijo la señora poniéndole al mismo tiempo en la mano el duro prometido; y con esto, la

señora echó á andar hácia donde tuvo por conveniente, y el jóven se quedó en medio de la calle con su duro en la mano y la carta en el bolsillo; y sucedió que frente por frente habia un establecimiento donde se practicaba la obra de misericordia que consiste en dar de comer al hambriento, solamente que esta obra misericordiosa no se practicaba en aquel establecimiento sino mediante el pago equitativo de lo que se pedia para satisfacer el apetito. No le faltaba al forastero, y más se le abrió desde que tuvo un duro en la mano. Bravamente entróse por la fonda adelante, que era un bodegon, con perdon de Vds., donde comian todos los aguadores de la fuente próxima, los mozos de cordel de la esquina, y algunos pobres vergonzantes, á quienes solia fiar el bodegonero, exponiéndose á chascos muy pesados. Allí comió el mozo de lo mejor que habia, que era un lomo en adobo, procedente de la matanza de años anteriores, y despues de apurar un jarro de vino, pagó el gasto, que solamente ascendió á cuatro reales de vellon, y al devolverle el bodegonero las cuatro pesetas sobrantes del duro que dió á cambiar, dijo para sí:

—Ya tengo para comer cuatro dias.

Y saliendo del bodegon, echó á la ventura por las calles de Madrid, deteniéndose á cada paso como quien de todo se sorprende y todo le parece nuevo y extraordinario, no dejándole de llamar la atencion, sobre todas las cosas, las mujeres, que en nada las hallaba parecidas á las que habia dejado en la aldea; y en efecto, no deja de ser curioso y agradable ver

las mujeres que pasean las calles de Madrid, porque Madrid es, de toda España, el punto donde se reúnen más mujeres de buen ver, toda vez que las hay de todas las provincias más célebres por sus mujeres, y además hay las madrileñas, que reúnen en sí mismas todos los encantos propios del sexo. Me explicaré para que me entiendan Vds. mejor. Las mujeres de las provincias Vascongadas tienen magnífico pelo; las andaluzas tienen los ojos que ya conocen Vds., y los piés que por pequeños é invisibles nadie ha podido ver jamás; las catalanas tienen arrogancia y gallardía; en las gallegas se encuentra extraordinaria perfección de facciones, y nada les digo á Vds. de las valencianas, murcianas y alicantinas, que recuerdan las bellezas árabes que aquellos moros barbarotes dominadores de España tuvieron para su regalo, al decir de las crónicas: las mujeres de Madrid tienen cada una todas esas perfecciones juntas. Y prosigo con mi cuento.

Todo Madrid recorrió el protagonista de esta historia el primer día de su llegada á la corte; andando, andando, llegó á un edificio donde vió entrar gente, sin que el centinela que se hallaba á la puerta pusiera obstáculo alguno, y movido de la curiosidad, entró también, subió por la misma escalera por donde subían los demás, y hallóse al fin en un pequeño recinto, con un balcon al fondo, que daba sobre una especie de patio cubierto, en el cual habia gran número de señores, sentados en cómodos bancos ó yendo de un lado á otro, y allá enfrente, sobre una gradería, varias me-

sas y un trono, y un sinnúmero de cosas, cuyos nombres y significacion ignoraba el forastero. Habíase entrado nada ménos que en el Congreso de los diputados, que se hallaban en aquel momento en sesion; Gil no era nada tímido, y como no podia explicarse nada de lo que veia, creyó lo más oportuno preguntar á un señor que allí estaba en la tribuna sentado y como aburrido, el cual le explicó que aquello era el santuario de las leyes, y que aquellos señores de abajo eran nada ménos que representantes del país, encargados de velar por él y de hacer su felicidad, y que aquellos otros siete padres maestros, que estaban cruzados de brazos en aquel banco azul, eran los siete ministros, ó sean los encargados de la gobernacion y administracion del país, á los cuales ajustaban las cuentas los caballeros sentados enfrente, y los defendian de todo ataque brusco los colocados detrás del banco ministerial. Como el hijo del sacristan no tenia nada de lerdo, pronto se impuso de lo solemne, grave é importante de aquel acto á que por casualidad asistió, y no dejó de halagarle que allí se le dejara entrar á él, pobre y oscurecido paleta, que no significaba más en el mundo que un grano de arena en la mar.

Con profunda atencion escuchó todo lo que dijeron los diversos oradores que tomaron parte en el debate, y cuando se levantó la sesion y tuvo que salir de la tribuna, salió diciendo, ó, mejor dicho, pensando:

—¿Y quién me dice á mí que yo no podré ser uno de esos?

Nadie se lo decía, en efecto; pero si alguien se lo hubiera oído decir, habríase reído grandemente del miserable lugareño.

Era ya de noche: estaba muy cansado y necesitaba descansar, y no sé dónde hubiese descansado, á no hallar, al volver una esquina, un farol que, colgado de un balcon, ostentaba en sus cuatro frentes este letrero:

CASA PARA DORMIR.

Y como esto erá entónces lo que le pedía el cuerpo, entró en la casa, dió dos reales que le pidieron, llváronle á donde habia varios camastros, señalaronle uno de ellos, y sin más explicaciones, se desnudó, guardó debajo de la almohada la carta y los catorce reales que le quedaban, y se durmió profundamente.

XI

De cómo en una casa para dormir conviene estar muy despierto.

Hay en este Madrid muchos lugares que son tan desconocidos para la generalidad de sus habitantes como las cataratas del Nilo ó el país de las Amazonas; lugares donde vive, se mueve, se agita y se divierte ó se desespera, una multitud de seres, que forman parte de la sociedad, y que en ninguna sociedad regular tienen cabida; gente *non sancta*, que vive de lo que come y que no tiene modo de vivir; hombres y mujeres que representan dignamente la más ínfima clase de la escala social; enemigos siempre de los que están un escalon más arriba, y que pasarían un buen rato el día en que triunfara el socialismo, aunque para apoderarse ellos de lo ajeno no necesitan más que un buen cuarto de hora de estar donde lo haya.

En el curso de esta novela tendré ocasion de ha-

cer al lector conocer varios de estos lugares y los tipos más salientes de esa clase de la sociedad, nominada populacho, que pulula en todas las grandes poblaciones, y que es verdaderamente digna de estudio.

La casa para dormir donde entró el hijo del sacristan era una de las más favorecidas por la más selecta concurrencia; distinguíala y la dispensaba su confianza, como si dijéramos, la aristocracia de la chusma, y su respetable dueño, bodegonero retirado de los negocios con 20.000 rs. ahorrados que tenia en circulacion en la plaza... del Rastro, y les sacaba un interes de un 500 por 100, era un hombre de responsabilidad y de respeto, á quien miraban con cierta admiracion sus nocturnos huéspedes, los cuales nunca acudian en vano á su munificencia, y le hallaban siempre dispuesto á adelantarles 30 cuartos por la mañana, sin otro interes ni más condiciones que devolverle una peseta entera por la noche, y ademas un real ó dos por la cama, segun que ésta fuese de tijera, ó tablado, ó de hierro, y tuviere sábana y manta, ó sólo el jergon pelado.

Con esta industria ganaba el hombre la vida, y aún tenia otros emolumentos, dedicándose á la venta de tabaco de contrabando, que no era más que de colillas recogidas en las calles y los paseos por celosos dependientes que tenia ocupados en tan honrada faena; pero luego él allá en su casa lo picaba y lo cocia con azúcar y vino blanco, y quedaba un tabaco de lo más delicado que puede conocerse, fumándo-

lo los parroquianos con el mayor gusto, y persuadidos de que al bodegonero se lo traian á su casa directamente desde la Habana los vapores-correos, que así lo aseguraba él, encareciendo el mérito de su mercancía; tambien se ocupaba en el comercio de trapo y hierro viejo, pagando un diario á tres ó cuatro mozállones que recorrian todos los dias las calles de la villa, ofreciendo unos higos que quitaban las penas, á cambio del ya citado trapo y hierro viejo, que, reunido en gran cantidad, proporcionaba despues grandes ganancias al aprovechado bodegonero. Y no cito otros oficios, industrias y comercios que tenia el buen hombre, porque eran de tal especie que no le hacian mucho favor que se diga, y no quiero yo constituirme en delator de nadie, ni cargar con la responsabilidad de que dijeran los lectores, al saber las mañanas del patron de la casa para dormir, que debia ser sin duda un tuno redomado, y, hablando en puridad, aún se quedarían cortos y le harían mucho favor.

La casa para dormir era bastante vieja y bastante grande. En la sala cabian diez camas, ó, mejor dicho, camastros, porque aquellas eran las camas de tercera clase, á real por cuerpo. En estas camas dormian ordinariamente tres ó cuatro arpistas ambulantes, dos ciegos que pedian en la iglesia de San Isidro, un cesante sin haber, un memorialista y un tullido que sólo de dia era tullido.

El gabinete estaba destinado al bello sexo, representado dignamente por alguna que otra criada desacomodada, algunas gitanas averiadas, alguna ama

de cria en busca de ella, soltera y con personas que la abonaban, y una *papelera* (vendedora de periódicos) *deseeparada* de su marido, como ella decia.

En la alcoba de la sala habia camas de segunda clase á dos reales por persona, con mantas y sábanas, y hasta almohada, y en muchos cuartitos que habia en la casa, reservados para personas de cierta categoría, se veian camas algo más limpias, aunque no mucho, que las otras, en las cuales pasaban la noche apaciblemente varios huéspedes constantes, que durante el dia buscaban la vida y de noche se retiraban á aquel albergue, donde no era costumbre pedirles cédula de vecindad ni otro documento alguno de seguridad; y hacia bien el bodegonero en no pedírselo, porque la gente que frecuentaba la casa jamás habia tenido el menor cuidado por cumplir con las prescripciones de las leyes de orden público, ni con las de ninguna otra ley.

Dormido estaba el jóven profundamente, pero como era la primera vez que dormia en una casa para dormir, no estaba acostumbrado á las contingencias de tales sitios, y aunque el cansancio y el sueño le hicieron insensible á las primeras acometidas del ejército acampado en aquel tablado, contemporáneo de los primeros pobladores de España, redoblando sus esfuerzos el ejército invasor, logró al fin despertar al mancebo, que no creyó al pronto sino que le estaban metiendo cien mil agujas en el cuerpo; y no dejó de asustarse, porque al mismo tiempo que sentia aquel picor insoportable, oia un desconcertado con-

cierto de ronquidos, procedentes de sus compañeros de dormitorio.

La oscuridad era completa, y aunque el muchacho no era tímido, siendo la primera vez que se hallaba en aquel lugar, completamente á oscuras, y oyendo tal rebuznar, con perdon sea dicho, no se atrevió á moverse, y ménos á levantarse para huir de aquellos terribles enemigos que le asaltaban, apoderados de todo su cuerpo.

Y en esta triste situacion se hallaba, cuando á su espalda oyó hablar bajo, muy bajo; pero como el miedo tiene el privilegio de abrir los oidos y de hacer oir á cualquiera hasta lo que no se oye, el jóven oyó el siguiente diálogo que tenia lugar en la alcoba; el tabique no era tabique; era simplemente un bastidor de lienzo, y hallándose junto al lienzo la cabecera de su camastro, podia oir lo que hablaban las dos personas que ocupaban en la alcoba otra cama, que sin duda tenia tambien la cabecera junto al lienzo.

—Mañana á las dos, decia uno, se van las señoras á su posesion de Carabanchel.

—No es buena hora de dar el golpe.

—¿Por qué?... Yo tengo ya la llave.

—¿Quién queda en la casa?

—Una criada: las otras y los cocheros van tambien al pueblo.

—¿Hay portería?

—Sí; pero el portero es repartidor de periódicos, y no está nunca en la portería, y la portera está asistiendo á un solteron del cuarto segundo que se halla

de mucho peligro, y á esa hora de fijo que no está en la portería.

—¡Si la criada grita!

—¡Toma! flojo pañuelo tengo yo para taparle la boca.

—¿Y habrá dinero?...

—Treinta mil duros cobró ayer el conde.

—Como no los haya llevado á la Caja de Depósitos...

—No; ni ayer ni hoy: yo no he perdido de vista la casa, he seguido en un coche al del conde, sé qué gente ha entrado allí, y tengo la seguridad de que los tiene en su poder.

—¿Y si los lleva mañana?...

—No, mañana es día de estero en las oficinas, y no se abren estas al público.

—Estás bien enterado.

—¡Pues no! En esta vida que llevamos hay que tenerlo todo en la uña.

—¿Y quién va contigo?

—El Zorro y el Lobo, que nos aguardarán en la esquina, el Tuerto, que estará en la escalera, y tú que entrarás conmigo.

—¿Iremos juntos?

—No, tú debes hacer que te vean sólo por todas partes mañana hasta la hora de dar el golpe, y yo haré también lo mismo. Toda precaución es poca. Si mañana no, que ya estoy yo bien prevenido, podían cogernos un día ú otro, que no sería la primera vez.

—A mi no, porque con lo que me toque me marcho mañana mismo.

—¿A dónde?

—¡Qué sé yo! A Francia, á vivir *honradamente*; ya estoy cansado de trabajar y de andar á salto de mata.

—Yo no. Yo tengo mucho amor á Madrid.

—Dí que la Chata te sujeta.

—¡Puede!

—Esa mujer ha de ser tu perdicion.

—No me toques ese punto, y no lo llesves á mal

—Conque á las dos.

—A las dos te vas á la calle de Atocha, y delante del escaparate de la tienda del núm. 83 me esperas; la casa del conde está en frente.

—No faltaré.

—No llesves armas.

—¡Hombre! ¿y si ocurre?...

—No; para ahogar á una mujer no se necesitan armas; las armas comprometen siempre; un pañuelo de seda es un arma terrible en nuestras manos, y no compromete.

—Tienes razon.

—La experiencia enseña mucho.

.....
Ni una sílaba de la conversacion de los bandidos perdió el hijo del sacristan, y ya no pudo dormir, pensando en el golpe que aquellos preparaban.

—Van á haçer un robo, se decia, un robo de treinta mil duros... ¡Treinta mil duros! debe ser mu-

cho dinero. En la calle de Atocha, frente al núm. 83, es donde vive esa familia á la que quieren robar... Eso será lo que yo quiera... Es un conde el de los treinta mil duros, un hombre de mucho dinero, un hombre que me conviene mucho á mí, que no tengo quien me proteja, ni quien me dé de comer, ni quien me haga hombre... Ese conde es mi hombre. ¡Ay! cuánto agradezco á los crueles insectos que hay en esta maldecida cama que me hayan acribillado el cuerpo. Sin ellos no hubiese yo oido la conversacion de esos dos ladrones... ¡Ladrones! ¡Ay! ¡como mi padre! ¡y asesinos tambien!... ¿Quién sabe si esta aventura será la base de mi fortuna?...

Ya no durmió más el mancebo, y apenas vió por entre las rendijas de los balcones el vago clarear de la aurora, púsose en pié y se dispuso á salir de aquella casa, no sin recoger ántes la carta que habia dejado debajo de la almohada.

Cuando iba á salir de la hospedería, salió á su encuentro el patron, que le dijo:

—¿Qué tal, buen mozo? ¿Se ha pasado buena noche?...

—Sí, señor; muy buena. Tiene V. unas camas...

—Que no las hay en palacio como ellas.

—Lo creo.

—En mi casa, aunque me esté mal el decirlo, hay aseo y limpieza.

—Sí, señor; ya lo he notado.

—¿Ha venido V. de fuera?...

—Sí, señor.

—¿A buscar acomodo?...

—Sí, señor; me parece que lo he encontrado ya.

—Si no, vuélvase V. por aquí, que yo conozco á lo principal de Madrid, y tengo mano con personas de las más encopetadas. Eso es lo que tiene ser uno un hombre de bien.

—Es claro.

—En mi casa no verá V. nunca los escándalos que en otras, donde los huéspedes son gente de poco más ó ménos; aquí no viene más que gente honrada.

—Ya lo he sabido.

—Cuidado, jóven, con las malas compañías. Si no encuentra V. acomodo, venga á verme, que yo haré por V. lo que pueda... ¡Cuántos jóvenes como usted han venido á esta casa, y me han debido su fortuna!... Si no tiene V. prisa le puedo á V. hacer conocer á dos amigos que han dormido esta noche bien cerca de V., y que hace un año vinieron á Madrid sin conocer á nadie, y gracias á mí, hoy conocen á todo el mundo, y en todas partes se les estima, y nunca les falta un duro en el bolsillo, porque eso sí, á trabajadores y á sacar el dinero á pulso no les gana nadie.

—Pues no me puedo detener.

—Lo siento.

—Pero no tenga V. cuidado, que ya conoceré á esos amigos de V.

—Son dos personas de mi mayor aprecio y estimacion.

—¿Usted los ha puesto en camino?

—Sí, señor; y con V. haré lo mismo.

—Pues volveré á ver á V.

Y salió el jóven de aquella casa, más contento que unas Pascuas, y decidido á hacer valer el secreto de que era poseedor.

Al salir, preguntó á un hombre del pueblo:

—¿Dónde es la calle de Atocha?...

Dióle lo mejor que supo las señas el interpelado, y allá se fué el hijo del sacristan, comiéndose en el camino un panecillo que compró en un puesto, y le supo á gloria.

XII

Una carta, 4.000 reales y otras cosas.

Pensando iba el jóven cómo avisar al conde de la calle de Atocha de la mala pasada que trataban de jugarle aquella misma mañana, cuando, llevándose la mano al bolsillo, tropezó con la carta que, como recordará el lector, le entregó en la calle la señora desconocida, y que él no pudo entregar por no haber

hallado persona alguna á quien confiarla, y se la guardó con propósito de volver á entregarla.

—¿Y qué hago yo de esta carta? se preguntó. Maldito si sé dónde está la calle donde aquella señora me la entregó, ni cómo se llama, y aunque lo supiera, ¿quién sabe si daría con la casa?... Hice mal en no devolver su carta á la señora... Sobre que á mí no me sirve de nada... ¿Qué habrá dentro? añadió, dando vueltas á la carta y mirándola al trasluz; alguna cita sin duda; en muchos libros he leído que las damas principales en Madrid tienen intrigas amorosas y muchos secretos que ocultar á un marido celoso ó á la malicia cortesana, que siempre anda buscando juguetes con que entretenerse. ¡Oh! grandes deseos tengo de entrar en esa sociedad, que tan bien pintada he visto en los libros... Gran favor me ha hecho aquel pobre señor cura de mi pueblo con ser tan ilustrado y tan amigo de los libros viejos como de los nuevos.

Y así pensando y distraído, dió tantas vueltas á la carta que tenia en la mano, que, sin saber cómo ni cuándo, la vió abierta, y viéndola abierta, ¿cómo no habia de ver su contenido?

¿Qué contenia aquella carta?

Poca cosa; un papel que el jóven leyó con asombro. Decia así:

«El Banco de España pagará al portador CUATRO MIL REALES vellon en efectivo.»

—¿Qué es esto? exclamó el jóven... ¡Cuatro mil reales! este es mucho dinero... Yo nunca he visto

cuatro mil reales juntos, pero deben ser una fortuna... Justamente, una fortuna, como que son doscientos duros... *Dice que pagará al portador cuatro mil reales...* El portador es el que lleva este papel... Luego si yo lo llevo, me darán cuatro mil reales... Pero este dinero no es mio, no es mio, es de aquella señora, y yo no debo quedarme con él... porque entónces se lo robo... ¡Ah! ¡qué horrible tentacion!... ¡Si será mi destino que yo sea lo que mi padre!... Pero no, no es un robo quedarme con esta cantidad; yo no la he buscado; yo no sabia que en la carta la habia... Sí, pero debí entregar la carta á aquella señora... Con este dinero, ¿para qué queria yo más?...

Ya habia entrado en la calle de Atocha, cuyo rótulo vió en una esquina, y sin darse cuenta siquiera de lo que hacia, al pasar preguntó á un hombre de bastante mala catadura, que estaba parado en la acera:

—¿Dónde está el Banco de España?

—Aquel es, dijo el interpelado señalando á un edificio grande de la acera de enfrente.

—¡Rara fortuna la mia! pensó el hijo del sacristan, y se dirigió al portal del Banco.

—¿Quieres cambiar, jóven? le preguntó un hombrecillo rechoncho y mal encarado, que habia oido la pregunta de Gil.

—Sí, señor.

—Ahí dentro, ni hoy ni mañana te llega la vez. ¿Traes mucho?

—Cuatro mil reales.

—Al diez por ciento te los cambio yo ahora mismo en la mejor moneda del mundo.

—¿Qué es eso del diez por ciento?

—Que por cada cien reales me darás diez, ya ves que es ventaja, no tienes que esperar ese dinero en seguida, y te puedes volver al pueblo, porque tú debes ser de un pueblo, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Conque te voy á contar el dinero.

—Mire V., espere V. un poco; yo le doy á V. cuatro mil reales, ¿no es verdad?

—Tú lo has dicho.

—¿Y V. me da á mí?...

—Tres mil seiscientos...

—Sí, ¿eh? Pues no me conviene.

—¿Crees eso?

—Sí, señor; aunque me ve V. vestido así, yo no soy tonto, y si esperando hoy ó mañana me han de dar cuatro mil reales justos ahí dentro, ya ve V. que no me tiene cuenta hacerle á V. el favor de darle cuatrocientos reales que yo me puedo guardar.

—Ya veo que no te mamas el dedo.

—No, señor, y V. perdone, que voy de prisa, y tengo que hacer en el núm. 83 de esta calle; es decir, enfrente del 83.

—¿Qué dices?... ¿Vas á esa casa?...

—Sí, señor... ¡Qué! ¿hay cola también para entrar?...

—¡Hombre! ¿de dónde has venido?

—De mi pueblo.

—¿Conoces á mucha gente en Madrid?

—A V.

—Tienes trazas de listo. ¿A qué has venido á Madrid?

—A estudiar.

—Harás carrera. ¿Quieres que yo te guíe?...

—Me parece que sabré andar solo.

—¿Quieres el cambio?

—¿Al diez por ciento?

—Al seis.

—No, señor; no lo tomo mas que cuatro mil por cuatro mil.

—¿Quieres tomar algo, una chuleta y un vaso de vino? Te convidó.

—Mire V., buena falta me hace, pero ahora no, luego, ya nos encontraremos. Ahora voy de prisa.

—Pues si tienes prisa vé, y luego te espero aquí, para que vayamos juntos á tomar algo... Has de ser amigo mio, y te cambiaré el billete, porque, la verdad, ahora no tengo encima bastante dinero, no tengo mas que los tres mil seiscientos... Si los quieres, me dejas el billete y luego te doy el resto.

—No, señor.

—Desconfiado eres.

—En los libros he leído que en la confianza está el peligro.

—Si tú te dejaras guiar por mí, habias de hacer fortuna.

—Veo que hay en Madrid muchos que se interesan por el prójimo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque otra persona con quien he hablado esta mañana, también quiere guiarme, como V., y sin conocerme, como V.

—¿Y quién es?

—Un posadero que Dios confunda.

—¿De qué calle?

—¡Hombre! no sé, yo no sé las calles.

—¿Cómo has acertado con esta?

—Preguntando, aunque no tanto como pregunta V., que hubiera sido un confesor inaguantable.

—Es que hallo en tí no sé qué... ¡vamos! que me interesas, y siento que no te vengas conmigo ahora, pero, mira, en la calle del Tribulete, núm. 3, en el patio, tienes tu casa.

—Gracias.

—Hoy tengo mucho que hacer y no me empeño en acompañarte; pero si me prometes ir á buscarme mañana, yo te aseguro que sin que estudies mucho, has de hacer dinero en Madrid, y te has de dar una vida como un patriarca.

—Lo mismo me ha prometido el otro.

—¿Quién?

—Un hombre que tiene más insectos en su casa que pelos yo en la cabeza.

—¿Conque irás á mi casa?

—Sí que iré.

—En el núm. 3 del patio.

—¿Por quién he de preguntar?

—Por el Zorro.

—¡Bonito nombre!

—Me llaman así porque tengo fama de ser muy astuto, y de que la que á mí se me escape...

—¡El Zorro!... ¡El Zorro!... Yo he oido este nombre y no hace mucho... esta noche, se dijo mentalmente el hijo del sacristan, que en efecto habia oido ese nombre cuando oia en la casa para dormir la conversacion de los dos bandidos.

—¿Has oido ya hablar de mí? le preguntó el Zorro con cierto recelo, al notar en el semblante del jóven así como cierta extrañeza.

—No, no señor.

—No seria extraño, porque á mí me conoce en Madrid mucha gente.

—En mi pueblo habia uno que le llamaban el Zorro porque era muy malo.

—No, pues no me lo llaman á mí por lo mismo.

—Ya lo presumo.

Y al llegar á este punto de la conversacion, llegóse un hombre, de tan mala catadura como el Zorro, á este apreciable personaje, y le dijo:

—¡Hola, Zorro!

—¡Hola, Lobo! contestó el Zorro.

—Vente, que tenemos que hacer, repuso el Lobo. ¿Quién es ese chaval?

—Un amigo, contestó el Zorro.

—Pues acaba y vente.

—Ya hemos acabado. Es un *chavó* que te lo recomiendo, es lo que se llama un muchacho de talento.

—Bueno, pues si quiere ser de la trinca, que vaya á tu casa.

—Ya se lo he dicho.

—Y vente conmigo, que hoy tenemos mucho que hacer, que no se gana el dinero sin *carcular* y sin trabajar de cabeza, que *pa* eso nos ha dado Dios, como quien dice, la mollera y el cacúmen.

Y el Zorro y el Lobo se alejaron del jóven, que se quedó diciendo:

—¡El Zorro! ¡el Lobo!... ¡yo he oido esos nombres!... esta noche, en aquella casa donde he querido dormir y me alegro de no haber dormido, he oido esos nombres... Aquellos dos hombres que hablaban detras de aquella cama endemoniada, hablaron del Zorro y el Lobo, como de dos compañeros suyos y auxiliares en la empresa de hoy... No hay duda que he entrado con buen pié en Madrid... La casualidad guia mis pasos mejor que lo podria hacer nadie.

Y pensando lo que haria para evitar el robo y hacer valer este servicio, llegó al núm. 83 de la calle de Atocha, y se dirigió á una casa grande que estaba precisamente enfrente de la señalada con aquel número, y viendo á la portera que en aquel momento se ocupaba con la mayor solicitud en limpiar la jaula de un perico muy mono, hablóla de esta manera, recordando la conversacion de los dos malhechores:

—A la paz de Dios, buena mujer, ¿cómo está el señor del cuarto segundo?

—¿Quién te envía?

—Nadie. Yo que sé que está malo, y quisiera saber cómo sigue.

—Muy malito.

—¿Y le ha dejado V. solito?...

—Oye tú, ¿quién eres?

—¡Toma! Ya lo ve V., un palurdo... ¿Tiene dinero el enfermo?...

—¡Dinero! ¡dinero!... Si tuviera dinero, no le asistiría yo... porque... ¡Jesús! en buena hora lo diga, á mí por dinero no me mueve nadie... ni á mi marido tampoco, porque *probes semos*, eso sí, pero á *honraos* no nos echa nadie la pata. ¿Estás tú?... Y vete, que voy á dar una escobada al portal.

—Quería preguntar á V. una cosa.

—Pues dila y revienta.

—Aquí vive un conde, ¿no es verdad? un señor muy rico...

—Sí; ¿qué tienes que ver con ese señor?...

—Yo, nada, pero le tengo que ver.

—¿Tú?... ¿Tú tienes que ver á un señor que ha sido ministro y ayuda de cámara de la reina, y comandante de la milicia, y *brocal* de la hermandad de Nuestra Señora del Buen-Parto?...

—Pues apenas es cosas ese señor... ¿Y es muy rico?

—¿Rico? ¡Toma! que ni él mismo sabe lo que tiene... Figúrate tú si será rico que tiene un *amistraor* que cuando entró en su casa era un pobre, y cuando salió tenía ya diez casas en Madrid, y el conde ni siquiera ha notado la falta de lo que el *amistraor* se le

llevó entre las uñas... Pero ¿á qué santo te estoy yo contando todas estas cosas?... Tú, ¿quién eres? ¿quién te mete donde no te llaman?...

—¿Yo?... Vengo á ver al conde, ya se lo he dicho á V., y á fé que ha de agradecerme la visita, porque vengo á hacerle un favor, el más grande que le han hecho en toda su vida, un favor que ni la misma reina se lo podría hacer.

—¡Jesús!

—Vengo á darle treinta mil duros.

—¡Tú! Oye, ¿te has escapado del Nuncio de Toledo?

—Lo que le tengo que decir es que esta tarde van á venir á robarle.

—¡Jesús me valga!... ¿Y cómo lo has sabido, muchacho?...

—Eso es muy largo de contar. Suba V. á decir á ese señor que yo le quiero ver.

—Pero... ¿es verdad? ¿Van á venir á robar?

—Si le avisamos á tiempo será como si no vinieran.

—¡Ay, Dios mio! ¡Cómo se va á poner de que lo sepa! Suba V., suba V... Espere V... cerraré mi portería, no sea que me quiten mi pobreza...

Y la portera y el hijo del sacristan subieron al cuarto principal, y aquella tiró del cordon de la campanilla.

Abrióse la puerta, y la portera, toda azorada, dijo al lacayo:

—A ver, que tenemos que ver al señor.

—¿Para qué?

—Que hay ladrones en casa.

—¡Jesús!

—No, todavía no, añadió el jóven.

Y en esto abrióse una puerta y apareció en el recibimiento una mujer de peregrina hermosura, que al fijar los ojos en el hijo del sacristan, exclamó sin poderse contener:

—¡Ah!

Y se quedó pálida como la muerte.

El jóven miró tambien á la señora, y exclamó tambien:

—¡Ah!

No era extraño su asombro; jamas habia visto tan perfecta y seductora hermosura.

La mujer más hermosa que él habia visto era su amada de la aldea, aquella pobre compañera de su infancia, á la que tan infamemente habia abandonado, para venir á la córte, impulsado por el demonio de la ambicion que se le habia metido en el cuerpo.

La hermosura de su amada, de su víctima, mejor dicho, era la hermosura dulce, tranquila, suave de la inocencia, una de esas purísimas hermosuras que deben ser el fiel trasunto en la tierra de la hermosura de los ángeles.

La hermosura de la señora que se presentaba á los deslumbrados ojos del jóven no tenia punto alguno de analogía con la hermosura de la aldea. Era una verdadera hermosura cortesana, y naturalmente debia causar profunda impresion en el ánimo del hijo del sacristan. Vestia la noble señora un elegantísimo traje de mañana, y tenia el pelo graciosamente recogido

con cierto desaliño encantador; ajustaba su talle un cinturón de seda, y en su persona, en su sencillo traje, en su ademan manifestaba una perfecta distinción, y una gracia encantadora.

El joven no dejó de notar la impresión de sorpresa que había producido en aquella señora su presencia, y se la explicó, suponiendo muy natural que una tan alta y poderosa señora como aquella demostraba ser, se sorprendiera á la vista de un palurdo como él, sucio, empolvado, mal vestido; y en aquel momento hubiese dado los cuatro mil reales ajenos que poseía en el consabido billete de Banco, por hallarse vestido de una manera correspondiente á su ambición.

La portera continuó hablando:

—¡Ay! señorita, este joven dice que nos van á robar, digo, á mí no, que no tengo nada, sino á Vds., al señor conde.

—¿Cómo? preguntó la dama.

—Este mozo lo dirá, que lo sabe: dice que quiere hablar al señor conde...

—¡A mi marido!... ¿Para qué?... exclamó visiblemente contrariada la hermosísima dama.

El hijo del sacristán sintió algo extraño al oír aquella voz.

¿Dónde había oído él aquella voz?...

—Pase V., pase V., buen hombre, añadió la señora abriendo la puerta de una habitación; que lo mismo es que me cuente V. á mí que al señor conde lo que tenga V. que decirnos.

—Estas palabras, dichas en un tono desabrido y un si es no es desdeñoso, hicieron pensar al jóven:

—¿Dónde he oido yo esta voz?

Adelantóse el hijo del sacristan para entrar en la habitacion que le indicaba, y tras él iba á entrar tambien la curiosa portera, y hubiese entrado sin duda, á no detenerla la señora, que de la manera más amable la despidió.

Y hubo de consolarse la portera con ir á contar á todos los vecinos que se trataba de robar la casa del conde, añadiendo detalles horrorosos acerca del plan de ataque resuelto por los perpetradores del robo, que sabia ella de buena tinta, segun decia, que trataban de emplear el escalamiento, la fractura, los narcóticos, el incendio, y así alarmó á todo el mundo, y al cuarto de hora en toda la calle de Atocha no se hablaba de otra cosa que del robo que iba á haber en casa de aquel condenado conde.

Por todo Madrid cundió la noticia de tan inusitado acontecimiento, se puso toda la policía secreta y pública en movimiento, y la gente curiosa se preparó á presenciar algo muy grave.

Los ladrones, que la noche anterior habian combinado el plan para llevar á cabo su intento, supieron la noticia de los primeros, y en los corrillos de la calle de Atocha oyeron referir todos los pormenores del delito que se preparaba, sorprendiéndose no poco de cuanto la gente asombrada referia como cierto y evidente.

Como supondrá el lector, ya no intentaban llevar

á cabo su plan; sentados delante de una mesa de una taberna de la plaza de Anton Martin, discutian acerca del raro caso de haber sido descubierto su propósito de robar al conde, sin habérselo ellos dicho á nadie, y no podian de ninguna manera adivinar cómo y cuándo se habia enterado una persona ajena á su cuadrilla.

Allí se hallaban los dos *industriales* que pasaron la noche anterior en la casa para dormir donde la pasó tambien el hijo del sacristan, y el Zorro y el Lobo, aquellos dos simpáticos personajes á quienes vió el jóven en las inmediaciones del Banco de España.

—¿Quién ha dado el soplo? decia uno de los bandidos.

—Como yo lo llegue á saber, no da otro en su vida.

—Precisamente me han traído á mí un mondadientes de Albacete, que estoy deseando estrenarle.

—¿Pues sabeis lo que os digo?

—¿Qué?

—Habla, Zorro, que tú tienes mucho de aquí.

—Pues yo creo, aunque me esté mal el decirlo, que si el ajo se ha descubierto ha sido porque alguno lo ha sabido.

—¡Toma!

—Claro.

—Yo creí que ibas á decir otra cosa.

—Aún no he concluido.

—Pues desembucha.

—El ajo lo ha descubierto uno de nosotros.

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Tampoco yo.

—Pues yo tampoco.

—Pues fuera de nosotros nadie en el mundo lo sabia.

—¿Lo sabia la Chata?...

—Oye, tú, ya te he dicho que no me toques ese punto. La Chata no sabe nada de nuestros negocios, y si los supiera, primero se arrancaria la lengua que contarlos á nadie del mundo.

La Chata es una mujer decente y prudente, una señora, no agraviando lo presente, y si no fuera así no trataria yo con ella, porque aunque ella es guapa y estoy por ella más *chalo* cada vez, soy hombre de pundonor y de vergüenza.

—Pues, oye, la Chata ha sido de la policía.

—Oye, tú, no mezcles nuestros asuntos con las cuestiones políticas... Si la Chata, ha sido de la policía, lo ha sido por *mor* de las cosas del gobierno y para evitar la *difusion* de sangre entre los unos y los otros, y á todas horas puede presentar el *documento* que le largó el *gobernaor*, hablando de sus *iminentes* servicios á la causa del orden, porque sin orden no hay nada; sin orden no se puede robar así como se quiera.

—Oye, tú, no nos vayas á echar un discurso como un diputado... Lo que hay que averiguar es quién de nosotros ha dado el soplo.

—Yo no.

—Ni yo.

—Entónces, nadie me afea, la Chata ha sido.

—Mira, como vuelvas á tomar en boca el nombre de la Chata, te digo que vamos á tener que sentir.

--¿De veras? ¡Puede que me pegues!

—Pegarte no, que soy hombre decente, pero puede que tengamos que andar á navajazos.

—Cuando quieras.

—¡Eh! poco á poco.

—Pues vamos.

—Fuera de la Puerta de Toledo hay un barranco que parece hecho á propósito.

—¡Andando se quita el frio!

—Los cuatro ladrones se levantaron y salieron de la taberna, y discutiendo amistosamente se dirigieron hácia la Puerta de Toledo, decididos dos de ellos á reñir como buenos, en honor de la Chata, famosa mujer que en época anterior había tenido gran nombre en Madrid, no sólo por su peregrina hermosura, honra del barrio de Maravillas y maravilla de Madrid entero, sino tambien por haber pertenecido al distinguido ramo de la policía secreta, descubriendo no pocas conspiraciones ciertas y algunas falsas, y causando la ruina de muchas familias.

Y si le parece al amable lector, dejaré ahora á los ladrones seguir su camino hácia el campo del honor, vamos al decir, y volveremos á la casa de la calle de Atocha, donde hemos dejado al hijo del sacristan en presencia de aquella hermosísima señora, á quien tengo destinado un lugar muy distinguido en esta novela, si el lector no se opone.

XIII

Una entrevista agradable y un desagradable percance.

La habitacion en que entró el jóven, siguiendo á aquella hermosísima señora, estaba ricamente amueblada.

El hijo del sacristan quedó deslumbrado.

Nunca habia visto lujo parecido, ni tenia de aquello otra idea que lo que habia leído en alguna de las novelas que halló en casa del señor cura.

La señora, despues de cerrar la puerta, le dijo:

—Vamos, hable V., ¿qué tiene V. que decirme? ¿qué encargo le han dado á V. para mí?...

—¿Para V.?... preguntó el jóven con sorpresa.

—Sí; porque presumo que lo del robo será un pretexto que ha tomado V.

—¡Yo! exclamó más sorprendido todavía.

—Puede V. hablar con entera franqueza.

—Pues, señora... lo del robo es cierto.

—¿Cómo?...

—Sí, señora; y he creído que debía avisar al señor conde que vive en esta casa.

—Es mi marido.

Gil refirió á la señora cuanto habia oido casualmente la noche anterior en la casa para dormir.

No dejó de parecer extraña la historia á la condesa, pero habia tal sinceridad en el acento del jóven, que acabó por creer realmente la verdad.

Ademas, el jóven habló del proyectado viaje á Carabanchel, de los treinta mil duros que el conde habia recibido el dia anterior, y dió otros detalles que desvanecieron toda duda en el ánimo de la condesa.

—Mucho agradezco á V., y agradecerá tambien mi marido cuando lo sepa, el interes que, sin conocerlos, le hemos inspirado. No iremos á Carabanchel, y los ladrones tendrán el disgusto de no llevarse los fondos que tiene en su caja mi marido. Me ha dicho usted que ha venido de un pueblo, ¿de qué pueblo?...

—Señora, tal aversion tengo al pueblo donde he nacido, que al salir de él olvidé su nombre.

—¿Le sucedió á V. allí alguna desgracia?

—Sí, señora, perdí á mis padres.

—Gran desgracia es, por cierto. ¿Y qué va V. á hacer en Madrid?...

—No lo sé, he venido á la ventura, sin idea fija. Aquí dicen que se suele hacer fortuna. Yo pienso hacerla.

—¡Oh! la fortuna suele huir de quien la busca.

—Hasta ahora parece que es ella la que me busca á mí.

—¿Sí?

—Desde ayer tengo motivos para creerlo así.

—¡Oiga! ¿Qué pruebas tiene V. de que la fortuna le busca?...

—La más evidente es la de haberme proporcionado ocasion de evitar á V. el disgusto que la amenazaba.

—No hablaria mejor que V. uno de los más elegantes cortesanos.

—Señora, me parece natural que extrañe V. el contraste que forman mis palabras y mi traje; pero yo he leído mucho, he devorado todos los libros que he hallado en mi pueblo, y soy por esta circunstancia algo ménos ignorante que lo suelen ser los pobres palurdos, sin instruccion, sin educacion, sin medios de saber, por muchos deseos que tengan de saber.

—La aficion al estudio y á los libros le honra á V. mucho. Si necesita V. alguna recomendacion en Madrid, si ha pensado V. ya qué rumbo le conviene seguir, y puedo servir á V. de algo, lo haré con gusto. Usted ha venido á prestarnos, sin conocernos, un gran servicio á mi marido y á mí, y seria muy grato para mí recompensar á V. de alguna manera, ¿Qué recursos tiene V.?... ¿Quiere V. cambiar de traje?... ¿Quiere V. tener con qué vivir miéntras halla una colocacion de su gusto?...

—Señora...

—Hable V. francamente.

—No sé si debo...

—Sí, hable V. con entera confianza.

—Señora, ayer me sucedió otra aventura.

—¿Otra? preguntó la condesa aparentando cierta indiferencia al mismo tiempo que le salían los colores al rostro.

—Sí, señora.

—Sepamos cuál, si no es un secreto.

—Un secreto debe ser, pero no para V., que tanto se interesa por mí.

—En efecto, me intereso.

—A poco de llegar á Madrid, y cuando vagaba por las calles sin saber á dónde ir, me detuvo una señora...

—¿Una señora?... Siga V., que la aventura debe ser novelesca.

—Me detuvo, y me dijo si queria dispensarla un favor.

—Adelante, dijo la condesa con cierta sonrisa.

—Yo no traia dinero, y ganar algo me precisaba.

—Es natural.

—Me entregó una carta, me señaló una casa inmediata, y me dijo que llamase en el último cuarto, y entregase la carta á la persona que saldria á abrir.

—¿Y lo haria V. como se lo encargó la señora?

—Ahí está el caso...

—¿Cómo?

—¡Que no lo hice!...

—¡Ah! exclamó la noble dama visiblemente contrariada.

—No lo hice; es decir, hice parte del encargo, pero no todo. Llamé en el cuarto que se me indicó, pero como no me respondió nadie, no pude entregar la carta.

—¿Se la devolvería V. á la señora que se la entregó?...

—Ahí está el mal.

—¿No se la devolvió V.?

—No señora, y ahora lo siento. Como tenía necesidad de dinero, me hice esta reflexion: si digo á la señora que no he hecho su encargo, puede que no me pague, ó me pague ménos; pero si la digo que la he servido me pagará bien, y todo queda remediado con volver luego y entregar la carta, si hay ya en esa casa persona á quien entregarla.

—No estaba mal pensado. ¿Volvería V. luego á entregarla.

—No, señora.

—¿Y por qué?

—Porque me alejé despues mucho de aquel sitio y me ha sido imposible recordar la casa y la calle.

—¿Y nada más?

—Aún hay más, señora.

—¿Qué más puede haber? ¿Tendrá V. la carta en su poder?

—Eso es lo malo.

—¿Y cómo va V. á cumplir el encargo que se le hizo?

—No lo sé. Esta mañana, no sé cómo, se me abrió la carta.

—¡Ah!

—Y en ella habia...

—¿Qué? ¿alguna misiva amorosa?...

—No, señora.

—¿Algun papel importante?

—Importante 4.000 rs. Aquí está.

Y sacó el billete de Banco.

La condesa procuró dominar su emocion á la vista de aquel billete.

—¿Qué hago con esto?

—¿Y qué quiere V. que yo le diga?...

—¿He cometido una mala accion?

—No es muy buena.

—¿Qué haré para remediarla?

—Dificil es el remedio. Uno hay que depende de la casualidad.

—¿Cuál?

—Si encuentra V. alguna vez á la señora que entregó á V. el dinero...

—¡Oh! no la conoceré. Cubria su rostro un espesísimo velo, y me seria imposible reconocerla, á no ser que la viese con el mismo traje y con el mismo velo.

—Eso no es fácil.

—Así lo creo. Este dinero no es mio, ¿qué hago con él?

—Devolverlo á aquella señora seria lo natural, pero como quiera que no sabe V. quién sea, no es posible que lo devuelva V.

—Si V. la conociera...

—¡Yo! ¡qué idea!

—Voy á ser franco con V.: aquella señora tenia una voz muy parecida, más que parecida, igual á la de V.

—¡Jesús! exclamó la señora sonriéndose.

—Cuando he oido, al entrar en esta casa, la voz de V., he creido oir la misma voz que ayer, en la calle, me dió aquel encargo.

—Se ha equivocado V., dijo severamente la condesa, lanzando una mirada terrible al atrevido mozo.

Este bajó los ojos y comprendió que aquella señora se habia enojado más de lo natural.

—Jóven, añadió la condesa con acento ménos severo, doy á V. muchas gracias por el servicio que nos ha hecho denunciándonos ese robo que se preparaba, y, en nombre de mi marido, tengo el pñacer de ofrecerle esta corta cantidad...

Y la señora sacó de un secreter un billete de 1.000 reales y se le quiso dar al jóven.

Este se negó á recibirle.

—Señora, dijo, no he venido á esta casa por dinero, ó, para ser más franco, si al principio he podido traer la intencion de recibir una gratificacion, ahora, despues de haber hablado con V., no, no es posible que yo reciba de V. ese dinero.

—¡Oiga!... Es V. orgulloso.

—Señora, no tengo todavía motivos para serlo.

—Vaya V. con Dios, y él le dé buena suerte en Madrid.

--Así lo espero.

Y el hijo del sacristan salió de aquella casa, lleno de confusiones, aturdido y... enamorado.

Aquella mujer habia hecho profunda impresion en su alma.

Hacia la plaza de Anton Martin se dirigia, pensando en aquella mujer que tan amable le habia recibido y tan agria le habia despedido, cuando sintió que le cogian fuertemente por el brazo.

Volvió el rostro, y vió que el que le habia cogido era ni más ni ménos que el cambiante de billetes de Banco, que tan ventajosas proposiciones le habia hecho aquella mañana para el cambio del billete de 4.000 rs.

—¡Hola! amigo, le dijo.

—¿Qué quiere V.?

—Nada; te ví venir por la calle arriba, y como me has gustado tanto, te voy á convidar... Tengo en mi casa, que ya es tuya, un almuerzo que te ha de gustar.

—No puedo ir.

—Sí, hombre, no me desaires.

—No, señor; déjeme V., dijo el jóven, procurando desasirse de aquel hombre que le apretaba cada vez con más fuerza.

—Mira, no hagas esfuerzos para escapar, porque no te he dejar. Conmigo has de venir á mi casa.

—No quiero.

—Pues yo sí.

—¿Quién es V.?

—Ya te lo dije esta mañana.

—Pues no voy; y quiso otra vez desasirse.

—Es inútil, vienes conmigo; y no temas, que no te

vamos á comer yo y los amigos que nos están esperando en casa.

El hijo del sacristan hubiera huido de buena gana, pero conoció que le era imposible.

No dejó de chocarle la insistencia de aquel hombre en llevarle sujeto, y comprendió que algun peligro le amenazaba, pero como no era cobarde, se prometió que, ayudado de su buena suerte, saldria bien de la nueva aventura que se le presentaba.

Pronto veremos lo que le aconteció.

.....

XIV

La casa de la calle del Tribulete.

Gil no acompañó de muy buen grado á aquel hombre.

Pero como el hombre no le soltó y parecia dispuesto á obligarle á sufrir su agradable compañía, no tuvo más remedio el jóven que andar y callar.

Llegaron á la calle del Tribulete.

La casa en que entraron recordaba los tiempos más remotos que pueden Vds. imaginarse; debia ser

a primera casa edificada en Madrid, tal era de vieja, torcida, destartada y fea.

El portal estaba empedrado caprichosamente con guijarros muy bonitos, que hacian ver las estrellas y todo el sistema planetario al infeliz que ponía los piés sobre ellos; entrábase por un pasillo largo y estrecho, todo colgado ricamente de arañas, y regado higiénicamente por las aguas, que no tenían nada de cristalinas, que de cierta alcantarilla mal compuesta salían juguetonas y se deslizaban sin murmullo, pero con un olor de todos los demonios, por el patio y el portal adelante hasta el arroyo de la calle.

Después de recorrer el interminable pasillo del portal, se llegaba á un patio, que recordaba los patios de la Alhambra, porque no se parecía en nada á ellos. Era el patio cuadrado, y estaba empedrado por el mismo sistema económico que el portal, y en medio se levantaba orgulloso un pozo elegante, cuyo brocal, en ruinas y escombros, hacía pensar al erudito y al arqueólogo en la corte del rey que rabió, en cuyo tiempo debió inaugurarse el pozo en aquel patio. La planta baja de la casa se componía de veinticuatro habitaciones, cuyas puertas daban al patio, y que no recibían otra luz que la que les entraba por dichas puertas, que á la verdad no era mucha, ni tampoco muy clara, por lo cual aquellas habitaciones eran de la mayor conveniencia para personas que tuviesen los ojos malos ó fueran ciegos.

La vecindad que ocupaba la planta baja de aquella casa era por todo extremo selecta y distinguida.

Allí pasaban esta vida miserable las familias siguientes; que todas merecen una mención honorífica en esta novela:

Un sargento retirado con sus honores y su mujer, cantinera retirada, también condecorada con varias cruces de distinción; este matrimonio era un modelo de matrimonios malos y dejados de la mano de Dios, toda vez que todo el santo día estaba el sargento riñendo severamente á la cantinera, y la cantinera maldiciendo á su marido, de quien decía que era un Juan de las Viñas, un Juan Lanas y otros Juanes igualmente despreciables. Este matrimonio tenía un hijo de la Inclusa.

—¡Hombre! dirá el lector, V. abusa.

Pues, sí, señores, de la Inclusa, y me explicaré. La cantinera, desde que se casó, todo su afán era tener un niño ó dos, y aunque al sargento no le gustaban los niños mucho que se diga, por complacer á su mujer también deseaba tenerlo; pero como no todo lo que se desea se tiene, pasaron cuatro años y no hubo novedad, el niño no se presentaba por más que lo deseaba la madre, que no era madre; y el padre, que no era padre, sufría lo que no es decible con el mal humor de su mujer, y tanto y de tal modo pedía un hijo aquella buena madre, que un día salió el marido y volvió con un niño en los brazos, y se lo entregó á su mujer, diciéndola enterrecido:

—Toma, maldita, ahí tienes un hijo que no es de nadie, puesto que lo he sacado de la Inclusa. Mién-

tras no tengamos hijos nuestros, tengamos ese y haremos una obra de caridad.

La cantinera, que en el fondo era un alma buena, recibió con júbilo al inocente; que es preciso tener muy pervertido el corazón para no recibir con benevolencia á un niño inocente, desgraciado, y apenas venido al mundo abandonado de sus padres.

En otra habitación vivían tres señoras, pero muy señoras, madre y dos hijas, que habían venido á ménos después de haber ocupado una gran posición, y que no habían querido renunciar á la apariencia de aquella posición; por lo ménos en el traje, pues las tres se presentaban todos los días en los paseos de Madrid vestidas con el mayor lujo aparente. Las pobres mujeres, por sostener este lujo vergonzante, por poder llevar unos trapos miserables compuestos con arreglo á las prescripciones de la moda, ni comían ni descansaban; toda la noche la pasaban co-siendo para fuera y ganando una miseria, de la que una pequeña parte la empleaban en alimentarse malamente, y la mayor en cintajos, sombrerillos, guantes y otras superfluidades.

Vivía en el cuarto inmediato un cesante, que se dedicaba á escribir comedias, dramas, zarzuelas y otros excesos, con tal afán, digno de mejor suerte, que todo el día se lo pasaba discurriendo horribles planes y recitando en voz alta las escenas más notables que escribía, con lo cual daba mucho que reír á la vecindad, que se asomaba á todas las puertas cuando le oía declamar, y apenas concluía le saludaba con

una salva de silbidos y carcajadas; y entónces el hombre se echaba al patio con los papeles en la mano y la pluma en la oreja, y procuraba convencer al ilustrado concurso del relevante mérito de sus composiciones drámaticas, concluyendo siempre su peroracion con este apóstrofe:

—Pero ¿á qué me canso en hablar de lo que Vds. no entienden? No se hizo la miel para la boca del asno.

En otro cuarto vivia un tenor serio sin voz, que cantaba de bajo en el *café de Euterpe*, en la Ribera de Curtidores, y en el verano solia salir contratado de corista en alguna compañía de zarzuela destinada á recorrer los teatros de Guadalajara, Jadraque, Paracuellos, y otros no ménos importantes, donde recogia gran cosecha de aplausos, porque, aunque él como corista cantaba siempre en unión de sus compañeros del distinguido cuerpo, hallaba medio de sobresalir y llamar la atención, ya soltando un gallito en medio del canto más lúgubre y aterrador, ó saludando al público con cierta coquetería, ó accionando de una manera inusitada para dar más energía y expresion al canto.

Este hombre, que sólo de noche tenia que hacer, estaba todo el dia en casa, cantando de una manera muy lúgubre, parecida á la que tienen de aullar los perros que huelen carne muerta, segun la opinion del vulgo, la siguiente estrofa:

Montañeses, la noche sombría
nos infunde misterio y valor;
por las libres montañas de Hungría
den las trompas su bélico son.

El tenor tenia de huésped un músico que, en su tiempo de gloria, habia sido un gran profesor, y habia quedado reducido, de desgracia en desgracia, á la modesta posicion de redoblante de una murga.

Este músico no conocia más que un libro, que era, por decirlo así, su libro de texto, el calendario, que siempre llevaba consigo, para saber todos los dias el santo, y poder dirigir con acierto sus operaciones, porque además de redoblante, era director de la murga, como profesor más antiguo, y conocedor más práctico del vecindario de Madrid.

El tenor y el redoblante solian tener sus más y sus ménos, porque ambos solian volver por la noche acompañados de su correspondiente turca, y mientras el tenor tenia el vino más triste del mundo, el redoblante lo tenia álegre en demasía, y sucedia que á tiempo que el tenor lloraba las miserias de este mundo, y con lágrimas como puños lamentaba sus extravíos, el redoblante cantaba que se las pelaba, y se reia y alborotaba de tal modo, que no dejaba sossegar á la vecindad, é interrumpia las graves meditaciones de su compañero de habitacion, y el altercado entre ambos duraba hasta que se dormian, único tiempo en que estaban de acuerdo, roncando ambos con la más estrepitosa y descomunal armonía.

En otra habitacion vivian dos séres que aquella abigarrada vecindad veia siempre con respeto y trataba con cierta consideracion.

Eran un padre y una hija.

El padre era anciano y paralítico.

La hija bella y jóven.

Aquel era un hombre de un carácter atrabiliario, que trataba con dura injusticia á todo el mundo, y principalmente á su hija.

Esta era un ángel de Dios, humilde, cariñosa. sufrida, laboriosa é idólatra de su padre, á quien cuidaba como á un niño, haciendo como que no oía las horribles imprecaciones, las continuas maldiciones de aquel hombre, tan mal avenido con la desgracia, y que con tan poca paciencia sufría la horrible enfermedad que le tenía postrado en aquella butaca, comprada para él por su hija á costa de muchas noches de vela y de mucho trabajo.

Aquella santa mujer era, no hija, sino esclava de su padre; ella le vestía, le desnudaba, le hacía la comida y le daba de comer los más delicados manjares, que el parálítico egoísta devoraba, miéntras ella se alimentaba solamente con un pedazo de pan, con unas patatas, cuando tenía tiempo de guisarlas, que no lo tenía siempre, porque además del cuidado de su padre había de trabajar para que nada le faltase, y robaba al sueño las horas para cumplir tan sagrada obligacion.

Margarita, que así se llamaba, trataba con suma bondad á sus vecinos, siempre estaba dispuesta á favorecerlos, intervenía en las contiendas que á cada paso ocurrían entre ellos, conciliando siempre y evitando tristes consecuencias, y muchas veces pasó el día sin comer un bocado, por dar su pan á algun vecino que de él tenía necesidad.

Alma grande y generosa, siempre dispuesta al sacrificio, en su pobreza hallaba modo de hacer más bien que los poderosos y favorecidos por la fortuna.

Otra de las habitaciones la ocupaba una mujer sola y vieja, que tenia un palmito tan desagradable, que siempre que el gato del sargento la veia entrar ó salir, se le ponian los pelos de punta y daba unos resoplidos capaces de apagar un candil.

Esta mujer infundia respeto á todos los vecinos, porque como iba tan pobremente vestida y luego apenas hablaba con nadie, todos se figuraban que era una Celestina de esas que se ocupan en pervertir á las niñas inocentes.

Ademas, un dia que salió muy precipitadamente de su cuarto, se dejó la puerta abierta, y aprovechando el descuido entró el sargento, incitado por su mujer, que era muy curiosa en el mal sentido de la palabra, y se hizo un calvario de cruces al encontrar un reloj de oro sobre la mesa, un collar de diamantes encima de una silla, y una coleccion de trajes y otras cosas de más ó ménos valor, desparramadas por la habitacion. En seguida tuvo conocimiento del hallazgo toda la vecindad, porque la cantinera no pudo contenerse y lo fué contando á los demas inquilinos, suponiendo con la más sana intencion, que aquella mujer misteriosa era una grandisima ladrona ó encubridora de ladrones.

Con tales acontecimientos creció el asombro con que era mirada por los vecinos aquella mujer, y tomó mayores proporciones el dia en que se presentó en la

casa un lacayo preciosamente vestido, preguntando por la tía Blasa, que este era el nombre de la individuo.

A las visitas del lacayo se unió la de una señora vestida de luto, y la de un jóven sin pelo de barba.

¡Cuántos comentarios se hicieron en la vecindad! Quién la suponía envenenadora de oficio: quién una señora que guardaba el incógnito por acontecimientos políticos.

La casa tenía también piso principal, y en este piso la vecindad era mucho más distinguida: subíase á los cuartos principales por una escalera, y ya calculará el lector que no se había de subir por una marmosa, y al subir por la escalera principal, como que no había otra, era muy fácil caerse muerto de repente; de tal fuerza era el grato perfume que la embalsamaba, perfume procedente de dos gabinetes, cuyo nombre es excusado indicar, y que uno se hallaba junto al primer escalon de la escalera y el otro junto al último, de modo que el desdichado mortal que ponía el pié en el segundo escalon se hallaba entre dos fuegos, y si subía corría riesgo de caer hácia atrás, y si bajaba se veía expuesto á caer hácia adelante cadáver y en estado de putrefacción.

No había este solo peligro de muerte en aquella escalera; había el de romperse el bautismo al poner el pié en los escalones, porque los había que se estaban cayendo desde tiempo de la invasión francesa, y los más firmes tenían cada agujero y cada clavo saliente, que lo más fácil era tropezar y caer y desnucarse.

Así no era de extrañar que todos los chicos de la vecindad tuvieran siempre señales en la cara y en todo el cuerpo, á consecuencia de los innumerables porrazos que daban todos los dias al bajar ó subir aquella endemoniada escalera, porrazos que les valian tremendos azotes que las respectivas madres solian aplicarles en público, en medio del patio, sin duda para que se fueran acostumbrando á presentarse delante de gentes.

Todos los dias habia escenas de este género cómico. Se oian desaforados gritos de un chiquillo, y ya sabia toda la vecindad que la criatura habia rodado la escalera, haciéndose un chichon del tamaño de una nuez, y en seguida se veia salir de una de las habitaciones á una mujer desgüeñada por lo regular, ó mejor dicho, por lo irregular, que corria á donde ya ia la criatura, y la levantaba, y la zarandeaba y concluia por aplicarle media docena de azotes.

Y con esta correccion, el chiquillo se estaba en un ricon sentado, berreando tres horas y metiéndose los dedos en la boca y en las narices, hasta que asomaba otro chiquillo, caia tambien por la escalera y sufria igualmente sus azotes correspondientes, que consolaban al primero tanto cuanto dolian al segundo.

He dicho que la vecindad en el piso principal era más distinguida, y en efecto, vivian allí varios personajes que merecen especial mencion.

D. Ramon era el inquilino más distinguido de aquella casa, el más popular y más favorecido por la suerte. Aquel hombre llegó un dia á la casa y se dió á

conocer á sus convecinos como un bienhechor de la humanidad, ofreciendo á todos los que le necesitasen el que es, por desgracia, muchas veces remedio supremo en los males de esta vida: el dinero. La industria de D. Ramon era sumamente sencilla; daba diez y nueve reales por la mañana y los volvía á tomar por la noche con un real más por premio; y si el napoleon prestado se devolvía á los dos dias habia que dar dos reales más, y así sucesivamente, de manera que figúrense Vds. lo que hubiera tenido que devolver el que tomase un napoleon de D. Ramon por un año.

No hacia operaciones á largo plazo, en interes por supuesto de sus clientes, á quienes no queria poner en el conflicto de no poder pagar una cantidad crecida, y casi todos los préstamos los hacia por un día, ó cuando más por una semana.

Sus clientes pertenecian todos á la honrada clase de vendedores ambulantes, y todas las mañanas ácu- dian á su cuarto verduleras, naranjeras, escaroleros, fruteros, etc., etc., á recibir un napoleon ó dos para comprar en el mercado, y por la noche volvian á pagar el capital y los intereses.

Alguno caía en la cuenta de que aquella industria era un comercio muy parecido al robo, y le solia llamar ladron con todas sus letras; pero D. Ramon tenia alma grande y ni se picaba ni se corria, porque, como él decia, si se pensara en la ingratitud, no se haria un favor á nadie en el mundo.

D. Ramon vivia junto al cuarto de cierta vecina,

que era una mujer tenida en olor de santidad; tales eran su religiosidad y aficion á las cosas de nuestra santa madre la Iglesia. Habia sido ama de un teniente cura, y muerto éste se habia retirado al cuartito de la calle del Tribulete, donde vivia tan sobria y modestamente, que jamas se le vió traer provisiones de boca, y su modesto ajuar consistia en una cómoda vieja, una cornucopia viejísima, cuatro sillas y el sillón que habia sido del teniente cura, que la hacia llorar todos los dias, no el teniente, sino el sillón, porque la recordaba al buen cristiano que fué su amo, al que habia conservado afecto singular, como que dentro de aquel sillón habia hallado la Buena mujer unas cincuenta onzas muy bien colocadas, propias del difunto, cuyas onzas, despues de permanecer algun tiempo en el cinturon con que la devota sujetaba á su talle el vestido de hábito que usaba, habian pasado á poder de D. Ramon, en calidad de depósito y para que las hiciera productivas, porque el dinero parado no sirve de nada, y era una lástima, cuando con él se podia *hacer bien* á los pobres, tenerlo muerto de risa en el escondite.

D. Ramon y su vecina se avenian muy bien, y si no vivian en un mismo cuarto, no era por otra cosa sino por evitar murmuraciones de lenguas maldicientes, y porque la devota tambien se conservaba fresca y lozana, á pesar de sus cincuenta años.

Doña María, que así se llamaba, tenia las mejores relaciones, y era muy estimada en todos los conventos de Madrid, y todos los dias los visitaba, encargán-

dose de las compras que le encomendaban las monjitas; y sirviéndolas en cuanto le querian mandar.

Sus intenciones habia tenido ella de meterse monja, pero D. Ramon se lo habia quitado de la cabeza, haciéndola comprender que una mujer debe probar su virtud fuera del claustro, porque así la prueba es más difícil, y por lo tanto la virtud más meritoria.

Ademas, teniendo cincuenta onzas de capital, podia aspirar á hacer de cada onza mil duros, y en teniendo reunida una buena cantidad, ¿quién le quitaba la gloria de fundar ella misma un convento y hacerse abadesa y priora y todo lo que quisiera?

Y todo el afan de doña María era reunir dinero para hacer un convento y ponerse á la cabeza de una comunidad.

Otro de los vecinos del piso principal era un hombre misterioso, que tenia alquilada aquella habitacion, y pasaba, sin embargo, la mayor parte de las noches fuera de ella, y daba lugar á sospechas, muy justificadas por cierto. Quien le veia entrar por la noche con la cara limpia y recién afeitada, le veia salir por la mañana con unas barbas como las de San Anton, y cuando volvia otra vez ya traia la barba rubia y rizada como la de un inglés, y á las dos horas se le veia con unas patillas de chuleta negras y hermosas como las de un picador de toros. Unas veces se vestia elegantemente y otras parecia un cesante de lo más averiado de tan respetable clase; no era extraño verle salir con capa en el rigor del ve-

rano y en mangas de camisa y gorra en el rigor del invierno.

Todas estas rarezas llamaron la atención de la vecindad, y se hicieron mil comentarios acerca de la vida y los nombres de aquel hombre, conviniendo todos los vecinos en que debía ser pájaro de cuenta, y no faltó alguno que indicó la idea de poner en autos á la autoridad; pero la mayoría de los vecinos tenía una decidida aversión á la autoridad, y no quería verla en aquella especie de república federal, que odiaba todas las tiranías y para la que toda autoridad tenía cara del mismísimo demonio.

El misterioso personaje supo que se hablaba de él, que se comentaban sus entradas y salidas, y que se le consideraba un hombre peligroso, y una mañana reunió á todo el vecindario que quiso oír sus explicaciones, y le habló de esta manera:

—Me han dicho que aquí se habla de mí, y que dicen Vds. que si soy esto ó lo otro, y si entro y salgo, y si voy ó vengo, y me visto así ó asado.

Todos guardaron silencio.

—¿Es verdad todo eso?

—Lo que es yo...

—Yo le diré á V...

—Por mí...

—¿Y á mí qué?...

—Como gasta V. tanta *fantasia*.

—Yo no he abierto mi pico.

Estas y otras contestaciones tan categóricas recibió el hombre misterioso, que continuó:

—Pues bien, voy á decir á Vds. quién soy yo.

—A ver, á ver.

—Yo soy quien puedo y quien me da la gana; salgo cuando se me antoja y vengo cuando me parece conveniente; me visto como quiero, y vivo de lo que como y como lo que me gusta. Conque ya saben ustedes quié soy yo.

Todos se miraron y quedaron convencidos.

—Y sólo una cosa tengo que advertir á Vds.: que al primero que yo sepa que habla de mí le pego un tiro.

Y sacó un revólver atroz.

—Y otra cosa; que Vds. no saben nada de mí, pero yo sé la vida y milagros de muchos de los que me oyen, y los puedo meter en la cárcel cuando se me antoje. Conque ¡mucho ojo!

El ilustrado concurso quedó plenamente convencido de que aquel personaje era un caballero, y cada cual se metió en su cuarto, resuelto á no volver á ocuparse en averiguar vidas ajenas, sobre todo de personas capaces de pegar un tiro al lucero del alba, como parecía serlo aquel señor.

A esta casa condujo el desconocido al hijo del sacristan.

En el fondo del patio había una puerta cerrada, á la que se dirigió el acompañante del hijo del sacristan, y éste por consiguiente, puesto que aquel le llevaba fuertemente asido del brazo; el cambiante dió un silbido y se abrió la puerta, y entró con su compañero forzoso.

Habia una concurrencia muy lucida, compuesta de seis ó siete caballeros con unas caras que daba miedo verlas.

—Estoy perdido, se dijo el jóven en cuarto se vió en aquella estancia, alumbrada por un velon, porque, cerrada la puerta y la ventana, no habia otra luz.

—Aquí está este *endeviduo*, dijo el que entraba.

—Vamos, pase V. y no tenga miedo.

—Caí en la ratonera, se dijo el hijo del sacristan.

Y empezó el siguiente diálogo:

—Vamos á ver, tú eres el que ha dado el soplo.

—¿Qué soplo?...

—No te hagas de nuevas.

—Canta, que te tendrá cuenta.

—Yo no entiendo de qué hablan Vds.

—Tú has ido esta mañana á la calle de Atocha á casa de cierto conde...

—He ido á donde he querido.

—Bueno, bueno, no irás ahora donde quieras.

—¿Por qué?...

—¿Por qué?... dijo uno de aquellos bandidos levantándose y acercándose al jóven, —porque á dónde vas á ir es al otro mundo.

Y sacando una navaja enorme, amagó al pecho del jóven, y le hubiera herido á no detenerle otro de sus compañeros.

—Déjale tú; tiempo hay de matarle fuera de aquí... antes tiene que decir cómo ha sabido que hoy se iba á dar el golpe en casa del conde.

—Yo no he ido á averiguarlo.

—¿Quién demonios eres tú, muchacho?

—¡Yo!... ya lo ven Vds., un paletto...

—No he visto yo muchos paletos como tú.

—¿De dónde eres?

—Aragonés.

—Basta de parola. Lo que es preciso que digas por dónde has sabido que hoy se iba á hacer un robo en casa del conde, porque tú lo sabias...

—¿Quién te lo ha contado?

—Dos de Vds., probablemente.

—¿Cómo?... Dí quiénes son, dijo uno de los ladrones, y los ahogo.

—No sé quiénes. Al señor, y señaló á su acompañante, le he visto esta mañana, luego he visto á otros dos de Vds., que me parece que se llaman el Lobo y el Zorro.

—Eso ya lo sabemos, dijo el Zorro.

—A los demas no los he visto en mi vida.

—¿Y somos nosotros los que te hemos contado el robo?

—No sé.

—Habla claro, ó por Dios vivo que te corto la cara y te señalo para miétras vivas.

—Pues, señor, dijo el jóven decidiéndose á ser franco, anoche la pasé en una casa para dormir, y allí oí á dos hombres que hablaban del robo que debian hacer hoy.

—¡Ah! nosotros éramos, dijo el Lobo.

—¿Y has ido á contarle?...

—Vas á morir.

—En el mismo instante se oyó un golpe en la puerta.

—Uno de los ladrones se acercó á mirar por una rendija de la ventana.

—¡Estamos perdidos! exclamó.

—Este infame ha sido, dijo uno señalando al hijo del sacristan.

—¡Matarle!

Y el jóven sintió un golpe en el hombro y un dolor muy fuerte, y cayó sin sentido.

Agunos minutos despues se abria la puerta de la habitacion, forzada por los guardias civiles, y entraban éstos y un inspector de policia.

El jóven herido estaba en el suelo, sin conocimiento todavía.

Los ladrones habian desaparecido.

¿Por dónde? preguntará el lector.

XV

Explicaciones poco luminosas.

Al llegar aquí me permitirá el lector un capítulo de descanso. Los novelistas más maestros en el oficio suelen tomarse con el lector todo género de libertades, y no es la ménos frecuente esta de cortar á lo mejor el hilo de la narracion, y entretenerse en hablar con el lector, aunque el lector no tenga maldita la gana de conversacion.

Yo, siguiendo el ejemplo de los maestros de hacer novelas, debo tambien suspender aquí la narracion de las descomunales aventuras del hijo del sacristan, y preguntar á los lectores:

—¿Les gusta á Vds. la novela?

Ya oigo decir á algunos, quizá á la mayor parte (ya ven Vds. si soy modesto):

—No, señor, no nos gusta, y podia V. terminarla ya, y hacer que al hijo del sacristan se le llevaran los demonios.

Pero no quiero hablar con aquellos lectores á quienes no gusta la novela, sino con aquellos, dignos de todo mi agradecimiento, á quienes hayan logrado entretener, ya que no interesar, las aventuras que voy refiriendo.

Entre estos lectores los habrá que estén impacientes por saber por dónde se fueron, los ladrones en el capítulo anterior, á dónde fué conducido el herido, quién era la hermosa dama de la calle de Atocha, de la cual se enamoró el jóven de mi cuento, y qué fué de la nieta de la tia Torda, y por qué le hizo á ésta tal efecto la presencia de aquel hombre, que no encontró medio mejor de manifestar su asombro que el triste recurso de morirse de repente, y otra porcion de cosas de que se ha hablado en el curso de esta novela, sin que el lector pueda adivinar (por qué, ni yo tampoco me haya dado mucha prisa á explicárselas.

Confieso, en efecto, que es rara y anómala la marcha que lleva esta novela, que acaso ha comenzado por el fin, y de que por el fin ha empezado se convenrán Vds. á la conclusion de la misma; pero hay que tener en cuenta que escribo en España, y que siendo en España todo anómalo y desconcertado, no hago más que seguir los usos del país.

—¿Por dónde se fueron los ladrones? pregunta el lector.

No habiendo en la habitacion más que una puerta y una reja, y hallándose delante de la primera los guardias civiles, es seguro que los ladrones no pudieron salir, y no debian haber salido, á pasar las cosas naturalmente, pero en una novela es preciso que pasen cosas que no puedan pasar de ninguna manera, y sólo por esta razon se fueron los ladrones sin ser vistos, y cuando entraron los guardias y el apreciable inspector del distrito, hallaron solamente al jóven, desmayado á consecuencia del alfilerazo que le clavó uno de aquellos.

—Bueno, ¿y qué hicieron con él?

—Lo llevaron al hospital, despues de convencerse de que en aquella habitacion no habia puerta, escondite ni persona alguna.

—Pero, ¿por dónde se fueron los ladrones?

—Los ladrones, señor lector, no se fueron.

—Hombre, V. abusa.

—No, señor.

—Pues si no se fueron, ¿dónde estaban?...

—Yo les diré á Vds.; las cuatro paredes de la habitacion tenian una especie de cornisa ó zócalo—no soy fuerte en arquitectura—saliente como dos dedos, y hasta una altura como de una vara; este zócalo, blanco lo mismo que la pared, estaba dividido por unas cuantas rayas negras, para mayor ornato del aposento, y en una de estas rayas, mirando atentamente; se veia una hende-

dura; por esta hendedura se fueron los ladrones.

—Pero, hombre, ¿nos va V. á hacer creer que los ladrones eran lagartijas, que se metían por una rendija?

—Un poquito de calma, amigo lector.

—Pero, hombre, acabe V. de decir cómo se fueron los ladrones, y no sea V. pesado.

—Aquella hendedura era ni más ni ménos que una trampilla que daba paso á otra habitacion, y estaba con tal disimulo hecho el burladero, que nadie hubiese creído que tal puerta de escape existía.

Los ladrones suelen tener bastante ingenio, y si lo emplearan en el bien, serian unas apreciables personas; verdad es que para el bien no tiene ingenio quien lo emplea en el mal. Aquel escondite daba un chasco al más digno y experimentado polizonte, que de estos los hay astutos y ladinos en tan alto grado, que no se les escapa nada y parece que tienen el don de la segunda vista para ver aquello que no ve nadie, y al hablar así de la policía no hablo de la de España, sino de la de Francia é Inglaterra, donde no es nunca individuo de la policía ningun tonto ni ningun pillo, que si á hablar fuera de la de España, en todas las épocas, tendria que decir de los polizontes cosas bien poco favorables á una institucion que debe ser útil y benefíca, y en España ha sido siempre perjudicial y casi siempre inútil.

Y volviendo á los ladrones, me parece que la explicacion que he dado de la huida de aquellos *caballeros* habrá satisfecho cumplidamente al lector, y si no

le hubiese satisfecho, lo sentiria infinitamente, pero no he podido encontrar recurso más verisimil. La habitacion á la que daba paso aquella trampa pertenecia á otra casa, que tenian alquilada tambien los ladrones, y que ofrecia salida á otra calle; de manera que era difícil que la policia diese con ellos, á no ser que los acometiera por ambas casas á la vez, y ni aún así, porque, previsto este caso, seguramente tendrian otro recurso para escapar.

—Méenos prosa, señor autor, oigo decir al lector, y siga V. sus explicaciones, que me van pareciendo ya tan inútiles como dice V. que es la policia.

—Puede que tenga V. razon, respetable lector, pero hemos convenido hacer en este capítulo un paréntesis...

—Oiga V., señor autor, yo no he convenido nada con V....

—Bien, hombre, bien; es una libertad que yo me tomo, cosa muy natural en estos tiempos en que la libertad anda de balde, y bien puede V., señor lector, agradecerme que me tome solamente esa libertad, cuando todo el mundo se toma todas las que le convienen, aunque no convengan á los demas.

—Bueno, bueno; siga V., y no haya digresiones.

—Dispense V., y vamos al asunto.

Dirá el lector:

—¿Quién era aquella dama cuya belleza causó tan profunda impresion en el hijo del sacristan, y cuya voz no le era desconocida?

Pero no, el lector no hará esta pregunta, porque

bien sabe el lector que aquella señora debía ser la mismísima dama encubierta que en la calle entregó al jóven la carta que contenia los 4.000 rs.

El hijo del sacristan sospechaba en efecto, como ya se ha indicado, que aquella era la dama del billete, pero no tenia completa certidumbre.

Y ahora querrá saber el lector la historia de la dama misteriosa, acerca de la cual habrá hecho ya todos los comentarios que haya querido, si es que me ha dispensado el singular favor de interesarse un poquito por los personajes de esta novela.

Pues la dama del billete, que era una gran señora, no tenia de señora más que la fachada y la riqueza, que eso sí, dama tan compuesta, empernejada y fastuosa no habia otra en Madrid que se le pudiera comparar, y no se presentaban en el Prado caballos más arrogantes que los de su coche, ni habia en todo el orbe lacayos vestidos con más gusto y esplendor que los suyos, que se distinguian ademas por su belleza física, siendo el cochero un mozo, tan buen mozo y tan á la altura de su posicion, que más de una aristocrática jamona cotorróna le miraba con interes, y al verle pasar con las riendas en una mano y el látigo en la otra, sentado en el pescante, más serio que un rey en su trono en dia de besamanos, exclamaba alguna vieja marquesa ó cosa por el estilo:

—¡Qué lástima que sea cochero!

Alto, fornido, con un rostro perfecto, ojos negros y hermosos, patillas rizadas, sonrisa desdeñosa, cejas pobladas y frente noble y despejada, era aquel

hombre un modelo de hombres guapos, y tambien lo era de animales, porque pocos se le podian igualar.

No así el lacayito que le acompañaba en el pescante, niño de quince años, bonito como un amor gallego, que gallego era el angelito, y listo como una ardilla, é inteligente como un mono. Con su levitita blanca, hecha por el mejor sastre de París, su calzon ajustado, su bota de campana, su chaleco del mejor terciopelo, su corbata blanca, su sombrero coqueton, y sus guantes de Dubost, el chico estaba tan lindo que daba ganas de comérselo.

Con lo que cada año costaba vestir al cocherazo y al lacayito hubieran tenido pan algunas familias.

Pero la condesa tenia gusto en llevar majos á sus servidores, y no le parecia dinero mal empleado el que gastaba en el adorno y esplendor de aquellos dos apéndices que ocupaban dignamente el pescante de su carretela.

No llamaba sólo la atencion la condesa por sus magníficos y distinguidos servidores, sino por otras mil circunstancias agravantes que la hacian diosa de la moda, reina de los salones, ídolo de los pollos, desesperacion de los gallos y envidia de todas las mujeres del gran mundo, que hubiesen dado de buena gana la fortuna de sus respectivos maridos por el gustazo de ver con viruelas á la condesa.

Tal es el entrañable afecto que suelen profesarse las damas de la elegante sociedad.

La condesa era una mujer que no hacia nada, y, sin embargo, estaba siempre ocupadísima; no tenia

tiempo ni siquiera para dar al cuerpo y al espíritu el necesario reposo.

—¿Y en qué podía ocuparse una señora que no hacía nada? preguntará el lector.

—Yo le diré á V.: todos los dias tenia que hacer unas treinta visitas, que consistian en cuatro cumplimientos y cuatro besos dados ó recibidos, segun costumbre entre las mujeres, aunque no se puedan ver ni pintadas. Unos dias tenia que presidir una corrida de toros, lidiados por grandes de España que daban sendos batacazos con la mayor finura y la más elegante distincion. Tambien era casi diaria obligacion para ella la de asistir á una ú otra iglesia, y pedir para esta ó la otra asociacion benéfica; como era tan bella y tan famosa en Madrid, allí donde pedia para los pobres, llovian las monedas de cinco duros; si hubiera sido fea y pobre, ni se la hubiese invitado para pedir, ni aunque hubiera pedido, habria visto caer en la bandeja más que ochavos morunos y alguna pieza de dos cuartos de metal de velones. Además de estas importantes ocupaciones, tenia la condesa que recibir en su casa á las personas que iban á visitarla, que eran infinitas, hacer los honores á los convidados á su mesa, vestirse seis veces por el dia y tres ó cuatro por la noche, destinada siempre al Teatro Real y bailes y banquetes, en cuyas fiestas brillaba sin rival la elegantísima señora.

—¡Qué vida! dirán las buenas esposas y buenas madres de familia, ocupadas siempre en su casa en el cuidado de sus maridos y de sus hijos.

Estas buenas mujeres no podrian resistir la fatiga, la monotonía, la pesadez, la mentira y la farsa de la vida del gran mundo, de la vida ociosa y estéril de las esposas que no se acuerdan para nada de sus maridos, y confian sus hijos á manos extrañas, para que no les quiten el tiempo que necesitan dedicar á los salones y á los galanteos.

Alguna de esas distinguidas señoras que viven esa vida de la farsa y el fingimiento, en los pocos momentos de soledad de que puede disponer, piensa, y acaso envidia á la mujer modesta y hourada que hace la vida del hogar y la familia; pero entregada ya al gran mundo, esclava de las exigencias de ese mundo embustero, no le es posible salir de él, no puede retirarse al santuario de su hogar, porque el gran mundo que tanto la ha festejado, murmuraria de ella y acaso la calumniaria...

¡Dichosa la mujer modesta que cumple su mision en el mundo, y, ni envidiosa ni envidiada, desconoce por completo las miserias, las ruindades, las malas pasiones que se agitan incesantemente en esa sociedad deslumbradora, donde la felicidad sólo existe en la apariencia, y donde suelen tener su guarida, oculta entre flores, encajes y riquezas, los vicios más escandalosos y las pasiones más desconsoladoras!

La condesa era por entónces el ídolo de esta sociedad.

Y, sin embargo, el que hubiera podido penetrar en su alcoba alguna mañana, cuando la condesa, cansada de reir y fingir, aturdida por los aduladores

y muerta de hastío y fatiga, volvía de alguna brillante fiesta, la hubiese visto llorar en silencio y despojarse de aquellas galas y aquellos deslumbradores diamantes, arrojándolos con enojo.

La condesa no era feliz.

—¡Hombre! dirá el lector, ¿qué me cuenta V.?

—Lo que V. lee, amigo; la condesa era una infeliz mujer, que para todo el mundo pasaba por la mujer más dichosa del orbe, y se consideraba, sin embargo, la más desgraciada.

—Pero, hombre, ¿por qué? vuelve á preguntar el discreto y curioso lector.

—¿Por qué?... Por lo que son desgraciados muchos seres de este mundo, porque habia obrado mal, y porque el remordimiento se habia apoderado de su conciencia.

Sin embargo, era ménos desgraciada que muchas mujeres y muchos hombres, porque á lo ménos tenia conciencia.

—¡Hombre! me ha convencido V., dirá el lector.

—Me alegro.

—Y diga V., esa señora que nos está V. pintando como quiere, ¿no tenia marido?

—Sí, señor; pero ¿quién hace caso del marido de una mujer del gran mundo?... Estos maridos son unos ceros á la izquierda de sus mujeres, y no sirven más que para una cosa, para pagar las cuentas.

—Sin embargo, teniendo en cuenta que el lector querrá saber quién era el marido de aquella dama, se hablará de él en tiempo y lugar oportunos.

XVI

La sala de presos.

Parece inútil explicar á mis lectores benévolos lo que es la sala de presos en el santo Hospital; pero como en una novela al uso del dia es indispensable lo inútil para entretener al lector, y entretenerse tambien el autor miétras no sabe cómo ha de continuar la accion del cuento, ni de qué manera ha de darle digno y feliz remate, diré á Vds. que la sala de presos en el Hospital, es una sala destinada á los presos, y nunca dijo Pero Grullo mayor verdad, que se ponen malos, bien que ellos siempre lo son, y á ella van tambien los que en riña ó desafio ú otra empresa ménos caballeresca reciben algun chirlo, cosa por demás frecuente en la capital de España, donde el comercio que se halla á más altura es el del vino, y el instrumento que toca el pueblo soberano es la navaja.

Con estos dos elementos de todo, ménos de civilizaci3n, nadie puede extrañar que la sala de presos sea una de las más concurridas del Hospital General; las cárceles y las tabernas le proporcionan diariamente nuevos huéspedes, y bien puede asegurarse que no se halla una cama vacante dos minutos, aunque salga con alta ó se muera el que la ocupa, porque al momento llegará á ocuparla un nuevo paciente.

Pero puede ser aprensivo el lector y debemos salir cuanto ántes del Hospital, no sea que se nos arrime una fiebre tifoidea ú otra enfermedad que maldita la gana tenemos de conocer el lector y yo. Antes de salir referiré á Vds. cómo fué llevado á aquel lugar el héroe de mi novela.

Cuando entró, llevado en la camilla, recobró el conocimiento y abrió los ojos para ver á un hombrecillo que, con carita risueña, anteojos verdes y un cigarrillo entre los dientes, habia levantado el hule de la camilla, y le miraba atentamente.

—No está muerto, dijo sonriendo.

—No, señor, dijo el jóven, agradeciendo de paso la cortesía del profesor de guardia que le reconocia, y que lo mismo que le dió por vivo le hubiera podido dar por muerto.

—¿Cómo te llamas? preguntó al jóven una especie de gigante que con una resma de papel en una mano y un tintero de cuerno en la otra, se habia acercado á la camilla.

El jóven dijo el nombre que le dió gana.

—¿Hijo de quiénes?...

El muchacho se puso los padres que se le ocurrieron.

—¿Qué documento de seguridad tienes?

—Ninguno.

—¿No tienes cédula de vecindad?

—Ni de comulgar tampoco.

—Mira lo que dices, si no quieres agravar tu causa.

Durante este interrogatorio, el médico examinaba la herida y decía:

—La herida es bastante profunda, pero leve; si la punta del puñal hubiese penetrado una línea más, era hombre muerto.

El jóven, al oír esto, no pudo ménos de dedicar un recuerdo á aquel prudentísimo puñal que tan afortunadamente se habia detenido.

—¿De dónde eres? preguntó el escribano siguiendo el interrogatorio.

El muchacho dijo un pueblo que no era el suyo.

—¿Qué haces en Madrid?

—Nada.

—Es lo mismo que hacen muchos.

—¿Cómo te han herido?

—Con un puñal.

—¿Quién?

—Uno.

—¿Dónde?

—No sé.

—¿Cómo te encontrabas en aquella casa?

—Porque me habia llevado agarrado del brazo un ladron.

—¡Hola! ¿con ladrones te andas?

—¿Y cómo se llama ese ladrón?

—No sé si el Zorro, ó el Lobo ó el Tuerto...

—¡Buenos amigos tienes!

—No son amigos míos.

El médico, al llegar aquí, creyó prudente indicar á la gente de la curia que no convenia en aquel momento seguir el interrogatorio, que más tarde podria continuar sin peligro ni incomodidad del herido.

Y á tiempo hizo el médico tan atinada observacion, porque en el mismo instante el hijo del sacristan se desmayó como una dama.

El juez de guardia que entendia en el suceso, en vista de las contestaciones que habia dado el herido á las preguntas que se le habian hecho, y considerando el sitio sospechoso en donde se le habia encontrado, dispuso que fuese asistido en la sala de presos, quedando así á disposicion del juzgado y del médico, es decir, en el mayor peligro que se pudiera imaginar.

Llevaronle á la sala de presos, con acompañamiento del escribano y dos alguaciles, que no parecia sino que le llevaban á la horca, y al entrar se detuvo la comitiva y todos se descubrieron.

Algunos enfermos se hallaban de rodillas sobre las camas; los que no podian levantarse levantaban la cabeza; las hermanas de la Caridad estaban arrodilladas alrededor de una cama, y todos rezaban devotamente una salvé.

Ya ha comprendido el lector que en aquel solem-

ne momento se estaba disponiendo á morir un enfermo, un criminal, puesto que aquella era la sala de presos, y á este acto imponente asistian profundamente impresionados todos los demas enfermos, criminales tambien la mayoría, hombres todos avezados al peligro y al mal, y que temblaban, sin embargo, allí, al ver á un moribundo en brazos de la religion, haciendo confesion de sus culpas y pidiendo ardentemente al ministro del Señor, que le consolaba, perdon de sus muchísimos pecados.

Terminada la imponente ceremonia, avanzaron los mozos que llevaban la camilla, y se detuvieron delante de la cama inmediata á la del preso que acababa de recibir el santo Viático.

En un momento desnudaron al hijo del sacristan, y al desnudarle cayó de su ropa un papel al suelo; pero no bien cayó, desapareció bajo un pié, que en aquella confusion de piés que allí habia de tantas personas como rodeaban la camilla, no puedo decir á punto fijo á quién pertenecia.

Y cuando ya estaba instalado el herido en el lecho del dolor y se iban á retirar todos los acompañantes, se vió bajar una mano hasta el pié, y retirarse éste, y avanzar aquella, y coger el papelito que se habia caido de la ropa ya mencionada.

Y ya no se volvió á ver el papel, que supongo seria llevado á algun bolsillo, porque para tirarlo no lo recogeria del suelo aquella mano discreta, puesto que el papel era ni más ni ménos que el billete de cuatro mil reales de que ya tienen noticia los lectores.

El herido se repuso de su desmayo, y volvió á abrir los ojos, y lo primero que oyó fué el estertor de la agonía del moribundo que se hallaba en la cama inmediata y las oraciones del sacerdote, que habia quedado acompañándole, y que con verdadero fervor encomendaba á Dios aquella alma, próxima á comparecer ante el tribunal de la divina é infalible Justicia.

—Muere en paz, decia el sacerdote al criminal, muere en paz y en la gracia del Señor. Arrepentido como estás de tus horrendos crímenes en el mundo, el que todo lo puede te abre los brazos y te recibe en su seno. Hijo suyo eres, como somos todos, y Él ama por igual á todos sus hijos, y á todos los tiene reservada en el cielo la gloria eterna. Bendito seas, hijo mio, en nombre de Dios.

Y el venerable sacerdote inclinó humilde y amoroso la cabeza, é imprimió un ósculo en la frente del moribundo, y recogió su alma purificada.

El hijo del sacristan no se dió cuenta de lo que allí pasaba hasta que vió, media hora despues, llegar dos mozos, que se llevaron el cadáver del criminal arrepentido.

No bien hubieron llevado el cadáver los sepulcros, cuando cesó el silencio que reinaba en la sala.

Los presos enfermos que no estaban de peligro empezaron á hablar y á cantar, y aquella mansion de tristeza se convirtió en lugar de alegría y regocijo.

—Ese ya no tiene miedo al *buchí*, dijo uno con aguardentosa voz, refiriéndose al muerto.

—¿A qué hora pasa hoy el *méico* la visita?

—Ya tarda, á ver si me levanta la dieta. Ya se lo dije ayer, y se empeña en que no estoy para comer, cuando me comeria ahora mismo una libra de lomo.

—A tí ya te darán el alta pronto.

—Lo que es prisa no tengo.

—Lo creo, á catorce años de *correccion* te ha echado la Sala.

—Ya ves si en catorce años te importa estar unos dias más en la cama.

—Ya vendrá el tío Paco con la rebaja.

—¿Has apelado?

—¡Toma! mi defensor apelará hasta á Poncio Pilatos.

—Es un mozo muy listo; á mí me va á sacar libre.

—¡Toma! pues si el dia de la vista en la Sala primera hizo llorar á todo el *público*, hablando de mis buenos sentimientos.

—¿Qué tal?... ¿Será embustero el *gachó*?...

—Dijo que yo era un buen hijo, un buen esposo, un buen padre de familia, y que si estaba en la cárcel era por envidias y malas voluntades, en fin, que yo no sé cómo al salir de allí no me dieron una pensión las Córtes.

—¡Já! ¡já!

—Si no hubiera sido por el fiscal... ¡qué pez!... Un calvo de más mala intencion no lo he visto en mi vida.

—¿Qué dijo?

—¡Toma! á lo de buen hijo no dijo más sino que mi padre me habia hecho sentar plaza por no poder hacer carrera de mí, y porque un dia le *afané* cin-

cuenta duros que tenia ahorrados para comprar una mula... ¡Mentira!... ¡Mentiras todas!

—Por supuesto.

—¿Y á lo de buen esposo?

—Dijo que mi mujer tenia el cuerpo lleno de cardenales, segun declaracion de los *méicos*...

—¡Qué embusteros!

—Ya le dije yo luego al fiscal aparte, que si él tuviera una mujer como la mia, no sé si le habria puesto el cuerpo como yo se lo puse á aquella *arrastrá* que ha sido mi perdicion.

—¿Y de lo de padre de familia?

—¡Toma! no sabiendo por dónde tomarla, dijo que yo tenia fama de borracho... ¡ya ves! ¡borracho porque bebo un cuartillo ó dos cuando á mano vienel... que era un jugador... Como jugaba y perdía siempre, me lo echaban en cara, que si hubiese ganado ya hubiera sido otra cosa...

—Jugar no es malo, lo malo es perder.

—Es claro, en eso sucede lo que en todo en el mundo.

—¡Bueno está el mundo!

—Anda, que tras un tiempo viene otro.

—Ahora andan, segun me ha dicho mi *precuraor*, viendo cómo arman un *prenunciamento*, y yo tengo esperanzas de que no he de ir á Ceuta otra vez... Ya he estado allí tres veces y no me prueba.

—Si ganan los *prenunciados* habrá *indurto*.

—Es claro.

—Un poco que nos rebajen ahora y otro poco que

nos rebajarán por mor del *prenunciamiento* que vendrá despues.

—La politica siempre nos hace favor.

—¿Quién es aquel lila que han traido ahora? dijo uno señalando á la cama del hijo del sacristan.

—Oye tú, el del 50 (el número que habia pintado en la pared), ¿qué alifafe traes?...

—Es un herido.

—¡Hola! por alguna *arrastrá*...

—Por ellas son siempre todas las cosas, dijo sentenciosamente un viejo que tenia la cabeza llena de trapos, como que al hombre se la habian abierto en cuatro pedazos, como si fuera una granada.

—¿Vienes del Saladero?... preguntó otro al héroe de mi cuento.

—¿Qué es eso? dijo éste.

—¡Hombre! ¿no lo sabes?...

—Pues no pases pena, que cuando salgas de aquí ya irás allí.

—Se conoce que es un novato.

—No te pesará ir allí, ¡el que no ha estado alguna vez á la sombra no es hombre! volvió á decir con acento severo el viejo de los trapos.

—Si seré yo hombre, observó uno, que desde los catorce años, y tengo ahora cuarenta, he estado ya tres veces en la cárcel, y otras tres en Africa, divirtiéndome.

—Buena hoja de servicios es la tuya.

—Y á mucha honra, porque nunca ha sido por robar ni otras frioleras de esas que le dan á uno ver-

güenza, sino por no aguantar ancas, y por pegar antes que me peguen.

—Pues esta vez tienes para diez años.

—¡Quiá! tengo buenos padrinos.

—Pegar un navajazo á un *ispetor* es cosa muy seria.

—Otros las han hecho mayores... ¡Toma! y en cayendo este gobierno, no te diré yo que no me darán un empleo.

—Todo puede ser.

—Se dice que fué por política, y en paz.

—¡La visita! dijo un practicante desde la puerta de la sala, y todos callaron.

XVII

Una declaracion en causa criminal.

El jóven iba mucho mejor de su herida; en los primeros dias se agravó, y estuvo sin hablar, amodorrado, postrado largas horas, consolándole las siguientes observaciones que solian hacer los demas enfermos:

—Lo que es ese las lia.

—No llega á mañana.

—Mañana ya le harán la *amatonía* en la sala de *disecacion*.

—El pobre ha caído á la primera.

—Así se libra de pasar trabajos y de ver lo que son los hombres.

—Y las mujeres.

—Muriéndose ahora, se ahorra gastar mucho dinero en la curia.

—Y se va derechito al... infierno.

—¡Y es lástima, porque hubiera llegado á ser un mozo de mistól!

—Y muy *destruido* que es.

—¡Vaya! ayer nos tuvo con la boca abierta, oyéndole contar sus aventuras.

—¡Pobrecillo! dejarle que haga *dexámen* de conciencia.

—Sí la tiene.

—Eso no le falta á nadie.

—Yo no la conozco.

—¿Qué es conciencia?

—Yo te diré: cuando uno puede hacer un negocio y no le hace por *descrúpulos* ó cosa por el estilo, le queda á uno un escozor... Pues eso es la *conciencia*, que dice: ¡Anda, brutal! ¿por qué has sido un animal?... Y cuando uno hace algo malo, también se lo dice la *conciencia*... A mí, pongo por caso, todos los días me dice que por qué me casé con la mujer que tengo; es decir, yo no la tengo ya, á Dios gracias, que ella está en el Modelo, y que no me la saquen en muchos años es lo que quiero, para su tranquilidad y la mía.

La poderosa naturaleza del hijo del sacristan, y la práctica del doctor encargado de su asistencia, pusieron al fin fuera de cuidado al herido.

Una mañana vió llegar hasta su lecho á un caballero alto, flaco, con anteojos, nariz afilada, boca lo mismo que una puerta cochera, manos largas, piés enormes, acompañado de un jovencito muy encogido, que traía debajo del brazo un voluminoso legajo, y colgado del único boton que tenía en la grasieta levita un tintero de cuerno, con perdon sea dichó.

El escribano y su aprendiz se acercaron al jóven, y el primero le dijo que se incorporara y sentase en la cama, si se lo permitía el estado de su herida.

Hízolo así el jóven, y el escribano hizo una señal á su acólito.

Este desenvainó el legajo, y pasó más de mil hojas, y al fin se detuvo ante una en blanco, y luego abrió el tintero de cuerno, dejando colgada del boton la caperuza del mismo y colocando entre los dedos de la mano izquierda el depósito de la tinta curial.

—Diga V. su nombre, dijo el escribano al herido.

Este, en su sistema de decir distinto nombre cada vez que se lo preguntaban, contestó:

—Me llamo Juan Portal.

—Que lo mismo le da quedar bien que mal, dijo el escribano. ¿Natural de dónde? añadió.

—De Aragon.

—¿De qué pueblo?

—No me acuerdo cómo se llamaba. Era un pueblo donde había una iglesia.

- Las señas son mortales.
- Y una plaza cuadrada.
- Y un burro, ¿no habia tambien?
- Burros habia muchos.
- Ahora habrá alguno ménos, añadió maliciosamente el escribano. ¿Tienes padres?
- No, señor.
- ¿Cómo se llamaban?
- Mi madre María, mi padre como yo.
- ¿Y qué más familia tienes?
- Ninguna.
- ¿Cuánto tiempo hace que estás en Madrid?
- Ocho días.
- ¿Cómo viniste?
- Andando.
- ¿A qué venias?
- A hacer suerte.
- No es mala carrera.
- ¿Y cómo te encuentras aquí?
- Bastante bien.
- No es eso: pregunto que por qué azar fuiste herido, dónde, cómo y por quién.
- No sé en qué calle ha sido.
- En la del Tribulete.
- ¡Ah! sí, en una casa desconocida.
- ¿Cómo estabas solo en aquella casa?
- No estaba solo.
- ¿Cómo que no?... Cuando entraron los guardias sólo encontraron á un jóven herido y tendido, que eras tú.

- Allí habia seis ú ocho hombres.
- ¿Por dónde se fueron?
- No sé.
- ¿A qué habias ido á aquella casa?
- No fuí; me llevaron.
- ¿Quién?
- Uno que se hizo amigo mio por la mañana.
- ¿Y qué pasó?
- Aquellos hombres que habia en aquella casa me preguntaron varias cosas, y al sonar golpes en la puerta, uno de ellos, no sé cuál, me hirió. Y no sé más.
- ¿Y no presumes quiénes fueran?
- Eran ladrones.
- ¡Buenos amigos tienes! ¿Y por qué te hirieron?
- Porque por la mañana impedí que fueran á hacer un robo.
- ¿A dónde?
- A una casa de la calle de Atocha.
- ¿Y cómo supiste lo del robo?
- Lo oí contar la noche ántes en una casa para dormir, donde me albergué.
- ¿En qué calle?
- No lo sé, no conozco las calles.
- ¿Con quién hablaste en la calle de Atocha?
- Fuí á avisar á la casa donde debia hacerse el robo... Hablé con una gran señora, muy hermosa.
- ¿Te gustó! ¿eh?...
- ¡Oh! sí, señor, me parece que la estoy viendo.
- ¿Y qué te dió de gratificación?
- Nada.

- ¡Hombre! exclamó el escribano con asombro.
- Yo no quise tomar nada. Yo tenia dinero... ¡Ah! y ahora me acuerdo, ¿dónde está mi ropa?
- Y el herido miró en derredor, buscándola.
- ¿Para qué quieres la ropa?
- Porque tengo...
- ¿Qué tienes?...
- ¡Mi ropa! ¡me han quitado la ropa!
- ¡Hombre! para estar en la cama no se necesita ropa.
- Yo sí la necesito.
- ¿Por qué?
- Porque tengo... Diga V. que me den mi ropa...
- ¡Hombre! ya te la darán cuando salgas.
- ¿Es V. el juez?
- No pico tan alto, pero si tienes algo que decir...
- Sí, señor; en la ropa tengo cuatro mil reales en papel.
- ¿De veras?
- Sí, señor.
- Lo siento; ¿de dónde te vino ese dinero?...
- Me lo dió una señora el dia que llegué á Madrid.
- ¿Sí? ¿eh?...
- Sí, señor.
- Esa no cuela.
- ¿Cómo que no cuela?...
- ¿Qué señora era esa?
- No la ví.
- ¡Hombre! ¿y te dió sin que la vieses cuatro mil reales por tu linda cara?...

—Sí, señor.

—Esta declaracion empeora tu causa.

—¿Qué causa?

—La tuya; estás sujeto á una causa criminal.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Una friolera. En primer lugar, has sido hallado en una casa donde habitaban únicamente ladrones de profesion.

—Yo no tengo la culpa.

—No has explicado satisfactoriamente tu presencia en aquella casa.

—Fuí llevado por un hombre que decia que deseaba ser mi amigo.

—Tampoco has dado señales de tu pueblo, ni de tu familia.

—No tengo señal ninguna que dar.

—Tampoco tienes cédula de vecindad, ni documento alguno por el que se pueda identificar tu persona.

—¿Y para qué necesito yo eso? Yo sé quién soy.

—Pues mira, en el mundo es preciso que ademas de que cada uno sepa quién es, lo sepan tambien los demas.

—El mundo me importa á mí poco.

—Pues, hijo, mientras no se estile vivir en otra parte que en el mundo...

—Bien, pero ¿de qué se me acusa?

—En primer lugar, de vago.

—Yo no soy vago.

—Sin domicilio fijo, é indocumentado.

—¿Y qué más?

—De ladron.

—¡Yo ladron!

—Digo, me parece que más lo pareces tú que yo.

—¿Y qué pruebas hay?

—Tú mismo las das, diciendo que en la ropa tienes cuatro mil reales. ¿Cómo puedes tú tener cuatro mil reales?

—Me los dieron.

—¡Mentira! ¿Crees tú que Madrid es Jauja? Tú le has limpiado á alguien ese dinero, si es que en efecto lo tenias en la ropa.

—No es verdad.

—Ve tú á convencer á los jueces que te juzgarán.

—Pero, señor, si yo no he hecho nada.

—Bueno, bueno, tú mismo te pierdes con esa declaracion.

—A ver, á ver, señor amanuense, escriba V. en debida forma la declaracion del señor.

—Pero...

—¡Oh! no, no, no tengas cuidado, ya se hará por tí lo que se pueda. Si habias de ir al palo, se hará que vayas á presidio sólo por toda tu vida. Ya no tienes que preocuparte del porvenir.

—Yo me confundo.

—Pues la cosa es clara. Yo lo siento; si no hubieses declarado que eras dueño, es decir, dueño hasta cierto punto, de cuatro mil reales, aún hubiera podido arreglarse todo, pero esa declaracion te pierde.

—Pero si los tenia en la ropa.

—Bueno, bueno, yo siento que desde aquí, en cuan-

to estés más aliviado, tengas que ir á pasar la convalecencia en la cárcel... El que entra en la cárcel, sabe Dios cuándo sale... Tu causa se va complicando de una manera muy grave.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderás.

—Yo recibí los cuatro mil reales y no los he robado.

—Te lo concedo; pero como se ha de aclarar á quién pertenecen, por qué te los dieron, y todos los demas detalles y circunstancias que prueben tu inocencia clara como la luz del dia, será más que probable que en muchos años no se encuentren todas las pruebas que un tribunal recto y justo necesita para declararte limpio de la más leve sospecha. Siento decírtelo, pero por mi cuenta estás perdido para toda tu vida, y áun para despues de la muerte, porque siempre quedará infamada tu memoria, cosa que debieras evitar, siquiera por los hijos que puedas tener andando el tiempo.

—Eso es atroz.

—Sólo habria un medio de salvarte, añadió en voz baja el escribano.

—¿Cuál?

—Retírese V., jóven, dijo el escribano al aprendiz que le acompañaba.

—Mira, añadió, hablando en voz baja al herido, si declaras que tenias cuatro mil reales, te pierdes; si declaras que no tenias un ochavo partido por medio, todo se puede arreglar.

—¿Y si luego parecen en la ropa los cuatro mil reales?

—Si parecen, mejor para tí, pero por si acaso, cuenta con que no parecerán.

—Entonces me los habrán quitado.

—O se habrán perdido, que es diferente.

—Yo quiero decir la verdad, quiero mis cuatro mil reales para devolverlos, si llego por casualidad á encontrar á la persona que me los dió.

—Bueno, á tu gusto, constará como quieres en la declaracion, sólo que como la persona que te los dió no vaya á presidio, no será fácil que la puedas encontrar.

—Que me devuelvan el dinero.

—Eso es lo malo; que lo mismo si declaras que lo tenias como si declaras que no tenias nada, el dinero no parecerá.

—¿No?

—No; cuando yo te lo digo.

—¡Me volveré loco!

—¿Qué decides?

—Haga V. lo que quiera.

Y el escribano, llamando al amanuense, le dictó una declaracion á su gusto, y luego se la hizo firmar al hijo del sacristan.

El escribano, al salir del hospital, llevaba la misma cara que cuando entró; pero más alegre y animada.

¿Si seria del escribano aquel pié que fué á colocarse sobre el billete de cuatro mil reales cuando desnudaron al herido?

XVIII

La madre y el hijo.

Lector, baje V. la cabeza, porque por bajo de estatura que V. sea, siempre ha de ser más alto que la puerta por donde vamos á pasar; si gusta V. seguir acompañándome en el intrincado laberinto de esta novela.

Siento que se le haya á V. rozado el sombrero en la escalera; pero sin duda el arquitecto director de la construccion de la casa donde hemos entrado no usaba sombrero nunca, ó le tenia en poco aprecio, porque, á ser de otro modo, hubiese dispuesto la escalera en una forma ménos ocasionada á peligros de todo género; tales eran las vueltas y revueltas, vigas salientes, agujeros y escondites de aquella endemoniada escalera, á cuyo final, en la parte superior se veia, es decir, no se veia, porque la escalera era oscura como boca de lobo, una puerta que daba paso á una

habitacion, aunque parezca mentira que aquel camaranchon pudiese ser habitado ni habitable.

Enfrente de la puerta de entrada tenia aquella habitacion una ventana con una cruz de hierro y sin cristales, por la cual entraba un airecillo capaz de matar al más vivo, pero como por allí únicamente entraba la luz, era indispensable tenerla abierta. La ventana tenia soberbias vistas; se veia Madrid á vista de pájaro, y se podia desde allí sorprender los secretos amorosos de los gatos de todas las casas inmediatas, únicos seres vivientes que por aquellas alturas transitaban.

En aquella habitacion habia un lecho, y en el lecho un hombre jóven, de facciones delicadas, en cuyo rostro se veia impresa la terrible huella de una terrible enfermedad, que es el mayor azote de la sociedad moderna, y que lo mismo, con notoria injusticia, castiga á los que se entregan sin freno á desaforadas pasiones, que á los que sufren trabajos, y privaciones, y miseria con humildad y resignacion, y castiga, no á un individuo solo en una familia, sino á veces á la familia entera.

¡Terrible enfermedad es esa que agosta las más brillantes imaginaciones, que corta y abate sin piedad las más bellas flores de la hermosura!

¡La tisis!

¡Nada puede la ciencia contra esta tremenda enfermedad, cuyos estragos aumentan á medida que crecen el desarreglo de la vida y la inmoralidad de las costumbres!

Y aún ha habido época en que la tisis era una enfermedad poética, de moda, de buen gusto, vamos al decir. ¡Horrible sarcasmo! la tisis es la más horrible de las enfermedades, y no sabemos cómo ha podido considerarse poética y *elegante* una enfermedad que en tantas ocasiones ha arrebatado, uno tras otro, todos sus hijos á desdichados padres; una enfermedad que ofrece á una familia el espectáculo tristísimo y desgarrador de ver á uno de sus seres más queridos morir cuando más ama la vida, cuando más dichoso se finge el porvenir...

El desgraciado que yacia en el lecho de la buhardilla habia sufrido mucho, habia trabajado mucho, habia devorado muchas amarguras y muchos desengaños, y se moria porque ya no podia sufrir más, porque ya no quedaba fuerza vital alguna ni en su cuerpo ni en su alma.

En su alma sí; en su alma habia esperanza en Dios, supremo consuelo de los desgraciados.

A su lado, sentada en un cofre viejísimo, que sillas no habia ya en la estancia, hallábase una mujer anciana, que tenia la vista fija en una estampa pegada en la pared, á los piés del lecho, y que representaba á la madre de Dios.

La anciana no veia á la madre de Dios, aunque tan atentamente la miraba; porque no podia verla más que con los ojos del alma.

Otra enfermedad horrible habia apagado el brillo de aquellos ojos y dejado para siempre inmóviles sus pupilas: la gota serena.

—¡Madre! decía el enfermo.

—¡Hijo! contestaba la madre, que madre del enfermo era aquella infeliz mujer, condenada á no ver á su hijo querido en aquel supremo trance.

—¡Qué inquietud tengo! ¡qué desazon tan grande!

—¡Dios mio! ¡cuánto tarda el médico! Hijo mio, á los pobres se nos deja siempre para lo último.

—No agravie V. á D. Serafin, él vendrá... Si no ha venido será porque no lo crea preciso.

—No te desabrigues, añadió la anciana, tentando la manta, y subiéndola y estirándola.

—¡Pobre madre mia! ¿Cómo podré pagar á V. tanto cuidado, tanto amor?

—Hijo mio, las madres no tenemos amor á los hijos para que nos lo paguen; les tenemos amor porque son nuestra misma vida, nuestro mismo sér... ¡Hijo de mi alma!

Y abrazaba al enfermo, y le besaba en los ojos, en la boca, en las mejillas.

—Estás ardiendo, hijo mio.

—No, no crea V...

—Tienes una fiebre horrible... ¡Dios mio! tú y el médico me estais engañando... ¡Y no poder verte! ¡Dios mio! ¡Dios mio! déjame ver á mi hijo y morir luego.

—¡Madre de mi alma!

—Tú estás muy malo, hijo mio; sí, estás muy malo.

—No, ya estoy mejor... y pronto estaré bueno del todo.

—No, hijo, no, me estás engañando... Tu frente arde... estás empapado en sudor frío... ¡Socorro! ¡socorro! Y la pobre madre se dirigió á tientas á la puerta.

—¡Madre! que va V. á caerse... No me abandone usted ahora, no llame V. á nadie, estoy mucho mejor.

Y la pobre mujer volvió al lecho de su hijo.

—Séntese V. aquí, á mi lado, y esperemos tranquilamente la venida del médico.

—Hijo mio, tengo miedo. Como no veo, me habeis podido ocultar la enfermedad horrible que te devora... Pero no creas que no te veo... mi corazon de madre te vé pálido, flaco, desencajado, postrado, sin fuerzas... ¡Ay, hijo mio, qué desgraciados somos tú y yo!

—Sí, madre mia, muy desgraciados.

—Dios lo ha dispuesto.

—Y yo soy mucho más desgraciado que V., porque soy causa de la desgracia que pesa sobre V.

—No digas eso, hijo mio.

—Sí, señora, yo que he sido cobarde, que no he tenido valor para dominar esta rebelde voluntad mia, que no he sabido ahogar en mi corazon ese maldito amor.

—No maldigas, hijo mio, el amor que tuviste.

—¡Ay! madre, el amor que tengo.

—¡Hijo mio!

—Sólo á V. debí amar, madre mia, sólo V. era digna de mi amor... y cuando pienso que lo olvidé

todo, el amor de V., mi deber, por aquella infame...

—Hijo, mio, no pienses en eso... Piensa en ponerte bueno... tranquilízate.

—¡Ponerme bueno! ¡tranquilizarme! ¡Oh! no, ¡eso es imposible!... Morir, morir, es lo que deseo.

—Hijo de mi alma; ¿qué es lo que dices?... ¡Morir tú! ¿no sabes que tu muerte seria mi muerte?

Y la buena madre abrazaba y besaba delirante á su hijo.

—¡Oh! no, perdóneme V., madre mia, no debo decir ese sacrilegio, no debo hacer tan torpe injuria á mi madre. Por V., por V., quiero vivir y olvidar á esa maldita mujer.

—¡No te se olvida esa mujer!

—¿Cómo la he de olvidar, madre mia? Dígame V. cómo puedo olvidar á la que he amado desde la infancia; á la que era toda mi esperanza, á la que me daba aliento para trabajar y sufrir, á la que era dueña de mi corazon y de mi alma entera, á la que teniendo todo mi amor, siendo mi fe, mi consuelo, mi vida, ha pisoteado mi corazon, ha quebrantado mi fe y me ha hecho aborrecible la vida.

—¡Otra vez esa idea!

—No la puedo desechar de mí, madre mia.

—Aún amas á esa ingrata.

—¡Oh! amarla, no... No la amo, pero... quisiera poder arrancarme el corazon y arrojárselo á la cara... quisiera verla ántes de morir.

—¡Dios mio!

En aquel momento entró en la buhardilla un hom-

bre grave, vestido de negro, de fisonomía severa y simpática.

—Buenos dias, dijo.

—¡Ah! D. Serafin, exclamó la vieja, que hubiera conocido en medio del mayor tumulto la adorable voz del médico, en quien confiaba que salvaria á su hijo.

Bendito sea V., añadió, que se acuerda de la pobre vieja y del infeliz enfermo, que no le pueden pagar, pero que ruegan por V. á Dios á toda hora.

—Nada tiene V. que agradecerme, señora, dijo el médico; en mi profesion es un deber imprescindible atender con igual cuidado y el mismo amor al rico que al pobre. ¿Cómo está el enfermo? añadió acercándose al lecho del jóven.

—Mejor, contestó éste.

—Peor, mucho peor, repuso la madre al mismo tiempo.

—Veamos.

—Déjele V. sentar sobre el cofre, madre, dijo el jóven á la vieja, sin duda para alejarla un poco.

—Sólo al médico, observó ésta, puedo yo ceder este lugar.

Y se levantó para dejar sitio al médico.

Este examinó al enfermo, y con una mirada hizo comprender al simpático jóven la gravedad de su estado.

—¿Qué tal le encuentra V.? preguntó con ansiedad la madre.

—Bien, no está mal, y pronto...

Si la ciega hubiera podido ver en aquel momento

la fisonomía del médico, hubiese comprendido que su hijo se moría sin remedio.

—¡Ay! ¡cuánto bien me hace V., D. Serafin!

El médico hizo comprender por señas al enfermo la gravedad de su estado.

—¿No le receta V. nada, D. Serafin?

—Sí, señora, no tenga V. cuidado. Ahora cuando yo baje subirán de la botica inmediatamente una bebida que ha de hacerle bien.

—¡Ay, D. Serafin! ¡cuánto le debemos á V.!

—A mí nada: el boticario de abajo es hombre benéfico y compasivo, y tiene mucho gusto en poder hacer á Vds. este favor.

—Dios se lo pague á él y á V.

—Tambien necesitan Vds. aquí una persona que cuide al enfermo.

—¿Quién ha de querer venir aquí? exclamó la vieja; aquí no tenemos ni cama que ofrecer á la persona que venga á hacernos esa caridad, ni siquiera silla en que se siente...

—No importa eso; ya se proveerá á esa necesidad, añadió el médico.

—¡Qué bueno es V.!

Y el médico estrechó la mano del jóven, y éste clavó en él sus ojos con ansiedad, como preguntándole.

—¿Hay esperanza?

D. Serafin comprendió la pregunta, y contestó con una mirada á la estampa de la Virgen, como diciendo al enfermo que sólo en el cielo debía pensar ya.

Cuando el médico salió de aquella pobre mansion, lloraba como un niño, lloraba como un hombre de bien.

—Ya habrás quedado mas tranquilo, hijo mio, dijo la ciega tomando amorosamente en sus manos la cabeza del jóven, y besándole.

—Sí, señora, muy tranquilo. Descanse V., aquí á mi lado, una hora siquiera. Hace dos dias que no duerme V. Ponga V. la cabeza aquí en mi almohada, junto á mí, más cerca, más cerca de mí, madre de mi alma.

La anciana obedeció, reclinó la cabeza en la almohada, y enlazando sus manos con las del jóven, durmió la infeliz, rendida por el cansancio.

—¡Pobre madre mia! pensaba el jóven, Dios sabe si al despertar te encontrarás abrazada al cadáver de tu hijo. ¡Oh! si ella nos viera, si aquella ingrata pudiera presenciar esta terrible agonía, aún puede que se arrepintiera... Pero, no, más vale que no la vuelva á ver, más vale que ignore mi suerte, más vale que no despierte de ese sueño de lujo y de vanidad en que se halla...

El jóven se quedó tambien dormido poco despues.

El médico volvió, y no volvió solo. Seguíanle dos mozos que traian una cama, unas sillas y una mesa, sobre la cual pusieron algunos platos, vasos y un frasco de medicina.

Tambien les acompañaba una mujer cubierta con un espeso manto negro.

Y para que el lector no se figure algun otro mis-

terio nuevo en esta misteriosa novela, le diré que aquella mujer era solamente una hermana de la Caridad que nunca habia visto al jóven; pero que, conocida por el médico, y solicitada por éste para que fuera á encargarse de un enfermo, no habia vacilado en seguirle.

Para arreglar las cosas, hacer la cama que los mozos habian dejado en el suelo, y poner en orden los cacharros, dejó el manto sobre una silla y descubrió el más peregrino rostro que se vió jamás, adornado con las blanquísimas tocas del traje de hermana de la Caridad.

—Sor Dorotea, dijo el médico á la hermana, ¿ha visto V. nunca mayor desgracia que esta?

—¡Oh! nunca se ve en el mundo la mayor desgracia. Muchas veces he visto la miseria de cerca, muchas veces he dicho:—Es imposible ver mayor desdicha,—y pronto me he convencido de que sí la puede haber.

—La situacion de esta familia es horrible.

—¡Ay! doctor, no me parece á mí tan horrible si la comparo con la del padre y la madre de la infeliz mujer que fué ajusticiada ayer, y á quien yo acompañé hasta su salida para el cadalso.

—¡Ah! ¡es verdad!

—Crea V., D. Serafín, que en el mundo no se ha encontrado todavía el límite de la desgracia.

—Tiene V. razon.

—¿Dice V. que la madre del enfermo es ciega?

—Sí, señora; la infeliz, añadió en voz baja, no se figura que su hijo se halla en tan grave peligro.

—¡Pobre madre!

—Nada tengo que encargar á V.; que nada les falte deseo; no soy rico, no he podido todavía tener coche, ni poner precio á mis visitas, ni lograr la notoriedad de los médicos que tienen amigos en la prensa y en los gobiernos, pero para hacer esta obra de caridad, no ha de faltarme voluntad.

—Dios se lo pagará á V.

—Y á V., Sor Dorotea.

Dadas por el médico todas las instrucciones acerca del enfermo á Sor Dorotea, se despidió de ella y dejó por dueña de aquel campo de dolor y muerte á la bellísima hermana de la Caridad, que sentándose á los piés de la cama, esperó que aquellos dos infelices despertasen y volvieran á empezar á sufrir, para atenderlos y consolarlos.

La madre fué la que primero despertó.

La hermana de la Caridad no pudo contener las lágrimas al ver á la venerable anciana, en cuyo rostro se veía claramente la profunda huella del sufrimiento y la amargura, y cuyos ojos claros, fijos, inmóviles, parecia como que no se atrevían á hacer movimiento alguno, en la esperanza de poder romper las sombras que los cubrían.

Dirigióse la anciana al sitio donde tenia las escasas medicinas para el enfermo, y la hermana de la Caridad se levantó y la cogió de la mano.

—¡Ah! exclamó la ciega, pero sin asustarse.

La pobre mujer no temia á nadie más que á su fortuna.

—No tema V., señora, soy yo, una hermana que ama á V.

—¡Oh! ¡qué dulce voz!

—Usted está muy cansada, señora; su hijo necesita cuidados, y V. sola no puede dárselos. Yo he venido á ayudarla en su buena obra.

—Gracias, hija mia... ¿es V. de la vecindad?

—Soy hermana de la Caridad.

—¡Bendita sea V.! bendita sea la Caridad, que al fin la vemos mi hijo y yo entrar en nuestro hogar. Parecía que estábamos olvidados por todo el mundo.

—La Caridad no olvida á nadie.

—¿Quién ha hablado á V. de nosotros?

—Otro soldado de la Caridad.

—¡D. Serafin?

—Sí, señora.

—¡Ah! ¡qué bueno es nuestro médico!

—Sabe cumplir sus deberes.

—¿Y va V. á estar con nosotros?...

—Sí, señora, mientras Vds. necesiten mis cuidados.

—¿Con quién habla V., madre? preguntó el enfermo, que acababa de despertar.

—Hijo mio, con un ángel que nos envía el cielo para endulzar nuestras horas de amargura.

El enfermo se incorporó y miró á Sor Dorotea.

—¡Ah! exclamó, y una sonrisa se dibujó en su rostro; en efecto, un ángel es quien hace en la tierra lo que sólo los ángeles son capaces de hacer.

—Tú que la ves, hijo mio, dime si es tan bella como yo me la figuro.

—Más bella todavía, madre mía.

—Vamos, dijo la hermana, basta de lisonjas; yo no hago más que cumplir las obligaciones de mi estado, y ni las gracias merezco. Lo que importa es cuidar al enfermo y que descanse la pobre madre; aquí hay una cama en la que V., señora, dormirá por la noche, mientras yo velo.

—¿Y no va V. á dormir?

—Yo dormiré un poco de día.

—Dios pague á V. tanto bien.

La hermana de la Caridad lavó el rostro á la pobre vieja, la peinó, le dió un pañuelo de abrigo, cubrió con un lienzo blanco la ventana, para que no entrara tanto frio, barrió la habitacion, limpió el rostro del enfermo con un pañuelo de rica batista, le arregló la almohada, le puso otra nueva, para que estuviese con más comodidad, y transformó completamente aquel miserable lugar.

Cuando llegó la hora de comer, sacó del cajon de la mesa que habia llevado, platos y cubiertos, ella misma confeccionó la comida que tenia dispuesta desde la mañana, y por primera vez durante su enfermedad tomó el enfermo el caldo lleno de sustancia y verdaderamente reparador.

—¡Ah! exclamó el enfermo al ver aquellos cuidados y aquella tierna solicitud, ¡qué gran consuelo es la Caridad! ¡qué riqueza tan grande posee el que tiene buen corazon y generosos sentimientos!

Y tomando la mano de la hermana de la Caridad, pidió á ésta permiso para besársela.

— Yo tambien quiero besar la bienhechora mano que Dios nos envia, dijo la anciana.

Sor Dorotea lloraba al ver deslizarse por las pálidas hundidas mejillas del enfermo dos gruesas lágrimas.

— ¡Ah! madre mia, exclamó, ¡si ella hubiera sido como esta señora!

— ¡Me llamo Sor Dorotea!

— ¡Bendito nombre, que nunca se me irá de la memoria!

— Otro nombre debes olvidar, hijo mio.

— Madre, es imposible; no puede cerrarse la herida abierta en mi corazon, y si no se cierra, ¿cómo quiere usted que olvide ese nombre?

— Ahora, dijo Dorotea, sólo debe V. pensar en Dios, y pedirle que le vuelva la salud. Cuando se quiere olvidar algo de este mundo, el mejor remedio es pensar en Dios. En el mundo están el engaño, la falsía y el dolor; en Dios la fe, la verdad y el consuelo. Piense usted en Dios, y le hará á V. olvidar las miserias del mundo. Es el consuelo de los desgraciados. Yo lo sé por experiencia.

— ¡Usted! ¡Tambien V. ha sido desgraciada!...

— ¡Oh! mucho, pero ya no lo soy.

— ¿Cómo ha podido V. hacer?

— La resignacion ha sido mi remedio.

— Todos no tenemos alma de ángel, señora.

— Mi hijo se ha visto burlado en su amor y su esperanza.

— Pena de amores no le sentido yo nunca.

—¿Puede haber otro dolor mayor?...

—¡Oh, sí!

—¿Cuál?

—¿Cuál? Uno que V. no ha experimentado: no tener madre.

—¡Ah! es verdad, debe ser horrible dolor.

—Es decir, tenerla y no saber quién es, que todavía es más horrible desventura.

Y la hermana de la Caridad se ocultó el rostro con las manos, llorando, pero pronto enjugó sus lágrimas y continuó con dulcísimo acento.

—Mas yo no he venido aquí á ocuparme en llorar mis desdichas, sino en aliviar las ajenas, que tambien son mias, puesto que son de mis hermanos.

Dieron un golpe en la puerta.

La hermana de la Caridad fué á abrir.

Un hombre preguntó por el jóven.

—Aquí vive.

—Un amigo suyo y de su madre me encarga le entregue esto.

Y entregó á Sor Dorotea una carta cerrada, pero sin sobrescrito.

—Pase V.

—No, no puedo detenerme.

Y echó á correr por la escalera abajo, sin aguardar más.

—¿Qué es eso? preguntó la anciana.

—Esta carta para su hijo de V.

—¿De quién?

—De un amigo suyo.

—¡Amigos yo! Tiempo hace que no los tengo.

—¿Qué contiene? volvió á preguntar la madre.

—¡Abrala V., Sor Dorotea! dijo el jéven.

Sor Dorotea abrió la carta, que contenia un billete de cuatro mil reales.

—¡Contiene cuatro mil reales!

—¿Cómo?...

—Y no contiene más, ni un papel, ni una indicacion, nada más que el billete de cuatro mil reales.

—¡Una limosna! exclamó la madre.

—¡Un insulto! dijo el enfermo.

—No juzgue V. tan ligeramente las intenciones de quien le envia este dinero.

—No pueden ser otras. ¡Oh! ni siquiera me dejará morir tranquilo.

—¿Qué dices de morir, hijo mío?

—¡Madre, madre! ¡pero V. no comprende que ese dinero es de ella!...

Es ella, madre, es ella; para ella no hay más Dios, no hay más amor que el dinero; creará que para todos es lo mismo. No es dinero lo que yo necesito, no, madre mia; el amor puro y desinteresado de mi madre, el cuidado de Sor Dorotea, y un sacerdote que me confiese y me absuelva; esto es lo que yo necesito en estos supremos instantes.

—¡Hijo mio!

—Sí, madre, siento que mi vida se va... Ella, ella me ha muerto... ¡Maldita!...

—Calle V.

—Calla, hijo mio.

Dijeron así á un tiempo Sor Dorotea y la desventurada madre.

—Jesucristo, dijo la hermana, perdonó á los que le crucificaban, y no maldijo al pueblo de Jerusalem. ¿Se atreverá V., pobre criatura, á maldecir á la que dice que le ha ofendido?

—¡Oh, no! perdóneme V., Sor Dorotea, Dios me habla por boca de V.; en mi corazon no debe haber odio ni rencor para nadie.

—Bendito seas, hijo mio.

—Bendita V., madre mia, que no se ofende, por que no puedo olvidar-me de aquella ingrata.

El esfuerzo que habia hecho el jóven, la emocion que le causó la vista del billete de cuatro mil reales, y la excitacion natural de sus recuerdos, le produjeron una horrible congoja.

—Acudió Sor Dorotea, sostuvo su cabeza, le enjugó el rostro empapado en sudor, y logró que pasara aquella terrible crisis.

—Sor Dorotea, hermana mia, dijo el jóven en voz baja á la hermana; yo me voy á morir y necesito confesarme.

—Bien, bien, hermano mio, cuando su madre de usted duerma.

—¡Oh! gracias; es V. un ángel.

XIX

La señora encubierta.

Cuando el hombre que entregó á la hermana de la Caridad los cuatro mil reales bajó á la calle, despues de haber cumplido su mision, una señora vestida de negro, completamente encubierta, se acercó á él y le dijo:

—¿Entregó V. la carta?

—Sí, señora.

—¿Quién abrió la puerta?

—Una monja.

—¿Cómo?

—O una beata, lo mismo da.

—¿Beata?

—Sí, señora, con un traje negro y unas tocas blancas.

—¿Vieja?

—No, señora, joven y muy guapa, no agraviando lo presente.

—¿Y no vió V. á nadie más?

—No, señora; como V. me dijo que no esperase respuesta, bajé en seguida. Ella bien queria preguntarme.

—¿Habrá V. equivocado el cuarto?

—No, señora; es el último que hay.

—Tome V.

Y puso un duro en la mano del hombre, que, quitándose el sombrero, contestó:

—Señora, muchas gracias; si todos los dias tiene usted que darme algun recado semejante...

—No, gracias.

—Lo digo porque no me vendria mal... Tengo tres hijos, y mi mujer está para parir.

—Vaya V. con Dios.

El hombre echó á andar, y la señora se quedó en el mismo sitio donde estaba.

—¡Una hermana de la Caridad! exclamó, sin duda está enfermo alguno. ¿Será él?... ¡Acaso mi madre!...

¡Oh! ¡qué penosa incertidumbre!... No me atrevo á subir... Acaso lo deberia hacer, pero no me atrevo...

¡Volveré! volveré y procuraré averiguar la verdad.

La señora encubierta echó á andar, pero sin advertir que la seguia el hombre á quien confió la carta entregada á la hermana de la Caridad.

Iba el hombre tras ella, diciéndose:

—Aquí hay un misterio. ¿Quién sabe si podré coger un hilo por donde pueda llegar á penetrar el miste-

rio? Por de pronto, sepamos á dónde va esa señora. Precisamente hoy no tengo nada que hacer, ni ningún día tampoco. En vez de estar en mi casa, con los tres chicos, y mi mujer tan antojadiza, aprovecharé el tiempo en esta aventura, en la que no me expongo más que á ganar, y de ninguna manera á perder.

Y siguieron uno tras otra.

—Pues, señor, decía el hombre siguiendo á aquella señora, se conoce que tiene esta mujer unos piés privilegiados, es decir, sin ojos de gallo que le impidan andar con aquel desembarazo y aquella ligereza apetecibles; yo tengo tres en cada pié... Pero, ¡á dónde diablos va esa señora?... ¡Cuidado que hemos andado calles y callejuelas!

Y la señora siguió andando hasta llegar á una plazuela donde había varios coches de plaza con los cocheros durmiendo en los pescantes, y los caballos inclinada al suelo la cabeza, pensando en las amarguras de esta vida y en las vanidades del mundo.

La señora abrió la portezuela de uno de los coches, y despues de dar al cochero la direccion, entró.

Y mientras el cochero quitaba al caballo la manta vieja con que le tenia abrigado, y encendia su cigarillo, se acomodaba en el pescante, y de órden de la señora subia los cristales, pensaba así el hombre que hasta allí la habia seguido:

—¡Ahora sí que se ha burlado de mí esa señora!... ¡Cómo sigo yo al coche?... Si tuviera buenos los piés, podría, sin duda, llevar ventaja en ligereza al caballo, que parece próximo á su postrera jornada; pero con

los piés como los tengo, no digo á un caballo, sino á una tortuga podria seguir con suma dificultad. Si pudiese echarme los piés al hombro y apretar á correr... ¿Qué hago en este trance? ¿Abandono la empresa?... No: ¿quién sabe?... Esta señora tiene un secreto, un secreto que no quiere que se sepa, como que si se supiera no seria secreto, y yo puedo venderle mi silencio por una cantidad alzada, cuanto más alzada mejor, ó por un destino... que me parece á mí que no le ha de ser muy difícil á esta señora sacar una credencial, siendo, como presumo que es, dama principal. No, no debo dejar de seguirla; soy padre, soy marido,—esto lo siento bastante,—y mi mujer no puede avenirse á la estrechez y azarosa vida de la pobreza. Necesito, pues, salir de esta prolongada sequía, ó cesantía, y tener con qué cumplir mis obligaciones materiales, sin lo cual no hay paz en mi casa, y mi mujer desconoce mi autoridad, y reclama el derecho de rebelion. La maldita politica ha introducido tambien sus vicios en la sociedad, y hasta en el santuario del hogar doméstico. No me queda más que un remedio: arriesgar este duro que me ha dado esa señora, comprometer su existencia, exponerme á volver á casa con el duro mermado ó sin el duro, y seguir en otro coche á esa dama misteriosa.

—¡Eh, cochero! gritó á otro que, recostado en la cubierta de su coche, roncaba apaciblemente.

—¡Eh! contestó el cochero abriendo los ojos y la boca al mismo tiempo.

—Mira, ¿ves ese coche que va por allí?

—Sí, señor, ya lo divisó, es de la parada.

—Pues vas á seguirle.

—¿Detrás?...

—¡Hombre! yo no sé que se pueda seguir á nadie poniéndose delante.

—Lo dije por no faltar.

—Bueno, te lo agradezco.

Y un coche en pos del otro corrieron todo Madrid, dando mil vueltas, pasando cien veces por las mismas calles.

Y decia el pobre hombre:

—¡Ay! duro mio, querido duro, que eras mi consuelo, perdido te veo y en poder de este cochero maldito. ¿Cuándo se detendrá esa señora?... Bien se conoce que tiene más de un duro, porque si tuviera uno solo, huérfano de padre y madre, único, sin igual, como este mio, no lo expondría á tan grave peligro. Ya hace una hora que estamos corriendo por estas calles; duro mio, ya te has quedado sin dos pesetas, ya no eres duro, ya tendré que cambiarte por tres pesetas, y gracias si alguna no es falsa, que todo puede esperarse de estos enemigos del prójimo que se llaman cocheros. ¡Y yo que prometí llevar á mi mujer un cuarto de gallina, que se le ha antojado! Ya veo á mi futuro vástago salir berreando del claustro materno con un cuarto de gallina pintado en la espalda... ¡Y sigue la carrera, válganme las once mil vírgenes! ¡Ay! duro de mi alma, te han partido, porque todo lo más que de tí me devolvería el cochero, si ahora pudiera dejarle, sería medio duro, la mitad de tu valor

intrínseco, suponiendo que no me lo diera falso. Y pensar que dentro de quince minutos ya no me podrá volver ni siquiera medio duro, ya no tendré derecho mas que á dos pesetas, y dentro de una hora sólo me daría una peseta!... ¡Ah! ¡qué horrible situación! ¡comprendo la agonía de un reo de muerte!... Eso de saber la hora en que ha de morir, estando bueno y sano!... Yo también sé la hora en que me voy á quedar sin el duro, mi único bien presente, mi único recurso en estos solemnes momentos. Cada golpe que dan en el suelo las herraduras del fogoso corcel que me conduce, parece que lo siento en mi corazón.

—¡Cochero!

—¡Señorito!

—¿Pero aún no se detiene ese coche?

—No, señor, todavía no se ha *detenido*, ya avisaré yo. Por el caballo no tenga V. cuidado, porque lo acababa de relevar, y ántes habia tomado un pienso, que, aunque me esté mal el decirlo, puede que no haya V. comido como él.

—¡Animal!

—Sí, señor, es un animal de mucho empuje, aunque lo ve V. así flaco y como aburrido.

—No estará tan aburrido como yo... ¿Separa, separa el otro coche?...

—No, señor, es que viene un muerto, y no puede pasar.

—¡Un muerto! ¡ese es dichoso! á ese ya no le importa nada de este mundo. ¡Pues no vienen pocos coches! ¡no pasamos en media hora!... Ahí va el muer-

to tendido en su caja de terciopelo tan ricamente. Ve en paz, hombre feliz, no te envidio, pero te admiro, te respeto por tu poco apego á las cosas de este mundo. Te has muerto; es lo mejor que podias hacer; ya tu mujer, que siempre te habrá estado pidiendo, no te pedirá nada, y pedirá á Dios por tí; ya no turbarán tu reposo los cambios de ministerio, y no te querás comer crudo al prójimo que está empleado cuando tú estás cesante, y no lograrán conmoverte las más espantosas convulsiones políticas. ¡Cuántos amigos llevas detrás! Se conoce que fuiste hombre de valer en el mundo. Cuando yo muera, si continúo hasta entónces en esta triste situacion, no irá detrás de mí más que algun acreedor, por si acaso resucito al llegar al cementerio, presentarme algun pagaré ó algun recibo de inquilinato. Adios, hombre, adios; yo no te compadezco, no quiero hacerte el agravio de creer que sientes haberte muerto. ¿Qué querias hacer en el mundo?... Vamos, ya se acaban los coches, ya podemos pasar. Todo lo más que me queda del duro será la exigua suma de seis reales. ¡Si tendré yo fortuna que hasta los muertos se interponen en mi camino! Ese hombre no habrá hecho daño á nadie, estando vivo, y, muerto, viene á hacerme perder lo ménos dos reales. Dios le haya perdonado.

Y todavía siguieron ambos coches media hora más, hasta que al fin, en una calle del centro, se detuvo el primero, y bajó de él la señora encubierta, y, despues de pagar al cochero, entró en el portal de una casa de bastante buena apariencia.

A alguna distancia se detuvo tambien el segundo coche.

—Señorito, ya bajó la señora del otro coche.

—Gracias, hombre, ya era hora.

—Ha entrado en el número 8.

—Pues aquí bajo yo tambien. ¡Ay, duro de mi alma!

—Empuje V., que con el agua se hincha la madera...

—¿Cuánto te debo?... A ver si eres hombre de conciencia...

—Lo que es eso, no tendrá V. que decir... Son dos horas y media...

—¡Hombre! ¡hombre!...

—Dos horas y media cerca; faltarán algunos seis minutos.

—Más falta. En mi reloj te aseguro que son menos de dos horas las que han pasado.

—A ver, sáquelo V.

—No lo tengo aquí.

—Entónces...

—Pero si quieres ir por él á mi casa en un momento, aquí te espero.

—Usted tiene gana de conversacion.

—Te voy á pagar, no me la quieras cobrar tambien.

—Pues son dos horas y cuarto, y la propina.

—¿La propina? ¡Hombre! yo te la iba á pedir á tí.

—Este es un loco ó un pillo, pensó prudentemente el cochero.

—¿Tienes vuelta?

—¿De cuánto? ¿De un billete?

—No, de un duro.

—¿Y qué le he de volver?...

—Dos horas y cuarto, ¿cuánto cuestan?...

—Diez y ocho reales; y dos de propina.

—¡Propinal... Bueno, pues dame dos reales.

—Pero, señorito...

—Adios, simpático duro... ¿Ves este duro?... Pues recuerda siempre que hoy día de la fecha, el caballero que te dió este duro hizo el mayor sacrificio que puede hacerse en el mundo... Abraham iba á sacrificar á su hijo, pero Dios eterno detuvo su brazo... Yo sacrificio mi duro y nadie me lo impide... ¡Ah! qué grande hombre serias á mis ojos, ¡oh, cóchero insigne! si me cobraras este servicio á mitad de precio, ó no me lo cobraras de ninguna manera.

—Pero, señorito...

—¡Oh! no, no ablandaré tu corazon, más duro que este duro, del que tengo que separarme para dejarlo en tus alevos manos.

—Yo no entiendo una palabra; yo tengo que dar cuentas.

—¡Oh! en cuanto á cuentas, bastantes tengo yo que dar; pero no doy ninguna, y no creí tener que dar tan pronto cuenta de este duro...

—Pero, hombre, todo se le vuelve á V. hablar de ese duro.

—Como que no tengo otro.

—¿Y para qué ha tomado V. el coche?

—Eso pregunto yo: ¿para qué he tomado el coche?

¿por qué no me lo impediste?... ¿por qué no me pediste el duro adelantado?...

—Yo no acostumbro...

—Pues hubieras hecho muy bien; tu exigencia me hubiera indignado, y puede que te hubiese dado un palo, pero de ninguna manera el duro.

—¡Vaya! pues deme V. el duro, y no me haga perder el tiempo. Ya podía haber hecho una carrera.

—¡Ojalá la hubiese hecho yo, no me vería como me veo!

—Deme V. el duro.

—¿No lo perdonas?...

—No, señor; á mí se me ha de pagar el trabajo.

—¡Oh! si el trabajo se pagase en el mundo, sería yo feliz, porque nadie vive con más trabajo que yo.

—¡Acabamos!

—Toma, toma el duro, y dame siquiera los dos reales...

—Pero, señorito, ¿y la propina?

—Pues eso te pido, la propina. Para tí, que estás acostumbrado á recibirlas, será un consuelo darla una vez.

—No, señor.

—No seas cruel y dame dos reales; considera que no tenía más que ese duro para acabar apaciblemente mis días.

—No tengo dos reales tampoco.

—Pues dame una peseta, y ya sé que te debo dos reales para cuando mejore de fortuna.

—Tampoco tengo pesetas.

—Entonces trae el duro, y pásate luego por casa y te pagaré.

—No, señor; no tengo más que diez cuartos sueltos; si los quiere V... y pierdo dinero; pero ya que dice V. que está tan pobre...

—Tráelos, que aún me sobrarán dos para un responso, despues de comprar una cuerda para ahorcarme.

Y el cochero se fué con su coche y con su duro, riéndose de aquel señorito de tan buen humor y tan tronado.

A la casa donde habia entrado la señora se dirigió el hombre, y preguntó al portero:

—¿Vive aquí una señora que ha entrado ahora poco?

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Entonces, no vive aquí, porque todas las señoras que viven en esta casa se llaman de alguna manera.

—Es una señora de luto, muy tapada.

—¿Será fea?... Entonces es la mujer del escribano del segundo.

—No sé... ¿Hay muchos vecinos en esta casa?

—¡Digo! más de ciento; como que somos dos porteros, uno en cada portal.

—Pues qué, ¿tiene salida por otra parte esta casa?

—Sí, señor.

—Pues me he lucido. Esto sólo me faltaba...

—Pero ¿á dónde va V?...

El hombre, sin responder al portero, echó á correr

por el portal adelante; atravesó un patio, y luego otro patio, y luego otro, por donde salió á otro portal grande y lujoso, que era sin duda la entrada principal de la casa. En aquel portal, al pié de una magnífica escalera, estaba una preciosa carretela, con dos poderosas é impacientes yeguas, á quienes apenas podia refrenar el cochero.

Al pasar el hombre por delante del carruaje, un lacayo buen mozo sobre toda ponderacion abria la portezuela, y entraban en el coche una señora muy vieja y muy compuesta, y otra jóven y hermosísima, vestida con extraordinario lujo.

La segunda de estas señoras, al ver al hombre que pasaba por delante del carruaje, palideció.

XX

Un parto feliz.

Antes que el coche saliera del portal salió el hombre, y al mismo tiempo que salia el coche, pasó al lado del hombre otro hombre, que fijandó la vista en las señoras que ocupaban el carruaje, exclamó:

—¡Ah! ¡es ella!

Y el coche rodó por la calle adelante, y los dos

hombres se quedaron mirándole hasta que desapareció.

—¿Conoce V. á esas señoras? preguntó el primero al segundo.

—¿Y V.? contestó el segundo preguntando al primero.

—Yo no. Me había parecido que una de esas señoras era una persona...

—Personas me parece que serán las dos.

—¡Qué gracia! ¿Es V. andaluz?

—No, señor, aragonés.

—¿Está V. sirviendo?

—No, señor, ¿y V.?

—Tampoco; soy cesante.

—Mi deseo es servir de algo, si V. tiene en qué ocuparme...

—¿Yo?... Si tuviera en qué ocupar á alguien, crea usted que no estaria yo tan desocupado.

—Pues, yo... ¡hombre, me parece V. un buen hombre!

—Muchas gracias; crea V. efectivamente que soy un buen hombre, así estoy yo de adelantado.

—Yo necesito quien me haga conocer este Madrid, donde desde mi llegada me han sucedido algunas aventuras, entre ellas la de haber perdido un billete de cuatro mil reales, y haber ganado una puñalada que me ha tenido algunos dias en el hospital.

—Lo de la puñalada no me extraña; esas ventajas se encuentran en Madrid á cada paso; lo que me sorprende es que un jóven como V. pueda haber perdido un billete de cuatro mil reales.

--Sí, señor, un billete que me dió, si no estoy equivocado, una de las señoras que iban en el coche que ha salido de ese portal.

--¿Qué dice V.?... ¡Ah! ¡desgraciado! ¿Por qué no me lo dijo V. ántes?... Me hubiera subido en la trase-ra del coche para seguir á esa señora hasta el fin del mundo. ¿Cuál de ellas es la egregia y dadivosa da-ma?... ¿la vieja?...

--No, señor.

--Ya me habia yo figurado que esa jóven es una mujer muy distinguida y digna de toda considera-cion. ¿Y dice V. que perdió el billete?..

--No, señor; presumo que me lo han quitado.

--¡Ya! se lo han limpiado á V... en Madrid hay mucha gente dedicada á limpiar al prójimo.

--Yo estoy seguro de haber entrado con el billete en el hospital.

--Y de haber salido sin él, ¿no es eso?

--Sí, señor.

--Pues, hijo, cuéntelo V. con los muertos.

--Sí, ya me dijo el escribano que me tomó decla-racion, que debia olvidar para siempre aquel pícaro dinero, si no queria ir desde el hospital á la cárcel.

--¿Y en qué circunstancias le dió á V. el billete esa señora?

--Yo se lo contaria á V. todo, si hubiera comido, pero desde ayer no he probado bocado.

--¡Hombre! pues nada más fácil. ¿A qué fonda quiere V. que vayamos?

--A la que V. quiera. Yo no tengo dinero.

—Yo tampoco. ¿Sabe V. de alguna donde den de comer de balde?

—Yo no.

—Si quiere V. venir á mi casa... Allí algo habrá de comer. Siquiera porque me cuente V. su historia.

—Pues vamos allá.

El cesante y el hijo del sacristan llegaron á casa del primero, donde salieron á recibir á éste tres chiquillos, gritando:

—¡Papá! ¡Papá!

Y á los gritos de los chiquillos unia los suyos un perro de aguas, con los ojos muy encandilados, y que miraba con cierto ensañamiento las piernas del huésped, como si quisiera pegarle un mordisco.

Convenciendo estaba el cesante al perro de que no era modo de recibir á las gentes querer morderlas, cuando se abrió una puerta, y apareció una señora muy flaca de medio cuerpo arriba, y con una barriga que, yo no quiero ofender á aquella señora, pero en mi vida he visto una barriga más liberal, quiero decir, más pronunciada, que siendo pronunciada no podia ménos de ser liberal, porque este es el partido de los pronunciamientos.

—¡A ver cómo callais, condenados! gritó doña Eduvigis, que así se llamaba aquella sombra ensangrentada... ¡Lindo! ¡Lindo! (este era el perro), ven, ven aquí con tu amita.

Y cogió al perro en sus brazos, y le arrimó un par de besos en aquellos ojillos sangrientos, lo cual le valió un lameton del animalito.

—Eduvigis, dijo D. Fulgencio, que así se llamaba el marido, te traigo un convidado.

—¿Qué?...

—Este jóven es una persona con quien traigo entre manos un negocio, y habiéndome dicho que no ha comido aún, le he obligado á aceptar en nuestra pobre mesa...

—¿Sí?...

—No hay que poner ningun extraordinario.

—Ya cuento con eso. Pues oye, con permiso de ese jóven.

Y se llevó al marido á otro cuarto, miéntras el jóven quedó con los chiquillos, que le miraban como bobos.

—¿Cómo te llamas? preguntó el mayorcito.

—No sé.

—¿No lo sabes?

—Eres muy feo.

—Gracias, hijo.

—Papá y mamá se pegan.

—¡Buena noticia me dais!

—No, papá no pega á mamá; mamá es la que pega á papá.

—Dice que le va á sacar los ojos.

—Se conoce que se quieren mucho tus papás, hijo.

—¡Verás si voy allá! dijo la mamá desde el cuarto inmediato, habiendo oido las noticias que daba al huésped el niño.

—Es Joaquín el que lo dice.

—Diga V. que no, es Rufino.

—Es Antoñito...

En el cuarto inmediato se habia entablado el diálogo siguiente:

—¿Quién es ese tío?

—No es tío; es un jóven que conoce á cierta familia de la que yo espero sacar gran provecho.

—Siempre será una de tus cosas. A tí te engaña cualquiera.

—No lo creas, mujer; en mi afan de buscar recursos para mantenerte con el decoro que tú mereces, me agarro á un clavo ardiendo. Ese jóven puede darme noticias que acaso me pueden servir de mucho; es un jóven sin experiencia, sin mundo...

—¡Pues mira que tú! eres más tonto y más torpe...

—En fin, mujer, ¿qué nos puedes dar de comer?

—Nada.

—Eso es muy poco.

—Pues no hay más.

—Discurre un medio.

—Trabaja. Ya has olvidado que hemos convenido en que comerás cuando traigas con qué comprar lo que se come.

—Pero, hija...

—Yo y los clicos comemos, gracias á los vecinos del principal, pero para tí no hay. Tú eres el jefe de la familia, y seria una vergüenza que te dieran de limosna de comer.

—En fin, mujer, ¿tienes algun dinero?

—Dinero, el que tú has traído.

—¿Entónces no me das esperanza?...

—Esperanza, sí; dinero es lo que no te doy.

—¿Qué haré?

—Decir á ese hombre que se vaya á comer solo, ó que te convide.

—¡Oh! no; se trata de seguir una aventura que se me ha metido en la cabeza que me ha de poner en camino de salir de esta situacion, y no debo de vacilar. Voy á hacer un gran sacrificio.

—¿Cuál?

—Dame la llave del cofre. Voy á empeñar el frac.

—¿Cómo?

—Ya ves que empeñar un pretendiente el frac es como quemar las naves. Figúrate si tendré confianza en mi empresa. Si me equivoco, si mi aventura no tiene las consecuencias favorables que espero, entonces, ¡cómo ha de ser! sin frac para ir á las audiencias de los ministros y jefes de palacio, no me quedará más remedio que la muerte. No es el primer sacrificio que hago hoy; ya he sacrificado ántes un duro.

—¿Un duro?... ¿Has tenido un duro hoy?

—Sí, hija mia, un duro, y me lo he gastado en coche.

—¿Cómo? ¡Mientras tu mujer y tus hijos están aquí en la mayor necesidad, tienes un duro y te lo gastas en ir en coche!...

—Fué preciso. El sentimiento que me ha causado ese despilfarro me quitará un año de vida, tenlo por seguro.

—¡Ay! ¡ay!

—¿Qué es eso, mujer?...

—Nada... ¡Ay! ¡ay!

—Pero, ¿qué es lo que te pasa?

—Ojalá te pasará á tí. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—Mamá, mamá, gritaban los chiquillos empujando y queriendo abrir la puerta del cuarto donde estaban sus padres.

—¿Qué demonios pasa aquí?... pensaba el hijo del sacristan.

—¡Ay! ¡ay! continuaba la mujer.

—Pero, ¿qué tienes?

—¿No lo conoces, bruto?... Tengo dolores de parto.

—¡San Ramon Nonnato me valga!

La mujer gemia y sollozaba, los chiquillos se desgañitaban, el marido se paseaba con el frac en el brazo, el perro ladraba, y el hijo del sacristan estaba como quien ve visiones.

—Pues, señor, decia, buen convite me ha dado este hombre.

—Fulgencio, ¿qué haces que no te mueves? preguntaba la mujer.

—Pero, ¿qué he de hacer?

—¿Lo que has de hacer?... Busca al comadron...

—Voy... ¡Ay! hijo mio, ¿en qué ocasion vienes al mundo!...

—Puede que se lo vayas á echar en cara.

—No, pero bien podia haber esperado á que repusieran á su padre en su destino.

—¡Ay! ¡ay! ¡Pobre hijo mio!

—De mí debieras compadecerte. ¡Ojalá estuviera yo en lugar del chico!

—¿Vas, hombre?

—Sí, voy, métete en la cama, y no tengas cuidado.

—Que traigas dinero.

—Sí, facilito es.

—¿Para qué te has casado?

—Eso pregunto yo: ¿para qué me he casado?

—El que no puede cumplir sus compromisos no se casa.

El marido salió, despues de dejar á su mujer metida en cama, y dijo al jóven.

—Jóven, simpático jóven, ya ve V. el trance en que me veo.

Estamos de parto mi mujer y yo.

—¡Hombre!

—Sí, señor; tenemos esa suerte. Voy á buscar á un cirujano práctico en estos asuntos. Ruego á usted me espere, por si acaso ocurre algo.

—Bueno.

—Eduvígis, aquí se queda este jóven mientras yo voy á esa diligencia,

La mujer seguía dando ayes, y los chiquillos continuaban desgañitándose, y el perro, á cada movimiento que hacia el hijo del sacristan, le enseñaba los dientes y le amenazaba con arrancarle un pedazo de pantorrilla, apénas diera un paso.

Pasaron algunos minutos, y de pronto sonó un grito más agudo; los chiquillos corrieron al lado de su madre.

—¿Qué es eso, buena mujer?—preguntó Gil.

Doña Eduvigis le gritó desde la alcoba:

—¡Tome V., tome V.!

Y le entregó un muchacho muy gordo, que parecía imposible que pudiera haber vivido en un cuerpo tan flaco.

Cuando volvió D. Fulgencio, se encontró con un servidor más á quien mandar y mantener.

Don Fulgencio, no bien hubo visto en brazos del hijo del sacristan á su nuevo retoño, exclamó, increpando á su mujer:

—Pero, desgraciada, ¿por qué no has esperado al médico? Estas cosas no deben hacerse nunca sin anuencia de la autoridad y la autoridad en estos casos es el médico. ¡Cómo llora el angelito!... Parece que conoce la triste situación en que nos hallamos y se halla él, al venir al mundo.

—Saca la ropa, abrígale, dijo con apagada voz la parida ..

—¡La ropa! eso es muy fácil de decir; pero los trapitos de cristianar del último niño que tuvimos están empeñados, como sabes, gracias á que eran cosa de valor, regalo de aquella ilustre madrina que, si no se hubiera muerto, lo sería de este nuevo heredero de mi nombre, ¡y ojalá pudiera serlo de mí mismo, que no tendría inconveniente en volver á bautizarme!

—Abrígale.

—Bueno, bueno, le pondré mi gaban, le meteré en un bolsillo... no tengo otro recurso por ahora.

Y en efecto, el bueno de D. Fulgencio se quitó el gaban, y envolvió en él á la criatura, que acaso será

la única en el mundo que ha usado el gabán por primer traje.

Y estando en esto, entró el médico-cirujano, que no era otro que el mismo D. Serafin, á quien ya ha visto el lector en la casa de la madre ciega y el hijo moribundo. D. Fulgencio le conocia desde los tiempos de su buena fortuna, y el ilustrado y caritativo profesor no se negaba nunca á asistir á las personas que no podian pagarle; apreciaba muy poco el dinero, y con poco le bastaba para sus escasas necesidades.

—¡Ay! señor don Serafin, ¿ha visto V. qué imprudencia de mujer?...

—¿Qué dice V.?

—Que ya ha parido sin que V. la ayude.

—Amigo, la naturaleza sabe prescindir de todo auxilio, y no detiene jamás su curso... Le llegó la hora, y ha parido... Vamos, sea enhorabuena, D. Fulgencio.

—Gracias, añadió éste con aire compungido.

—Vamos á ver á la madre y luego veremos á la criatura. Lo primero es que la madre no sufra.

—Tiene V. razon, el padre es el que debe sufrir.

D. Serafin examinó á la enferma, y con visible satisfaccion salió de la alcoba, diciendo al venturoso padre:

—No tenga V. cuidado, tendrá V. esposa para mucho tiempo.

—Siempre es un consuelo.

—El parto ha sido felicísimo; dice que apenas ha sentido dolor. Es verdad que la costumbre hace mucho en estos casos.

--Pues mire V., D. Serafin, bueno es que pierda esa costumbre, porque á mí, francamente, me parte ahora un parto.

--Debo advertir á V. una cosa.

--¿Cuál?

--Su señora esposa no puede criar de ninguna manera.

--Yo tampoco, D. Serafin.

--La he examinado detenidamente y es imposible que lo crie. No viviria el niño, y la madre correria peligro.

--Pues, D. Serafin, si examina V. mis bolsillos, comprenderá que tambien me es imposible criar al niño.

—Usted no querrá echar su hijo á la Inclusa.

--No, señor, de ningun modo, primero me echaria yo mismo.

--Vaya, tome V. para los primeros gastos, y ya hablaré yo de V. á personas que conozco, amigas de hacer bien.

--¡Oh! D. Serafin, V. siempre tan bondadoso.

--Y dejo á Vds, porque tengo un pobrecito jóven muy enfermo en la calle de Hortaleza, y hace ya muchas horas que no le he podido ver.

--¿En la calle de Hortaleza? repitió vivamente don Fulgencio.

--Sí, señor.

--¿Cerca de la calle del Colmillo?

--Sí, señor, casi en la esquina.

--¿En una buhardilla?

—Exactamente. ¿Conoce V. al pobre jóven?

—Diga V., D. Serafin, ¿hay en su casa una hermana de la Caridad?

—Sí, señor, yo la he llevado, una santa.

—D. Serafin, déjeme V. que le dé un abrazo; y ahora dígame V., ¿conoce V. á una señora alta, de buen trapío y... no puedo dar más señas.

—No son muchas.

—Le diré á V., no tengo otras de esa señora, porque no la he visto la cara.

—Entónces...

—Esa señora, viéndome esta mañana parado, leyendo un cartel que habia cerca del portal de esa casa, en el que se leia *Se da dinero...* como yo siempre ando viendo dónde se da eso... se acercó y me dijo:—Caballero, ¿quiere V. hacerme un favor?

Y D. Fulgencio contó á D. Serafin que habia subido á la buhardilla y entregado la carta de la señora, y gastado luego el duro en seguir al coche de aquella dama.

—¡Calle! exclamó el hijo del sacristan, que hasta entónces no habia tenido ocasion de hablar, lo mismo me sucedió á mí.

—¿A V.?

—Sí señor; una señora me dió un dia una carta y un duro por el trabajo.

—¿Y quién es esa señora? preguntó el médico.

—Eso pregunto yo, añadió el cesante: ¿quién es esa señora? Debe ser una gran señora, una egregia dama. Don Serafin, V. nos ayudará á descubrir

quién sea; debe tener esa señora algun secreto, que descubierto nos puede valer algo á mí y á ese simpático jóven... Jóven, haga V. el favor de meter al niño en el gaban, que se va saliendo poco á poco.

—D. Fulgencio, dijo el médico, yo no sé quién es esa señora, ni sospecho cuál sea su secreto, ni me importa descubrirlo, y me extraña mucho que un hombre honrado como V. forme el propósito de hacer una accion indigna.

—Mire V., si yo no quiero más que pedir un empleo á esa señora.

—No señor, no debe V. pedirle nada. Yo he hablado ya á algunos amigos, y tengo esperanzas de que será usted colocado.

—Entónces haga V. cuenta de que no he dicho nada; no daré un paso siquiera por descubrir quién sea esa señora.

El médico se despidió, y quedaron solos el padre de la criatura, el hijo del sacristan y la criatura, que daba vueltas en el gaban de su padre.

Felizmente para el niño, la madre le admitió en su lecho y halló abrigo, ya que no alimento.

Los otros hijos del afortunado y fecundo matrimonio, que miéntras estaba el médico, á quien tenían un miedo horrible, habian estado jugando en la escalera, entraron apénas salió aquel, pidiendo todos á la vez:

—¡Pan! ¡pan! Papá, ¡pan!

—Es verdad, hijos míos, el pan nuestro de este día necesitamos todos, así como tambien este simpático

jóven, á quien convidé á comer... Perdona V., jóven, á no ser por la circunstancia faustísima del nacimiento de este nuevo vástago, ya habríamos comido... no sé qué, ni en dónde, pero ya hubiéramos comido, porque yo soy hombre formal y acostumbrado á cumplir mis palabras.

— ¡Pan! ¡pan! repitieron los chicos.

— Ahora, tened paciencia, criaturas, aquí tengo media onza que me ha dado ese ángel médico que se llama D. Serafin; con este dinero hay para todo.

Vamos, jóven, vamos á cumplir primero los deberes de la paternidad, buscando una acémila, digo un ama de cria, que me crie al niño... luego comeremos, y despues nos ocuparemos en arreglar el ceremonial del bautizo.

— Veo que está V. muy ocupado, dijo el hijo del sacristan, y renuncio al convite que me habia usted ofrecido.

— ¿Tiene V. prisa?

— Tengo que hacer, ya volveré á ver á V.

Y sin que le pudiera detener su anfitrión, Gil salió, y al hallarse en la calle preguntó á una persona:

— ¿Me hace V. el favor de decirme hácia dónde está la calle de Hortaleza?

Y recibidas las señas, se dirigió á la citada calle, y buscando la del Colmillo, encontró pronto la casa misma donde entró el día de su llegada á Madrid con la carta que le diera la señora encubierta, y que resultó contener un billete de cuatro mil reales, de cuyo

paradero sólo podría dar noticias el escribano aquel que le tomó declaración en el Hospital.

En la puerta de aquella casa se detuvo, y pensó lo que había de hacer.

XXI

Donde parece que empieza otra novela.

Y ahora, si quiere el lector, volveremos atrás...

—¡Hombre! por María Santísima, exclamará el lector, puedo dispensar á V. que la novela sea larga, pero volver atrás ahora... Precisamente iba á quejarme de que no marcha V. en el desenvolvimiento de la acción con la regularidad debida...

—A eso voy; para que podamos marchar luego con algun desembarazo, es preciso que retrocedamos algunos años...

—¡Hombre! ¡años nada menos!...

—Sí, señor, para que de una vez sepa V. quién era la encubierta.

—Bien, vamos á ver.

—La ciega á quien ha visto el lector á la cabecera del lecho de su hijo moribundo, vivia años ántes en una posicion desahogada. Su marido le habia dejado una rentita regular, y un hijo que era toda su esperanza. Aquel matrimonio habia pasado muchos años sin tener hijos, aunque los deseaba, y ántes del nacimiento del que fué luego toda su dicha, la Providencia deparó á los esposos ocasion de hacer las veces de padres y ejercitarse en este sublime ministerio, poniéndoles en su camino un sér completamente abandonado, y que sin ellos hubiera muerto en las losas de una calle, como un perro. Una noche encontró junto á la puerta de su casa aquel honrado matrimonio una niña recién nacida, que todavia conservaba el calor de las entrañas de su madre.

La intencion de la persona que abandonó á la pobre criatura era evidentemente la de que esta muriera, y á haber sido recogida media hora despues es seguro que sólo se habria recogido un cadáver. La niña vivió, cuidada con solícito esmero por aquellos padres que la Providencia le habia deparado, y les consoló de la falta de hijos propios; que hacer el bien es el consuelo mayor para todas las penas del mundo.

Doś años despues, Dios quiso premiar su obra de ardiente caridad, dándoles al fin el hijo que tanto deseaban cuando ya habian perdido la esperanza de realizar su deseo.

Crecieron los niños, murió el padre, y la madre quedó repartiendo por igual su afecto y sus cuidados

entre la hija adoptiva y el hijo propio. Este era de una naturaleza sensible, delicada, impresionable, afectuoso con todo el mundo, incapaz de hacer daño á una mosca; la niña, por el contrario, soberbia, fuerte, enérgica, de carácter egoísta é imperioso, y con una vanidad sin límites.

El lujo era su pasión favorita; las señoras elegantes que veía pasar le llamaban grandemente la atención, y todo su estudio consistía en imitar la apostura de las más distinguidas, su lengaaje, sus maneras, como si ella esperase llegar á eclipsar á todas, como llegó en efecto, andando el tiempo.

Dedicóse el jóven á la pintura, y, vistas sus notabilísimas disposiciones, aconsejéronle sus maestros un viaje á Italia, cuna y emporio de las artes.

Su madre secundó esta idea, por más que le hubiera de producir inmensa pesadumbre verse separada de su hijo, pero por una parte el natural deseo de que perfeccionase su educación artística y llegase á ser un pintor tan notable como prometía, y por otra el vago instintivo temor que tenía acerca del porvenir del jóven al lado de aquella que ya sabía que no estaba ligada á él por vínculo alguno, la hicieron estimularle á emprender en efecto aquel viaje.

El muchacho amaba á la hija adoptiva de sus padres.

Era un alma buena, y habiendo sabido de boca de su madre el triste origen de aquella infeliz, hija de padres desconocidos, y abandonada cruelmente al nacer, la amó todavía con más empeño.

—Pobre mujer, se decía en sus horas de soledad, ha venido abandonada al mundo; mis padres la recogieron y la llamaron su hija; yo debo continuar esta buena obra de mis padres, y debo llamarla mi esposa.

Yo sé su nacimiento, su desgracia, y no haré que se avergüence nunca; si otro quisiera casarse con ella, al saber que se ignora quiénes fueron sus padres, acaso desistiría de su propósito, y puede que la despreciara.

Hallaría amantes la infeliz, pero puede que no encontrase un esposo.

Ella me ama, sí, y cuando sepa que no es mi hermana, cuando sepa lo que por ella han hecho mis padres, me amará mucho más; ¿cómo no ha de amar á quien se ofrece á ser su guía, su protector, su compañero en el mundo?... Ella está sola, no tiene más familia que mi madre y yo; ¿cómo ha de preferir la soledad? ¿cómo ha de pagar con una ingrátitud tanto amor como mis padres y yo la hemos consagrado?

¡Oh! si no me amase, me moriría; yo no podría vivir sino con la esperanza de estar unido á ella para siempre.

.....

Antes de emprender el viaje á Italia, ya convenido, habló el jóven, que era buen hijo, con su madre, y le descubrió franca y lealmente sus sentimientos, sus esperanzas de ventura.

Todo lo habia adivinado ya la buena señora, con ese privilegiado instinto que Dios concede sólo á las

madres, en compensacion de los deberes que las impone.

— Hijo mio, todo lo que piensas, le dijo, es noble, es bueno y generoso, Pero ella ¿te ama?

— ¡Oh! sí señora.

— Para mí sería una felicidad veros unidos á los dos, y llegar á vuestro lado á los postreros dias de mi vida.

— Ella me ama, madre mia, y para que V. se convenza, yo prometo sondear su corazon ántes de marchar, porque no me iré á Italia sin la consoladora esperanza de que á mi regreso hemos de ser esposos. Quiero que me empeñe su palabra.

— ¿Estás resuelto?

— Sí, madre mia; es preferible un desengaño á esta incertidumbre. Además, no debemos engañarla, le debemos la verdad entera.

— ¡Ay! hijo, es para ella tan amarga esa verdad...

— ¡Oh! madre, mia, la oirá entre palabras de amor y promesas de felicidad, y la hallará ménos triste y desconsoladora.

— Haz lo que quieras, hijo mio; tú tienes más talento que yo, y pensarás, sin duda, lo mejor y lo más prudente. Yo no sé cómo se puede decir á una persona, sin desgarrarle el corazon, que no se sabe quiénes fueron sus padres, que fué arrojada á la calle para que muriera, y por caridad fué recogida.

— Es horrible, es verdad, pero yo hallaré modo...

— Dios te ilumine.

— En él confío.

Ya se acercaba la época en que el jóven pintor debía emprender su viaje.

Para llevar un recuerdo de su *hermana* habia comenzado á hacer un retrato en miniatura, que la representaba fielmente.

Un dia que la madre habia salido, y el jóven estaba dando los últimos toques á su preciada obra, se decidió á acometer la temible empresa de revelar á su *hermana* su nacimiento.

No es posible describir aquella escena; no lo es trasladar fielmente aquel diálogo, que terminó con la revelacion del penosísimo secreto. ¡Cuánto amor y cuánta delicadeza en las palabras dulcísimas del amante! ¡qué terrible ansiedad! ¡qué confusion de afectos en la pobre huérfana!

No quiso él, que siempre habia de ser bueno y generoso, quitarle toda esperanza; sabia que la esperanza, por leve, por improbable, por irrealizable que sea, es un supremo bien para un pecho apenado, y no le dijo que habia sido abandonada en la calle, como un animal que estorba, sino que habia sido confiada por los autores de su existencia á su misma madre, y que un dia los conoceria, porque podrian libremente presentarla como su hija.

El golpe fué terrible, sin embargo, y la huérfana recibió tal impresion, que llegó á temerse por su vida, y esto dilató más de lo convenido el viaje del pintor á Italia.

La solicitud de la buena madre y el amor del jóven cerraron, aunque no la pudieron curar radical-

mente, la herida abierta en aquel jóven corazon, y pasó la crisis, y los médicos declararon fuera de cuidado á la huérfana.

Todas fueron entónces preguntas á la buena madre; pero esta se encerró en una completa reserva; el jóven redobló sus amorosos esfuerzos, y tales protestas hizo, y tales esperanzas daba de felicidad á la dueña de su albedrío, que aquel corazon no pudo ser insensible, y el dia ántes del viaje, el amante arrancó á la mujer amada una solemne promesa.

—¿Me amarás siempre, Isabel? la preguntó.

—Siempre, Luis.

—¿Me serás fiel?

—Si lo dudas, me ofendes.

—Si tu amor no fuera tan firme como el mio, moriria desesperado.

—Yo quiero que vivas para mí. Sin tí, estaria sola en el mundo.

—Yo te juro hacerte olvidar la pena que te atormenta.

—Sólo tú podrias.

Y el jóven partió, lleno de amor y de esperanza, y ganoso de adquirir todos aquellos conocimientos que podrian completar su educacion artística, y deseando volver con la más legítima y noble aspiracion: la del amor y la gloria.

Ella quedó triste, muy triste.

Su vida habia sido una dicha constante, y la primera pena que la atormentaba era superior á todas las penas de este mundo.

¡No tener padres!

Es gran desventura no tener padres, no haberlos conocido, haberlos perdido cuando aún no se tenía conocimiento, cuando no se les ha podido llorar...

Pero el huérfano que está en este caso no es tan desgraciado, porque sabe que los ha tenido, porque sabe que le han amado, porque tiene algun pariente, algun amigo, que los ha conocido y le puede hablar de ellos, porque acaso conserva un retrato que se los representa, porque tiene en fin, el inefable consuelo de orar por ellos y dirigir al cielo su pensamiento...

Pero el huérfano que no sabe si sus padres viven ó han muerto, que ignora cómo se llaman, que no sabe si el que pasa á su lado indiferente por la calle es su padre, ó si su madre es una señora, una jóven seducida, una esposa adúltera, ó una infame meretriz, sufre la mayor de las desventuras, el más horrible de los tormentos.

Aun el expósito, el que se cria en un asilo de caridad, tiene un consuelo. ¿Quién sabe si sus padres le dejaron allí para recogerle un dia? ¿quién sabe si se desprendieron de él porque no podrían criarle, y prefirieron morir de hambre ellos solos? .. Puede ser hijo del vicio, pero tambien lo puede ser de amor legítimo.

El que ha sido abandonado en una calle no puede hacerse ninguna ilusion consoladora. Su nacimiento es consecuencia de un delito; sus padres se han avergonzado del delito, y han hecho responsable de su vergüenza al inocente. Sus padres son unos infames,

cualquiera que sea la clase á que pertenezcan; más infames cuanto más alta sea aquella, más desnaturalizados y más criminales.

Hay para volverse loco, hay para maldecir de la vida, y execrar á los hombres, que en su soberbia maldita, en su maldad, hacen lo que no hacen ni las fieras del desierto ni los reptiles inmundos que se arrastran por el suelo.

El jóven artista no olvidó un momento á la elegida de su corazon. En medio de tantas y tantas maravillas como veía, contemplando á toda hora las mujeres más hermosas del mundo, viviendo con amigos, jóvenes como él, y brindándole la suerte placeres sin cuento, nunca olvidó á su pobrecita huérfana, á la que no tenia más esperanza que él en el mundo.

No hizo un solo cuadro en que no pintase el rostro de su amada.

Ora pintase una reina, ó una pastora, ó una mendiga, ó una santa, siempre pintaba el rostro que veía constantemente en su imaginacion de enamorado.

En el arte hizo prodigios; todos los más famosos pintores le presagiaron triunfos sin número, y ofreciéronle grandes ventajas, si se establecia en Italia, renunciando á volver á España.

Consultó con su madre y con su amada, y en caso de convenirlas, hubiese regresado á Madrid para acompañarlas; pero ella no queria salir de España.

La infeliz no queria alejarse del sitio donde acaso podria llegar á encontrar á sus padres.

Bastó esta indicacion para que el artista renunciara á todas las ventajas que pudiera proporcionarle su establecimiento definitivo en Italia.

Las cartas que recibia de su amada eran muy tranquilizadoras; en todas le manifestaba el más profundo amor, y esto le estimulaba más y más para trabajar con empeño y procurar saber tanto como el que más supiera del divino arte á que le habia llevado su decidida vocacion.

Su talento, su gracia y su apostura le hicieron simpático á todo el mundo, y á pesar de su deseo de estar solo, absorto en sus pensamientos, en compañía de su amor y sus esperanzas, no pudo prescindir de frecuentar la mejor sociedad, pues desairando las invitaciones que se le hacian hubiera sido ingrato á las grandes muestras de consideracion que se le dispensaban.

Habia en Florencia una ilustre familia, cuyo jefe, dueño de una fortuna colosal, y grande é inteligente aficionado á las bellas artes, se complacia en el trato de los artistas distinguidos, y les dispensaba generosa y noble proteccion, encargándoles cuadros que, ó guardaba en su magnífico museo, ó regalaba á las iglesias ó á sus amigos íntimos, con una prodigalidad pasmosa.

El marqués de la Rosa, que éste era el título de aquel noble personaje, visitaba diariamente los talleres de los artistas más distinguidos, y, por consiguiente, no tardó en conocer al hijo de la viuda, de quien otros pintores le habian hablado con justos elogios.

El jóven pintor español le fué muy simpático, y complaciase el marqués en verle pintar, en departir con él sobre bellas artes y literatura, y llegó al fin á no poder vivir sin tan agradable compañía.

Ofrecióle habitacion en su palacio, pero el artista no se atrevió á aceptar la oferta, y el marqués imaginó, para tenerle cerca, encargarle los retratos de toda su familia, que era muy dilatada.

¿Cómo habia de rechazar la ventajosa y honrosa proposicion que se le hacia?

En toda la familia del marqués hizo la misma favorable impresion que en cuantas personas le trataban.

La marquesa, buena y respetable anciana, cuyo retrato fué el primero que hizo, llegó en poco tiempo á profesarle un cariño casi maternal.

El jóven le hablaba de su madre con un amor, con un entusiasmo, con un respeto, que ella, que era madre tambien, no pudo ménos de conmoverse al hallar aquel modelo de afecto filial.

Concurría la circunstancia de que aquella santa mujer habia tenido cuatro hijos, y los cuatro los habia perdido, quedándole sólo otras tantas hijas. La buena madre le decia muchas veces:

—¡Cuánto daría yo por tener un hijo como V.! Dios no me ha querido conceder ese inefable bien.

Y hallaba cierto consuelo en hablar con el pintor de sus cuatro hijos, arrebatados á la vida en cuatro dias, durante una epidemia que hubo en la ciudad.

El jóven la consolaba, la tranquilizaba y la per-

suadia; tal es el poder del talento unido al sentimiento.

Todo el temor de aquella mujer era que muriese alguna de sus hijas.

—No sobreviviría yo á semejante desgracia, decia.

Y tenia razon, porque es imposible hallar cuatro criaturas como las hijas de la marquesa.

Eran cuatro lozanísimas flores, que Dios habia querido poner en el mundo para testimonio de su infinito poder.

Mudo y suspenso quedó el pintor el dia que las vió, al encontrar una belleza superior, infinitamente superior á la que él se habia formado en su sueño de artista.

—¿Qué angelicales criaturas tiene V.? dijo á la madre; comprendo, en efecto, que no pudiera V. sobrevivir á la pérdida de una de ellas.

—¡Ah! V. no sabe, amigo mio, lo que gozo y lo que sufro, lo que gozo al verlas, tan bellas y tan buenas, y lo que sufro cuando la más ligera nubecilla empaña la purísima frente de alguna de ellas, cuando pienso que la muerte es compañera inseparable de la vida, y que en un momento cierra los más hermosos ojos, desfigura el más bello semblante, y convierte en un monton de polvo el más delicado cuerpo... El más pequeño malestar que sienten, el alimento que toman, el calor, el frio, un balcon abierto, cualquier cosa, en fin, me preocupa, me hace temblar, me quita el sosiego para muchos dias... No somos nada, no tenemos fuerza ninguna, la más mínima causa nos

produce una enfermedad... Conozco que es la condicion humana; pero, ¿qué quiere V.? soy madre, y á veces hasta me quejo de que no haya un privilegio en favor de mis hijas por gracia especial de la naturaleza... Es una locura; pero, hijo mio, las buenas madres están siempre locas de amor por sus hijos. ¡Ah! tambien me hace sufrir mucho la idea de que ha de llegar tiempo en que mis hijas cumplan la ley general y se casen y se separen de mí. Esta idea me aterra, y paso las noches pensando en esto.... ¿Quién sabe si sus maridos serán buenos? ¿quién sabe si las harán desgraciadas?... ¡Oh! esta idea me pesa como una losa de piedra... porque... ¡cuántos sacrificios tienen que hacer las madres! Educan á sus hijas con el mayor esmero, con la más tierna solicitud, con amor infinito, viven por ellas y para ellas, las aman sobre todas las cosas del mundo, les sacrifican la juventud, los placeres, la amistad, todo... y luego, un dia viene un hombre, un desconocido á quien no se ha visto nunca, que nada se le debe, que acaso es un malvado, y con una palabra de amor dicha al oido de una inocente, ésta le consagra todo su amor, y no piensa más que en él, y no oye los consejos de su madre, y alguna vez el amor de su madre la importuna; y al fin le sigue, se entrega á él á la ventura, se resuelve á compartir su suerte, se expone á ser esclava de un ingrato, de un déspota, y deja á la madre sola, sola con su amor infinito y su infinito dolor. ¿No es verdad que es horrible pensar todo esto, amigo mio?

—¡Oh! sus hijas de V. serán amadas por hombres buenos y honrados, porque lo merecen.

—Se ven casos muy singulares: ¡cuántas mujeres bellas, ricas, buenas, se casan llenas de amor y de esperanza, y luego se las ve abandonadas por sus maridos, que prefieren el falso amor de aventureras mujerzuelas! ¿Quién es capaz de penetrar lo que se esconde en el corazón de ese monstruo de ingratitud que se llama hombre?

—No debe V. pensar en eso todavía.

—¡Oh! sí, señor. ¿No ve V. que las madres sabemos todo eso, no ve V. que yo misma me separé de los brazos de mi madre, que me amaba como amo á mis hijas, para seguir á mi marido?... Es la ley natural ineludible, y al cumplir esa ley, las mujeres suelen equivocarse muchas veces.

—También los hombres se equivocarán.

—Sí, también; pero es diferente. Un hombre es libre siempre, un hombre puede hallar consuelo á la ingratitud de su mujer en el trabajo, en el estudio, en los viajes, en la amistad... Una mujer casada, ó es feliz, ó es desgraciada. Si lo último, no hay desventura que con la suya se pueda comparar. ¡Y es tan fácil que un marido se extravíe! Dado el primer paso, ¿quién sabe á donde llegará?... V. no conoce el mundo todavía; V. no ha visto los matrimonios que yo he visto... V. no sabe de lo que es capaz el mundo.

—¡Oh! y me alegro de ignorarlo.

.....
 Estas conversaciones estrecharon el más puro

afecto entre aquella anciana madre y aquel excelente hijo, y muchas veces pensaba la buena señora:

—Si á lo ménos los maridos que diera á mis hijas fueran como el pintor.

Terminado el retrato de la madre, tocó el turno al de la hija mayor, jóven de veinte años, que era un encanto, un prodigio de hermosura.

Virginia, que así se llamaba, experimentó tambien la influencia que ejercia el artista en cuantas personas le veian; y lo que al principio fué simpatía se convirtió en poco tiempo en verdadero amor.

Era natural; ella era buena sobre todo encarecimiento, hermosa, discreta y sensible, y habia de amar á quien presentaba carácter tan análogo al suyo, á quien sentia como ella sentia y pensaba como ella pensaba.

Aquellos dos corazones habian nacido uno para otro, pero la fatalidad se habia interpuesto, y no pudiendo ya unirse aquellos dos corazones, era su destino vivir y morir pensando separados.

Pronto conoció el artista el sentimiento que nacia en el corazon de Virginia, y tembló pensando que habia ido á aquella casa á hacer desgraciada á una criatura digna de toda la felicidad posible en el mundo.

Dejó de ir algunos dias á la casa del marqués, y éste fué á buscarle y á llevarle por fuerza, porque desde que él no iba, estaban su mujer y sus hijas tristes y apenadas.

El no podia descubrir el motivo que le habia

obligado á retirarse, y no tuvo más remedio que volver.

Ya habia conocido la madre lo que pasaba en el corazon de su hija, ya la habia interrogado, y Virginia, que no sabia fingir, ni podia ocultar á la madre á quien veneraba, sus más recónditos pensamientos, le habia confesado que amaba al pintor.

La marquesa conoció que era cuestion de vida ó muerte para su hija, y, es claro, lo que ella queria era que su hija viviera.

Su hija pertenecia á la más legítima nobleza; tenia una fortuna inmensa, y el pintor no era aristócrata ni rico, pero era la marquesa una mujer de clarísimo talento, y no posponia la ventura de la que era su sangre misma á una ridícula vanidad.

El pintor era un hombre honrado y de talento; ¿qué le importaba á ella lo demas?...

Convencida de que él no hablaria, de que no se atreveria á pedir la mano de la rica heredera, de que su excesiva delicadeza le aconsejaba la mayor reserva, se decidió ¡bendita madre! á hacer el gran sacrificio por su hija; se decidió á decir al hombre á quien aquella amaba:

—Mi hija es mi bien, mi felicidad, mi vida entera, pero no es feliz conmigo; con V. será feliz; tome usted, pues, mi hija, mi fortuna; si no quiere V. vivir aquí con nosotros, llévesela V. á donde quiera; yo me quedaré sin luz, sin sol, sin alegría, pero tranquila, pensando que mi hija es feliz con su marido.

Poco más ó ménos, esto dijo la marquesa al pintor, con lágrimas de amor purísimo.

Pero otro golpe mucho más terrible amenazaba á la infeliz.

—Señora, dijo el jóven, no sé cómo pagar á V. esta prueba de afecto que me da; toda la sangre de mis venas hubiera dado por poder evitar esta ocasion; hace dias, señora, que he comprendido lo que pasaba en el corazon de Virginia, y crea V. que no he hecho nada por merecer y alentar ese amor, porque yo, reconociendo que el alma de Virginia es como no hay otra en el mundo, que su amor será la felicidad para quien lo sepa merecer, y que la honra que V. me quiere dispensar admitiéndome en su familia, es tan grande que ni soñar siquiera hubiese podido jamás, no puedo, no puedo corresponder al amor de Virginia, ni aceptar la ventura que V. me ofrece.

—¡Oh, Dios mio! ¡hija de mi corazon! exclamó la madre con acento indefinible, con un acento que era un grito desgarrador, un presentimiento fatal.

—Señora, al punto que hemos llegado debo decir á usted toda la verdad; Virginia es un ángel, Virginia sería mi eterna ventura, pero al salir de España hice un juramento que me impide pensar en otro amor.

—¿Ama V. ya?...

—Sí, señora; amo á la mujer más pobre y más desgraciada del mundo.

Y el pintor contó á la marquesa la triste historia de la huérfana recogida en la calle, y á la que habia ofrecido su mano.

—¡Oh! exclamó la anciana, no es esa huérfana tan desgraciada como mi hija. Ella, pobre, sin padres,

sin nombre, tiene la esperanza de ser feliz; mi hija no tiene ninguna; ni los blasones de su familia, ni los millones de su dote le sirven de nada, ni el amor de su madre la podrá consolar, ni con mi vida puedo comprar su ventura.

—Señora, crea V. que siento profundo dolor oyendo esas palabras.

—¡Oh! añadió la anciana estrechando entre las suyas la mano del pintor, es V. un hombre honrado... Por eso es mayor mi pena... El único hombre que he conocido á quien hubiera dado con alegría y sin temor la mano de mi hija, es precisamente el que no puede aceptarla.

—Señora, Dios lo ha dispuesto así.

—No diga V. que Dios, la fatalidad. Dios hubiera querido ver unidos á dos seres que parecen nacidos el uno para el otro.

El marqués, amantísimo padre de Virginia, sufrió un gran desengaño al ver que el pintor no aceptaba la mano de su hija; hubiera sido para él una fortuna verdadera tener en su casa el gran artista y poderle llamar su hijo.

—Los pergaminos, decía el marqués, los títulos de nobleza no valen nada, y en nada los estimo; la única aristocracia que reconozco es la del talento. Más dichoso sería casando á mi hija con un artista que con el heredero de un trono.

¿Y Virginia?...

La pobre niña, ajena á lo que pasaba, enamorada del pintor, y habiendo confesado su amor á su madre,

esperaba, esperaba que el artista respondiese á aquel sentimiento puro é inextinguible que habia hecho nacer en su corazon.

—Me ama, decia la pobre jóven, me ama... Dios no podria permitir que, amándole yo tanto, él fuese ingrato... ¡Oh! ¡si no me amase, conozco que no podria vivir!

Ya veremos que el presentimiento fatal de la desdichada jóven no era infundado.

Hacia ya cerca de dos años que el jóven pintor se hallaba en Italia, y parecia que habian pasado dos siglos sin ver á su huérfana, á la elegida de su corazon.

Estaba muy triste.

El amor que Virginia sentia por él, la tristeza de los padres de ésta, que habian creido poder hacer feliz á su hija, y comprendian que aquella tierna flor perderia su lozanía y moriria por fin, en cuanto le faltase el rayo vivificador de la esperanza, que es el sol que da calor á los corazones heridos, y el temor, á pesar de sus juramentos y de su fe inquebrantable, de no poder resistir al fin á la pasion que habia inspirado, le hicieron pensar volver á España ántes del tiempo que habia juzgado necesario permanecer en Italia.

Despues de reflexionarlo algunos dias, escribió á su madre y á su prometida, diciéndolas que deseaba volver y reducir á dos en lugar de tres los años de estudio en el extranjero.

No tardó la contestacion.

En una carta muy cariñosa le decia su prometida que no volviera hasta cumplir los tres años de estudios, que deseaba que volviera para no separarse de ella nunca más, pero que considerando precisos los tres años de estudio de las escuelas maestras de la pintura, no queria sacrificar á su amor la gloria de quien habia de ser su esposo.

En fin, el jóven quedó convencido, y decidió obedecer á su amada. No cabia en su imaginacion la sospecha, no podia presumir que aquella carta queria decir lo contrario de lo que decia, en cuanto al amor de su prometida. Los corazones sencillos, francos y buenos son fáciles de engañar.

¡Otra habria sido la suerte del artista si hubiera comprendido la verdad!

Allí se le brindaba con el verdadero amor, con la fortuna, con el honor, con la verdadera felicidad, y todo, todo lo rechazaba por ser fiel á su juramento, por cumplir hasta el fin una buena accion.

Virginia habia sabido que el pintor trataba de volver á España, y nada habia dicho. La pobre niña estaba resignada. Aquel á quien amaba no la amaba. Miétras le veia podia vivir con una leve esperanza; cuando no le viera, moriria como una planta olvidada.

Los marqueses le habian suplicado que no dejase de visitar su casa diariamente, y él no habia podido negar este favor á aquellos padres, que, al suplicárselo, parecia que le suplicaban la vida de su hija.

Era una situacion muy difícil la del jóven artista.

Hizo el retrato de Virginia, y pintó tan bien la dulcísima y melancólica expresión de la pura mirada de aquella mártir del amor, que cuantos veían el cuadro comprendían que aquella era una mujer enamorada.

Y ella misma se decía muchas veces:

—¿Cómo no conoce que le amo?...

Su madre no se había atrevido á decirle que amaba á otra, porque hubiera sido matarla más pronto.

Ocurriósele al marqués hacer un viaje y llevar á sus hijas, con objeto de distraer á la enamorada: ésta no se opuso; estaba acostumbrada á obedecer á sus padres, y aún conoció y agradeció la intención con que la proponía aquel viaje.

—Si yo pudiera arrancarme del pecho este amor... decía.

Emprendieron el padre y las hijas el viaje, pero á los quince días volvieron.

—Volvemos, dijo el marqués á su mujer, porque no he querido que no vuelvas á ver á tu hija.

—¿Cómo?

—Ese amor la mata; ya has visto qué desmejorada viene... Ella no se ha quejado una sola vez en estos quince días, en nada me ha contrariado, ha oído mis consejos humildemente, ha comprendido la fuerza de mis reflexiones, pero cada día estaba más pálida, no ha dormido más que algunas horas rendida por el cansancio, y cuantas veces la hemos sorprendido en su cuarto sus hermanas ó yo, la hemos visto apresurarse á enjugar una lágrima...

—;Dios mio! ¡hemos perdido á nuestra hija!

—Esa pasion fatal la lleva al sepulcro.

—;Oh! ¡maldita la hora en que vino ese hombre á nuestra casa!

—Y es inútil todo lo que se le diga; él, allá en el fondo de su corazon, ama á Virginia; seria un mal nacido si fuera insensible al amor inmenso que ha inspirado, pero esa promesa hecha, ese fatal juramento....

—;Oh! es un hombre honrado; su prometida es, como nos ha dicho, una desgraciada, una mujer que no tiene ni nombre siquiera, y esto le obliga más y más al cumplimiento de su propósito. Si fuera capaz de faltar á su obligacion respecto de esa mujer, le daria nuestra hija, porque seria dar la vida á ésta, pero no le podria estimar tanto.

—Tienes razon.

—Confíemos en Dios; él solamente puede curar de su pasion á nuestra hija y librarnos del terrible golpe que nos amenaza.

Hubo una exposicion de Bellas Artes, y nuestro artista presentó la mayor parte de los cuadros que habia hecho durante su estancia en Italia.

En casi todos estos cuadros, como ya creo haber dicho, habia pintado el rostro de la huérfana que habia elegido para compañera de su vida, y esta circunstancia llamaba mucho la atencion de todo el mundo.

Virginia fué á aquella exposicion y notó lo que todos notaban: aquel gracioso semblante, ora expresando el amor profano, ora el amor místico, ora la altivez

y el poder, ora el dolor, ora la gloria, ora la miseria, segun el asunto de cada cuadro, estaba reproducido infinidad de veces.

Virginia miró atentamente aquel rostro en el primer cuadro, y exclamó:

— ¡Qué mujer tan hermosa!

Cuando llegó al último cuadro de los del mismo autor, volvió el rostro, y apretando convulsivamente el brazo de su madre, le dijo:

— ¡Esa! ¡esa es!...

— ¡Quién, hija mia?

— ¡Quién?... La mujer á quien ama. ¡Si era imposible que no amase ese hombre!...

— ¡Qué niña eres!...

— Sí, madre mia; ese rostro no es el de un modelo mercenario, como tienen aquí todos los pintores para sus composiciones; ese rostro es el de una mujer amada, á quien no se olvida, á quien se ama sobre todas las cosas del mundo, á quien todo se sacrifica, y á quien se ha consagrado la vida entera.

¡Pobre enamorada sin esperanza! no le bastaba el tormento del amor no correspondido; todavía tenia que sufrir el horrible martirio de los celos.

Aquella alma pura no tuvo fuerzas para resistir á ese sentimiento, que es fuego devorador que abrasa el corazon y enardece la mente y á veces quita la razon.

Los pobres padres hubieran dado toda su fortuna inmensa, su vida, por salvar á su hija, por hacerla olvidar á aquel hombre, á quien ni siquiera podian

aborrecer, porque no le podian culpar de la desventura de Virginia; ántes bien, tenian que reconocer su hidalguía y su nobleza de sentimientos.

Y él sufría tambien, porque comprendía aquel amor superior á todo encarecimiento, veía lo que sufría aquella mujer, y sentía un gran peso sobre su conciencia, aunque no podía reconocerse culpable, porque imaginaba que la pobre jóven caminaba ó á la locura ó al sepulero, y sería en su vida una pena amarguísima haber causado, aunque involuntariamente, la desgracia de una mujer tan digna de ser feliz y de ser amada.

—¡Qué feliz, pensaba, hubiera yo sido con Virginia, si no estuviese ligado ya con un juramento inquebrantable! Pero Dios lo ha dispuesto de otro modo... Aún, si la que allá en España me espera tuviese padres, nombre, fortuna, aún podría hallar yo alguna disculpa; pero olvidarla, engañarla, sería una acción tan infame que Virginia misma no me la podría aconsejar. ¿Qué diría mi madre de mí? Y aunque mi madre me disculpara, ¿qué diría mi conciencia?... Y Virginia es mejor que mi hermana, tiene más amor, no hay duda, tiene un alma más generosa... pero aquella pobre no puede ser tan buena... tiene sus motivos para no ser tan buena... la infeliz ha recibido al nacer el mayor ultraje, ha sido abandonada por sus padres... Esta amargura tiene que agriar su carácter, este ultraje le hace mirar á las gentes con cierta prevención... el amor tiene que ser para ella distinta cosa que para los demás... porque ella no ha

conocido el amor que forma y dispone las almas para el amor, no ha conocido el amor de su madre, de su familia...

Así discurría el pintor, y deseaba y temía al mismo tiempo que llegara la época de su regreso á España: la deseaba porque anhelaba cumplir como hombre honrado su juramento, y la temía porque comprendía que iba á ser el golpe decisivo para Virginia.

Llegó al fin el día de su salida de Italia, tan temido por los padres de Virginia, que ya no podían conservar esperanza alguna respecto del porvenir de su hija.

El artista fué á despedirse de aquella familia, en la que había hallado tan profundo amor, tan desinteresado afecto, y no pudo contener sus lágrimas, al ver llorar á aquellos desventurados padres, y al contemplar el semblante triste y resignado de la enamorada.

—Sea V. feliz, le dijo Virginia con una inefable dulzura.

—Séalo V. también, iba á contestar el artista; pero se contuvo; hubiera sido un sarcasmo horrible.

—Nuestra casa, nuestra fortuna son de V., le dijo el marqués; si no encuentra V. en España la felicidad que espera, si quiere V. volver, aquí tiene V. unos amigos sinceros, una familia que de veras le estima.

—¡Ojalá! dijo el jóven.

Y salió de aquella casa, donde dejaba un alma sin consuelo y sin esperanza.

Con el corazón oprimido, y lleno de amargura,

emprendió aquel viaje el artista; no podía desechar del pensamiento la imágen de Virginia, de aquella pobre mujer á quien dejaba entregada á la desesperacion del amor y de los celos.

XXII

Ella.

Ella tenia mal corazon.

Ella no amaba al artista; apénas marchó á Italia, ella olvidó aquel puro y abnegado amor que le habia consagrado su compañero de la infancia.

La pobre madre, que lo conocia, deseaba que su hijo, en sus viajes, recibiera nuevas impresiones que le distrajeran de aquella idea, deseaba que hallase en su camino una mujer más digna de su amor, que lograrse cautivar su corazon.

Cuando quedó sola con la anciana, aquella mujer quiso cumplir su deseo de conocer la sociedad y de brillar en ella, y teniendo la madre muy buenas relaciones, aunque algo abandonadas desde la muerte de su esposo, la muchacha le hizo reanudar interrumpidas amistades, pretextando querer distraerla; así pudo entrar en esa vida de los salones, que tanto enseña á las personas de buen juicio, y que á tantos

peligros expone á las que no tienen el suficiente criterio para discernir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso.

Gran sensacion causó en la sociedad la presencia de aquella jóven, cuya perfecta hermosura, cuya gracia, cuyo talento y cuya distincion la hacian merecedora de uno de los primeros puestos en los salones.

Una verdadera nube de adoradores la rodeó desde el primer momento, pero ella tuvo el talento de oír á todos y dejar á todos iguales, sin fijarse en ninguno, y recibiendo aquel homenaje de admiracion con la más esquisita gracia, sin que ninguno pudiera vanagloriarse de haber sido más distinguido y favorecido que otro.

Ella recelaba de su madre; sabia que al menor indicio, procuraria la buena señora anunciar á su hijo la novedad, y no queria de ningun modo que tal cosa sucediera.

Era ingrata; podia haber desengañado á su compañero de la infancia, y éste hubiera sido feliz.

En Italia habia dejado sumida en el más profundo dolor á la mujer que habia comprendido la nobleza de su alma, á la que le amaba sobre todas las cosas de este mundo, á la que estaba resignada ya á la muerte, y la esperaba como un consuelo, porque para ella no habia ya otra felicidad que morir por él.

La madre del pintor quiso hacer algunas reflexiones á la jóven huérfana acerca de su extraordinaria aficion al lujo y al boato; pero todas fueron desoidas,

y cada vez aumentaban los caprichos que la mal aconsejada queria satisfacer, y esta satisfaccion costaba á la buena señora más de lo que podia gastar en su modesta posicion.

Tenia un capital, cuya renta aseguraba su subsistencia decorosamente, y aseguraria la de su hijo, pero gastando sin medida, como la obligaba la vanidad de la que debia ser esposa de su hijo, el capital y la renta tenian que disminuir.

Llegó una desgracia fatal é inesperada.

El banquero que tenia en depósito la fortuna de aquella señora quebró, dejando arruinadas á infinidad de familias que habian confiado en su general reputacion de probidad, y la madre y el hijo vinieron á quedar, por esta circunstancia, sin recurso alguno.

Diéronse pasos, intervino la justicia en el asunto, se dijo que el banquero estaba en negociaciones para rehacer su fortuna y pagar religiosamente á sus acreedores, y la cariñosa madre, consolada por la esperanza natural en una mujer tan buena como ella y tan ignorante de las jugarretas de los hombres llamados de negocios, esperó confiada y no quiso dar á su hijo la tremenda noticia de la pérdida de su fortuna.

Hubiera sido como obligarle á regresar ántes del tiempo fijado para sus adelantos en su hermosa profesion, y aquella madre era demasiado amante de su hijo para darle de improviso tan cruel golpe.

—Acaso cuando vuelva, se decia la buena señora, habré podido recobrar mi fortuna. Ese hombre, ese banquero hará todos los esfuerzos por cumplir

con sus acreedores. No puede ménos de hacerlo así. El vive con lujo, él tiene coches, criados, él vive como ántes, no es posible que mire con indiferencia que las personas honradas que le confiaron sus intereses, su porvenir, quedan en la miseria.

Ya puede comprender el lector por este modo de discurrir de la buena señora, que ésta no conocia el mundo ni por el forro, no sabia que hay personas que así les importa la ruina de los demas como la carabina de Ambrosio, y que saben dar las apariencias que les convienen á lo que suele ser una gran estafa, un gran crimen.

Aquel terrible contratiempo hizo mucho más efecto en la huérfana que en la verdadera dueña de la fortuna perdida. Comprendia que en aquella situacion era forzoso renunciar al lujo, á los saraos, á los teatros y áun á los paseos.

La huérfana no se hacia las ilusiones que la buena madre.

Estaba persuadida de que ésta y su hijo, y ella, por consiguiente, habian quedado sin fortuna.

Tenia que renunciar á la vida de la sociedad, á los triunfos de los salones, á la admiracion de los hombres más distinguidos y á la envidia de las mujeres hermosas, que tal es la condicion de la mujer alguna vez que se complace en excitar odios, y esto satisface su vanidad más aún que la adoracion.

Ella juzgaba por el suyo el corazon de los demas, y suponía que todos aquellos á quienes habia eclipsado con su hermosura y su elegancia se regocijarian

de que la traidora fortuna la hubiese abatido, y la mirarian con lástima, mucho más humillante y penosa para ella, que el odio más implacable ó la más alevosa envidia.

En vez de consolar y animar ella á la que habia sido su protectora, á la que, si no le habia dado la vida, la habia salvado de la muerte, la anciana era la que intentaba muchas veces persuadirla de que su hijo, con su talento, sabria ganar honradamente el dinero para los dos, y que pudiendo pasar hasta su regreso con lo poco que habia podido salvar, nada tendrían que temer por el porvenir; y era tal la bondad de aquella bendita mujer, que no se le ocurrió echar en cara á su protegida la ingratitud patente que demostraba á tantos beneficios recibidos: su actitud despues de aquella desgracia, que sólo debia haber sido lamentable para ella, por cuanto recaia sobre las personas únicas á quienes debia amor y respeto.

La ingratitud es una terrible enfermedad moral.

Nada bueno espere nadie de un alma ingrata.

El ingrato debe vivir muy triste, porque es triste cosa carecer de ese sentimiento tan consolador, tan dulce, tan simpático, tan noble y digno, de ese sentimiento que obliga á las más bellas acciones, á los más sublimes sacrificios, que se llama la gratitud, y que es tan bueno inspirarlo, pero es mejor sentirlo.

La huérfana habia nacido con uno de esos corazones que laten, porque esa es su mision en la vida; pero que son ajenos á los nobles impulsos, á los be-

llos sentimientos que acercan al hombre á su semejanza con el Creador.

En los salones, la huérfana habia adquirido algunas amigas, y como la pobre madre, despues de aquel terrible golpe, habia decidido permanecer retirada en su casa, ella decidió prescindir de la anciana, y continuar frecuentando la sociedad en compañía de amigas suyas y de aquella señora, no pudiendo resignarse, como debia, á acompañar y consolar á la que ademá de su protectora, era la madre de su prometido.

¿Y qué habia de hacer la anciana?

¿Habia de obligar á estar con ella á la que no gustaba de su compañía?...

¿Habia de poder cambiar en amor y agradecimiento la indiferencia y la ingratitud de aquel insensible y egoista corazon?

—¡Ah! exclamaba muchas veces la anciana, dos golpes le esperan á mi hijo cuando vuelva; ¡ojalá no fuese más que el de la pérdida de su fortuna! ¡No le haria este golpe tanto daño como le hará el que le prepara la que él juzga su enamorada prometida!

Y mientras la huérfana iba á divertirse con sus amigas, la noble anciana quedaba sola, y pasaba las noches sin descanso, pensando en su hijo, abrumada por la duda de recuperar su fortuna, contando con la memoria el dinero que le quedaba, calculando si tendria bastante hasta la época del regreso de su hijo, y llorando la ingratitud de aquella hija sin padres, que Dios le habia dado y que acaso estaba destinada á hacer su desgracia, y sobre todo la de su hijo.

Una de las casas que mas frecuentaba la huérfana, era la de una doña Dolores Rascafria, viuda muy verde de un rico comerciante cubano, mujer muy intrigante, gran casamentera y amiga de meterse en vidas ajenas, conocedora de todo el mundo, célebre por sus muchas aventuras galantes y muy festejada por la buena sociedad, como que en su casa se cenaba muy bien, y se reunian muchos hombres políticos y muchas mujeres de esas correntonas y pizpiretas que se divierten en la murmuracion y la malicia, y que con una conversacion agradable y chispeante cautivan la atencion de los hombres, que con ellas pueden hablar, sin salir de los limites de la conveniencia, con más expansion, con más libertad, con más franqueza que con niñas inexpertas y asustadizas.

En tan buena sociedad, la huérfana, que no tenia nada de tonta, aprendió mucho, y la idea que más se arraigó en su mente, fué la de que una mujer sin mucho dinero no puede gozar de las delicias del buen tono.

Ella no tenia nada.

El pintor no traeria mucho, y luego la pintura en España no hace rico á nadie.

El que se dedica á vender, puede aspirar á la riqueza, puede llegar, si le sopla la fortuna, á ministro de Hacienda, á título de Castilla.

Un pintor puede aspirar á morir de hambre, á no ser que sea muy notable, en cuyo caso apenas ganará lo que un político chambon, que unas veces es

gobernador, otras director y otras encargado de negocios ó consejero de Estado.

Y cada vez se convenia más de que el pintor no le convenia.

Asistia á aquella casa un señor ya maduro, gran personaje, solteron recalcitrante, vicioso de profesion, desvergonzado por temperamento y ateo por naturaleza, que ademas de ser persona muy influyente en la política, ex-ministro condecorado con todas las cruces de Europa, conde, por no sé que servicios, y árcade de Roma y miembro de todas las academias del mundo, tenia una fortuna colosal.

Este hombre, extragado por todos los vicios, era incasable. Muchas mujeres, seducidas por su posicion y por su fortuna, le habian puesto los puntos, y él siempre se habia dejado querer, pero en cuanto se tocaba al punto del casamiento, se llamaba á andana; para él no habia ninguna mujer buena, y á ninguna creia digna de llamarla su esposa, siendo así que demasiado favor le habia de hacer la que cargase con aquel marido viejo, feo, vicioso y desvergonzado.

Era un viejo repugnante.

Pero tenia mucho dinero.

En todas partes se le recibia bien; nadie tenia secretos para él, y las mujeres más bellas le festejaban y le adulaban, y le contaban sus más íntimos pensamientos.

Conde de nuevo cuño, nadie le llamaba conde, ni él se pagaba mucho de su título.

Le gustaba más que le llamasen por su nombre.

Le llamaban Tomasito Meco.

Tomasito Meco le habían llamado sus amigos en la juventud, y Tomasito Meco se había quedado para toda su vida.

En este Tomasito Meco puso los ojos y la intención la huérfana, que cada vez se afirmaba más y más en la idea de que su compañero de la infancia no podía hacerla feliz.

Y así era en efecto; á aquella mujer no podía hacerla feliz un jóven pobre, bueno, honrado, trabajador y enamorado, como ella tampoco le hubiera hecho feliz.

La huérfana se propuso conquistar á Tomasito Meco, y se propuso todavía más, se propuso conquistarle con buen fin, para casarse con él.

XXIII

El ex-ministro bailando.

La muchacha era una perla, creo que lo he dicho antes; pero no importa repetirlo: esto de repetir las cosas cincuenta veces es uno de los recursos de todo novelista educado en la escuela moderna; todo Ma-

dríd la conocia, y todos los elegantes de la córte, los más encopetados señores, los más elevados funcionarios públicos se disputaban una mirada, una sonrisa de aquella mujer de peregrina hermosura, cuya conquista hubiera enorgullecido á un general, más que la de una plaza fuerte y bien defendida. Pero ella no se dejaba conquistar. Ella no queria un amante, queria un marido; pero no un marido cualquiera, porque ese lo hubiese encontrado en seguida; mas no le halagaba casarse con un aristócrata calavera y tronado, ni con un diputadillo, por la influencia moral, que no podria pasar de gobernador de una provincia, ni con un abogadillo parlanchín y enredador, ni con un periodista, sujeto á las subidas y bajadas del personaje que inspiraba y subvencionaba el periódico, ni con un viudo verde con tres ó cuatro hijas.

Quería casarse con un hombre que no tuviera familia, que poseyera una gran fortuna y un gran nombre; como ella no tenia ninguno, como habia sido tirada á la calle al nacer, queria una gran alianza para poder igualarse á las mujeres que habian tenido la dicha de nacer en honrado lecho y con noble nombre, á las que, por otra parte, aborrecia cordialmente.

Las almas mezquinas no pueden perdonar al prójimo las cualidades de que carecen.

Tomásito Meco era un hombre muy solicitado, si se me permite esta frase: su gran posición deslumbraba á las mujeres, y aunque sus cualidades físicas y morales no eran las más seductoras que se diga,

pocas habia en la sociedad de buen tono, jóvenes ó ya talluditas, solteras ó viudas, que hubieran desdeñado su amor, y mucho menos su mano.

Y harto bien demostraba esta disposicion favorable del bello sexo respecto del grande hombre, el cariño, la confianza y el interes con que le trataban todas las damas más conocidas en Madrid por su lujo y su posicion.

No habia baile, *soirée*, banquete, gira, á que no fuera convidado el ex-ministro, y siempre era el objeto preferente de la atencion del bello sexo, que se divertia grandemente con sus ingeniosos chistes, permitiéndose, por envidiable privilegio, un lenguaje que, si era chistoso, no solia ser siempre conveniente ni propio para vertido en los oidos de señoras y señoritas, que debian suponerse castos, pensando piadosamente.

Tambien las casadas le distinguian con la más encantadora franqueza, aunque esto no solia gustar mucho á los maridos, que sabian que el viejo verde no perdía ocasion de ponerlos en ridiculo ante sus mismas mujeres, para lo cual tenia una gracia especial.

La prometida del pintor, en cuanto puso los puntos al personaje, se trazó su plan de campaña, que era en extremo sencillo.

Consistia en no hacerle caso, en tratarle con la mayor indiferencia, casi con descortesía, con desprecio.

El contraste de esta conducta con la de las demas

señoras, no podía ménos de llamar la atención del conde condenado, y hacerle fijarse en la bella desdeñosa.

El plan era acertadísimo, y surtió el efecto apetecido.

El conde llegó á preocuparse de que aquella mujer ni le miraba, y si le miraba parecia como que se burlaba de él, y le saludaba con violencia y procuraba siempre evitar su conversacion.

El hombre más corrido y experimentado cae casi siempre en la red, mañosamente tendida por una mujer de ingenio y de intencion.

Hay que confesar que los hombres somos unos infelices, y que cuando una mujer se propone divertirse con nosotros, lo consigue facilísimamente; el más zorro cae á los piés de aquella que parece inocente paloma, el más bravo se convierte en el más cobarde por obra y gracia de una mujer que le sepatarear, y Vds. perdonen la expresion, y el más tímido y pusilánime cobra energía y valor hasta la temeridad, si una mujer sabe ponerle en un caso apurado.

Tengo por regla invariable que la mujer domina y manda al hombre siempre que se le antoja.

Tomasito Meco se decia un dia:

—¡Canario! esa mujer no me puede ver... Me ha dado ya cuatro ó cinco sofiones, y yo no soy hombre de aguantarlos.

Y empezó á pensar en la desdeñosa, sin poder apartar su recuerdo del pensamiento ni tampoco su imágen.

—¡Y por Dios que es bella! pensaba; no he visto nunca una mujer tan hermosa. Pero, ¿qué diablos le he hecho yo que no me puede ver? ¡Nunca he encontrado en mi camino mujer que me trate con más soberano desprecio! ¡Canario! ¡esto ya pasa de castaño oscuro!

El hombre corrido no pensaba que aquella apariencia escondía una intencion profunda, un fin determinado. Una noche halló ocasion de sentarse á su lado, y entabló con élla conversacion, decidido á inquirir qué motivos tenia aquella mujer para tratarle con tan singular despego.

—No se vaya V. esta noche, empezó el conde; he advertido otras que en acercándome yo á V., V. se aleja, y con mi habitual franqueza he resuelto saber esta noche por qué hace V. eso; contésteme V. con igual franqueza; dígame V. que le soy antipático y todo lo que quiera, pero sepa yo al ménos si tiene usted alguna razon para mirarme siempre con irónica sonrisa.

—No tengo nada que decir á V., caballero, contestó la gran ladina con la misma sonrisa de que le hablaba el conde.

—Poco es eso, seguramente.

—No es mucho.

—Siento que una señorita tan bella sea tan esquiva conmigo.

—Esquiva no, indiferente.

—¡Ah! todavía peor. Yo, amante desinteresado del bello sexo, he cifrado siempre mi gloria en merecer

la amistad, no otra cosa, de que no soy digno, de aquellas damas de más talento y más gracia, y, sin que sea vanagloria, puedo decir que, hasta ahora, he logrado siempre este favor.

Los negocios de Estado, los deberes de mi posición política me han llegado á hastiar del trato de los hombres, y por eso en la sociedad del bello sexo busco una compensación á aquel fastidio de la política y los negocios.

—No dudo lo que V. dice, pero no acierto...

—Si no fuera indiscreción, me atrevería á pensar que á V. le preocupa alguna de esas cosas que preocupan casi siempre á las jóvenes de su edad, alguna ausencia, alguna esperanza, algun deseo, algun sueño acaso...

—¡Ja, ja, ja!

—¿Se rie V.?...

—Diga V., ¿no se baila esta noche?

—No sé, hija mia; pero si V. quiere que se baile, se bailará; yo lo propondré en su obsequio.

—Me es indiferente; ¿V. no baila?

—¡Por Dios! ¡un ex-ministro!... Estas son las desventajas de la posición; todos esos muchachos pueden bailar y estrechar en sus brazos á las más bellas y encantadoras mujeres... y yo... ¿Y qué se diría?... Los periódicos ministeriales, que ahora me hacen una guerra atroz, temiendo que yo vuelva á subir pronto, serian capaces de ponerme mañana gacetillas en verso, diciendo que me habian visto bailar la polka más ó ménos íntima... Los

hombres de mi posición pueden arrostrar todo menos el ridículo.

No nos importa tanto que nos llamen ladrones, como que nos digan que tenemos piés de aguador, ó facha de chalanés, ú otro chiste por el estilo.

—¿Le han dicho á V. muchos? le preguntó la jóven con la mayor inocencia.

—¿Canario! dijo para sí el ex-ministro, esta mujer se burla de mí.

Y el piano preludió una polka que se bailaba sola.

—Vamos, ya tiene V. baile, observó el personaje.

—Me alegro; hoy tengo yo deseos de dar un par de vueltas.

—Me cambiaria por un muchacho meritorio del ministerio, por poder dar á V. esas vueltas.

—Más meritorio seria que no se cambiara por él, y fuera V. el que me las pidiera.

—¿Yo?... ¡yo que no he bailado nunca!

—Es verdad; no quiere V. ponerse en ridículo. Y verdaderamente, seria un contraste singular verle á usted bailando conmigo. V. puede ser mi padre...

—Lo que es eso...

—¿Por qué no va V. á sacar á aquella señora anciana que se queda sola en aquel rincón? La pobre bailaria de buena gana: se le van los ojos detras de los caballeros que pasan cerca sin pareja. Vea V. una señora que probablemente seria feliz dando una vuelta del brazo de un caballero galante, y á ninguno se le ocurre hacerla este favor. ¿Por qué no baila usted con ella, conde?

—¡Yo!

—Es una señora respetable, como conviene á un hombre de la posicion de V.

—No, hija; no me conviene de ninguna manera. Si yo me atreviera á bailar, bailaria con V.; pero no con aquella antigüedad... ¡Dios me libre!

—Pues bailemos.

—¿Cómo?

—¿No dice V. que desea mi amistad?...

—¡Oh! ardientemente.

—Pues, amigo, mi amistad se gana con unas vueltas de polka.

—Pero, niña, considere V. que hay en el salon seis ú ocho que han sido empleados á mis órdenes, y que lo volverán á ser cualquier dia, y dos ó tres periodistas que me van á sacar á la vergüenza.

—¿Sabe V. una cosa?

—¿Cuál?

—Que no comprendo por qué tiene V. fama de galante, discreto y cortés hasta el rendimiento entre las mujeres, porque si á todas las distingue V. como á mí...

—No resisto más y me sacrifico, dijo el conde poniéndose en pié y ofreciendo la mano á la grandísima ladina que de tal manera gozaba en jugar con aquel hombre de gran posicion, de grandes pretensiones, y de gran prestigio en el bello sexo.

Nadie habia podido jamás hacer bailar á Tomasito Meco; de modo que, al verle dispuesto á dar cuatro zapatetas, á pesar de su respetabilidad, en compañía

de aquella peregrina hermosura, se concentró en la dichosa pareja la atención de toda la distinguida sociedad, en la que hizo más impresión seguramente aquel inesperado acontecimiento que otro cualquiera de gravedad y trascendencia para el país.

Y aún hubo en la reunión quien achacó á la política aquel suceso.

Al poner la mano el conde en la esbelta cintura de su pareja, le corrió un estremecimiento singular por todo el cuerpo: el hombre corrido estaba completamente fascinado por aquella mujer, cuya profunda mirada no podía resistir, y que le arrastraba dando vueltas con la mayor rapidez, poniéndole á la altura de un colegial de filosofía que por primera vez se hubiese visto con una mujer hermosa apoyada en su hombro, aturdiéndole con su aliento embriagador, y enloqueciéndole con aquellas vueltas.

En fin: que el hombre se mareó por completo.

Sacó fuerzas de flaqueza para no confesarse vencido, y todavía resistió unas cuantas vueltas; pero al fin sintió que toda la sangre se le juntaba en la garganta, que su vista se nublaba, y en la cabeza un dolor agudo, y sin que su pareja lo pudiera sostener, cayó sobre la alfombra cuan largo era, que no era mucho, aún cuando todos solían decir:

— ¡Oh! Tomasito Meco es muy largo.

La caída del ex-ministro causó gran efecto.

Los hombres se rieron.

Las mujeres, entre las que tenía tanto partido, se acercaron á levantarle entre todas.

Pero el conde estaba rígido, inmóvil.
 —¡Está muerto! exclamó doña Dolores Rascafria, la dueña de la casa, llena de espanto.

—¡Muerto! repitieron todas.
 —¡Muerto! dijo para sí la prometida del pintor; me he perdido.

Por esta exclamacion pueden juzgar mis lectores de la exquisita sensibilidad de aquella hermosísima mujer, en quien parecia que la naturaleza se habia complacido en reunir todos los encantos de la belleza exterior, descuidando la más encantadora belleza del espíritu y del corazon.

En la vecindad vivia un médico de fama, que fué llamado al momento, y reconoció al conde.

—¿Está muerto? le preguntaban con la mayor ansiedad.

—No, señoras, no está muerto; pero está en grave peligro. Llevémosle al lecho: no hay que pensar en trasladar á su casa á S. E.

El solitario lecho de doña Dolores Rascafria recibió al excelentísimo señor, y todos los tertulios de aquella señora se ofrecieron á velar, cuidar, asistir y servir con el mayor celo al ilustre enfermo.

—Eso me toca á mí, exclamó nuestra gran ladina; yo me constituyo desde ahora en enfermera, en hermana de la Caridad al servicio del conde. Bailando conmigo ha caido en esta situacion mortal, y yo debo cuidarle.

La dueña de la casa, que amaba mucho á la huérfana, recibió con júbilo su proposicion, y los demas

tertulios no tuvieron más remedio que confesar y encomiar el generoso rasgo de la jóven.

La enfermedad era, en efecto, muy grave.

Un ataque cerebral, ni más ni ménos; con lo cual ya saben Vds. que hay bastante para pasar de este mundo al otro.

Y aquí no viene mal alguna reflexion, que ya habrá hecho, de seguro, el siempre discreto y perspicaz lector.

La reflexion que aquí cuaja como anillo al dedo, es aquel axioma vulgarísimo que dice que *Cada cosa en su tiempo...*

El conde era viejo, y un viejo no es un jóven; verdad propia del gran Pero-Grullo, pero que viene aquí de molde.

Cuando el hombre llega á la edad que tenia el conde, debe pensar que no está ya su cuerpo para emociones de cierta clase, aunque su espíritu le engañe. Un viejo halla encanto sin igual en la conversacion de las mujeres; pero eso de ponerse á bailar con una mujer hermosa, llena de vigor, exuberante de vida, es muy ocasionado á caidas mortales, como la que dió el conde, y que si para él no fué mortal, lo debió sin duda á un milagro que quiso hacer su Divina Majestad, con la intencion acaso de que el hombre, reconociendo el beneficio, se convirtiese despues, y dejase de ser, como era, un ateo de siete suelas, por más que fingia ser ferviente católico: así hay muchos que son capaces de comerse á los santos de sus devociones, y ni creen en la reli-

gion, ni hacen otra cosa que ofender á Dios, que es el único que los conoce, porque á Dios no se le pueden ocultar las intenciones, como se le ocultan á los embobados habitantes de este mundo, que no saben juzgar más que por las apariencias.

El ex-ministro estuvo si las lia ó no las lia, como dice el vulgo, y lo primero que le recetó el médico, para cuando volviese á conocimiento, si volvía, era ponerse bien con Dios, recibiendo los últimos Sacramentos, porque podría suceder fácilmente que tuviera despues una recaída y fuera de tal suerte que no volviera á levantarse.

Y la bella desdeñosa al lado de la cabecera del enfermo, dia y noche, como si fuera su propio padre, mejor todavía, porque dado el carácter de la señorita, es seguro que no hubiese tenido el mayor respeto ni el más profundo amor al autor de su existencia, si le hubiera conocido. Ella le movía, ella le ponía las almohadas, le daba las medicinas, y hasta le puso unos sinapismos capaces de resucitar á un muerto.

Convertida estaba en amorosa y abnegada hermana de la Caridad, y nadie hubiera dicho, al ver aquel semblante dulce, sereno, modesto, franco y amoroso, que era la careta con que se disfrazaba un pensamiento egoísta, un alma de hiel, un corazón de cieno.

Cuando el enfermo abrió los ojos, despues de algunos dias entre la vida y la muerte, lo primero que vió fué el rostro angelical de su pareja de baile, y á no hallarse el hombre tan escaso de sangre, pues el

médico se la habia sacado del cuerpo á fuerza de lancetazos en piés y manos, y de un lucido batallon de sanguijuelas, es seguro que al ver aquel rostro, al recordar las emociones de aquellas dichosas vueltas de polka, le hubiese repetido la congestion cerebral y habria ido á contar el lance al otro mundo; pero el hombre estaba tan caido que no pudo hacer más que mirar aquel encantador semblante, y cerrar los ojos en seguida, no pudiendo resistir la mirada profunda, ansiosa, avara, de su enfermera, que en efecto, era entónces avara de la vida de aquel hombre, en quien cifraba toda su esperanza.

Miéntrás el enfermo reposaba, ella, sentada al lado del lecho, pensaba:

—¡Oh! si logro que este hombre me dé su nombre y su fortuna, seré feliz, habré satisfecho mi deseo, podré brillar donde las más altas y poderosas señoras, podré olvidar la infamia que cometieron mis padres, dejándome abandonada en una calle... Pero que viva, Dios mio, que viva este hombre, que vea mi abnegacion, mi interes, mi caridad... Si vive, mi triunfo es seguro... ¿Y mi hermano, mi prometido?... Volverá pronto de Italia, tan ufano de su talento, y tan enamorado de mí... ¡Pobrecillo! es un buen muchacho, y siento la pena que le voy á causar, pero despues de haber visto el gran mundo, despues de haber contemplado á los favoritos de la fortuna, ¿cómo he de casarme con un pobre artista que, por bueno que sea, vivirá más para su arte que para elevar y poner por encima de las más bellas y las más ricas á

su mujer?... No hay remedio, ó me caso con este hombre, ó me muero de desesperacion.

El enfermo comenzó á mejorar; el médico manifestó que habia alguna esperanza; muchas veces queria el ex-ministro hablar á su enfermera, manifestarle acaso su gratitud, pero ella, haciéndole un mohin delicioso, le ponía el dedito en la boca, imponiéndole silencio.

—Aquí mando yo, le decia, y cumpliendo las órdenes del médico, le prohibo á V. que me hable y aún que me mire. Yo tuve acaso la culpa de la enfermedad de V., obligándole á bailar en aquella desgraciada noche, y me he constituido, como penitencia por aquella falta, en su enfermera. La penitencia es muy grata, sin embargo, y no he de abandonar á V. hasta que le vea con la salud completamente restablecida. Conque silencio, niño, y déjese V. cuidar.

Y al viejo se le caía la baba, oyendo estas palabras de miel, y ella le limpiaba el sudor, y le daba las cucharaditas de sustancia, y le cerraba los ojitos con aquellos deditos tan delicados, diciéndole:

—A reposar, niño.

—Y el niño se creía trasportado al paraiso de Mahoma, donde creen los adoradores del zancarron de aquel caballero, vamos al decir, que han de encontrar hermosísimas huríes que les hagan fiestas y les traigan en palmitas.

Y la muy ladina solía reclinar también la cabeza en la misma almohada donde descansaba la de chorlito del ex-ministro, que, solteron recalcitrante, nun-

ca se habia visto de tal manera cuidado en sus anteriores enfermedades.

El dia que el enfermo pudo tomar un poquito de caldo y un poco de jaletina, la enfermera rebotaba alegría; ella le sirvió ambas cosas, ella le sostuvo la cabeza, que el enfermo tenia sumamente débil, ella, en fin, parecia más contenta de la mejoría del enfermo que éste mismo.

—Es V. un ángel, la dijo con débil acento.

—No admito galanterías.

—Sin V. me hubiera muerto.

—¡No faltaba más!

—He estado muy enfermo, ¿no es verdad?

—A la muerte; pero ya pasó, ya no hay que pensar en morirse en muchos años; pero baste ya de conversacion, tiempo tendrá V. de hablar cuando se ponga bueno.

—Pero V. no se separe ni un solo momento de mi lado.

—O se hacen bien las cosas ó no se hacen; para cuidar á un enfermo, hay que no separarse de él.

—No descansa V. un momento.

—¡Oh! sí, reclinada en su misma almohada, suelo rendirme al sueño.

—¡Qué feliz me hace V.! ¡cuánto me alegro de mi enfermedad!

—¡Qué gracia!

—¡Qué mal la juzgué á V.!

—Eso sucede siempre en el mundo.

—¡Cuántos perdones tengo que pedirle!

—Ni una palabra más; ya ha hablado V. bastante hoy; ahora á descansar V. y yo.

Y reclinaba la cabeza, como ya he dicho, embriagando de placer al enfermo, que tenia que estar muy postrado y falto de sangre para no sufrir otro ataque como el de marras.

Y así pasaron veinte dias, durante los cuales hizo la jóven enfermera mil y mil proyectos para cuando consiguiera su propósito de apoderarse del viejo, y éste vivió en el quinto cielo.

Y no le decia á la ingrata la conciencia que habia cometido una villana accion abandonando á la noble anciana que la habia recogido de las losas de la calle, y olvidando y despreciando el puro, nobilísimo y desinteresado amor de su prometido, el honrado jóven que no habia vacilado por cumplir su palabra en dejar allá en Italia, muerta de pena y desesperacion, á una mujer, toda generosidad, toda abnegacion y amor infinito.

¡Pobre Virginia! con ella hubiera sido feliz el generoso artista; sus almas parecian nacidas para vivir juntas, y, sin embargo, la suerte se habia complacido en impedir aquella union, que hubieran celebrado los ángeles del cielo.

Por vanidad, por soberbia preferia la ingrata á un hombre viejo, vicioso, repugnante, á quien no podia amar, á quien queria fingir amor para engañarle y explotarle.

XXIV

El convaleciente.

El ministro estaba fuera de peligro, de la enfermedad hablo, porque en cuanto á lo demas nunca habia estado de tanto peligro.

Aún no habia podido ser trasladado á su casa. Seguia, pues, á su lado su hermosísima enfermera, con quien habia tomado la mayor confianza. Ella dirigia la confeccion de los manjares que se le habian de servir, y no permitia que el convaleciente tomase nada sin probarlo ella ántes, y con él comia, sirviéndole las pechuguitas de pollo con la mayor pulcritud, quitándole las espinas á la merluza, tasándole el vino, y partiéndole las rebanadas de pan como á un niño mimado.

Y al viejo se le seguia cayendo la baba.

Y á todo esto, tenian largos ratos de conversacion, en la que ella tomaba toda la apariencia de un ángel;

hablábale de su modestia, de sus limitadas pretensiones, de su poca aficion á galanteos, y de que nunca habia envidiado más que la tranquilidad y la virtud.

—Créame V., le decia, yo acabaré por ser hermana de la Caridad ó monja. Es para lo que tengo alguna vocacion, aunque me considero indigna de merecer la gracia de Dios en ese estado.

—¿Es posible? ¡Una mujer jóven, hermosa, hermosa como ninguna!

—¿Y qué vale la hermosura?... Tengo en muy poco aprecio mi hermosura, que una enfermedad puede destruir prematuramente, y que el tiempo destruirá con seguridad.

—Usted puede hacer una boda ventajosa.

—¿Boda? Puede que V. no me crea, porque las mujeres no suelen hablar sinceramente cuando hacen ascos al matrimonio; pero, créame V. ó no, es lo cierto que nunca se me ha ocurrido casarme con esas ventajas de que V. habla. El mundo está de tal manera, que un hombre enamorado es ya una rareza, un tipo excéntrico, y sobre todo enamorado de una pobre. Nunca me he creído capaz de inspirar una pasión.

—¡Oh! no se conoce V.

—Yo entiendo el amor como ya no se entiende en el mundo; entiendo que debe ser todo abnegacion, todo sacrificio; que no es gozar solamente, sino sufrir y gozar á un mismo tiempo, sufrir centuplicadas las penas que sufre la persona amada, y vivir, haciendo completa abstraccion de sí misma, para esa persona

querida, y aislarse completamente del mundo para no pensar más que en amar y en sufrir.

—Quien así entiende el amor, bien merece ser amada.

—No hay que buscar en los jóvenes del día hombres que lo entiendan así.

—Puede ser; la juventud anda demasiado de prisa, pero...

Y el hombre suspendía su discurso, porque todavía no se atrevía á decir lo que la enfermera ladina veía claramente hacia días en el pensamiento del convaleciente.

—¿Qué iba V. á decir?

—Nada, que quisiera tener veinte años ménos.

—¿Para qué?... yo quisiera tener veinte más. Pero hablemos de otra cosa; ya pronto podrá V. ser trasladado á su casa, pronto podremos el médico y yo dar á V. el alta, y daré por terminada mi obra.

—¡Oh! ¡no! ¡todavía no!... ¡Volver á mi casa después de esta enfermedad tan agradable, no se ría V., que he pasado aquí al lado de V., será una cosa cruel! ¡Dejar de ver á V. para ver el estúpido semblante de mi ayuda de cámara y la cara gazmoña de mi ama de gobierno, y las enfadosas cortesías de mis amigos políticos! Esto es pasar del cielo al purgatorio, invirtiendo completamente el orden natural. La salud me va á costar otra enfermedad cruel, el hastío y la tristeza.

—¿A que va V. á sentir que se le haya cuidado con esmero?

—Sí, señora, porque yo no estaba acostumbrado á estos mimos. Los servidores mercenarios y los adularos egoistas no cuidan á nadie con tanto interes, por más interes que tengan en servir y adular á la persona de quien necesitan.

—Tiene V. razon; yo lo he hecho, no sólo porque mi conciencia me lo dictaba, porque encuentro placer, y por eso no lo creo mérito de ningun modo, en servir de algo á los que sufren, sino para convencerle á V. de que ha hecho mal en dejar pasar su juventud sin buscar una compañera, una esposa, que indudablemente le hubiera cuidado mucho mejor que yo.

—Eso sí que no; ni una madre hubiera hecho lo que V.

—¡Qué exageracion!

—Es verdad, y crea V. que ahora, en esta enfermedad peligrosa que he pasado, he pensado muchas veces que hice muy bien en no casarme, porque si me hubiese casado, no habria acaso conocido á V., y V. es la única mujer con quien yo me hubiera casado.

—¡Jesus! ¡Conmigo!

—No hay más, y... ¿quiere V. que sea franco?...

—¡Oh! sí, señor; seria un agravio á mi amistad no serlo.

—Pues durante mi enfermedad he formado propósito de pedir á V. su mano y ofrecerle mi nombre, mi fortuna, cuanto soy y valgo.

—¡La calentura hace pensar unos disparates!

—¡Disparate en efecto! V. no querria casarse conmigo.

—No; V. será el que se habrá vuelto loco hasta ese punto.

—¡Oh! nunca he estado más cuerdo.

—Si es broma, la admito.

—No, no es broma; si V. puede hacer caso omiso de mi edad, y acepta V. mi mano, reniego de mis ideas acerca de las mujeres, hago *amende honorable*, y me caso con V.

—Imposible.

—¿Cómo?

—¡Ay! ¡imposible, sí, señor, imposible!

Y una lágrima brilló en los ojos de la lindísima enfermera, es decir, no fué una lágrima sola, sino una en cada ojo, porque eso de llorar con un ojo solo no es muy bonito que se diga.

El ex-ministro exclamó:

—¿Llora V.?—Pregunta propia de un español, que pregunta lo que se ve.

—Sí... pero no, no... no quiero llorar.

Y soltaba otro par de lagrimitas, poniendo en gran cuidado al convaleciente, que estaba hechizado de veras por aquella buena pieza.

—Me pone V. en verdadero cuidado.

—¡Oh! no piense V. en eso... Al proponerme V. la honra de hacerme su esposa, ha venido á mi memoria un tristísimo recuerdo... Creo en la sinceridad de las palabras de V., pero me es imposible ser esposa de V.

—¿Por qué imposible?

—Es una historia horrible; no la quiera V. saber.

—Tenga V. confianza en mí, y hágame V. depo-

sitario de su secreto, que soy caballero y sé guardarlos.

—Yo quisiera hacer á V. participe de ese secreto... nadie lo sabe, nadie... pero ¿cómo se lo digo á un hombre que me ofrece su nombre?...

—Por eso mismo, ¿con quién ha de tener V. más franqueza?...

—Es verdad.

Y despues de una pausa, en la que la astuta cazadora del viejo estuvo, sin duda, hilvanando las mentiras que le iba á encajar, hablóle de esta manera:

—No sé quiénes fueron mis padres: este es mi secreto.

—¡Ah! exclamó el ex-ministro, y se inmutó.

—Vea V. si es grande mi infortunio.

—¡Oh! ¡sí! dijo el convaleciente grandemente preocupado.

—Mis padres acaso me abandonaron con la buena intencion de recogerme luego, y darme su nombre, y elevarme á su rango.

—¿Eran personas de la buena sociedad?...

—Todo me hace creer que eran distinguidísimas personas. Me confiaron, no ellos mismos, sino otra persona á quien yo no he podido interrogar, á la pobre y buena mujer que ha pasado por mi madre, y segun he podido entender, razones de la más alta importancia impidieron mi reconocimiento y legitimacion.

El conde escuchaba preocupado.

—¿Nada me dice V.?... ¿Qué indica ese silencio?...

—Recordaba una historia parecida.

—¿Sí?...

—Un amigo, un íntimo amigo, el único amigo que tengo, tuvo también una hija...

—¿Cómo?... ¿Quién era?...

—Tranquilícese V., no es V. esa hija.

—¿Me dice V. ahora, que ya sabe mi secreto, lo mismo que antes?...

—Sí, lo mismo; ahora con más gusto daré á V. mi nombre.

Y la jóven, arrodillándose delante del ex-ministro, le cogió las manos y se las besó, ocasionándole una sensacion tal, tan grande estremecimiento, que hubo necesidad de meter en la cama al enfermo. Si en mejor estado de salud no podia resistir aquellas emociones, ¿cómo habia de sufrirlas convaleciente de una enfermedad que le puso en inminente peligro de muerte?...

El enfermo se amodorró pronto.

Su prometida esposa se sentó junto á la cabecera, espionando sus movimientos, poniéndole, de vez en cuando, la mano en la frente, y cuidando, en fin, de que no se le desgraciara aquella famosísima conquista.

Y al mismo tiempo pensaba:

—¡Oh! ¡ya es mio!... no me he atrevido á decirle toda la verdad; no le he dicho que fuí arrojada á la calle sin indicio alguno por donde se pudiera presumir la condicion social de mis padres; no le he dicho

que lo mismo puedo ser hija de un noble señor que de un miserable mendigo; lo mismo de una elevada señora que de una infame meretriz... ¡Esta, esta es la horrible verdad!... Ya es mio, ya brillaré sobre todas las que más brillan en el gran mundo, ya no tendré que bajar la vista avergonzada delante de nadie...

Un criado de la casa levantó discretamente una punta del cortinon de la alcoba del enfermo, y dijo respetuosamente:

—Señorita.

—¿Qué?

—Una señora desea hablar á V.

—¿Quién?... Ahora no puedo ir.

—Dice que ha de verla precisamente.

—Pero, ¿quién es?...

—Su madre de V...

—¿Cómo?... ¡Mi madre!... ¿Quién le ha dicho á usted eso?...

—Señorita, ¡cuántas veces he visto á Vds. juntas!...

—Basta. Quede V. aquí por si S. E. despierta y pide algo, y en este caso llámeme V.

—Así lo haré, señorita. Yo tambien sé cuidar á un enfermo.

—No deje V. de avisarme.

Y salió á la sala, donde la esperaba, ya lo ha adivinado el lector, su madre, la que le habia servido de madre, la que tantas veces, con tanto amor y abnegacion le habia dado el dulce nombre de hija, y á la que ella casi habia abandonado desde que conoció el gran mundo, y sobre todo desde que la mala fe de

un caballero de industria redujo casi á la miseria á la pobre anciana.

—¡Hija mia! exclamó la noble mujer queriendo abrazar á la ingrata.

—Más bajo, señora, interrumpió la hija desconocida, rechazando ó poco ménos el abrazo de la anciana, que, al verla, habia olvidado los agravios recibidos de la ingrata.

—No, no vengo á reconvenirte.

—¿Y por qué me habia V. de reconvenir?

—Por... por nada, tienes razon, hija mia: ¿qué quieres? á los viejos nos halaga mucho que nos quieran, somos un poco egoistas, dijo la anciana con inefable acento de ternura.

—Ya sabe V., ya le avisé que estoy aquí cumpliendo un deber.

—Sí, hija mia, ya lo sé; ya sé que estás cuidando á un poderoso señor que cayó enfermo en un baile en esta casa, y te aplaudo por tu caridad; pero tenia tantos deseos de verte...

—¿Y por eso solo ha venido V.?

—No, por eso solo no; por mí hubiera tenido paciencia... pero tengo que darte una buena noticia.

—¿A mí?... ¿Ha recobrado V. su fortuna? ¡Cuánto me alegro!

—No, hija mia, digo, sí, sí, la he recobrado, todavía no, pero dentro de cuatro dias.

—Mucho lo celebro.

—¿Te alegras?... Y yo que creia...

—¿Qué? ¿No he de alegrarme de que recobre V. lo

que tanta falta la hace para vivir, lo que es legítimamente suyo?...

—Si no es eso, hija; eso... ya no cuento con ello... yo no sabia que en el mundo habia malvados capaces de abusar de la confianza de las gentes sencillas, de arruinar á familias honradas... ¡Cómo ha de ser! yo perdono al ladron, que es más desdichado que yo... Mi fortuna no es esa...

—No entiendo.

—¿No entiendes?... Hija, parece que te han convertido en piedra el corazon... ¿No comprendes que al decir que recobro mi fortuna, mi alegría, mi vida, no aludo á un miserable puñado de monedas, sino á mi hijo, al hijo querido de mi corazon?... Luis vuelve dentro de cuatro dias.

—¡Ah! vuelve...

—Sí, hija mia, mi hijo, tu hermano, tu compañero de la infancia... ¿Enmudeces?... Vuelve hecho un pintor de los mejores, me ha escrito que trae un retrato tuyo, y otro mio, hechos de memoria... Tuyos habrá hecho más de uno, pero no, no le culpo por eso... A tí te ama de otra manera... En su última carta me decia que tenia seguridad de ganar con su trabajo tres ó cuatro mil duros al año.—«Me alegraría de que V. no tuviera ni un cuarto de renta, para tener yo la gloria de pagar á V. todo cuanto ha hecho por mí.»—Mira tú el muy loco, no sabe que ese deseo suyo lo verá realizado en cuanto llegue. Y qué á tiempo viene, hija mia, porque ya estoy pasando grandes apuros. De lo poco que me

quedó no queda ya casi nada. Pero, en fin, gracias á Dios, no he tenido que pedir á nadie. Hubiera tenido un gran sentimiento, teniendo que confesar á mi hijo alguna deuda.

—Bien, pero... murmuró la ingrata, manifestando cierta impaciencia.

—Hija mia, no quiero reconvenirte, pero me duele verte tan indiferente.

—¿Qué quiere V. que le diga? Mucho me alegro de los adelantos de su hijo de V... mucho de que pueda asegurar su porvenir y el de V... Es muy bueno, muy buen hijo.

—¿Y nada más me dices?...

—¿Qué más?... participo de la alegría de V.

—Pero, hija, lo dices de una manera que parece que somos tú y nosotros simplemente unos amigos indiferentes.

—Yo no sé exagerar.

—Hija mia, el sentimiento no es una exageracion. Yo, cuando te he visto, despues de tu ausencia de casa, he sentido un impulso de alegría, de placer... te hubiera dado mil besos... Al pensar que voy á ver otra vez á mi hijo, que vuelve á mi lado, siento que se ensancha mi espíritu, que mi corazon late con dulce movimiento, que amo la vida más que nunca... y me extraña que tú...

—¡Ah! señora, en qué mal momento ha venido V... el enfermo ha tenido hoy un recargo...

—Pero, hija mia, ya no me llamas *madre*, como ántes. Yo no podré dejar de llamarte *hija*... No te im-

pacientes, voy á dejarte, puesto que, al parecer, te molesto. Volverás á casa pasado mañana, ¿no es verdad?... Luis viene dentro de cuatro dias...

—¡Oh! eso sí que no sé.

—¿Cómo?... ¿Pues no eres su prometida?... ¿No le juraste esperar su vuelta para unirme á él para siempre?

—¡Cosas de niños!

—¿Qué dices?

—De lo que ménos se acordará él será de ese juramento sin valor alguno.

—¡Dios mio! ¿es verdad lo que está diciendo esta desgraciada?

—Señora...

—Repítelo otra vez; dime que ese juramento no tiene valor alguno.

—¡Es claro!

—¡Si es para volverme loca!... ¿Tú lo crees así? ¿y piensas que mi hijo, mi noble, honrado hijo cree lo mismo que tú?... ¿Crees tú que mi hijo no tiene corazon? ¿crees que es un miserable?...

—Señora, no hablemos de eso...

—Pero, ¿qué espíritu malo se ha apoderado de tí?... ¿No me amas ya? ¿no amas á mi hijo?...

—Sí, pero no como V. quiere.

—¡Ah! no eran vanos mis temores. ¡Pobre hijo mio!

—Usted toma las cosas con demasiado calor; verá V. cómo él no se acuerda ya de esa niñería.

—Calla, ingrata, calla, y si eres capaz de un perjurio, no hagas á mi hijo el agravio de suponerle ca-

paz de eso... No pudo él aprender de su padre ni de su madre esa infamia.

—Señora, basta ya.

—Sí, basta ya. Dios quiera salvar á mi hijo; pero preveo que tú has destruido su porvenir y el mio, preveo que vamos á ser muy desgraciados por tu culpa.

—No hay motivo; yo estoy muy agradecida á V. y á su esposo, que en paz descansa, y á Luis tambien; sin Vds., ¿qué hubiera sido de mí?... pero, ¿qué más quieren Vds.?...

—¡Adios! no te quiero estorbar más... La muerte llevo en el corazon, al ver tu ingratitud. Dios Todopoderoso permita que mi hijo, que mi noble y honrado hijo, reciba este golpe con la indiferencia con que tú has recibido la noticia de su llegada... ¡Ah! ¡ingrata, ingrata!... Mucho te he amado, no te hubiera amado más si fueses mi propia hija, si fueses sangre de mi sangre y vida de mi vida; pero si mi hijo no puede resistir este golpe que alevosa le preparas, si se vuelve loco, si se muere, mi eterna maldicion caerá sobre tí.

Y transida de dolor, vertiendo amargo llanto, sintiendo oprimido el corazon por la más profunda pena, salió de aquella casa la desventurada madre.

Si no hubiera sido cristiana, si no hubiera tenido fé en Dios, hubiese maldecido acaso la hora infausta en que recogió de la helada losa de la calle á la niña abandonada.

XXV.

La muerte de un corazon.

La madre del pintor volvió á su humilde casa en la mayor desesperacion.

—¿Qué va á ser de mi hijo?... El, tan sensible, tan bueno, tan honrado, que hace tres años está acariciando la dulce ilusion del amor que supone le espera, ¿cómo recibirá este golpe que le preparo?... ¿Cómo le digo que su prometida no le ama, que ha sabido con la mayor indiferencia su regreso, que ama á otro, ó es más infame todavía, porque, sin amarle, le finge amor por una miserable mira de interes?... ¡Pobre hijo mio! La gloria le sonríe, la fortuna le favorece... y una mujer ingrata, una infame, una serpiente que hemos criado en nuestra casa, que la hemos llamado hija nuestra, que á nosotros nos debe no haber muerto helada en la calle, ó estar en un asilo de caridad, viene á destruir la ventura de mi hijo, y á emponzo-

ñar su existencia y la mía... ¡Ah! ¡desgraciada de mí! ¡qué mal hice en hacerla conocer esa sociedad engañosa y miserable que se llama el gran mundo! En esa sociedad se embota el sentimiento, se endurece el corazón, se pierden las dulces y desinteresadas afecciones, y se adquieren las pasiones avasalladoras de la vanidad, la envidia y la soberbia.

El día siguiente todavía no quería persuadirse la buena madre de la perfidia de su hija adoptiva, y otra vez fué á verla, siendo recibida con verdadero enojo por la ingrata.

—Otra vez, la dijo, vengo á pedirte, hija mía, la vida de mi hijo.

—Pero, señora, V. se toma unos cuidados que su hijo de V. no le agradecerá. ¿Cree V. que Luis en sus viajes no se ha olvidado ya de aquel juego de niños?

—No, hija mía, no se ha olvidado; como tú no le amas, no comprendes su corazón.

—Pues ya he dicho á V. que me es imposible abandonar la buena obra en que estoy empeñada.

—Pero, mira, no te pido más que un momento. Vamos á recibirle, y luego te vuelves á cuidar de tu enfermo. ¡Feliz ese hombre que te inspira más interés que tu misma madre y tu hermano!

—Señora, es imposible.

—¡Por Dios te lo pido, por el perdón, en la otra vida, de los ingratos padres que te dieron el sér!

—Parece que se complace V. en recordarme sus beneficios.

—No, hija mía, perdona, y considera mi situación,

mi angustia; va á venir mi hijo, y va á recibir una herida mortal.

—Es una verdadera manía la de V.

—¿Quieres que te suplique de rodillas?

Y la santa mujer humildemente dobló la rodilla ante la desnaturalizada é ingrata prometida de su hijo, que pudo ver con ojos enjutos aquel acto de abnegacion y de ternura maternal.

—Señora, ¡por Dios! levántese V. y tranquilícese: yo le aseguro á V. que su hijo no me ama más que como á una hermana; me lo dice el corazon.

—¡Calla! es imposible que á tí te diga nada el corazon.

Y volvió á salir desconsolada de aquella casa.

Pero era madre, se trataba del bien de su hijo, y en la noble empresa de procurararlo, todavía no se dió por vencida, y el dia ántes de la llegada del pintor volvió á intentar ablandar aquel corazon de peña.

Pero en vano; la hija infame no se dignó recibirla: presumiendo que volveria la madre de Luis, habia dado órden de que no la permitieran entrar, á pretexto de que el enfermo estaba peor y no podia separarse de él.

Y la pobre madre, que tanto habia deseado volver á ver á su hijo, hubiera querido detener la marcha del tiempo y retrasar aquel anhelado momento, que habia de ser terrible para Luis. Contaba las horas y temblaba.

—¿Qué le voy á decir?... Me encuentra sin fortuna y sola.

¿Qué cuenta le voy á dar del objeto querido de su amor?... porque él puede hacerme cargos á mí, puede culparme de haber dado una imprudente libertad á la que debia consagrarse á él exclusivamente... Pero no, es que ella no tiene buen corazon, y cuando no se tiene buen corazon, nada puede el consejo, nada la reflexion. ¡La infame, desde que me vió pobre pensó en abandonarme!...

La noche anterior al dia de la llegada de Luis, la pobre madre la pasó rezando ante una imágen de la Santísima Virgen, pidiéndola que diese conformidad á su hijo y le arrancase aquel amor indigno de él, y cuando se aproximó la hora del regreso, triste y dolorosa se dirigió la buena mujer á la estacion, sin poder determinar de qué manera habia de engañarle para disculpar la falta de su prometida.

Sonó el silbido de la locomotora y apareció el tren, avanzando arrogante hácia el anden.

La anciana no podia contener los violentos latidos de su corazon de madre.

Sólo las madres podrán comprender y explicar lo que aquella mujer sintió en los pocos segundos que tardó en entrar en la estacion el tren.

Luis saltó del coche y cayó en los brazos de su madre, dándola mil besos y llorando de alegría.

Y luego, con los brazos abiertos aún, miró... y preguntó á su madre:

—¿Y ella?

La madre no le pudo contestar, ahogábanla los sollozos.

— ¡Dios mio! ¿qué ha sucedido?... alguna desgracia...

— No, no, hijo mio, tranquilízate, murmuró la madre, queriendo sonreirse cuando de sus ojos salían raudales de llanto.

— ¿Ha muerto, madre?

— ¡Jesús! hijo mio, ¡qué idea!

— No puede ser otro el motivo de no venir.

— Te juro que no es ese.

— Si V. me lo jura, lo creo; pero ¿cuál es?

— Ya te contaré, hombre... ¡Qué bueno vienes! déjame besar tus manos.

— Pero ¿por qué llora V. tanto?

— ¿Te parece que no debo llorar? ¿Cómo quieres que una madre exprese su alegría?...

— Es verdad.

— Me hace bien llorar.

— Pero ¿y ella?

— ¡Siempre ella! ¡Cuánto la amas!

— Lo mismo que hace tres años.

— ¿No la has olvidado nunca?...

— ¡Oh! no, ya le contaré á V. cosas que la convencerán de que la amo como nadie ha amado en este mundo.

— La quieres más que á mí.

— Madre, ¡que diga V. eso!

— Perdona, hijo, las madres somos muy egoistas.

— Usted no, que es una santa. Pero vamos, vamos á verla... ¿A que la muy ecqueta se ha quedado arreglándose y poniéndose bonita para sorprenderme?...

Mire V., madre, ya puedo ganar lo que quiera; vengo lleno de coronas, todas las he tomado para V., y de menciones honoríficas, y de diplomas de academias... La semana que viene nos casamos... me dará usted su licencia, ¿verdad?

—¡Hijo mio!

Y pensaba la pobre madre:

—Lo que yo temía, más enamorado que nunca. ¿Qué va á ser de mí?... y lo que ménos importa es lo que sea de mí, pero ¿qué va á ser de él?

Llegaron á la casa modestísima donde vivía la buena señora desde la total pérdida de su fortuna, y el jóven, preocupado con la idea constante que le dominaba, no reparó siquiera en que aquella casa era muy distinta de la que él habia ocupado en otro tiempo con sus padres.

Entró y la buscó por todas partes, gritando: —

—Vamos, niña, sal y no me martirices... que hace tres años que estoy deseando verte á ver.

Y como no le respondia la voz amada, preguntó á su madre con acento tembloroso.

—Pero, ¿dónde está?

La anciana se decidió á mentir.

—Mira, no te habia querido decir nada, pero...

—Pero, ¿qué?...

—Una amiga suya, muy amiga, está muy mala, muriéndose, y no la puede abandonar. La enferma no está tranquila más que cuando ella está á su lado.

—Es extraño...

—Ya ves que no tiene nada de particular.

—No, no señora; no tiene nada de particular; ella es buena y comprendo que no quiera separarse de una amiga moribunda, pero...

—¿Qué? ¿dudas?

—Pero... vamos, no, no lo diré.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero faltar al respeto á mi madre.

—¿Por qué?

—¿Me perdona V. lo que voy á decir?

—Hijo mio, ¿de qué te he de perdonar yo?

—Es que lo que pienso es un agravio que le hago á V., á mi madre, á quien yo no quisiera agraviar nunca.

—¡Qué bueno eres!

—¿Me perdona V.?

—Sí, hijo mio.

—Pues bueno, entoncés le digo á V. que no me ha dicho V. la verdad.

—¡Hijo!

—Pero... y ¿qué es esto? ¿qué ha pasado aquí?... Esta casa... ¿esta casa es la de V.?...

—Sí, hijo mio.

—Pues... yo me vuelvo loco... esta casa es de una familia pobre... aquí no hay ninguna comodidad... ¡qué calle! ¡qué casa!... Madre, ¿qué es lo que ha pasado?...

—Serénate, hijo mio.

—Sí, ya estoy sereno, pero quiero saberlo todo, todo... ¡Ah! no en vano sentía yo cierto vago temor... vamos, madre, no me atormente V. con su silencio.

Y la anciana venerable, acercándose á su hijo, se arrodilló y prorumpió en sollozos.

—¡Dios mio!... levántese V., madre mia; sea lo que quiera lo que haya sucedido, V. no debe humillarse ante su hijo; yo soy el que debe hablar á V. de rodillas.

Y obligando dulcemente á su madre á levantarse, arrodillóse él, diciéndola:

—Cuéntemelo V. todo, todo.

—Hijo mio, en primer lugar, esta casa, tan pobre como es, todavía es demasiado para mí.

—Voy á perder el juicio. ¿Pues no tenia V. para vivir?

—Sí, pero una desgracia...

—¿Cuál?

Y la madre refirió al hijo la estafa cometida por la persona que era depositaria de su fortuna, añadiendo que nada habia querido escribirle por no darle disgusto alguno.

—Mira, hijo mio, añadió, hasta hoy me han durado el poco dinero que pude salvar y el producto de la venta de algunas alhajillas y muebles, cuya falta has notado. No debo nada á nadie, que es lo principal. Ya ves que no es tanta mi desgracia; por tí es por quien lo puedo sentir.

—¿Por mí?... Vamos, esta desgracia no es en efecto tan grande como yo me figuraba, porque Dios me dará salud, y disfrutando yo de este beneficio, no caerá V. de nada. Lo que sí considero grave falta en usted es no haber sido franca conmigo. Debió V. es-

cribirme esta desgracia, y yo hubiera sabido lo que hacer. ¡Pobre madre mia! ¡sufriendo tantas privaciones por no darme un ligero pesar! ¡Y ella?... Ella debe haber sufrido mucho... pero... madre, una idea horrible tengo... ¡mi hermana, mi prometida, no vive aquí!...

—Sí, hombre, ¿no ves allí su lecho?...

—Su lecho, sí, sí... pero ella, ¿por qué no está aquí?... Hable V. por Dios, madre mia, dígame usted toda la verdad.

—No puedo.

—¡Virgen Santísima! ¿me ha olvidado?... ¿Ha encontrado á sus padres?... ¡Ah! ¡ya comprendo! soy un necio, que la estoy agraviando... Ella trabaja para ayudarla á V... Por eso no ha ido á recibirme.

—¡Alma buena! exclamó la madre abrazándose á su hijo.

—¡Qué! ¿no es eso?

—¡Por Dios! hijo mio, no me preguntes más.

—¡Ah! la ha abandonado á V... Acaso otro amante...

—No, no, hijo mio. La creo honrada, pero...

—Hable V. de una vez.

—Pues bien: ¿tienes fuerza de voluntad bastante para dominar los ímpetus de tu corazón?

—Sí, señora.

—¿No influirá lo que voy á decirte en tu suerte futura?

—La incertidumbre es la que me mata.

—Pues prepárate á oír una amarga verdad...

—¡Dios mio! dadme fuerzas.

—No te ama.

—¿No me ama?

—No; nació con alma ingrata... ¿Quieres tú enmen-
dar la obra de la naturaleza?

Luis quedó aterrado.

Pasaron algunos minutos; cubrióse el rostro con
las manos, y lloró.

—¡No me ama! murmuró con profunda pena, con
acento desgarrador, como quien se despide de la es-
peranza, que es el último bien que el hombre pierde
en la vida.

—¿Comprendes ahora mi profunda pena al volver
á estrecharte en mis brazos, despues de tres años de
ausencia?

—¡No me ama! repitió. ¡Yo si la amo!... ¡Desdicha-
do de mí!

—¡Luis!

—¡Y por eso no se atreve á presentarse! ¡por eso no
ha ido á recibirme!... Yo, por más que la ame de todo
corazon, no puedo exigirle un amor que no existe;
pero, ¿por qué no me lo dice ella?... Yo sufriré en si-
lencio, deseando que sea feliz, y si ama á otro, si ama
á un hombre digno de ella... ¡oh! ¡esto es horrible!...
yo mismo la entregaré á ese hombre afortunado, que
ha sabido interesar su corazon, que valdrá infinita-
mente más que yo... ¡Ella no me ama, y la otra me
amaba tanto!

—¿Quién, hijo mio? preguntó la madre, como si vie-
ra un rayo de esperanza.

—¡Es una triste historia! ¿Y dónde está? ¿Por qué no viene?

—Hijo, no ha querido.

—Pues ¿de qué le remuerde la conciencia? Que venga; dígame V. dónde está, y yo iré á buscarla...

—Es inútil, no vendria.

—Pero, madre, ¿qué misterio es este?... ¿qué ha hecho esta mujer?...

Llamaron á la puerta en el mismo instante; era el cartero que traia una carta del extranjero para Luis.

Luis la tomó en sus manos, y miró con espanto el sobre enlutado.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Suponiendo á V. de regreso ya en su país, le participo que hace dos dias, Dios Nuestro Señor se ha servido llamar á su santa gloria á mi idolatrada hija Virginia. Su última voluntad fué que V. supiera su muerte. Cumpla, pues, su última voluntad, y le repito á V. sus palabras:

«¡Que sea feliz! ¡que la que él ama le ame como yo le amaba!»

»Ruegue V. á Dios por el eterno descanso de mi hija.»

Y la firmaba el desdichado padre de aquel ángel bueno del amor que hubiera hecho la felicidad del pintor, si el destino no hubiese puesto entre ambos el ángel malo de la ingratitud y la soberbia.

El artista quedó inmóvil, con la mirada fija como si hubiera perdido la razon en aquel momento, y su

madre hubo de llamarle repetidas veces, cogiéndole la mano, y estampando en ella esos besos del alma que sólo las madres pueden dar.

—¡Hijo! le decía, Luis, hijo mio.

—¡Oh! soy un miserable, exclamó el pintor; por mí, por mí ha muerto esa desdichada, ese ángel que Dios me envió desde el cielo, y que al cielo se ha vuelto á llevar, viendo que yo no le merecía. Virginia, amada de mi corazón, perdónamel... ¡Oh! yo la amaba, sí, mi corazón era suyo, suyo, pero mi palabra empeñada aquí, mi delicadeza, la consideración de que iba á hacer desgraciada á la que había sido mi hermana... ¡Desgraciada! yo lo creía así, y ella, ella me olvidaba, se burlaba de mi amor... y me preparaba una vida de pena y de remordimiento. ¡Por qué no me escribió V., madre mia, que ya no me amaba esa mujer?... Hubiera V. hecho feliz á un alma buena, digna de toda la felicidad, y V. y yo lo hubiéramos sido también.

—¡Hijo mio!

—Madre, estoy perdido; siento que estos dos golpes destruyen mi ventura y mi porvenir.

—¡A tu edad!...

—A mi edad, sí, madre mia. No soy yo de esos jóvenes superficiales que tienen, apenas entrados en la vida, el corazón seco, y no les conmueven los sentimientos tiernos y generosos... Con esa ingrata hubiese sido yo feliz, si ella me hubiese amado; lo hubiera sido con Virginia, á haber sabido á tiempo que la que debía esperarme aquí, la que me había jurado amor

eterno, me habia abandonado... Ya no puedo ser feliz.

—Me destrozás el corazon.

—Madre, esa mujer, esa ingrata, ha sido nuestro ángel malo.

—El demonio de la vanidad la domina; ¿qué quieres esperar de ella?

—Es verdad.

—En cuanto me vió pobre, empezó á sentir el deseo de abandonarnos.

—¡Ah! ¡miserable!

—Nosotros, cuanto más desgraciada la juzgábamos, tanto más la amábamos y procurábamos hacerla olvidar su triste condicion.

—Ella no tiene alma, no comprende que se puede querer por querer nada más.

Luis refirió á su madre su amistad en Italia con la familia de Virginia, el amor que inspiró á ésta, los esfuerzos que hicieron sus padres para reducirle á no separarse nunca de aquella casa, y la lucha que tuvo que sostener consigo mismo para no ceder á tanto amor y á tantas distinciones, y mantener su palabra empeñada con la huérfana.

—Tienes razon, hijo mio; todos hubiéramos sido muy felices.

—Dios no ha querido.

—No digas eso; Dios sí ha querido, pero yo no he tenido bastante juicio para no ocultarte la verdad en tiempo oportuno.

—No se culpe V., madre mia; la fatalidad lo ha hecho todo.

—Admiro la carta de ese pobre padre; en ella no se advierte la más leve reconvención, ni sombra de rencor para el que ha contribuido, aunque involuntariamente, á la muerte de su hija.

—Es que aquella familia es un verdadero modelo. ¡Cuántas veces he creído, hablando con la madre de Virginia, que estaba hablando con V. misma! Las mismas ideas de V., la misma ternura, la misma inocencia y el mismo amor maternal.

La buena madre quiso distraer á su hijo de una conversacion que indudablemente le era penosa, pero por más que hacia no podia hacerle olvidar ni la muerte de Virginia ni el desamor de la huérfana.

—¿Y nada me dices de tus pinturas?

—¡Ay! madre, mal empieza el artista cuyo corazon está herido para siempre por el desengaño.

Para el verdadero artista hay un estímulo poderosísimo: el amor; este le hace trabajar, le impone el deber de sobresalir por encima de todos, le hace amar la gloria y buscarla... pero el pobre artista sin amor, sin amigos, porque el que no cree en el amor, tampoco cree en la amistad, sin una compañera amada, partícipe de su gloria, no puede hacer más que pintar con más ó ménos habilidad... pero, ¿y la inspiracion?... Todos los pintores famosos, todos los maestros del divino arte han vivido bajo la protectora influencia de un amor inmenso. El amor ha sido el estímulo poderoso de los grandes artistas. Rafael, Murillo, el Tiziano, Velazquez no hubieran hecho acaso aquellos prodigios que admira la humanidad

entera, si en su juventud hubiesen caído heridos por la emponzoñada saeta de un desengaño.

Sufrieron contrariedades, sin duda, pasaron trabajos, pero amaban y eran amados.

—Pero, hijo, y yo, ¿no soy nada para tí?

—Sí, madre mia, todo; pues si no fuera por V., ya habria hecho un disparate.

—¡Hijo!

—No, no tema V., sufriré resignado, pero... quisiera preguntarle algo, quisiera sobre todo hacerla comprender que no le hago cargo alguno por su conducta, que, por más que haya sido ingrata y perjura sólo su bien y su ventura deseo.

—No, hijo mio, no la veas; será mejor.

—¿Quién sabe? Acaso tenga V. razon.

Tristes fueron los primeros dias que pasó Luis en la casa de su madre.

El jóven callaba, y la madre no se atrevia á preguntarle, para no provocar la conversacion, que sabia le habia de atormentar infinitamente.

No salia de casa, se encerraba en su estudio, y allí pasaba las horas sentado frente al lienzo que iba á pintar y sin mover el pincel que tenia en la mano.

Los periódicos anunciaron su llegada á Madrid, é hicieron una entusiasta relacion de los triunfos que en Italia habia conseguido el artista, y su madre, á quien un antiguo amigo se los llevó, los puso en el estudio de su hijo, suponiendo que éste, aunque fuera en un momento de distraccion, cogeria alguno y leeria aquellos honrosos elogios; pero pasaron dias

sin que ni por casualidad reparase en tales periódicos, y cuando al fin tomó uno en sus manos y leyó el artículo en que se hablaba de él, ni la más ligera satisfacción brilló en su semblante, y sólo se le ocurrió decir:

—¡Qué buena es mi madre! me ha puesto aquí estos periódicos, creyendo que me iba á dar una alegría. ¡Oh! pronto se acabaron las alegrías para mí.

Y desmejoraba visiblemente.

Su rostro estaba pálido, sus ojos tristes, y apenas tomaba el necesario alimento.

Empezó varios cuadros, pero apenas había trabajado un día ó dos en uno, dejábalo, y comenzaba otro asunto, para abandonarlo también y dar principio á otro, que no adelantaba luego más que los anteriores.

Y todos los asuntos que elegía eran tristes.

Una jóven en un ataúd.

Un hombre en actitud desesperada, con una pistola en la mano.

Una mujer muy hermosa mirándose al espejo, en el que se veía una furia del infierno.

El amor preso en una lóbrega cárcel.

Unas mujeres, muy hermosas y desenvueltas, riéndose del amor, y haciéndole muecas ridículas.

Un celoso matando á su amada.

Estos y otros asuntos comenzó, y ninguno llegó á concluir.

De su viaje había traído algunos cuadros, y entre ellos un retrato de su prometida, hecho de memoria,

pero que no sería más fiel y exacta copia á haber tenido delante el original.

Un dia llamó á su madre y le dijo:

—No viene; decididamente no viene; ha roto para siempre con nosotros... No tenemos, pues, derecho á tener aquí nada que le pertenezca, y este retrato que hice yo en Italia le pertenece, y quiero que se lo envíe V.

—Hijo, no merece...

—Quien no lo merece soy yo, que he perdido su amor. V. no me quiere decir dónde está; si me lo dijera, yo mismo se lo llevaria; pero no insisto: lléveselo V., ó envíeselo, que será mejor.

Los deseos de Luis eran órdenes para su madre. El retrato fué enviado á su dueña, que, al recibirlo, exclamó:

—No creí yo que pintara tan bien Luis. Me ha puesto dos ó tres años más; pero no estoy mal... ¡qué lástima que no me haya puesto otro traje!... Los hombres no entienden de eso... ¿A quién se le ocurre retratarme con vestido negro?...

A la persona que llevó el retrato, dijo que diera *muchas gracias y expresiones*.

¿Tendria corazon aquella mujer?...

Y no sólo lo tenia, sino que funcionaba perfectamente, y no se le oprimia al pensar en su hermano de la infancia, ni sentia el más leve impulso de agradecimiento al recordar los beneficios recibidos de aquella benéfica familia. Al contrario, sentia cierto despecho al considerar que la que le habia ser-

vido de madre, y su hermano, podían siempre decir:

—De las losas de la calle la recogimos.

La naturaleza se complace en presentar en los seres dotados de razón caracteres de tan monstruosas condiciones, que acaso serían una rareza entre los animales que no tienen discernimiento.

La conquistadora del viejo verde, ex-ministro, conde y otras hierbas, Tomasito Meco, era uno de esos caracteres, así como el tal ex-ministro, con las condiciones más brillantes para haber podido ser un hombre de bien y un hombre útil á la patria, había sido siempre un pícaro redomado y un político funesto al país.

XXVI

La gran escena.

El señor estaba ya bueno; ya había logrado echar fuera de su distinguida persona la importuna enfermedad que le produjo aquel baile, y volvía otra vez á engalanarse el hombre, y á teñirse los pelos, y á apretarse la cintura y á echarse para atrás, en lucha reñida con la edad, que le empujaba hácia adelante.

La enfermera le tenía ya cogido y bien cogido, tan bien cogido, que se estaba disponiendo todo lo preciso para la boda, de la cual se hablaba mucho en Madrid, desde que los papeles públicos habían empezado á dar bombo al asunto.

Hé aquí para muestra algunas de las gacetillas que se publicaron:

«ENLACE PRÓXIMO.—La semana próxima debe contraer matrimonio el Excmo. Sr. D. Tomas Meco, ministro que ha sido de la corona, con una señorita huérfana de los marqueses de *Castello-nero*, nobilísima familia, originaria de Italia, y cuya antigüedad se remonta á las Cruzadas. Con este motivo la buena sociedad de Madrid se promete una suntuosa fiesta.»

Otra.

«*Cayó*.—El discreto y siempre distinguido hombre político D. Tomás Meco, que pasaba en la alta sociedad por el hombre más incasable del mundo, ha rendido al fin el pabellon á los piés de una bellísima señorita, hija de los marqueses de *Castello-nero*, los cuales no han muerto, como dice un periódico mal informado, sino que viven y se les espera en Madrid para asistir á la boda de su hija. Los esposos *saldrán* á pasar la luna de miel en el extranjero, si es que su Majestad no llama otra vez á sus consejos al señor Meco.

Los reyes serán padrinos.»

Durante muchos días no se habló en Madrid, es decir, en la buena sociedad, más que de la boda de

aquel incasable personaje, y en una tienda de la calle de Espoz y Mina estuvieron expuestas las *vistas* de la novia, y en la joyería de Samper pudo el público admirar las magníficas joyas que el novio regalaba á la novia, y todos los músicos de las acreditadas murgas de esta córte ensayaron las mejores piezas de su repertorio para ir el dia de la función á festejar á los recién casados, y todos los pobres de Madrid se daban de ojo para no faltar en tan solemne ocasion á ver lo que daba de sí aquel *arrastrado* que tenia más dinero que pesaba.

Yo no sé, ni he de ir ahora á averiguarlo, cómo se compuso la hija de los de *Castello-nero* para probar en la Vicaría que eran tales imaginarios seres sus nobles ascendientes; pero lo cierto fué que, como hija de aquellos respetables señores, que no existieron jamás, se la publicó en las acostumbradas amonestaciones.

Malas lenguas aseguran que hubo de por medio unto de Méjico, que es un unto que sirve para más usos, y obra más prodigios que el ya famoso aceite de bellotas que, segun los anuncios de su inventor, provee de pelo á *toða la superficie humana*, y lo hace salir del color que se quiera, hasta en medio de un plato de Talavera.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto fué que la que no habia tenido padres nunca, fué tenida por todo el mundo elegante como hija de una familia de las más encopetadas, con lo cual su vanidad quedó satisfecha, aunque no lo quedase su conciencia.

Verdad es que cuando las pasiones dominan, parece como que duerme la conciencia.

No hay que fiarse de este sueño, porque la conciencia despierta siempre, todos tenemos en la vida alguna situacion en que la conciencia habla, aunque haya callado mucho tiempo, y áun los de más empedernido corazon, no se van de este mundo sin haber oido una vez la voz de la conciencia; no hay conciencia que duerma en la hora suprema de la muerte.

La novia continuaba en la casa de doña Dolores, en la misma casa en donde pescó al ex ministro, y no es fuera de razon decir que pescó, porque el bueno de Tomasito Meco era un pez de cuenta.

¡Y en medio de aquella embriaguez de lujo, de adulaciones, de farsa y mentira, ni se acordaba siquiera la ingrata de aquella santa mujer que como á propia hija la habia querido, ni de aquel honradísimo jóven que tanto tiempo habia alimentado la dulce esperanza de llamarla suya!

Y si alguna vez se acordaba, procuraba desechar en seguida el importuno pensamiento, y parecia como que hasta se avergonzaba, en la posición elevada á que habia subido, de haber debido la vida á personas de una condicion modesta y que no podian presentar á los ojos del mundo más nobleza que la de la virtud y la honradez, nobleza que no deslumbra á nadie en esta sociedad, donde la apariencia es la que priva, y se mira á cada cual segun lo que vale, pero no se repara en los medios de que para valer se ha valido.

Llegó el dia de la boda.

Un coche de palacio fué á buscar á la novia, que subió en él con el mismo desembarazo que una reina acostumbrada á tales lujos, y con la misma desenvoltura atravesó los salones de la regia morada hasta llegar al en que fué recibida por los reyes, que la trataron con la mayor afabilidad y á quienes encantó su hermosura, no ménos que su elegancia y su talento.

Un obispo con barbas que por entónces se hallaba en Madrid, procedente de un remoto país y de paso para otro más remoto, bendijo á los contrayentes, y terminada la ceremonia, la reina, con su proverbial munificencia, regaló una gran cruz de brillantes á su consejero, dió otra condecoracion á la nobilísima hija de los *Castello-nero*, y muchas memorias para estos apreciables señores, y despidió á los dos felices esposos, que volvieron al domicilio conyugal en el mismo coche de la real casa, él aturrido y atortolado, y ella rebosando de vanidad, satisfecha y riéndose de él grandemente.

Ya los esperaban á la puerta grupos de siniestros embozados, que estaban allí hacia más de media hora, y cualquiera hubiese temido si tratarian de dar un golpe de mano, á juzgar por el aire misterioso con que se hablaba en cada grupo.

Pero no habia tal golpe de mano; de lo que se trataba era de una descarga de metralla musical, que tuvo efecto en cuanto los esposos fueron á apearse del carruaje.

Cada una de las murgas rivales atacó una pieza

de música, y ya pueden figurarse los lectores aquella encantadora armonía; mientras una tocaba la marcha del *Profeta*, que es seguro que ningun profeta hubiera podido dar un paso si le hubiesen tocado aquella marcha de aquel modo, otra tocaba la marcha turca de Mozart, que no era tan turca como la que tenia en el cuerpo cada uno de los músicos ejecutantes, y otra tocaba el bolero de *Las Vísperas Sicilianas*, y otra más modesta y patriótica tocaba unos aires nacionales, que no los hubieran conocido los mismos nacionales más avezados á esos aires.

Pero en medio de aquel estruendo que enardeció al ex-ministro, que estaba ya para pocas músicas, la recién casada, al bajar del carruaje, oyó un grito, y vió á su lado un hombre que la miraba con ojos espantados.

Ella palideció, pero se repuso en seguida, y siguió por el portal adelante, apoyada en el brazo de su adorado tormento, que con las emociones del día estaba que no sabia lo que le pasaba.

Y el hombre que habia lanzado el grito estaba allí, delante del portal, inmóvil, hecho una estatua, con los ojos fijos, como si tampoco supiera lo que le pasaba.

Y las murgas continuaban su obra de destruccion.

Pero salió un caballero de frac, que lo ménos debia ser el que limpiaba las botas al ex-ministro, y á los recaudadores de cada una de aquellas orquestas entregó cinco duros y dió orden de no tocar más, con lo cual los murguistas se fueron, un poco picados por

el desaire que se les hacia no queriendo oir sus armoniosos cantos, pero con el propósito firme de volver más tarde á ver si volvian á llover monedas de cinco duros y estaban los señores en mejores disposiciones filarmónicas.

—Ella es, no tengo duda, murmuró al fin el del grito, y acercándose luego al caballero que habia despedido á los músicos, le preguntó:

—¿Quién vive en esta casa?

—El Excmo. Sr. D. Tomas Meco, que ha sido ministro.

—¿Y qué fiesta es esta?...

—Que se casa hoy el señor.

—¿Se casa?

—Se ha casado ya; ahora ha venido con su mujer de Palacio; los ha casado la reina.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—Y ella ¿quién es?

—Una señora, y muy guapa; no sé su nombre, pero su titulo es *Castello-nero*.

—¿Cómo?

—*Castello-nero*.

—Es ella, sí, murmuró otra vez el del grito.

—Este hombre está loco, dijo para sí el criado vestido de etiqueta.

Y empezaron á llegar coches, de los que bajaban caballeros de frac negro y guante blanco, y señoras con mucho vestido por abajo, y ninguno por arriba, unas bellas y jóvenes, y con unos hombros muy bien

modelados, y otras flacas como espárragos, y con unos huesos que hubieran podido servir de lancetas á cualquier cirujano sangrador.

Mucho tiempo permaneció en la acera de enfrente; vió ir y venir coches, y bajar de ellos damas y caballeros, y al fijar la vista en uno de los balcones bajos de la casa, espléndidamente iluminada, volvió á exclamar:

—Sí, sí; ¡ella es!... ¡Oh! ¡me vengaré!... ¡Infame!
Y desapareció.

.
Los salones del ex-ministro estaban de bote en bote. Allí estaban desde el presidente del Consejo de ministros hasta el revistero de *La Epoca*; es decir, todo lo más distinguido de Madrid.

Allí habia poetas líricos deseando que se abriera el bufet, muchachas solteras diciendo para sus ballenas:—¿Cuándo me verá yo en otra?—y señoras casadas, y jamonas sin casar, espiondo los más leves gestos de la recién casada para adivinar lo que pensaba y poder hacer comentarios y observaciones, y examinando con la más rigurosa escrupulosidad todas las prendas de su tocado para ver si podian cogerla algun detalle de mal gusto.

Pero ella no era tonta; sabia que la iban á mirar mucho, y estaba vestida de una manera irreprochable. No habia allí quien la sobrepujara ni en belleza ni en elegancia, y ella lo sabia perfectamente.

La que era bonita era sosa; la que vestia con suma

riqueza era desgarbada; la que tenia esbelto talle y aire distinguido, asustaba en volviendo la cara; en fin, todas tenian algun pero, mas ella no tenia pero.

Ya se habia hecho música.

Ya se habian tomado los convidados todos los helados que podian resistir.

Ya se habia quitado el pellejo á todo Madrid.

Pronto iba á abrirse el bufet.

Un criado se acercó al ex-ministro y le dijo:

—Un caballero pide á V. E. licencia para entrar.

—¿Quién?...

—El baron Luiggi de *Castello-nero*.

—¿Cómo?... preguntó el ex-ministro con el mayor asombro.

—El baron Luiggi de *Castello-nero*.

—¡Hombre! dijo el ex-ministro para sí, ¿quién demonios puede tener ese nombre inventado para mi mujer?... ¿qué es esto?...

—¿Le digo que pase?... preguntó el criado.

—Sí... digo, no, no... pero sí, que pase, dijo por fin el ex-ministro, que no se espantaba por tan poco, y que ya tenia curiosidad de saber qué clase de hombre era aquel que tomaba un nombre que era puro fingimiento.

Y entró en el salon el baron Luiggi de *Castello-nero*.

Era un jóven alto, airoso, distinguido, elegante.

Hizo una profunda cortesía al ex-ministro, y éste se la devolvió más profunda todavía.

—Mi nombre, dijo con un ligero acento italiano,

habrá hecho á V. conocer que pertenezco á la familia de la señora que alcanza la honra de llamarse esposa de un hombre de tan relevantes cualidades como usted.

Nueva cortesía del viejo, que no podia sospechar si aquel jóven era un chusco, un loco ó un demonio.

—Hace dos horas, continuó el baron, he llegado á Madrid, en nombre de los ilustres padres de la desposada, detenidos en Italia á su pesar por algunos dias, y vengo á cumplir el encargo que me hicieron de representarlos en el acto solemne del casamiento. He llegado tarde; y ya que no haya tenido el honor de presenciar la ceremonia, he querido venir á ofrecer á V. mis respetos, y á dar mil y mil plácemes á la afortunada esposa de tan ilustre hombre de Estado.

Cortesías repetidas del hombre de Estado, que en aquel momento estaba en Babia: tal era su asombro.

—Yo soy, continuó el jóven, primo hermano de la desposada, y ruego á V. me presente á ella.

—Caballero, yo... en efecto... tengo el honor...

Y el hombre no sabia qué decir, ni qué cara poner.

El jóven no tenia la menor apariencia de representar una comedia; habia un aplomo en sus frases, y una sinceridad en su semblante, que no podian infundir la más leve sospecha.

—Pero, señor, se decia el hábil diplomático, el gran político, ¿qué quiere decir esto?... ¡Como mi mujer no tenia nombre, hemos convenido ella y yo en tomar uno de pura fantasía, y ahora me resulta un primo con ese nombre!.. ¿Qué intriga es esta?...

—¡Ah! allí la veo, exclamó el joven señalando á la recién casada, que en aquel momento se separaba de un grupo de señoras, y con paso firme se dirigió hacia ella.

La desposada le miró y quedó muda de asombro.

Era él, Luis, su prometido, el mismo que, al apearse ella del coche, habia lanzado un grito que sólo ella oyó, en medio del estruendo de la murga.

Luis se quedó mirándola tambien, sonriendo con la mayor naturalidad del mundo.

—¡Ya no me conoces!.. la dijo... No es extraño, hace años que no nos vemos...

—¡Yo!...

—¡Vaya! añadió Luis con aire jovial, dirigiéndose al esposo, que se acercaba, hágame V. el favor de presentarme á su señora, ya que ella es tan olvidadiza.

—Pero...

—Ya ve V. que no me conoce...

—En efecto... no sé... se atrevió á decir la aludida.

Y todos miraban al marido, á la mujer y al incógnito personaje que habia aparecido en la escena, y á quien no conocia ninguno de los invitados á aquellas solemnes bodas.

La situacion era muy crítica.

Por fin el ex-ministro no tuvo más remedio que continuar la comedia.

—Pero, mujer, dijo á la suya, este caballero es tu primo hermano el baron...

—¿El baron?.. repitió preguntando la recién casada.

—El baron Luiggi de *Castello-nero*.

—¡Ah! mi primo, exclamó la pobre, continuando la comedia á pesar suyo, y cuando su corazón rebotaba odio é indignación.

Y alargó la mano á Luis, que se la apretó de una manera muy expresiva, y miró á su marido, que la miraba también, y aunque, habiendo delante tanta gente que no perdía un gesto de los tres personajes, aquellas miradas no podían tener intención alguna aparente, la mujer y el marido se hicieron al mirarse esta misma pregunta:

—¿Qué significa esto?

—Tus padres quedan en buen estado de salud, añadió Luis, muy pesarosos por no haber podido venir á bendecirte en estos momentos; pero desde allí te bendijeron, y yo soy el portador de su bendición. ¿Te acordarás mucho de ellos?

—¡Oh! sí.

—Bien lo merecen; padres como los tuyos no los tiene nadie.

El ex-ministro no perdía una sílaba; pero cada vez entendía menos.

—Esta noche, hasta que termine esta fiesta, usurpo el puesto de V., añadió el *primo*, ofreciendo el brazo á la *prima*, que hacía esfuerzos heroicos por contener su indignación.

Y el marido sin poder decir una palabra, sin poder pedir explicaciones al intruso.

Y empezó la pareja á recorrer los salones, en tanto que el marido daba noticia del elegante italiano y de toda su prosapia á los curiosos que le rodearon.

—¡Oh! decia, es un jóven muy distinguido, tiene todo el corte de un diplomático. Yo deseo que se naturalice español para poder darle cabida en nuestro brillante cuerpo diplomático.

—No habia yo oido nombrar esa familia de Castello-nero, decia un gran heráldico, secretario de no sé qué órdenes.

—¡Oh! es una familia de las más ilustres de Italia, añadía un marqués más tronado que arpa vieja. Yo he conocido en Florencia á los padres de la noble dama que ha merecido el amor y el nombre de nuestro amigo Meco. Tienen un palacio magnífico...

—Pero, ¿se burla de mí toda esta gente? se preguntaba el héroe de la fiesta.

—Yo conozco, decia otro, á muchas personas que conocen á los padres de nuestra nueva amiga, y todas me han hecho de ellos los más cumplidos elogios.

—Nunca tantos como merecen, añadía gravemente el recién casado, que empezaba á temer otro ataque cerebral como el que fué causa de su casamiento.

La broma empezaba á ser pesada por todo extremo, y el ex-ministro temia ya, y no sin fundamento, ser la fábula de la córte, y perder todo su prestigio.

Y como los hombres políticos, todo lo que les pasa suelen achacarlo á intrigas y manejos de sus enemigos, también llegó á creer Tomasito Meco que allí andaba la mano oculta de sus enemigos; pero no cayó en la cuenta de que su verdadero enemigo era él mismo, que á los años que tenia se habia aconsejado

con tan notoria falta de cordura aquella boda y con aquella mujer.

—¿Y la heredera nobilísima de *Castello-nero*?

El *primo* se la habia llevado apoyada en su brazo, y ella ¿qué habia de hacer?

—Su posicion era sumamente comprometida.

Tenia miedo, como lo tiene siempre quien no se ha conducido como debe.

Temia que su compañero de la infancia diera un escándalo; temia que en medio de aquella sociedad cortesana fuera á descubrir aquel hombre la historia de la que se habia convertido en gran señora.

La serenidad del artista la impresionaba vivamente.

Su prometido estaba, en su concepto, dispuesto á todo.

Sin embargo, no era mujer de amilanarse en aquel trance, y ella fué la que primero rompió el silencio, cuando se hallaron en un sitio donde no habia convidados.

—Luis, ¿qué pretendes de mí?... dijo, procurando contener la ira que rebosaba en sus labios y en sus ojos. ¿Qué significa esto?...

—Nada, no significa nada: he querido venir á tus solemnes bodas, y como no me has invitado, he tenido que tomar el pretexto de fingir ser uno de los individuos de tu familia de *Castello-nero*. ¡Bonita familia! ¿Dónde diablos has hallado esa familia tan ilustre?

—¡Luis!...

—¿Te enojas?..

—Mi posicion es otra.

—¿Otra?... Y porque sea otra tu posicion, ¿habrás dejado de ser una mujer infame y miserable, digna del desprecio de las personas honradas?... ¡Infame! sí, no, no te vas, te he de llamar infame una y mil veces... ¡Infame! no vengo á echarte en cara tu origen, no vengo á culparte de la culpa de tus padres; pero vengo á decirte que has despreciado á mi madre, que has huido de ella, de mi madre, que te amó como á hija, que hizo por tí los mayores sacrificios, que te dió abrigo en su hogar, que de tí fió mi ventura, que es lo mismo que haberte dado su vida entera... ¿Qué has hecho, miserable, de la felicidad de mi madre?... ¿Qué has hecho de la mia?... ¡Oh! yo te he amado como á un ángel del cielo, yo no he pensado más que en tí, yo venia lleno de esperanza y de ventura... y tú, infame, tú, perjura, tú has destruido en un momento mis esperanzas, mi porvenir, mi vida... Sí, mi madre se morirá de pena, pensando en tu ingratitud y mi desventura, y yo moriré porque, ¿para qué quiero vivir?..

—Luis, calla, que vienen.

—¡Ah! ¡sí!... ¡cuánto celebro, prima mia, que esta boda haya colmado tus deseos! has hecho una eleccion admirable; el conde, tu esposo, es un hombre de talento, jóven, porque si parece de más edad es porque el estudio, el demasiado talento hacen envejecer prematuramente... es un esposo digno de tí.

Y los que veian á la hermosa pareja hacian co-

mentarios muy curiosos en los diversos corrillos en que se dividía la escogida concurrencia.

—Me parece á mí, decia un gran murmurador, que la recién casada no esperaba la visita de su primo.

—¿Por qué?... Su visita me parece muy natural...

—Es verdad, entre primos...

No hay prima que no haya tenido por amante á su primo.

—El ahora le dará sus quejas, ella se disculpará... y luego...

—Entendido... ¡Pobre Tomasito Meco!

—Vaya que un hombre de su edad no tiene mucho derecho á quejarse.

—Es verdad, al demonio se le ocurre casarse á sus años.

—Todos estos solterones, que han sido el escándalo del mundo en sus verdes años, acaban tan trágicamente como este pobre diplomático.

—La noche de la boda ya le sale el primo.

—Eso no es malo, amigo mio.

—¿Por qué?...

—Porque así se acostumbra el marido desde el primer dia.

—¿Qué lengua de hacha!

—¡Hombre! lo que digo no tiene nada de particular.

Y en tanto que en un extremo de los salones continuaba esta conversacion, Luis é Isabel conversaban, al parecer, lo más amigablemente del mundo.

El ex-ministro, que pudo verse libre de las pre-

guntas que sobre el noble baron *Luigi* le hacian sus amigos, y que estaba sumamente inquieto, se echó á buscar á su mujer, y la halló con el jóven, apoyada en su brazo y hablando con él.

—Pero, ¿qué demonios es esto? se preguntaba el viejo.

Y acercándose á la pareja, se atrevió á decir:

—Caballero...

—¡Ah! que es mi querido primo, venga esa mano: supongo que me permitirás que nos hablemos con aquella franqueza propia de parientes que se estiman. El V. es la frase más empalagosa que conozco... hasta es contraria á la belleza y armonía de la noble lengua española, y las Academias debian suprimirla. ¿Eres tú de alguna Academia?

—Pero, caballero...

—Ahora mismo estaba haciendo á mi amada prima tu más cumplido elogio. Allá en Italia tienes una reputacion colosal de hábil político, y en un banquete que dió S. M., y al cual tuve el honor de asistir, brindó por que Italia llegara á tener un ministro como tú.

—¡Vive Dios! decia para sí el ex-ministro, este hombre se burla de mí... Pero tenia que sonreirse y hacer cortesias y poner la mejor cara posible en quien tenia propiamente la cara de un mico, porque allí estaban oyendo la conversacion otras personas, y no tenia valor para arrostrar la situacion, desmascarar á aquel hombre, que le ofendia con su presencia, y arrojarle de su casa.

En la alta sociedad hay todos los dias comedias análogas.

Los jóvenes pidieron bailar otra vez, y el *primo* aprovechó la ocasion para decir á su prima jovialmente:

—Bailaremos; esta noche tengo que desesperar á tu marido.

Este puso una cara como un Lucifer.

—Pero si se enoja, no, añadió el artista.

—¿Cómo enojarse?... observó una jamona más revocada que casa de ayuntamiento. Tomasito no es un marido ridículo como otros.

—¡Oh! no, por cierto, añadió el marido con una sonrisa tan espontánea como si le estuvieran metiendo un alfiler por el estómago; que baile, que baile con su primo... Yo no bailo ya.

Y rompió la orquesta un magnífico wals, y todo el mundo se trasladó al salon del baile, y Luis y su prometida empezaron á bailar pausadamente al principio, pero despues con una rapidez vertiginosa.

Luis estaba medio loco, su cabeza ardia, y daba y daba vueltas, arrastrando materialmente á su pareja, y murmurando al oido de la ingrata: —¡Infame! ¡Infame! ¡Infame!

Y todos celebraban aquel verdadero prodigio de seguridad en los piés, y de firmeza en la cabeza, que una y otra debian ser muy grandes cuando la pareja no caia, y volaba dando vueltas, que no hubieran podido dar tantas y tan rápidas las más acreditadas artistas de los teatros extranjeros, esas mujeres que

parecen propiamente hechas de goma elástica, sin huesos ni coyunturas.

La recién casada no podía más, se ahogaba, y la orquesta parecía como que se complacía en su martirio, y seguía y seguía aquel maldito wals, bien ajeno el que llevaba la batuta de creer que en aquel momento hubiera dado algo bueno la dueña de la casa por que á todos los músicos, y á él el primero, les acometiera una parálisis que les imposibilitara de seguir tocando.

Los espectadores estaban sumamente complacidos también, y el esposo, si hubiese tenido dientes, se hubiera dado cada mordisco de rabia en la lengua, que acaso se la habría comido como si fuera de vaca ó de carnero.

Al fin cesó la orquesta, porque al músico mayor se le cayó la batuta, no pudiéndola sostener su cansado brazo, y la pobre Isabel cayó también sin aliento en un diván; pero el *primo* quedó tan sereno como si nada hubiera hecho, contemplando á su pareja y diciéndole:

—Has perdido la partida, hija mía; ya ves cómo á mí no se me puede retar á bailar. Precisamente he sido siempre el más incansable bailarín. Si quieres descansar un poco y que continuemos después...

Isabel lanzó al *primo* una mirada que no sería más irritada la de una pantera; pero Luis continuó impasible, y recibió con suma jovialidad los plácemes que le daban señoras y caballeros por su fuerza y agilidad.

—Mucho baila V., le dijo una señora muy gorda, ya entrada en años y salida tambien de muchos; pero no me extraña; yo me atrevo á seguirle á V. doble tiempo que le ha seguido la hermosa desposada.

—Otro dia haremos la prueba, señora.

—Acepto; yo recibo los miércoles, y tendré un singular placer en ver á V. en aquella su casa, y presentar á V. á mi esposo, que hoy precisamente no ha podido venir á esta fiesta por haber sido nombrado segundo cabo de una provincia.

Aquella generala se habia enamorado del baron de *Castello-nero*, y se apresuraba á comprometerle ántes de que otra se adelantase.

Otras señoras, en efecto, le invitaron tambien á sus reuniones, sólo por aquella habilidad de bailar los imposibles sin cansarse.

En la alta sociedad, una de estas habilidades de danzar, ó cantar, ó tocar algo, suele llevar muy léjos á los afortunados mortales que las poseen, y más de un jóven oscuro y tonto de la cabeza se ha encaramado rápidamente y ha hecho una suerte loca por tener ligereza en los piés, y algun hombre de Estado ha dado mucho que hacer al mundo, habiendo debido su fortuna á ser una especialidad en dirigir é inventar lo que se llama cuadros vivos; y escritor he conocido yo en quien nadie reparaba y que se hubiera muerto de hambre, si no hubiese tenido la feliz ocurrencia de inventar una nueva figura de *lanceros*.

En tales y tan pequeños principios suele á veces fundarse el próspero destino de un hombre, la suerte

de un pueblo, el porvenir de una dinastía, la ruina de un trono secular.

Este es el mundo.

Gran comedia, en la cual, los más tristes y trágicos principios suelen tener los fines más cómicos y grotescos, y al contrario: esta comedia es curiosa de ver cuando se tiene sana la conciencia y aprovechan los saludables ejemplos que la sociedad ofrece á los hombres y á las mujeres de buena voluntad para el bien, y á quienes el mal parece siempre repulsivo, aunque esté engalanado con los atavíos deslumbradores con que se presenta en el mundo.

El pobre Luis recibió felicitaciones de todos aquellos ridículos personajes, y fué objeto de la envidia de cien pollos espirituales, y de la admiracion de aquellas mujeres frívolas, superficiales, coquetas con la coquetería más tonta del mundo, y maliciosas tanto ó más que jamonas muy corridas.

Llegó la hora de la cena; magníficamente servida estaba en uno de los más elegantes salones de la casa del ex-ministro.

Pero pasemos al comedor, si Vds. gustan, queridos lectores, porque una cena tan soberbia, bien merece capítulo aparte.

XXVII

Continúa el mismo asunto.

Tomó asiento la recién casada en el sitio principal de aquella magnífica mesa, y por indicación unánime del distinguido concurso su primo el baron Luiggi de Castello-nero ocupó el asiento inmediato al de la reina de la fiesta.

Los convidados no sabian qué hacer para lograr las simpatías de la recién casada, que el mejor día sería ministra, y que era ya persona de cierta influencia en palacio, por haber sido apadrinada en sus bodas por los reyes, y en todas partes por su peregrina hermosura; no sabia aquella gente adulatora y servil que en lugar de hacerla un favor la estaba proporcionando un horrible martirio.

Pero era tan bella pareja la que formaban los dos primos, que cualquiera que hubiese entrado en el salon, sin conocer á los recién casados, con sólo pasear

una mirada por la concurrencia hubiera designado á aquellos dos jóvenes, que parecían nacidos para unirse y amarse.

Y si al que tal creyera le hubiesen sacado de su error y mostrádole el verdadero esposo y mártir de la hermosa, de fijo que hubiera sufrido cierto pesar al ver cierto lo absurdo y repugnante,—que absurdo y repugnante es el matrimonio de un viejo gastado y vicioso con una mujer joven, hermosa y llena de salud y de vida,—y falso lo que parecía más bello, más lógico y más natural.

—Los primos parecen los verdaderos novios, observó una señora.

—¡Maldita seas! pensó el marido, echando una mirada llena de enojos á la señora que acababa de decir aquella gracia, cuya señora había sido en otro tiempo una de las más favorecidas por Tomasito Meco, y que no sabemos qué derechos creía tener al averiado corazón del novio; el caso era que veía con muy malos ojos aquella boda, y que de buen grado hubiese dado algo bueno por que á la novia le salieran en aquellos solemnes momentos unas viruelas negras de las más pegajosas y destructoras.

La pobre señora estaba *volada* al ver aquel disparate que hacía Tomasito Meco, porque ella juzgaba disparate todo lo que no fuese casarse con ella, como había esperado en vano algunos años, fiada en las protestas de amor del ex-ministro.

No necesito encarecer al discreto lector con qué gusto cenaría la recién casada, que llevaba ya algu-

nas horas de martirio, y que tenia que poner buena cara al ilustrado concurso, temerosa de que á alguien se le ocurriese la más leve sospecha respecto de las relaciones que podian existir entre la esposa del grande hombre de Estado y aquel primo que se habia presentado á última hora.

Cualquiera que la hubiese visto comer, sabiendo el estado de su ánimo, habria temido con fundamento que la pobre señora, en la noche de sus bodas, fuese víctima de una indigestion.

El primo estaba de un humor delicioso, á todo el mundo encantaba con su amenísima conversacion, y la novia era objeto de toda su solicitud.

Isabel empezaba á no poder más.

—Es preciso que esto acabe, dijo en voz baja al jóven, á tiempo que éste la servia.

Pero no estaba todavía satisfecho el pobre enamorado; todavía no habia sufrido bastante, porque él, bajo aquella apariencia de alegría, sufría mucho más que ella, y tenia que hacer poderosos esfuerzos para no romper á llorar. Su voluntad contenia las lágrimas que se le agolpaban á los ojos; sentía un dolor horrible en el corazon, y hubiera querido perder la razon.

Tomasito Meco habia advertido que el incógnito bebia demasiado.

Se habló de bodas, de amores y galanteos, y el jóven no tardó en tomar parte en la conversacion y hacerse dueño de ella; tal era ya su prestigio, que cuando él hablaba todos le oian atentamente.

—¡Amor! decía, ¿y hay amor en el mundo?... Yo no le he visto nunca; lo que he visto ha sido más de un ejemplo para poder negar la existencia en el mundo de ese personaje. Yo tenía un amigo que amó mucho á una mujer, tú te acordarás, Isabel, como tú se llamaba...

—¿Yo?... No recuerdo...

—Cuéntenos V. esa historia.

—Es una historia muy triste para un día de boda.

—No importa; yo me muero por las historias tristes de amor, dijo aquella jamona, en mejores tiempos favorecida por el ex-ministro.

—Pues la historia es muy sencilla: la perjura se casó con un viejo ridículo y abandonó á mi amigo, que se ha vuelto loco de desesperacion.

Todos se miraron, como diciéndose:

—Ya estamos al cabo de la calle.

Tomasito Meco hubiera querido poder mandar fusilar á aquel intruso.

Isabel se sonrió con la mayor impasibilidad.

Esta sonrisa, que no expresaba otra cosa que el disimulo, para alejar toda sospecha de que ella fuera la protagonista de la historia, hizo mucho daño al desdeñado amante.

—¡Infame! murmuró, y volvió á beber.

—¿Y es persona conocida el pobre loco? preguntó un cronista de salones, que ya estaba pensando en una anécdota para su próxima revista en la *Epoca*.

—¡Oh! no, señor; es un j6ven modesto y oscuro, un pobre hombre, lo que se llama un infeliz. A los ricos

no se les desdeña, y á los que sin ser ricos son malos, tampoco, porque ántes de que se les pueda burlar, ya han burlado ellos á las que de ellos se fían. El mundo es una cosa muy divertida. El hombre honrado y leal hace siempre el papel jocosó, el papel de víctima, que en un mundo como éste la víctima es siempre de quien se rien las gentes. Aquella infame que se burló de mi amigo está hoy viviendo en medio del lujo y de los placeres, que han sido el precio á que se ha vendido la miserable, miéntras él sufre, sufre horrible martirio, porque en su demencia, ella es el único objeto que no puede apartar de la memoria.

—¿Y quién es ella, y quién es él?... preguntó otra vez el revistero, que imaginaba ya dar ciertas señales en su artículo, por las que todo el mundo pudiera venir en conocimiento de quiénes eran los actores de la anécdota.

—No viven él ni ella en la córte.

—¡Cuánto lo siento!

—Mi prima los conoce bien, y si ella me autoriza á que diga sus nombres...

Isabel temblaba ya, considerando que Luis tenia alguna siniestra intencion.

Luis seguia bebiendo, y ahogándose.

Ya tocaba á su término la cena. Uno de los aduladores del ex-ministro, de los que caian y subian con él, empezó el brindis.

Todos brindaron por la felicidad del nuevo matrimonio; un poeta, bastante desgraciado, leyó un epi-

talamio en honor de tan faustas bodas, muy largo y muy sentimental, en el que se ponderaba la inocencia y virtud de la esposa y se hacia el elogio más soberbio de los talentos y merecimientos del ilustre esposo, pero en versos tan ramplones y tan sin medida, que al concluir nadie se atrevió á aplaudir, y en medio del silencio general sonó una estrepitosa carcajada.

Era Luis el que se reia.

El poeta le miró con ira, y Luis se levantó y le miró tambien como provocándole.

—¡Hombre! exclamó, si yo fuera el novio tendria usted que batirse conmigo por haber venido á turbar mi tranquilidad con ese pedrisco de versos.

—¡Caballero!

—¿Se ofende V.?... Pues lo dicho, dicho: yo no soy hombre de permitir que en mi presencia se insulte á las musas, únicas mujeres á quienes nadie defiende de las injurias que se les hacen.

—¡Caballero!...

—¡Hombre! esos versos son muy malos, esto no tiene nada de particular.

—Estamos en una casa respetable.

—Por eso no debia V. haber venido á leer eso en una casa respetable, y no me mire V. con insolencia, porque yo no lo sufro en ninguna parte, por respetable que sea.

Luis estaba ya completamente aturdido, el Burdeos y el Champagne habian acabado de enloquecerle.

Tomasito Meco se creyó en el caso de intervenir en el asunto.

—Caballero, dijo á Luis, ruego á V...

—¡Calle! ¿tambien tú te incomodas?... ¿Vas á defender esos versos? Se necesita más valor que para defender uno de esos empréstitos que haceis los gobernantes para ruina del país. Señores, no hay que asustarse; yo soy muy claro, muy claro, y le digo las verdades al sol.

—¡Luis! dijo la novia.

--¿Te han gustado tambien á ti los versos?... Buen gusto literario tienes, hija. Bien que no se puede esperar otra cosa de quien se enamora tan furiosamente como tú te has enamorado de un ente como el señor.

—¡Caballero! dijeron á la vez todos los concurrentes.

—La verdad; este señor será una joya para ministro, pero para marido... por Dios, señores, que no les ciegue á Vds. la pasión. ¿No le ven Vds?... Tenia yo gana de ver de cerca á un ministro... Es un hombrecillo como otro cualquiera.

—¡Insolente! exclamó el ex-ministro, hecho una víbora.

—Poco á poco, no hay que darme voces.

—Salga V de esta casa...

—Pronto te quedarás viuda, prima. Sólo para quedarse viuda puede una mujer casarse con un hombre como ese.

—Salga V. de aquí, miserable, dijo el recién casado.

—¡Está loco! exclamó la atribulada Isabel.

—¡Loco! sí, ¡loco! contestó el desdichado jóven, ¡loco de ira!

El ex-ministro habia llamado á los criados, y estos pugnaban por apoderarse del jóven, que se defendia vigorosamente... y al que se le acercaba le sacudia tal golpe que no le quedaban ganas de acercarse más.

—¡Imbéciles! clamaba el pintor, os he engañado y me he reído de vosotros... Yo no soy *Castello-nero* ni blanco, esta mujer no es mi prima...

Isabel estaba sobrecogida, creia que su hermano de la infancia iba á llevar su venganza hasta el extremo de descubrir su origen...

—Yo no la conozco, ni la he visto en mi vida.

Isabel cobró aliento.

—Ni á este tio tampoco, añadió señalando al ridículo marido. Pasaba por la calle ¡ja, ja, ja! supe que se casaba un ministro viejo con una señorita jóven y bella... y enterado de quién era la novia, me entré á pasar el rato... ¡ja, ja, ja! pero no me he divertido. Y eso que han hecho lo posible para que me divierta los ilustres novios, apoyando cuanto he dicho y ayudándome en la comedia... ¡Digo! ¡si tendrá talento el hombre de Estado!...

Y acompañaba sus palabras con una risa convulsiva, que hizo creer á todos que aquel hombre era en efecto un loco.

Isabel era la única que interpretaba acertadamente la anómala actitud de su hermano de la infancia;

queria, sin duda, el jóven destruir toda sospecha de conocimiento entre los dos; queria no perderla en el concepto público; queria pasar por un loco y armar aquel escándalo, para evitar toda explicacion con el marido. En medio de su dolor, de su martirio, aquella alma buena era noble y generosa.

Uno de los criados de la casa, al ver aquella escena, al considerar la manera cómo recibia el loco á aquellos de sus compañeros que se le acercaban para obligarle á salir, se habia apresurado á llamar á la guardia, y habia logrado traer consigo tres ó cuatro soldados, diciéndoles que se trataba de prender á un gran criminal, y poco despues aparecian en la puerta del salon los soldados con sus fusiles, y se desmayaban las señoras, y el jóven desdichado, riéndose como un insensato, salia de la estancia, atropellaba á los soldados y ganaba la escalera.

Soldados y criados corrieron tras él, y uno de los soldados, poco humano y de carácter demasiado fiero, para detenerle le dió tan fuerte golpe en la espalda con la culata del fusil, que el pobre jóven cayó de bruces echando un torrente de sangre por la boca.

Como muerto quedó el pobre Luis, y por tal le tuvieron los que le vieron caer, así como tambien el soldado que tan cruelmente le trató. Pero vino un médico y declaró, despues de reconocerle, que el jóven vivia aún.

—¿Y quién es?

—¿Qué ha hecho?

—¿Ha robado?...

Esto preguntaban las personas que allí se habían reunido.

Llegó la autoridad, los criados del ex-ministro contaron el suceso como quisieron, y dijeron que era un loco, según todas las señas.

—¡Un loco! exclamó la autoridad. Pues al hospital con él.

A la una de la madrugada entraba el pobre joven en el hospital general, llevado en una camilla, y acompañado de dos soldados y un celador.

El celador recomendó la mayor vigilancia con él, porque le habían dicho que era un loco temible, y el encargado del departamento de enajenados cogió unas llaves, abrió una jaula, y en aquel inmundo calabozo, en una cama que aquel día había dejado vacante un loco que había muerto, fué colocado el noble artista, y atado á prevención, por si, al volver en sí, se golpeaba y enfurecía.

El hombre que no ha visto el departamento de locos del Hospital general no ha visto nada horrible. Aparte de la fealdad del delito, es preferible estar en la cárcel; el infeliz minero que pasa semanas, meses enteros encerrado en un subterráneo, sin luz, sin aire que respirar, y temiendo á cada momento que sobre él se desplome la mina, hallaría amable y soportable su trabajo, si ántes hubiera ocupado un calabozo del departamento de locos del hospital y lo comparase con la vida en este lugar de olvido, en esta tumba, donde se encierra al hombre que ha perdido la razón, en tales condiciones de existencia que no

es posible la vuelta á recobrar; por el contrario, si le queda un resto de ella, allí la perderá por completo.

Ya amanecía cuando Luis abrió los ojos: sentía en el pecho un dolor terrible; quiso incorporarse y se sintió sujeto por fuertes ligaduras. Miró en derredor y vió cuatro paredes desnudas, sucias, pintarrajeadas con carbon, una rejilla con fuertes hierros y una puertecilla inmediata á la reja.

—¿Dónde estoy? exclamó... ¿Qué me ha pasado?... ¡Ah! ¡desdichado de mí!... esta es una cárcel... ¡Madre! ¡Madre mia!...

El encargado del departamento oyó esta voz, y por la rejilla asomó la cara.

—¿Qué es eso?... preguntó á su nuevo huésped.

—¿Dónde estoy?... ¿Quién es V?...

—¿Yo?... Yo soy tu padre, hombre, no llores.

—¡Mi padre!... ¿Qué es esto?...

—No tires de las ligaduras, hombre, que te vas á romper las muñecas.

—Yo quiero salir de aquí.

—Todos decís lo mismo; ya saldrás, hombre, cuando estés bueno.

—¡Que me desaten! ¿Quién me ha traído aquí?...

¡Ella! ¡la miserable se ha vengado!...

—Siempre ha de haber *ella*, observó filosóficamente el loquero. Vamos, hombre, estate quieto, que ahora va á venir el médico y te dará un cigarrito. Aquí vas á estar muy bien; si eres obediente, saldrás al patio; aquí todo el mundo está alegre.

En efecto, se oía un ruido extraordinario, se oía la voz de los que cantaban con la menor armonía posible, y los aullidos que daban otros que por la voz no parecían hombres sino fieras, y acompañaba á estas voces ruido de golpes dados en las paredes.

—¿Qué infernal casa es esta?

—No tengas cuidado, hombre, luego va á venir ella á verte... Te han traído aquí porque estás un poco malo, pero en poniéndote bueno, saldrás.

—Esta parece una casa de locos.

—No es mal sastre el que conoce el paño.

—¡Miserable! gritó Luis haciendo un violento esfuerzo. ¿Estoy en una casa de locos?...

—No, hombre, no; tranquilízate; estás en un palacio encantado.

—¡Infames! ¡yo loco!... ¡Ah! ¡madre, madre mía!

Y le ahogaban la ira y los sollozos, y hacia inauditos esfuerzos por desatarle las ligaduras y se desollaba las muñecas sin conseguirlo.

—Mucho nos vas á dar que hacer, pero veremos quién puede más.

Los esfuerzos que hizo le postraron, y otra vez quedó inmóvil como un cadáver.

Nadie hubiera reconocido en él al jóven apuesto, alegre, robusto, que pocos días ántes llegaba de Italia.

La sangre se le agolpaba en la boca, y si no hubiera llegado pronto el médico, el desdichado artista se habria ahogado, sin ningun auxilio.

ÍNDICE

	Páginas.
I. El buey de la tía Torda.....	5
II. El tío Dedo.....	14
III. El hijo del sacristán.....	22
IV. La tía Torda acaba de padecer.....	35
V. El sacristán.....	51
VI. El ladrón muere donde y como era de esperar.....	69
VII. Empieza la historia del hijo del sacristán	89
VIII. Primera hazaña.....	98
IX. ¡Infame!.....	105
X. A Madrid.....	117
XI. De cómo en una casa para dormir con- viene estar muy despierto.....	126
XII. Una carta, 4.000 rs. y otras cosas.....	135
XIII. Una entrevista agradable y un desagra- dable percance.....	151
XIV. La casa de la calle del Tribulete.....	159
XV. Explicaciones poco luminosas.....	176
XVI. La sala de presos.....	186
XVII. Una declaración en causa criminal.....	195
XVIII. La madre y el hijo.....	205
XIX. La señora encubierta.....	222
XX. Un parto feliz.....	233
XXI. Donde parece que empieza otra novela.	248
XXII. Ella.....	273
XXIII. El ex-ministro bailando.....	281
XXIV. El convaleciente.....	297
XXV. La muerte de un corazón.....	310
XXVI. La gran escena.....	327
XXVII. Continúa el mismo asunto.....	348

LIBRO DE ANUNCIOS

DE LOS

CUENTOS DE SALON

CONDICIONES.

El tipo para la impresion y pago de los anuncios será *una página*; ésta se dividirá, para los que quieran reducir el anuncio y que les cueste ménos, en página, media página, tercio de página, cuarto de página y octavo de página, como se verá en la tarifa de precios.

Los anunciantes obtienen ventajas en el precio, gradualmente, segun abonen mayor número de meses.

Todo el que inserte un anuncio en el LIBRO de los CUENTOS DE SALON tendrá derecho á recibir GRATIS el tomo ó tomos donde se insertare aquél.

Los anuncios se recibirán en la Administracion, plaza de Matute, 2, hasta el dia 20 de cada mes, para que puedan imprimirse en el tomo que se ha de repartir en los últimos dias del mismo. Se admiten *clichés*, teniendo en cuenta el lugar que han de ocupar.

Se está imprimiendo el ALMANAQUE DE SALON PARA 1873, del cual se hace una edicion de VEINTE MIL EJEMPLARES, y hasta el 20 de Octubre se reciben anuncios para colocarlos en el ALMANAQUE, debiendo pagar DOBLE PRECIO del tipo mensual señalado en la tarifa.

Los anunciadores por año adquieren el derecho de que sus anuncios se inserten GRATIS en el ALMANAQUE.

TARIFA DE PRECIOS.

	Un mes.	Dos meses.	Tres meses	Semestre.	Año.
	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.
Una página.....	100	180	260	500	900
Media página.....	60	100	140	260	500
Tercio de página.....	40	70	100	180	320
Cuarto de página.....	30	50	80	140	240
Octavo de página.....	20	30	40	70	120

JARABE PECTORAL CUBANO

PREPARADO EN LA HABANA

POR EL DOCTOR LE-RIVEREND

SEGUN FORMULA DEL DOCTOR GANDUL

Este Jarabe depurativo de la sangre tiene un poder cicatrizante incontestable, y calma muy pronto la tos por rebelde que sea. Esta propiedad es de una importancia inapreciable, sobre todo en la tisis pulmonar cuando viene acompañada de este incómodo síntoma, que no deja descansar a los pacientes.

EL JARABE PECTORAL CUBANO, al quitarles la tos, les devuelve la calma, procurándoles el descanso necesario para alimentarse.

EL JARABE PECTORAL CUBANO, unido á las Píldoras de YODOFORMO FERRADAS, es una poderosísima medicación para curar la hemotisis, catarros crónicos y agudos, tisis pulmonar y laríngea incipiente, y en general todas las enfermedades del pecho.

Se vende en Madrid, en la farmacia del Dr. Ble-sa; y en todas las boticas de la Isla de Cuba.

LOMBRIZ SOLITARIA.

Gisbert, especialista en la expulsión de la ténia, con su cabeza, en doce días. No cobra hasta la cura total, Leon 18, principal, de una á cuatro.

PREPARADOS ESPECIALES

DEL DOCTOR DON TOMÁS PADRÓ.

Tintura-Padró para teñir instantáneamente el pelo sin manchar el cutis, ni atacar la sustancia capilar, la más barata y la más fácil de aplicar por ser la operación sencilla..

¡Transformación sorprendente!

¡Éxito seguro!—Una caja, 18 rs.

Tricófero para restablecer, conservar y embellecer el cabello, extirpar la caspa y las costras, precaver la calvicie, curar las enfermedades de la piel y lavar la cabeza en pocos minutos.

Este preparado no debe faltar en el tocador de ninguna persona que desee conservar la cabeza limpia.—Un frasco 6 rs.

Depilatorio imperial para quitar en seis minutos el vello de las partes pilosas sin consecuencia alguna, pues que en su composición no entra ninguna sustancia cáustica. El vello llega á desaparecer por completo despues de repetidas depilaciones.— Un bote 10 rs.

El mejor de los pectorales, legítima Pasta de jarámago.—La brevedad con que cura la tos seca y húmeda, la coqueluche, la ronquera seca ó con extincion casi completa de la voz, el mal de garganta y demás afecciones de los órganos respiratorios, le ha hecho alcanzar un renombre merecido.

Los oratorios la usan ántes de tomar la palabra, ó así que cansados de perorar se les debilita la voz.—Una caja 4 rs.

Pastillas de leche de burra.—Estas pastillas se usan como alimento y medicamento, contra la tos reciente y crónica, los catarros crónicos y envejecidos, las afecciones de los pulmones en todos sus períodos, las alteraciones de las vías respiratorias, las inflamaciones bronquiales y de la garganta, la consuncion lenta, la fiebre aguda y lenta, la ronquera, las indisposiciones catarrales ocasionadas por los cambios atmosféricos, y contra los desarreglos del estómago.

La leche de burra tiene suma importancia en la terapéutica, y es tanto su consumo en el día, ya como alimento, ya como medicamento, que ha llamado nuestra atención al averiguar si sería posible en casos dados administrarla en una densidad determinada, reduciéndola á pastillas ó en su estado natural.—Una caja 4 rs.

Pastillas de azufre.—Estas pastillas curan todas las afecciones cutáneas, como la sarna, las herpes, la tos herpética, y las enfermedades que dimanen de la sangre.—USO.—De cuatro á seis pastillas diarias.—Caja 4 rs.

BARCELONA.—Farmacia de la Sra. Viuda de T. Padró.

MADRID.—Farmacias de Ulzerrun, Sanchez-Ocaña, Moreno Miquel, Simon, Yast, R. Hernandez, etc.

EL ÚLTIMO FIGURÍN

SEMANARIO DE LITERATURA Y MODAS

DIRIGIDO POR

LA BARONESA DE WILSON.

El más barato de los de su clase, con magníficos figurines de Jules David, 48 hojas de patrones, y dibujos y grabados de Preval, excelente papel, y contando por colaboradores á los más distinguidos escritores españoles y americanos.

Se dan números grátis para muestra.

Sus editores son los conocidos señores J. Castro y compañía.—Tabernillas, 8—Madrid.

En la misma casa se publica por cuadernos de 32 páginas, á medio real, la novela original de la Baronesa de Wilson, *La miseria de los ricos*.

LA GUIRNALDA

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO

DIRIGIDO POR

DON JERONIMO MORAN.

Publica: Poesías, novelas, artículos amenos é instructivos, charadas, acertijos y jeroglíficos.

Reparte: Grandes pliegos de dibujo, para bordar al realce, con lausín, sedas y oro, cuajados de letras, cifras, emblemas y caprichosas fantasías; otros para crochet, láminas en colores para cañamazo; figurines hechos *ex profeso* en París, y piezas de música lujosamente grabadas, para canto y piano, ó para piano solamente.

La administracion se halla en Madrid, calle del Barco, 2, tercero.

Precios.—4 rs. al mes en Madrid, y en provincias 14 reales trimestre, 28 semestre y 50 al año, pagado adelantado.

Se suscribe ademas en las principales librerías.

DROGUERÍA

MEDICINAL Y PARA LAS ARTES

DE EUSEBIO TORNERO

Plaza de Guipúzcoa, 6, San Sebastian.

Fundada en el memorable año 1868.

Surtido general para la medicina, la industria y las artes.—Productos químicos y naturales.—Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras.—Pinturas, barnices, brochas y esponjas.—Fuchsinas, añil y demás artículos tintóreos.—Thé negro y verde de varias clases, etc., etc.

VENTA POR MAYOR Y MENOR

Superioridad y pureza en todos los productos.

Renovación constante facilitada por extensas relaciones en los puntos productores y con las principales fabricas del reino y del extranjero.

Depósito especial del afamado *Almidon de arroz* de S. Berger y compañía, de Lóndres, premiado en varias exposiciones; de la verdadera *Agua de Colonia* de D. Juan Maria Farina, pl. Juliers, núm. 4, Cologne; del *Extracto de carne de Liebig*; del *Papel Rigollot* para sinapismos, etc., etc.

Para los pormenores pídase el *Catálogo*.

SOCIEDAD VINÍCOLA DE ESPAÑA

MADRID

Calle de Preciados, número 6, bajo.

Vinos y licores extranjeros y del reino, de los mejores y más especiales que se conocen. Se reciben pedidos en dicho depósito y se llevan a domicilio. Se recomienda el vino de los Grandes de España.

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

NO MÁS CABELLO BLANCO

POMADA REGENERADORA.

Única composición que devuelve al cabello su primitivo color rubio, castaño ó negro, sin ninguna preparación ni mancha.

Depósito en todas las capitales de España, y en Madrid, Puerta del Sol, núm. 3, portería; Concepcion Jerónima, 18; calle de Atocha, 87.

ROB DEPURATIVO DE GANDUL.

Es el mejor de cuantos medicamentos se conocen para purificar la sangre, como lo comprueban los experimentos comparativos hechos en los hospitales y práctica civil por los más acreditados facultativos de la Habana y de orden de la Inspeccion de Estudios de las islas de Cuba y Puerto-Rico; y habiendo salido triunfante en todas las pruebas, esta ilustre corporacion no pudo ménos de conceder á su autor privilegio exclusivo, y lo propio aconteció en la Academia Nacional de Medicina y Cirugía de Cádiz.

Las curas prodigiosas efectuadas en diez y siete años que cuenta del dominio público, son la mejor garantía que podemos ofrecer al público. Sin grandes y pomposos anuncios, de los que se sirve el charlatanismo, bastará preguntar á los miles de ejemplos vivos que circulan por la isla para que respondan entusiasmados elogiando sus virtudes, y podemos presentar testimonios de infinidad de personas que despues de haber tomado inútilmente la Zarparrilla de Bristol, la de Townsend y el Rob de Lacteur, no han logrado curarse sino con el ROB DE GANDUL. Esta es la causa de la gran boga que ha adquirido, no sólo en la isla de Cuba, sino en Puerto-Rico, en España y el Pacífico, para donde son muchos los pedidos.

Sirve para curar las úlceras de todas clases, herpes y todas las enfermedades de la piel, y las que provengan de impureza de la sangre por malos humores adquiridos ó heredados.

Se vende en todas las boticas de la isla de Cuba.—En Madrid, farmacia del Dr. Blesa, que sirve los pedidos que se le hagan de provincias y el extranjero.

LECCIONES DE MUNDO
Y
LECCIONES FAMILIARES

POR
D. TEODORO GUERRERO.

A los suscritores de los *Cuentos de salon*, *Los Niños* y *El Cascabel*, que pidan ejemplares de los dos libros juntos, se les dará á PESETA el tomo en toda España.

Pedidos: á la Administracion, plaza de Matute, 2, ó al autor, calle de San Andres, 1, principal. Madrid.

LOS NIÑOS
REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR
DON CARLOS FRONTAURA

Se han publicado cinco tomos, y se está publicando el sexto.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid, 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

Se está imprimiendo, para regalo, el magnífico

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1873

Es la publicacion más elegante, más útil y más artística.

ULTRAMARINOS

DE LEON DEL PUEYO Y HERMANOS

Calle de la Luna, núm. 2.—Madrid.

En este antiguo establecimiento, uno de los primeros en su clase, tanto por el inmenso surtido y variedad de artículos, como por la excelente calidad de los mismos, encontrarán sus numerosos favorecedores:

El tan exquisito salchichon de Vich, que desde largos años tienen acreditado, por recibirlo siempre con la pimienta en grano y fabricado según los últimos adelantos.

Los ricos aguardientes de Oggen y también de arroz, que con tanto éxito vienen expendiendo, debido á su inmejorable bondad.

Aceites de Córdoba filtrados, como también de Valencia, Marsella y Niza.

Ciruela imperial (francesa) en latas de 12 libras, la más superior que en esta fruta se conserva, procedente de las mejores fabricas de Nantes.

Un surtido completo de azúcares, cacao, canelas, thés, cafés pastas y conservas.

Vinos generosos y licores, tanto del país como extranjeros, de las casas más acreditadas; y en suma, todo lo que abraza el ramo de Ultramarinos.

AL EQUIPO NUPCIAL

Obrador de confeccion de ropa blanca.—Modas de señoras y niños.—Camisería.—Corbatas.—Canastillos para recién nacidos.—Trousseaux y equipos para novias.—Novedad y elegancia.

Calle del Arenal, núm. 22.—Madrid.

OBRADOR DE ENCUADENACION

DE EUGENIO SOBRINO

En este establecimiento se hace toda clase de encuadernaciones con prontitud, elegancia y baratura.

Se venden á 6 rs. los tomos de los *Cuentos de salon*, encuadernados en tela inglesa fina, con tapas doradas de todo lujo.

Madrid: calle de Vergara, núm. 10.

TELÉGRAMA DE SENSACION

Con el tomo décimo de los CUENTOS se repartirá el

ALMANAQUE DE SALON

PARA EL AÑO 1873

POR GUERRERO Y FRONTAURA

CON CARICATURAS

El ALMANAQUE DE SALON contendrá muchos trabajos entretenidos y curiosos, y el anunciado CALENDARIO DE LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES EN EL SIGLO XIX, en el cual figuran todas las personas que han tenido la mala suerte de valer algo en este siglo, donde el que algo vale no alcanza más que la gloria de que los desocupados lo saquen á la vergüenza para delatar su edad y sus merecimientos. Los que nada valen no figurarán en el CALENDARIO, porque este no es como las nóminas del presupuesto, donde todo cabe.

Los actuales suscritores por año y los que se suscriban, abonando el importe de los seis tomos de Julio á Diciembre, tendrán derecho á recibir *gratis* el ALMANAQUE DE SALON.

Se admiten suscripciones y se venden los tomos en Madrid á CUATRO REALES, en las librerías y en la Administración de los *Cuentos de salon*, PLAZA DE MATUTE, 2.

Se remiten á provincias los tomos, enviando CINCO REALES por cada uno.

OBRAS PUBLICADAS.

Una perla en el fango, por Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa y Una historia de lágrimas, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El Velloccino de oro y Pea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Madrid por dentro (1.^a y 2.^a parte), por Guerrero. Dos tomos.

En Octubre se publicará el tomo décimo, que contendrá la segunda parte, final de la novela, EL HIJO DEL SACRISTAN, por Frontaura.